



La  
**BIBLIA**  
Popular

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

## Deuteronomio

Josué

Jueces

Mark E. Braun

# **La Biblia Popular**

ROLAND CAP EHLKE

*Editor General*

JOHN C. JESKE

*Editor del Antiguo Testamento*

CURTIS A. JAHN

*Editor del Manuscrito*

## **Deuteronomio**

**Mark E. Braun**

EDITORIAL NORTHWESTERN  
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea: electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Card 2001132664

Northwestern Publishing House

1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284

© 2001 Northwestern Publishing House

Publicado en 2001

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 0-8100-1352-5

# CONTENIDO

---

*Prefacio del Editor* .....v

*Prefacio a la edición en español* .....vi

## Introducción

Preámbulo (1-5)..... 17

Prólogo histórico 1:4-4:43) ..... 19

Estipulaciones del pacto (4:44-26:19).....59

Ley moral (4:44-11-32) .....59

Ley ceremonial (12:1-16:17)..... 108

Ley civil (16:18-26:19) ..... 153

Ratificación del pacto (27:1-30:20).....250

Sucesión del liderazgo bajo el pacto (31:1-34:12) .....293

Notas..... 351

Bibliografía.....355

# ILUSTRACIONES

---

Moisés .....	<i>cubierta</i>
Moisés divisa desde lejos la tierra prometida.....	16
Moisés y Josué en el Tabernáculo .....	117
Ciudades de refugio.....	175
Moisés bendice a Josué delante de los sumos sacerdotes .....	296
Muerte de Moisés .....	342

## PREFACIO DEL EDITOR

---

*La Biblia Popular* es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico y explicaciones del texto, así como también aplicaciones personales.

Los autores de la *Biblia Popular* son eruditos con una visión práctica, adquirida en los años de congregación a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han querido evitar el vocabulario técnico, que ha hecho de otras series de comentarios solamente material útil para especialistas en temas bíblicos.

La característica más relevante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la *Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de: mapas y de ilustraciones, e incluso de información arqueológica, cuando se considera conveniente. Todos los libros disponen de encabezamiento en las páginas, lo que permite al lector encontrar fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos esta obra a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

*Roland Cap Ehlke*

## PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

---

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original, para su mejor adaptación a la Versión Reina-Valera 95.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International Version, no concuerde plenamente con el de la Versión Reina-Valera 95, se cita la Nueva Versión Internacional o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

El traductor de este volumen es el Lic. Gonzalo Delgadillo de Bogotá, Colombia. La revisión fue hecha por la Sra. Ruth Haeuser y su esposo, el misionero David Haeuser de Lima, Perú.

La Epifanía de nuestro Señor de 2001  
Paul Harman, coordinador  
Ronald E. Baerbock, editor de teología  
Publicaciones Multilingües  
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin  
El Paso, Texas

*Génesis* describe el comienzo del trato misericordioso de Dios para con el mundo original y para con los patriarcas. La primera parte de *Éxodo* nos cuenta la manera como Dios liberó a los descendientes de Jacob de la esclavitud en Egipto y cómo los condujo hasta el monte Sinaí. La segunda parte de *Éxodo*, todo el libro de *Levítico*, y gran parte del libro de *Números*, contienen muchas leyes que el Señor le dio a Israel por medio de Moisés en el Sinaí. El libro de *Números* informa también del viaje de Israel por el desierto hasta la frontera oriental de Canaán.

Sería de esperar que el quinto libro del Antiguo Testamento continuara con el relato de la manera como los israelitas cruzaron el río Jordán y conquistaron la tierra que siglos antes el Señor había prometido darles a los descendientes de Abraham.

Sin embargo, el siguiente libro del Antiguo Testamento hace una pausa en la acción. *Deuteronomio* es una colección de sermones de despedida que Moisés le predicó a Israel antes de que entrara en Canaán.

### ***Nombre***

El nombre hebreo de este libro es *Elleh Haddebarim*, que significa “estas son las palabras”, o simplemente *Debarim*, “palabras”. Al igual que los primeros cuatro libros de la Biblia, el *Deuteronomio* toma su nombre en hebreo de las primeras palabras del libro.

El nombre *Deuteronomio* viene de la traducción equivocada de un versículo del libro: “Cuando [el rey] se siente sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro *una copia de esta ley* del original que está al cuidado de los sacerdotes levitas” (*Deuteronomio* 17:18). La Septuaginta, la antigua traducción del Antiguo Testamento al griego, por equivocación tradujo esta frase como *to; deuteronomion tou`to*, “esta segunda o repetida ley”. La Vulgata latina conservó el nombre *Deuteronomium*. En

realidad, Deuteronomio no es de ninguna manera una “segunda ley”, sino que es un discurso de despedida en el que Moisés *repite* las leyes del Sinaí y las *vuelve a aplicar* a la nueva generación de israelitas que muy pronto iba a entrar en Canaán.

Martín Lutero escribió en su prefacio al Antiguo Testamento: “En el quinto libro... Moisés repite toda la ley... Cuando las cosas iban mal, él explicaba la ley y la restablecía. Sin embargo, esa explicación del quinto libro en realidad no contiene otra cosa que la fe en Dios y el amor hacia el prójimo, ya que todas las leyes de Dios tratan de eso.”<sup>1</sup>

## ***Autor***

Al referirse a Moisés y al reconocer Deuteronomio como su “quinto libro”, Lutero expresó que estaba de acuerdo con los judíos y los cristianos que, a través de los siglos, tradicionalmente han afirmado que Deuteronomio, el quinto libro del Pentateuco, fue escrito por Moisés.

El libro afirma que contiene las últimas palabras de advertencia y esperanza que Moisés le dirigió a Israel antes de su muerte. “Éstas son las palabras que habló Moisés” (1:1). “Resolvió Moisés proclamar esta ley” (1:5). “Escribió Moisés esta Ley” (31:9). “Moisés escribió este cántico aquel día, y lo enseñó a los hijos de Israel” (31:22). “Acabó Moisés de escribir las palabras de esta Ley en un libro hasta concluirlo” (31:24).

Los autores del resto del Antiguo Testamento mencionan a Moisés como el autor de Deuteronomio y de todo el Pentateuco. El Señor le dijo a Josué, el siguiente líder de Israel, después de Moisés: “Solamente esfuézzate y sé muy valiente, cuidando de obrar conforme a toda la Ley que mi siervo Moisés te mandó” (Josué 1:7). David le ordenó a Salomón que obedeciera los estatutos y mandamientos de Jehová “de la manera que está escrito en la ley de Moisés” (1 Reyes 2:3). En la oración de dedicación del templo, Salomón alabó al Señor por haber apartado y rescatado a Israel “como lo dijiste por medio de Moisés, tu siervo” (1 Reyes

8:53). El autor de 2 Reyes, criticó al rey Amasías de Judá por haber dejado de vivir “conforme a lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés” (2 Reyes 14:6). Asiria deportó a los israelitas “por cuanto no habían atendido a la voz de Jehová, su Dios, sino que habían quebrantado su pacto y no habían escuchado ni puesto por obra todas las cosas que Moisés, siervo de Jehová, había mandado” (2 Reyes 18:12).

Jesús consideró a Moisés como el autor de Deuteronomio. Al tratar sobre el matrimonio y el divorcio, los fariseos desafiaron a Jesús, y él les respondió con base en lo que Moisés mandó en Deuteronomio 24 (Mateo 19:6-8). Los saduceos le dijeron a Jesús: “Moisés nos escribió”, y Jesús los reprendió porque no aceptaban lo que está escrito “en el libro de Moisés” (Marcos 12:19,26). Jesús dijo: “Si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí, porque *de mí escribió él*. Pero si no creéis *a sus escritos*, ¿cómo creeréis a mis palabras?” (Juan 5:46,47).

Pedro y Esteban citaron Deuteronomio 18:15, afirmando que esto fue lo que “Moisés dijo” (Hechos 3:22; 7:37). Esteban agregó que Moisés “estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida para darnos” (Hechos 7:38). Pablo citó Levítico 18:5 junto con Deuteronomio 6:25, como algo que “Moisés describe” e introdujo una cita de Deuteronomio 32:21 con las palabras: “Moisés dice” (Romanos 10:5,19). Haciendo alusión a Deuteronomio 17:2-7, el autor de la Epístola a los Hebreos escribió: “El que viola la Ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente” (Hebreos 10:28).

### ***Fecha y lugar***

Según 1 Reyes 6:1, Salomón comenzó a construir el templo de Jerusalén en el cuarto año de su reinado, que corresponde también al año 480 después de la salida de los israelitas de Egipto. Se puede establecer con seguridad el reinado de Salomón entre los años 970-930 a.C., de modo que el cuarto año de su reinado fue el

año 966 a.C. Basándonos en estas fechas, si nos regresamos cuatrocientos ochenta años, la fecha del éxodo israelita de Egipto hubiera sido en el año 1446 a.C. Moisés le predicó sus sermones de despedida a Israel “a los cuarenta años, el primer día del undécimo mes” (1:3) después del éxodo. Entonces, la fecha del Deuteronomio es el año 1406 a.C.

Moisés dijo estas palabras “a este lado del Jordán, en el desierto” (1:1). Esa área, que también se identifica con el Arabá, está en el valle que se extiende desde el mar de Galilea en el norte hasta el golfo de Ácaba al sur. Hoy es parte de Jordania, alrededor de 25 kilómetros al sur de Amán, la ciudad capital de Jordania.

Durante los dos últimos siglos, algunos críticos de la Biblia han dudado y han negado la fecha tradicional y la autoría mosaica de Deuteronomio. La posición general que sostienen es la siguiente:

Aunque pueden existir algunas palabras, frases y leyes que se remontan a la época del éxodo, Moisés no escribió el Deuteronomio ni ninguna otra parte del Antiguo Testamento.

Varios escritores se reunieron durante el siglo VIII a.C. y editaron las diversas leyes que se desarrollaron en Israel durante la monarquía. Con el fin de darle mayor autoridad a sus escritos, les agregaron el nombre de “Moisés”. Aunque nadie sabe quiénes fueron esos autores, con frecuencia se cree que algunos profetas del norte como por ejemplo Amós y Oseas, ayudaron en los procesos de reunir y redactar los escritos.

Cuando el reino del norte cayó ante Asiria en el año 722 a.C., alguien preservó esos escritos y los llevó al reino del sur, donde fueron guardados alrededor de un siglo. Según 2 Reyes 22, el sumo sacerdote Hilcías encontró el “libro de la ley” durante un proyecto de restauración del templo. Josías, el último rey bueno del sur, utilizó ese libro con el fin de apoyar su propósito

de reformar la adoración en el templo y retirar los altares paganos de su reino. Algunos sugieren que el profeta Jeremías desempeñó un papel importante en el descubrimiento o en la redacción de esas leyes, durante el reinado de Josías. Por desgracia, cuando Josías murió en el año 609 a.C., su movimiento reformador fracasó, y en el año 586 a.C., Jerusalén fue destruida por los babilonios.

Algunos de los que fueron llevados al exilio a Babilonia llevaron con ellos el libro de la ley. Durante el exilio, algunos editores revisaron una vez más las leyes para que parecieran como un solo sermón predicado por Moisés. Este sermón de despedida se incluyó como parte de una larga historia de Israel, desde Génesis hasta 2 Reyes. El último editor que ayudó en la revisión del Deuteronomio tal vez fue Esdras, quien organizó el libro en su forma final alrededor del año 450 a.C.

Esta explicación alterna de los orígenes del Deuteronomio se ha repetido durante los últimos 200 años, hasta que se llegó a establecer firmemente entre la mayoría de los estudiosos de la Biblia. Los críticos de la Biblia han llegado a afirmar que sugerir que Moisés fue el verdadero autor del Deuteronomio y que escribió en el siglo XV a.C. es, a su juicio, como insistir en que la tierra es plana.

Sin embargo, a pesar de que en la actualidad esta explicación es ampliamente aceptada, no es válida, al menos por tres razones:

1. Los críticos modernos de la Biblia sostienen que el Pentateuco se compone de cuatro o más fuentes independientes que fueron reunidas y revisadas por editores posteriores. Sin embargo, no hay evidencia de que haya existido alguno de esos documentos independientes. Se ha vuelto común asignar partes del Pentateuco a autores de documentos que identifican con

las siglas “J”, “E”, “D” y “P”, pero nadie ha encontrado ninguno de esos documentos. El único texto que tenemos de los primeros cinco libros de la Biblia es todo el Pentateuco en su forma actual. Cuando los estudiosos tratan de separar el texto en sus supuestas fuentes originales, los resultados son confusos y contradictorios.

2. Sugerir que alguien distinto de Moisés dijo estas palabras, en una época diferente de los cuarenta años después del éxodo, no está de acuerdo con lo que el libro dice de sí mismo. El libro afirma que contiene las últimas palabras que le habló Moisés al pueblo de Dios. Afirmar que alguien distinto de Moisés dijo esas palabras también contradice el claro testimonio de Jesús, que afirmó que Moisés las escribió. Si él no lo hizo, estamos ante dos alternativas inaceptables: si Jesús sabía que Moisés no había dicho estas palabras, e insistió en esa mentira por causa de sus oyentes, nuestro Señor es un mentiroso. Sin embargo, si Jesús no sabía que Moisés no había hablado estas palabras, sino que supuso, como todos los demás, que eran auténticamente mosaicas, nuestro Salvador ya no merece las palabras reverentes de Pedro: “Señor, tú lo sabes todo” (Juan 21:17). Ninguna de esas soluciones es satisfactoria.
3. La mayoría de los críticos del Antiguo Testamento niegan que Moisés haya sido el autor de Deuteronomio porque rechazan la idea de que realmente se puede predecir el futuro. Dicen que Moisés no podía predecir el futuro con tan notable precisión. Las que parecen ser predicciones precisas del futuro deben ser en realidad declaraciones que se hicieron muy poco tiempo antes o muy poco tiempo después de que esos sucesos ocurrieran. Sin embargo, si creemos que “hombres de

Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21), ¿por qué es tan increíble que Dios sepa lo que sucederá en el futuro, y lo dé a conocer mediante las palabras de sus voceros?

## ***Estructura***

El Antiguo Testamento no está escrito en el vacío. Dios les habló a personas que vivieron en una época determinada y en un lugar determinado. Los arqueólogos han desenterrado evidencias de que en el antiguo Cercano Oriente se usaron, con mucha frecuencia, diferentes formas de pactos. Los estudiantes del Antiguo Testamento se interesan especialmente en las formas de los convenios o pactos de los hititas, que vivieron en lo que hoy es Turquía durante el segundo milenio antes de Cristo.

Existían dos tipos importantes de tratados o pactos: el tratado *entre iguales*, que se realizaban entre naciones de igual rango, en los que cada líder o nación acordaba compromisos equivalentes con el otro; y el *de vasallos*. En este último tipo de tratado, el país o el líder más poderoso actuaba como *soberano* o señor supremo con respecto al individuo o la nación inferior, el *vasallo*. El soberano más fuerte podía imponer condiciones y obligaciones a su vasallo más débil.

Los estudiantes de los antiguos tratados entre iguales y de vasallos han identificado un patrón común que seguían generalmente. Por lo común, los tratados se componían de las siguientes partes:

1. *Preámbulo*. El soberano hacía su presentación personal.
2. *Prólogo histórico*. Algunas veces el soberano describía con gran detalle todo lo bueno que había hecho en el pasado por el vasallo, recordándole que lo llevó primero a una relación de tratado con él. Eso le daba derecho al soberano en el tratado para imponerle ciertas obligaciones al vasallo.

3. *Estipulaciones*. El soberano imponía al vasallo: leyes, reglamentos, y decretos.
4. *Estipulaciones para preservar y volver a leer el tratado*. Se colocaban copias del documento en lugares importantes, tanto para el soberano como para el vasallo. Los dos iban a leer los documentos del tratado en intervalos periódicos, de tal manera que ninguno se olvidara de sus estipulaciones.
5. *Nombramiento de testigos*. El soberano y el vasallo presentaban las listas de sus dioses respectivos, que iban a ser testigos del pacto e iban a garantizar que ambos obedecieran sus estipulaciones.
6. *Lista de bendiciones y maldiciones*. Si el vasallo obedecía las estipulaciones del tratado, le iría bien. Si el vasallo desobedecía, el soberano lo destruiría a él y todo lo que tenía.

Algunas veces, las *estipulaciones* se dividían en *principios generales*, seguidos por *normas más específicas*. El orden de las tres porciones finales del tratado entre el soberano y el vasallo no siempre era uniforme. No todos los documentos que han descubierto los arqueólogos tenían todas las partes del convenio. Sin embargo, el preámbulo, el prólogo histórico, las estipulaciones y las listas de bendiciones y maldiciones parecen ser constantes en todas partes.

Muchos estudiantes del Antiguo Testamento han señalado las similitudes entre la forma del tratado entre el soberano y el vasallo, y ciertos elementos de las leyes del Sinaí. El Señor se presentó a Israel en el monte Sinaí con las palabras: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto” (Éxodo 20:2); esto es tanto preámbulo como prólogo histórico. Existen estipulaciones en las leyes del Sinaí, más particularmente en los Diez Mandamientos (Éxodo 20:3-17). En la parte final de Deuteronomio, Moisés escribió esta ley y la dio a los jefes de Israel para que, al reunirse, oyeran y aprendiera “a temer a Jehová, vuestro Dios, y cuiden de

cumplir todas las palabras de esta Ley” (Deuteronomio 31:12). Moisés dijo: “Yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra” (Deuteronomio 4:26). Levítico 26 y Deuteronomio 28 tienen listas de bendiciones y maldiciones.

¿Escogió el Señor revelarle su voluntad al Israel del Antiguo Testamento, siguiendo el patrón de los pactos que se hacían en el mundo antiguo? Otros escritores inspirados presentaron sus palabras en estilos que les eran conocidos a sus lectores. Salomón reunió y escribió proverbios similares a los dichos sabios de otras naciones. Los cananeos compusieron himnos a sus dioses. Nuestro Señor no fue el primer rabí que enseñó con parábolas.

Los eruditos han sugerido, además, que el libro de Deuteronomio presenta todas las características del tratado entre el soberano y el vasallo. En vista de eso, se plantea el siguiente bosquejo para Deuteronomio:

- I. El preámbulo (1:1-5)
- II. El prólogo histórico (1:6-4:43)
- III. Las estipulaciones del pacto (4:44-26:19)
  - A. Ley moral (4:44-11:32)
  - B. Ley ceremonial (12:1-16:17)
  - C. Ley civil (16:18-26:19)
- IV. Ratificación del pacto (27:1-30:20)
- V. Sucesión del liderazgo bajo el pacto (31:1-34:12)

A la vez que es fácil identificar paralelos entre los tratados antiguos y el pacto de Dios en el Sinaí, la relación del Señor con su pueblo del Antiguo Testamento fue única. En un tratado de vasallo, como es de esperar, el soberano actuaba por completo para su propio beneficio. Asumía normalmente el control de una nación vasalla más pequeña al conquistarla en la guerra, después de lo cual le cobraba tributo al vasallo y le exigía su apoyo en tiempo de guerra.

En contraste, el Señor inició el pacto que hizo con Israel, no por *lo que quería obtener de éste*, sino debido a *lo que quería*

*hacer por él.* Dios no comenzó su relación con Israel en el Sinaí, sino mucho antes. Seis siglos antes del Sinaí, el Dios salvador escogió a Abraham y le dio un conjunto de promesas: iba a hacer de él una gran nación, le iba a dar a sus descendientes la tierra de Canaán, e iba a bendecir a todos los pueblos de la tierra por medio de él (Génesis 12:1-7). Las promesas que el Señor le hizo a Abraham fueron incondicionales. El Señor dio el primer paso e hizo todo lo necesario para que se cumpliera la promesa que le hizo a Abraham. Eso es gracia.

Los descendientes de Abraham vivieron en la gracia incondicional de las promesas del Señor, aun después de que Dios estableció el pacto del monte Sinaí con Israel. Como San Pablo explicó posteriormente: “El pacto previamente ratificado por Dios en Cristo no puede ser anulado por la ley [del Sinaí], la cual vino cuatrocientos treinta años después; eso habría invalidado la promesa, porque si la herencia es por la Ley, ya no es por la promesa; pero Dios se la concedió a Abraham mediante la promesa” (Gálatas 3:17,18). El pacto de Dios en el Sinaí formó a los israelitas como el pueblo de su pacto, les recordó sus pecados, los diferenció de las naciones que los rodeaban, y los preparó para la venida de Jesucristo.

Israel no hizo nada para establecer el pacto del Señor. La obediencia de Israel nunca tuvo la intención de *hacer válido* el pacto de Dios, sino de *reflejarlo*. Dios no le pidió a Israel que obedeciera *para que llegara a ser su pueblo*, sino *debido a que él ya los había hecho su pueblo*. Sin embargo, el pacto del Sinaí fue *condicional*. El Señor le dijo a Israel: “Ahora, pues, *si* dais oído a mi voz, y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos” (Éxodo 19:5). En las bendiciones y las maldiciones del pacto en el Sinaí, el Señor le advirtió a Israel que podía perder el derecho a la tierra prometida por causa de incredulidad.

## ***Estilo y propósito***

Deuteronomio hace mucho más que repetir las leyes que el Señor dio en el Sinaí cuarenta años antes. El estilo y el carácter del libro son completamente propios.

Deuteronomio es el canto del cisne de Moisés; el libro contiene las palabras finales de un jefe fiel que ahora debe despedirse de su pueblo. Al repetir Moisés esta ley, también quiso que quedara profundamente grabada en el corazón de sus oyentes. Una y otra vez, Moisés le recordó a Israel la bondad del Señor para con ellos, aunque no la habían merecido. Hay un tono de urgencia en lo que dijo Moisés: “Os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida” (30:19). Éste es un padre amoroso que está hablando con sus hijos por última vez.

Deuteronomio también fue una guía para el pueblo de Dios cuando enfrentara una nueva situación. Israel ya no iba a ser más una nación de nómadas, que vivía en tiendas mientras viajaba por el desierto de Sinaí. El pueblo pronto se iba a apropiarse de Canaán e iba a llevar una vida más sedentaria. En este nuevo ambiente, y bajo esas circunstancias diferentes, iba a haber mucha tentación para que Israel adorara a los dioses cananeos y se conformara con la vida inicua de sus vecinos. Peor aun, Moisés ya no iba a estar con ellos, como había estado en el pasado. Sus advertencias para que no cayeran, y su exhortación a que permanecieran fieles al Dios redentor, eran mensajes que Israel necesitaba escuchar y guardar.

## ***El valor***

¿Por qué deben las personas de este siglo leer un libro que se escribió quince siglos antes de Cristo?

Lutero hace esa pregunta en la introducción a sus disertaciones sobre el Deuteronomio:

Existen muchos... que consideran a Moisés y a todo el Antiguo Testamento, de muy poco valor y afirman que están contentos con el Evangelio. El cristiano debe alejarse completamente de esa opinión, porque es cierto que nuestro Moisés es la fuente y el padre de todos los libros sagrados, es decir, de la sabiduría y la elocuencia celestial.

¿Qué beneficio obtenemos al leer lo escrito por Moisés?  
Lutero explicó:

Primero que nada, Moisés enseña la piedad. Predica la fe de una manera amplia y abundante. Agrega las ceremonias más bellas, por las cuales la gente común se sostiene.... Después se ocupa de la organización del gobierno civil, del alimento que da el amor mutuo, y dirige y dispone todo con las leyes más adecuadas y justas. No se encuentra en esto nada necio ni inútil, así como lo comprenderá el que sabe lo que es dirigir el gobierno.<sup>2</sup>

Dios dispuso todas las leyes del Sinaí, incluyendo las que se repiten en Deuteronomio, como normas temporales para un pueblo inmaduro. San Pablo comparó al Israel del Antiguo Testamento con un niño pequeño que, aunque va a heredar todos los bienes de su padre, permanece “bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre”. Pablo explicó que los cristianos del Nuevo Testamento ya no viven bajo las leyes del Sinaí; escribió: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo... para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos.... Así que ya no eres esclavo, sino hijo” (Gálatas 4:1-7).

Debido a su propósito temporal en la vida del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, el Señor dio muchas de las leyes del Sinaí sólo para Israel y únicamente hasta cuando Cristo viniera. Las leyes del Deuteronomio que no se repiten en el Nuevo Testamento ya no son obligatorias para el pueblo de Dios del Nuevo

Testamento. Los creyentes del Antiguo Testamento estaban constreñidos por leyes y reglamentos; los creyentes del Nuevo Testamento viven en la maravillosa libertad del nuevo pacto.

Sin embargo, el valor del Deuteronomio radica principalmente en que proclama al mismo Jesús: al que nosotros amamos, en el que confiamos, y a quien servimos. Moisés predijo: “Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis” (Deuteronomio 18:15). Ese profeta es Jesucristo. El sacerdocio y los sacrificios del Antiguo Testamento prefiguraban la obra salvadora de nuestro Señor. Jesús es *el* sumo sacerdote que hizo el sacrificio perfecto de su propio cuerpo en la cruz. La celebración de la Pascua, para recordar que Dios rescató a su pueblo de Egipto, fue el modelo para el rescate mayor que Dios realizó por medio de su Hijo que nos ha liberado de la esclavitud del pecado, de Satanás y de nosotros mismos.

Deuteronomio invita al pueblo redimido de Dios a llevar una vida dedicada completamente a su Señor; esa es la única respuesta adecuada a las buenas noticias que vienen de Dios. El mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos es el hilo fundamental en muchas de las estipulaciones que hay en el Deuteronomio. Aunque la forma externa de esas leyes ya no se aplica a los cristianos del Nuevo Testamento, el contenido central permanece: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34).

### ***Bosquejo detallado***

- I. El preámbulo (1:1-5)
- II. El prólogo histórico (1:6–4:43)
  - A. El nombramiento de jefes (1:9-18)
  - B. El envío de espías (1:19-25)
  - C. Rebelión contra el Señor (1:26-46)
  - D. Errantes por el desierto (2:1-23)
  - E. Derrota de Sehón rey de Hesbón (2:24-37)

- H. Derrota de Og rey de Basán (3:1-11)
- G. Repartición de la tierra (3:12-20)
- H. A Moisés se le prohíbe atravesar el Jordán (3:21-29)
- I. Se ordena la obediencia (4:1-14)
- J. Se prohíbe la idolatría (4:15-31)
- K. El Señor es Dios (4:32-40)
- L. Ciudades de refugio (4:41-43)
- III. Estipulaciones del pacto (4:44–26:19)
  - A. Ley moral (4:44–11:32)
    - 1. Introducción a la ley (4:44-49)
    - 2. Los Diez Mandamientos (5:1-33)
    - 3. Amarás al Señor tu Dios (6:1-25)
    - 4. Expulsión de las naciones (7:1-26)
    - 5. No se olviden del Señor (8:1-20)
    - 6. No a causa de la justicia de Israel (9:1-6)
    - 7. El becerro de oro (9:7-29)
    - 8. Tablas de piedra como las primeras (10:1-11)
    - 9. Temer al Señor (11:12-22)
    - 10. Amar y obedecer al Señor (11:1-32)
  - B. Ley ceremonial (12:1–16:17)
    - 1. El único lugar de adoración (12:1-32)
    - 2. Adoración a otros dioses (13:1-18)
    - 3. Comida limpia e inmunda (14:1-21)
    - 4. Los diezmos (14:22-29)
    - 5. El año para cancelar las deudas (15:1-11)
    - 6. Liberación de los esclavos (15:12-18)
    - 7. Los animales primogénitos (15:19-23)
    - 8. La Pascua (16:1-8)
    - 9. Fiesta de las semanas (16:9-12)
    - 10. Fiesta de los Tabernáculos (16:13-17)
  - C. Ley civil (16:18–26:19)
    - 1. Jueces (16:18-20)
    - 2. La adoración a otros dioses (16:21–17:7)
    - 3. Los tribunales (17:8-13)
    - 4. El rey (17:14-20)

5. Ofrendas para los sacerdotes y los levitas (18:1-8)
  6. Prácticas abominables (18:9-13)
  7. El profeta (18:14-22)
  8. Ciudades de refugio (19:1-14)
  9. Testigos (19:15-21)
  10. Cuando se va a la guerra (20:1-20)
  11. Expiación por un asesinato cuyo autor es desconocido (21:1-9)
  12. Casarse con una esclava (21:10-14)
  13. El derecho del primogénito (21:15-17)
  14. Un hijo rebelde (21:18-21)
  15. Leyes diversas (21:22–22:12)
  16. Infracciones al matrimonio (22:13-30)
  17. Exclusión de la congregación (23:1-8)
  18. Inmundicia en el campamento (23:9-14)
  19. Leyes misceláneas (23:15–25:19)
  20. Diezmos y primicias (26:1-15)
  21. Seguir los mandamientos del Señor (26:16-19)
- IV. Ratificación del pacto (27:1–30:20)
- A. El altar sobre el monte Ebal (27:1-8)
  - B. Las maldiciones del monte Ebal (27:9-26)
  - C. Bendiciones por la obediencia (28:1-14)
  - D. Maldiciones por la desobediencia (28:15-16)
  - E. Renovación del pacto (29:1-29)
  - F. Prosperidad después de volver al Señor (30:1-10)
  - G. El ofrecimiento de la vida o de la muerte (30:11-20)
- V. Sucesión del liderazgo bajo el pacto (31:1–34:12)
- A. Josué el sucesor de Moisés (31:1-8)
  - B. La lectura de la Ley (31:9-13)
  - C. Se predice la rebelión de Israel (31:14-29)
  - D. El cántico de Moisés (31:30–2:47)
  - E. Moisés muere en el monte Nebo (32:48-52)
  - F. Moisés bendice a las tribus (33:1-29)
  - G. Muerte de Moisés (34:1-12)



*Moisés divisa desde lejos la tierra prometida*

## EL PREÁMBULO (1:1-5)

---

En los pactos que se hacían en el antiguo Cercano Oriente, el soberano comenzaba el tratado presentándose a sí mismo. “Éstas son las palabras” parece haber sido, en el tiempo de Moisés, la manera típica de comenzar un acuerdo escrito entre un rey y sus súbditos. Aunque el libro comienza con “estas son las palabras que habló Moisés”, en realidad Moisés estaba actuando, como lo había hecho en los últimos cuarenta años de su vida, como vocero del Señor.

**1** Éstas son las palabras que habló Moisés a todo Israel a este lado del Jordán, en el desierto, en el Arabá, frente al Mar Rojo, entre Parán, Tofel, Labán, Hazerot y Dizahab. <sup>2</sup>Once jornadas hay desde Horeb, camino de los montes de Seir, hasta Cades-barnea. <sup>3</sup>Y aconteció que a los cuarenta años, el primer día del undécimo mes, Moisés habló a los hijos de Israel conforme a todas las cosas que Jehová le había mandado acerca de ellos, <sup>4</sup>después que derrotó a Sehón, rey de los amorreos, el cual habitaba en Hesbón, y a Og, rey de Basán, que habitaba en Astarot, en Edrei. <sup>5</sup>De este lado del Jordán, en tierra de Moab, resolvió Moisés proclamar esta ley, diciendo:

Hay una triste ironía en la observación de que el viaje desde Horeb hasta Cades-barnea por lo general tomaba once días a pie. Lo que pudo haber terminado en menos de dos semanas tomó toda una generación. Desde luego, la demora de cuarenta años no fue culpa de Dios, sino que fue el justo juicio del Señor por la rebelión de Israel en Cades-barnea (Números 13:1-14:45).

Al oriente del río Jordán la tierra es de estepas, más alta y más árida que la región que está al oeste del río. El Arabá es otro nombre para la hendidura del Jordán, un valle profundo y angosto,

que se extiende desde el mar de Galilea hacia el sur al golfo de Ácaba y al nororiente de África. Horeb, que se conoce mejor como Sinaí, es uno de los montes que hay en el extremo sur de la península de Sinaí. Debido a que el año hebreo comenzaba al final de marzo, el mes once era a fines de febrero.

Moisés no quiso proclamar, al oriente del Jordán, una ley nueva o diferente de la que había recibido del Señor cuarenta años antes en el Sinaí. Más bien, resolvió exponer esa ley, es decir, explicársela a una nueva generación, adaptarla a las diferentes circunstancias que esa generación iba a enfrentar, y renovar la relación del pacto entre el Dios salvador y los hijos e hijas de los hombres y mujeres que habían muerto en el desierto.

Siempre existe una sensación de expectativa cuando un predicador anciano sube al púlpito a predicar por última vez a su congregación. Debió haber mucha expectativa en los llanos al oriente del Jordán.

## EL PRÓLOGO HISTÓRICO (1:6–4:43)

---

Después de presentarse a sí mismo en el *preámbulo*, en la segunda parte de la estructura normal del tratado, el *prólogo histórico*, el soberano antiguo recordaba la historia que había entre él y el vasallo. El prólogo trataba de asuntos importantes: ¿En el pasado había existido un pacto entre esas personas? ¿Había el soberano mostrado bondad y había protegido a su vasallo? ¿Había el vasallo demostrado lealtad y obediencia a su soberano?

Israel no había llegado a conocer al Señor por medio de mitos, leyendas o filosofías humanas. El Dios de Israel había *intervenido en la historia humana* con el fin de hacer grandes hazañas para su pueblo. Escogió a Abraham y cumplió su promesa de hacer de sus descendientes una gran nación. Rescató a Israel de la esclavitud en Egipto. En el Sinaí, le dijo a Israel: “Yo soy vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo”. En este prólogo histórico, Moisés recordó las misericordias que Dios hizo por los hijos de los patriarcas.

**<sup>6</sup>«Jehová, nuestro Dios, nos habló así en Horeb: “Habéis estado bastante tiempo en este monte. <sup>7</sup>Volveos e id al monte del amorreo y a todas sus comarcas, en el Arabá, en el monte, en los valles, en el Neguev y junto a la costa del mar, a la tierra del cananeo y al Líbano, hasta el gran río, el río Éufrates. <sup>8</sup>Mirad, yo os he entregado la tierra; entrad y poseed la tierra que Jehová juró dar a vuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, y a su descendencia después de ellos”.**

Por primera vez en este libro, Moisés usó el nombre de Dios, “Jehová”. Este nombre viene de un verbo hebreo que significa “ser”, y enfatiza la *absoluta independencia* de Dios. Nosotros existimos porque Dios nos ha dado la vida, pero él existe por sí

mismo. Nadie le dijo que tenía que amar a Israel o que debía hacer un pacto con esa nación, y ciertamente el Señor no les dio su amor porque los israelitas se hubieran esforzado mucho por agradecerlo. La gracia de Dios es absolutamente independiente de cualquier cosa o persona. Es gratuita, no sólo porque se obtiene sin precio, sino también porque esa gracia existe por razones propias.

El nombre Jehová también nos recuerda su *fidelidad absoluta*. Él no vacila. El escritor a los Hebreos dice que Jesucristo “es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (Hebreos 13:8). Cuando Dios promete algo, podemos estar seguros de que lo cumplirá. El Señor le explicó a Moisés el significado de ese nombre cuarenta años antes: “¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6,7). Éste es el nombre especial del Dios del pacto de Israel.

El nombre *Dios* viene de una palabra hebrea que significa “el exaltado”, haciendo hincapié el enorme poder de Dios y su inaccesible majestad. No podemos tomar a este Dios en nuestras manos y decirle: “¡Escucha, esto es lo que quiero que hagas por mí!” Sin embargo, Moisés lo llamó *nuestro* Dios. Este Dios poderoso, el creador y gobernador del universo, es el Dios al que conocemos personalmente. Se ha revelado a nosotros para que lo podamos conocer y confiar en él y para que no estemos temerosos.

Ahora Moisés les recordó el mandato del Señor para que Israel entrara y poseyera la tierra prometida. Aquí el Señor describió la tierra prometida con las fronteras más amplias que jamás haya alcanzado. Con excepción de los reinos de David y Salomón, Israel nunca ejerció el control total sobre el área que se incluye aquí. Sin embargo, estas son las dimensiones que el Señor les prometió repetidamente a Abraham, Isaac y Jacob.

El “monte” incluía las tierras altas que van de norte a sur a través de la parte centro y sur de Palestina, que posteriormente se le adjudicaron a las tribus de Judá y Efraín. Los “valles”, llamados también “Sefela”, se refieren a la región accidentada de Judá, entre

las tierras altas centrales y el mar Mediterráneo. El “Neguev” es el área caliente y seca de la tierra, que está al sur de Palestina, que colinda con el desierto aun más árido de Zin. Los filisteos controlaban la “costa” a lo largo del mar Mediterráneo; y al norte, Siria y Fenicia, gobernaron al Líbano durante la mayor parte de la historia de Israel. Trescientos kilómetros más al norte y al oriente, está la bifurcación extrema oeste del río Éufrates, que fluye hacia el oriente, hasta el golfo Pérsico.

Cuando Abraham llegó allí, los cananeos ya estaban en la tierra (Génesis 12:6). Parece que el término “amorreo” pudo ser un nombre general que se le dio a la gran oleada de gente que se extendió por la parte occidental de Asia, al comienzo del segundo milenio a.C. Israel no se iba a trasladar a una tierra vacía; esta parte del mundo antiguo había estado ocupada durante siglos por otros pueblos, pero ahora el Señor de la historia planeó dársela a los hijos de Jacob. Éste fue un importante paso adelante en el plan maestro que dispuso el Salvador para rescatar a su mundo del pecado y de la destrucción.

### *El nombramiento de jefes*

**<sup>9</sup>»En aquel tiempo yo os hablé y os dije: “Yo solo no puedo llevaros. <sup>10</sup>Jehová, vuestro Dios, os ha multiplicado tanto que hoy vosotros sois tan numerosos como las estrellas del cielo. <sup>11</sup>¡Jehová, Dios de vuestros padres, os haga mil veces más numerosos de lo que ahora sois y os bendiga, como os ha prometido! <sup>12</sup>¿Cómo llevaré yo solo vuestras molestias, vuestras cargas y vuestros pleitos? <sup>13</sup>Dadme de entre vosotros, de vuestras tribus, hombres sabios, entendidos y expertos, para que yo los ponga como vuestros jefes”.**

En Éxodo 18, se encuentra una versión más detallada de esta historia; allí es claro que Jetro, el suegro de Moisés, se dio cuenta del problema y propuso la solución que Moisés presenta aquí. Jetro notó la manera como el pueblo permanecía cerca de Moisés, desde

la mañana hasta la noche, esperando para presentarle sus pleitos legales. Jetro le dijo a su yerno: “No está bien lo que haces. Desfallecerás del todo, tú y también este pueblo que está contigo, porque el trabajo es demasiado pesado para ti y no podrás hacerlo tú solo. Oye ahora mi voz: yo te aconsejaré y Dios estará contigo” (Éxodo 18:17-19). Aquí Moisés no menciona el consejo de Jetro, pero sí puso en práctica la solución que él le sugirió.

El Señor le aseguró a Abraham que sus descendientes iban a ser tan numerosos como las estrellas de los cielos (Génesis 15:5), y Moisés estaba agradecido porque el Señor había cumplido su promesa. No obstante, este gran crecimiento trajo sus propios retos. En la actualidad, la gente que pertenece a una congregación cristiana que no crece puede pensar que todos los problemas de su congregación se resolverían si tan sólo aumentara el número de miembros. La experiencia de Israel nos enseña que cuando Dios bendice a su iglesia aumentando su número, los dirigentes tienen que reaccionar a las necesidades cambiantes.

**<sup>14</sup>»Me respondisteis y dijisteis: “Bueno es hacer lo que has dicho”.**

**<sup>15</sup>»Entonces tomé a los principales de vuestras tribus, hombres sabios y expertos, y los puse como jefes sobre vosotros, jefes de mil, de cien, de cincuenta y de diez, y gobernadores de vuestras tribus. <sup>16</sup>Y di a vuestros jueces esta orden: “Oíd entre vuestros hermanos, y juzgad justamente entre el hombre y su hermano, o un extranjero. <sup>17</sup>No hagáis distinción de persona en el juicio: tanto al pequeño como al grande oiréis. No tendréis temor de ninguno, porque el juicio es de Dios. La causa que os sea difícil, la traeréis a mí, y yo la oiré”.**

**<sup>18</sup>»Os mandé, pues, en aquel tiempo, todo lo que habíais de hacer.**

Fíjese en la manera cómo procedió Moisés. Primero *obtuvo la aprobación del pueblo*. Incluso en este entorno del Antiguo

Testamento, y aunque el Señor escogió a Moisés para guiar a Israel, era importante que el pueblo reconociera su papel en este ministerio. Después especificó los *requisitos para el cargo*. Debían ser “los principales... hombres sabios y expertos”. Los requisitos eran principalmente espirituales; Dios no requiere que los líderes sean hombres brillantes, sino que sean hombres creyentes. Moisés tenía que proceder confiando en que el Señor le había dado a su pueblo un grupo de hombres capaces, con la potencialidad de ser jefes. Después *llevó a cabo un plan administrativo* que consistía en organizar al pueblo y asignar responsabilidades sobre grupos dentro de las tribus. Él se iba a responsabilizar de los casos demasiado difíciles para que los pudieran manejar los jueces. Finalmente, les *dio capacitación*, estableciendo pautas para realizar el trabajo, y dándoles ánimo para desempeñarlo bien. Jetro le había dicho a Moisés: “Enséñales los preceptos y las leyes, muéstrales el camino por donde deben andar y lo que han de hacer” (Éxodo 18:20).

Esta solución benefició a Moisés, al pueblo y a la obra del Señor. Moisés ya no se sentía agotado y desanimado por el exceso de trabajo. Aquellos, de entre el pueblo, a quienes el Señor había bendecido con dones de liderazgo, ahora los podrían desarrollar y poner en práctica. La obra del Señor se cumplía con rapidez y eficiencia; el pueblo ya no permanecía alrededor de Moisés desde la mañana hasta la noche. Ya no había tanta frustración ni descontento.

No podemos considerar la solución de Moisés como un anteproyecto obligatorio para llevar a cabo el ministerio en las congregaciones del Nuevo Testamento. Los cristianos tienen la libertad de llamar a sus jefes y de organizarse de la manera más conveniente para cumplir con las necesidades de su ministerio. Sin embargo, es posible hacer algunas observaciones generales:

1. La administración es un buen don en la iglesia; Pablo la incluyó en la lista de los dones del Espíritu (1 Corintios 12:28). Cuando las congregaciones cristianas

identifican y utilizan a las personas que tienen el don de la administración, otros quedan libres para servir mejor usando sus dones espirituales.

2. Cuando la congregación de Jerusalén enfrentó un dilema relacionado con su rápido crecimiento, ella llevó a cabo un plan similar (Hechos 6:1-7). La congregación eligió a siete diáconos para que se ocuparan de las necesidades materiales de las viudas, y eso les permitió a los apóstoles dedicarse al ministerio de la palabra y a la oración. Las dos actividades se describen como “ministerio”, y ambas eran necesarias para la iglesia.
3. Pablo describió gráficamente una relación de cooperación entre los miembros de la congregación y los ministros públicos de la palabra que han llamado, en la cual estos últimos asumen un papel de preparación: “Y él mismo [Cristo] constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:11-13).

### *El envío de espías*

**<sup>19</sup>»Cuando salimos de Horeb, anduvimos todo aquel grande y terrible desierto que habéis visto, por el camino del monte del amorreo, como Jehová, nuestro Dios, nos lo mandó, y llegamos hasta Cades-barnea. <sup>20</sup>Entonces os dije: “Habéis llegado al monte del amorreo, el cual Jehová, nuestro Dios, nos da. <sup>21</sup>Mira, Jehová, tu Dios, te ha entregado la tierra: sube y toma posesión de ella, como Jehová, el Dios de tus padres, te ha dicho. No temas ni desmayes”. <sup>22</sup>Pero os acercasteis todos a decirme: “Enviemos**

**hombres delante de nosotros, que reconozcan la tierra y a su regreso nos traigan razón del camino por donde hemos de subir y de las ciudades adonde hemos de llegar”.**

**<sup>23</sup> »La propuesta me pareció bien, y tomé doce hombres de entre vosotros, un hombre por cada tribu. <sup>24</sup> Ellos se encaminaron y subieron al monte; llegaron hasta el valle de Escol y reconocieron la tierra. <sup>25</sup> Tomaron en sus manos de los frutos del país, nos los trajeron y nos dieron este informe: “Es buena la tierra que Jehová nuestro Dios nos da”.**

Durante todo el viaje desde el Sinaí hasta el límite de la tierra prometida, Israel se quejó, dudó y desobedeció. El incidente más destacado y más decepcionante ocurrió en Cades-barnea.

El viaje por el Sinaí debió haber sido una experiencia penosa, más de 150 kilómetros caminando sobre arena y piedra caliza. Sin embargo, los israelitas disfrutaron del cuidado asombroso y constante de su Dios salvador. Él los alimentó y los guió, de una manera que ninguna otra nación experimentó. Cuando llegaron a Cades, 60 kilómetros al suroeste de Beerseba, en la frontera sur de la tierra prometida, Moisés les recordó que no iba a ser necesario que tomaran la tierra mediante la fuerza militar. Les dijo: “Jehová, tu Dios, te ha *entregado* la tierra”.

¿Por qué tomaron la decisión de enviar espías? Tal vez era lo que se acostumbraba. Como la fe de los israelitas había flaqueado tanto por el camino, la solicitud de una misión de reconocimiento pudo haber sido motivada por esa misma debilidad de la fe. Números 13:2,3 dice que el Señor dio la orden de enviar espías, así que su mandato debió haber sido una respuesta generosa a la debilidad del pueblo.

Los espías regresaron con informes contradictorios. A todos les sorprendió ver una tierra tan fructífera. Aun hoy en día, el área que está alrededor de Hebrón, donde se encuentra el valle de Escol, es famosa por sus uvas excelentes. Sin embargo, la mayoría de los israelitas estaban aterrorizados por las ciudades fortificadas y por el gran tamaño de las personas que vieron. Diez de los doce espías

predijeron que Israel iba a fracasar si trataban de capturar la tierra. Sólo Josué y Caleb, una minoría de dos, no estuvieron de acuerdo: “Subamos luego, y tomemos posesión de ella; porque más podremos nosotros que ellos” (Números 13:30).

El asunto era sencillo: ¿Iba a entrar el pueblo en la tierra prometida basándose en la bondad y el poder del Señor? ¿O se iba a dejar guiar por lo que vieran sus ojos, por lo que oyeran y temieran?

### *Rebelión contra el Señor*

**<sup>26</sup> Sin embargo, no quisisteis subir, sino que fuisteis rebeldes al mandato de Jehová, vuestro Dios. <sup>27</sup> Os pusisteis a murmurar en vuestras tiendas, diciendo: “Porque Jehová nos aborrece, nos ha sacado de la tierra de Egipto, para entregarnos en manos del amorreo y destruirnos. <sup>28</sup> ¿A dónde subiremos? Nuestros hermanos han atemorizado nuestro corazón, al decir: ‘Este pueblo es mayor y más alto que nosotros, las ciudades son grandes y están amuralladas hasta el cielo. Allí también vimos a los hijos de Anac’”.**

**<sup>29</sup> »Entonces os dije: “No temáis ni tengáis miedo de ellos. <sup>30</sup> Jehová, vuestro Dios, el cual va delante de vosotros, peleará por vosotros, conforme a todas las cosas que hizo por vosotros en Egipto ante vuestros ojos. <sup>31</sup> En el desierto has visto que Jehová, tu Dios, te ha traído, como trae el hombre a su hijo, por todo el camino que habéis andado, hasta llegar a este lugar.” <sup>32</sup> Pero ni aun así creísteis a Jehová, vuestro Dios, <sup>33</sup> quien iba delante de vosotros por el camino para buscaros el lugar donde habíais de acampar, con el fuego de noche para mostraros el camino que debías seguir, y con la nube de día.**

El informe de la mayoría se impuso. Aunque el grupo original que murmuró y se dio por vencido ya estaba muerto, Moisés se dirige a la generación actual como unida a sus padres: “Os

pusisteis a murmurar en vuestras tiendas, diciendo: Porque Jehová nos aborrece”. Qué triste ejemplo de la testarudez y de la incredulidad innata de los seres humanos pecadores. Albert Einstein escribió: “Es más fácil desnaturalizar el plutonio que desnaturalizar el espíritu maligno del hombre”.<sup>3</sup> El Señor rescató a los israelitas de Egipto porque quiso salvarlos; ellos lo acusaron de sacarlos para destruirlos. Dios hizo un pacto con ellos porque los amaba; ellos se quejaron de que los odiaba.

En todo caso, los hijos de Anac eran los que debían temer delante de Israel. Como Moisés les recordó a los israelitas, el Señor ya había realizado grandes proezas a favor de ellos, hasta el punto de que hizo que otras naciones estuvieran aterrorizadas por causa de ellos. Después de la muerte de Moisés, cuando los espías pernoctaron en la casa de Rahab en Jericó, ella les dijo:

“Sé que Jehová os ha dado esta tierra, porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los habitantes del país ya han temblado por vuestra causa. Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto, y también lo que habéis hecho con los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, con Sehón y Og, a los cuales habéis destruido. Al oír esto ha desfallecido nuestro corazón, y no ha quedado hombre alguno con ánimo para resistiros, porque Jehová, vuestro Dios, es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Josué 2:9-11).

La historia anterior de Israel debía haberle asegurado que, con el Señor a su lado, ninguna nación podía prevalecer contra él.

**<sup>34</sup>»Cuando Jehová oyó la voz de vuestras palabras, se enojó e hizo este juramento: <sup>35</sup>«Ni un solo hombre de esta mala generación verá la buena tierra que juré que había de dar a vuestros padres, <sup>36</sup>excepto Caleb hijo de Jefone; él la verá, y yo le daré a él y a sus hijos la tierra que pisó, porque**

**ha seguido fielmente a Jehová”.**

<sup>37</sup> »También contra mí se enojó Jehová por vosotros, y me dijo: “Tampoco tú entrarás allá. <sup>38</sup> Josué hijo de Nun, el cual te sirve, él entrará allá; anímalo, porque él la entregará a Israel. <sup>39</sup> Y vuestros niños, de los cuales dijisteis que servirían de botín, y vuestros hijos, que no saben hoy lo bueno ni lo malo, ellos entrarán allá; a ellos la dará y ellos la heredarán. <sup>40</sup> Pero vosotros volveos e id al desierto, camino del Mar Rojo”.

El escritor de la Epístola a los Hebreos, usó este incidente, 1500 años después de Moisés, para enseñar una lección importante sobre la fe:

¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, lo provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron entrar a causa de su incredulidad. (Hebreos 3:16-19)

Es algo muy serio cuando el Señor hace un juramento. El Señor juró por sí mismo a Abraham que sus descendientes iban a poseer las ciudades de sus enemigos (Génesis 22:17). El Señor todavía iba a cumplir su juramento, pero *esta* generación de los descendientes de Abraham perdió el derecho a la bendición. Sólo iban a entrar a la tierra los dos espías que habían presentado un informe basado en su fe en las promesas de Dios.

La generación anterior de israelitas había rechazado las promesas del Señor, 38 años antes. Uno a uno, murieron los miembros de esa generación. Al recordarles estos hechos, a Moisés se le vino a la mente otro incidente mucho más reciente; sólo diez meses antes, Moisés había cometido un grave error delante de esta nueva generación. El Señor le mandó que le *hablara* a la roca en

Cades-barnea, y de ésta iba a brotar agua. En lugar de eso, Moisés llamó “rebeldes” a esta *nueva generación* de israelitas y, enojado, golpeó dos veces la roca. El Señor quería que Moisés le demostrara a esta nueva generación el misericordioso poder que iba a usar a favor de ellos. Dicho de otra manera, el Señor quiso que Moisés les predicara el evangelio. Sin embargo, Moisés perdió los estribos, y su enojo les dio el mensaje equivocado: la ley en lugar del evangelio. El Señor le dijo a Moisés: “Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no entraréis con esta congregación en la tierra que les he dado” (Números 20:12).

Podemos simpatizar con Moisés. Se dio por vencido, aunque sólo por un momento, ante la impaciencia y la rebelión que había visto durante casi cuatro décadas. Y podemos sentir el dolor cuando escuchamos a Moisés decir: “También contra mí se enojó Jehová por vosotros”. Moisés no estaba tratando de justificarse por lo que había hecho; tampoco estaba culpando de su proceder equivocado a los israelitas. Sin embargo, los israelitas habían creado las circunstancias, y esas circunstancias hicieron que él también cayera. Aunque había transcurrido un lapso de casi cuarenta años, Moisés recordó esos dos incidentes al mismo tiempo porque había algo común entre ellos: ambos eran el resultado de la testarudez e incredulidad innatas del corazón humano pecaminoso.

Si nos negamos a creer lo que Dios nos dice, no solo lo hacemos a él un mentiroso, sino que también nos ocasionamos daño a nosotros mismos. Nos convertimos en las víctimas de nuestra propia incredulidad.

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado. También a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; a ellos de nada les sirvió haber oído la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron. (Hebreos 4:1,2)

**<sup>41</sup>»Entonces respondisteis y me dijisteis: “Hemos pecado contra Jehová. Nosotros subiremos y peharemos, conforme a todo lo que Jehová, nuestro Dios, nos ha mandado”. Os armasteis cada uno con vuestras armas de guerra y os preparasteis para subir al monte. <sup>42</sup> Pero Jehová me dijo: “Diles: No subáis ni peleéis, pues no estoy entre vosotros; para que no seáis derrotados por vuestros enemigos”.**

**<sup>43</sup>»Yo os hablé, pero no me escuchasteis; antes fuisteis rebeldes al mandato de Jehová, y persistiendo con altivez subisteis al monte. <sup>44</sup> Pero salió a vuestro encuentro el amorreo que habitaba en aquel monte, os persiguieron como hacen las avispas y os derrotaron en Seir hasta llegar a Horma. <sup>45</sup> Entonces volvisteis y llorasteis delante de Jehová, pero Jehová no escuchó vuestra voz ni os prestó atención. <sup>46</sup> Por eso os tuvisteis que quedar en Cades todo ese tiempo que habéis estado allí.**

El profeta Jeremías dijo: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). Lo que al principio parecía ser un sincero reconocimiento de culpa, “Hemos pecado contra Jehová. Nosotros subiremos y peharemos”, más bien llegó a ser el preludio de un *segundo* acto de desobediencia e incredulidad. No siempre es fácil distinguir entre el remordimiento y el arrepentimiento, hasta que conducen a la acción. Judas también sintió mucho remordimiento después de que traicionó a su maestro (Mateo 27:3), pero el remordimiento puede llegar a ser tan obstinado como la acción que lo originó. El verdadero arrepentimiento conduce a una nueva resolución de obedecer.

Moisés no nos da todos los detalles de este intento desastroso, excepto que los israelitas retrocedieron apresuradamente 75 kilómetros de Cades a Horma en el desolado desierto de Sinaí. Sin duda, cada uno de los israelitas se estuvo arrepintiendo durante el largo exilio que ellos mismos se habían impuesto. El Señor nunca ha querido que nadie perezca, sino que todos se arrepientan (2

Pedro 3:9). Aunque “lloren sin cesar”, el Señor no iba a cambiar su decisión de excluir de la tierra a esa generación de israelitas.

¿Qué valor tiene para nosotros leer un informe tan desalentador de la historia del pueblo de Dios? Lutero comentó:

... no sea que nos desesperemos cuando pecamos, puesto que en esta tentación no sólo han caído muchos del pueblo, sin duda hombres eminentes y santos, sino incluso el mismo Moisés, un hombre prominente y el líder más grande del pueblo, junto con Aarón, su santo hermano. Esto se ha escrito para que podamos temer al Señor y desconfiar de nosotros mismos, ya que solamente por el poder de él somos lo que somos.<sup>4</sup>

### *Errantes por el desierto*

**2** »Luego volvimos y salimos al desierto, camino del Mar Rojo, como Jehová me había dicho, y durante mucho tiempo estuvimos rodeando los montes de Seir. <sup>2</sup> Entonces Jehová me dijo: <sup>3</sup> «Bastante habéis rodeado este monte: volveos al norte. <sup>4</sup> Dile al pueblo: Cuando paséis por el territorio de vuestros hermanos, los hijos de Esaú, que habitan en Seir, ellos tendrán miedo de vosotros; pero vosotros tened mucho cuidado. <sup>5</sup> No os metáis con ellos, pues no os daré de su tierra ni aun lo que cubre la planta de un pie, porque yo he dado como heredad a Esaú los montes de Seir. <sup>6</sup> Compraráis de ellos por dinero los alimentos, y comeréis; también compraréis de ellos el agua, y beberéis. <sup>7</sup> Porque Jehová, tu Dios, te ha bendecido en todas las obras de tus manos; él sabe que andas por este gran desierto, y durante estos cuarenta años Jehová, tu Dios, ha estado contigo sin que nada te haya faltado”.

<sup>8</sup> »Después nos alejamos del territorio de nuestros hermanos, los hijos de Esaú, que habitaban en Seir, por el

**camino del Arabá que viene de Elat y Ezión-geber; luego volvimos y tomamos el camino del desierto de Moab.**

**<sup>9</sup> Entonces Jehová me dijo: “No molestes a Moab ni le hagas la guerra, pues no te daré posesión de su tierra, porque yo he dado a Ar como heredad a los hijos de Lot.**

Moisés no se refirió a ningún otro incidente que hubiera sucedido en el desierto durante el destierro de Israel. Los treinta y ocho años de tristeza se resumen en un largo rodeo alrededor de Seír, por el golfo de Ácaba.

Números 20:14-21 informa de una ocasión en Cades, cuando los israelitas enviaron una embajada al rey de Edom, pidiendo permiso de pasar por su tierra, prometiendo dejar todo intacto. En lugar de conceder la petición de Israel, el rey de Edom envió su ejército para demostrar fuerza, e Israel tomó un camino diferente en lugar de pelear. Aquí el Señor le ordenó a Israel que evitara provocar a los edomitas y también que evitara pasar por su territorio. Aunque este relato parece estar en conflicto con los detalles que se dan en Números, al hacer una revisión más cuidadosa se observa que los dos eventos ocurrieron en tiempos y lugares diferentes.

El Señor le dio a Israel dos razones para no provocar a Edom: había bendecido generosamente a Israel durante su permanencia de cuarenta años en el desierto, y los edomitas eran sus hermanos, descendientes de Esaú, el hermano de Jacob (Génesis 36:1). De la misma manera, el mandato del Señor para que Israel no acosara a los moabitas se basaba en su relación ancestral; los moabitas eran descendientes de Lot, el sobrino de Abraham (Génesis 19:30-38).

Es notable que el Señor dijera: “Yo he dado por heredad a Esaú el monte de Seír... Yo he dado a Ar por heredad a los hijos de Lot”. La creencia que prevalecía en el antiguo Medio Oriente era que había muchos dioses, y que cada uno de ellos gobernaba un pueblo o un lugar específico. Por esa creencia, difícilmente se podría esperar que un dios de una región ejerciera mucha influencia en un lugar diferente. Sin embargo, el Dios de Israel no

era una deidad local o tribal. San Pablo les explicó a los ciudadanos de Atenas: “De una sangre [Dios] ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación” (Hechos 17:26). El Dios de Israel, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, es verdaderamente “Señor de las naciones”.

**<sup>10</sup> (Antes habitaron en ella los emitas, un pueblo grande, numeroso y alto como los hijos de Anac. <sup>11</sup> Por gigantes eran ellos tenidos también, como los hijos de Anac; pero los moabitas los llaman emitas. <sup>12</sup> También en Seir habitaron antes los horeos, los cuales fueron expulsados por los hijos de Esaú, que los arrojaron de su presencia y se establecieron en su lugar, como hizo Israel en la tierra que Jehová les dio en posesión.)**

Hay que ser honestos, esta breve inserción geográfica tal vez fue de mayor interés para el pueblo del tiempo de Moisés que para nosotros. Sin embargo, aun esos detalles aparentemente triviales validan la veracidad histórica de la Escritura, nos aseguran que estas palabras de la Biblia también son “la verdad” (Juan 17:17). Referencias incidentales como esta les ofrecen pistas a los historiadores y a los arqueólogos, cuando reconstruyen la historia de Israel.

Los emitas (cuyo nombre significa “terrores”) parece que se trasladaron a Palestina desde el oeste. Moisés describe a los anaceos y a los emitas como gente excepcionalmente alta. Los “horeos” puede ser otro nombre para los “hurritas”, una raza que habitaba en Mesopotamia más o menos en la época en que vivieron Isaac y Jacob.

**<sup>13</sup> Levantaos ahora, y pasad el arroyo de Zered”. Entonces pasamos el arroyo Zered.**

**<sup>14</sup> »Los años que anduvimos desde Cades-barnea hasta que pasamos el arroyo Zered fueron treinta y ocho; hasta que**

**desapareció de en medio del campamento toda la generación de los hombres de guerra, como Jehová les había jurado.**

**<sup>15</sup> También la mano de Jehová vino sobre ellos para exterminarlos, hasta hacerlos desaparecer del campamento.**

**<sup>16</sup> »Aconteció que, después que murieron todos los hombres de guerra del pueblo, <sup>17</sup> Jehová me habló y me dijo:**

**<sup>18</sup> «Tú pasarás hoy el territorio de Moab rumbo a Ar. <sup>19</sup> Y cuando te acerques a los hijos de Amón, no los molestes ni pelees con ellos, pues no te daré posesión de la tierra de los hijos de Amón, porque a los hijos de Lot la he dado como heredad.**

Zered es un arroyo intermitente que corre hacia la punta extrema del mar Muerto. Éste y otros “wadi” son ríos en Palestina que permanecen secos todo el año, excepto en la estación de lluvias y que se llenan rápidamente con torrentes de agua durante los meses lluviosos del invierno.

Israel no podía entrar en la tierra prometida hasta que dejara de existir la generación anterior de rebeldes. Moisés no informa sobre ninguna causa natural de muerte en ellos, ni hay otro tipo de explicaciones de las causas de muerte. Sus antiguas palabras revelan una verdad que muchas personas modernas se niegan a aceptar: todas las enfermedades, calamidades y muertes, aunque puedan suceder por medio de causas muy explicables, suceden por la voluntad de Dios. Job nunca dudó de que su sufrimiento viniera de Dios, y a Satanás se le permitió que le causara pérdidas y sufrimiento a Job sólo hasta el límite establecido por el Señor. La Epístola de Judas dice: “Quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron” (Judas 5).

Los mismos vínculos históricos, que unieron a Israel con Moab, también la unieron con Amón. Así como Moab, Amón era descendiente de Lot por una relación incestuosa con su hija (Génesis 19:30-38).

**<sup>20</sup> (Por tierra de gigantes fue también ella tenida; habitaron en ella gigantes en otro tiempo, a los cuales los amonitas llamaban zomzomeos. <sup>21</sup> Eran un pueblo grande, numeroso y alto, como los hijos de Anac, a los cuales Jehová exterminó delante de los amonitas. Estos desalojaron a aquellos y habitaron en su lugar, <sup>22</sup> como hizo Jehová con los hijos de Esaú que habitaban en Seir, delante de los cuales exterminó a los horeos; aquellos desalojaron a estos y habitaron en su lugar hasta hoy. <sup>23</sup> Y a los aveos que habitaban en aldeas hasta Gaza, los caftoreos que salieron de Caftor los exterminaron y habitaron en su lugar).**

Caftor puede ser otro nombre para Creta o se puede referir a otra isla cercana o a una región costera por el mar Egeo. La civilización minoica en Creta alcanzó su punto culminante alrededor de un siglo y medio después de la muerte de Moisés, y oleadas de colonos de Creta y de los alrededores se establecieron en Palestina y conquistaron grupos como los aveos. Normalmente se hace referencia a estos invasores occidentales como a “los pueblos del mar”. Uno de los pueblos del mar que se estableció por la costa del Mediterráneo en Palestina, fue el de los filisteos.

Estos trozos de información histórica nos recuerdan que Canaán no era una tierra deshabitada. Durante siglos, antes de que llegara Israel, este poblado rincón del mundo había sido disputado. Varias naciones lo poseyeron y se lo quitaron unos a otros. Si Israel no hubiera tenido otro propósito que ocupar la tierra para su propio beneficio, no hubiera sido diferente de las otras naciones que surgieron por un tiempo en la historia, antes de que desaparecieran para siempre. Dios, quien fija el rumbo de las nubes y a quien el viento y las olas le obedecen, tenía para Israel una misión decididamente diferente en la tierra. En el Sinaí les dijo a sus padres: “Porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:5,6). Dios quiso usar a Israel como un imán para atraer a los pueblos que lo rodeaban. El

Señor le dio a Israel la función de una verdadera nación sacerdotal, de servir como su intermediario con el resto de su mundo.

Dios no nos ha apartado en algún rincón particular de este mundo; al contrario, ha puesto a los cristianos en todas partes de este mundo complicado y desagradable, no para que sirvan a sus propios intereses, sino para que sean sal y luz para el mundo. “Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

### *Derrota de Sehón rey de Hesbón*

**<sup>24</sup> Levantaos, salid, y pasad el arroyo Arnón. Yo he entregado en tus manos a Sehón, rey de Hesbón, el amorreo, y a su tierra. Comienza a tomar posesión de ella y entra en guerra con él. <sup>25</sup> Hoy comenzaré a poner tu temor y tu espanto sobre los pueblos debajo de todo el cielo, que al escuchar tu fama temblarán y se angustiarán delante de tí”.**

Después de la impresionante victoria del Señor sobre el faraón en el mar Rojo, Moisés prometió que el temor de Israel y del Dios de Israel se iba extender delante de los israelitas hasta Canaán y le iba a servir de arma a favor de Israel:

Lo oirán los pueblos, y temblarán.

El dolor se apoderará de la tierra de los filisteos.

Entonces los caudillos de Edom se turbarán,

a los valientes de Moab los asaltará temblor,  
se acobardarán todos los habitantes de Canaán.

¡Que caiga sobre ellos temblor y espanto!

(Éxodo 15:14-16).

En ese tiempo el Señor permitió que esto sucediera. Esas victorias tempranas y magníficas tenían el propósito de que el pueblo de Canaán se rindiera ante Israel, en lugar de resistir. Aun más, esas victorias tenían la intención de atraer a los habitantes de

Canaán a la fe en el Dios de Israel, como persuadieron a Rahab y a su familia.

**<sup>26</sup>»Envié mensajeros desde el desierto de Cademot a Sehón, rey de Hesbón, con estas palabras de paz: <sup>27</sup>“Pasaré por tu tierra por el camino; por el camino iré, sin apartarme a la derecha ni a la izquierda. <sup>28</sup>La comida me la venderás por dinero, y comeré; el agua también me la darás por dinero, y beberé; solamente pasaré a pie, <sup>29</sup>como me han dejado hacer los hijos de Esaú que habitaban en Seir, y los moabitas que habitaban en Ar, hasta que cruce el Jordán y llegue a la tierra que nos da Jehová, nuestro Dios”.**

**<sup>30</sup>»Pero Sehón, rey de Hesbón, no quiso que pasáramos por su territorio; porque Jehová, tu Dios, había endurecido su espíritu y obstinado su corazón para entregarlo en tus manos, hasta el día de hoy.**

**<sup>31</sup>»Entonces me dijo Jehová: “Yo he comenzado a entregar delante de ti a Sehón y a su tierra. Empieza a tomar posesión de ella, para que la heredes”.**

Hesbón, la ciudad capital del rey Sehón, estaba situada como a 22 kilómetros al oriente del punto en que el río Jordán desemboca en el mar Muerto, pero el reino de Sehón abarcaba un área que llegaba hasta el río Jaboc al norte, hasta el río Arnón al sur, y hasta el Jordán y el mar Muerto al occidente. Primero Israel se acercó a Sehón a través de negociaciones diplomáticas, ofreciendo realizar un convenio de paz con Sehón y prometiendo no perturbar el paisaje de Hesbón. Se podría pensar que el ofrecimiento que hizo Israel de comprar con dinero los alimentos y el agua, le hubiera interesado a un rey preocupado por la economía de su nación. El buen comportamiento anterior de los israelitas cuando pasaron por el territorio edomita y moabita, debe haber sido un punto a su favor.

Tal vez Sehón se negó porque temía que los israelitas no iban a cumplir la promesa y podrían devastar su tierra; o quizás se sentía

confiado de que sus fuerzas militares podían expulsar a Israel. Sin embargo, Moisés revela que también hubo algo sobrenatural en la resistencia de Sehón: “Jehová, tu Dios, había endurecido su espíritu y obstinado su corazón”. La negativa de Sehón recuerda la terquedad del faraón cuando Moisés le pidió que dejara salir al pueblo de Dios de Egipto. Como el faraón, Sehón no iba a doblegar su voluntad al mandato de Dios, y al seguir resistiendo, su corazón se endureció aun más. Como hizo con el faraón, Dios le endureció el corazón como juicio por su incredulidad. El Señor no predeterminó ni precipitó la resistencia del faraón ni de Sehón; a los dos les aplicó por igual su juicio de endurecimiento como una consecuencia de su obstinada indisposición a doblegarse a su voluntad. Cuando la persona rechaza la influencia de Dios en su corazón, Dios a su vez la endurece hasta que es insensible completamente a la persuasión del Espíritu Santo.

**<sup>32</sup>»Sehón nos salió al encuentro, él y todo su pueblo, para pelear en Jahaza. <sup>33</sup>Pero Jehová, nuestro Dios, nos lo entregó y lo derrotamos a él, a sus hijos y a todo su pueblo.**

**<sup>34</sup>Tomamos entonces todas sus ciudades y las destinamos al exterminio: hombres, mujeres y niños, sin dejar a nadie con vida. <sup>35</sup>Solamente tomamos para nosotros los ganados y los despojos de las ciudades que habíamos tomado. <sup>36</sup>Desde Aroer, que está junto a la ribera del arroyo Arnón, y la ciudad que está en el valle, hasta Galaad, no hubo ciudad que escapara de nosotros; todas las entregó Jehová, nuestro Dios, en nuestro poder. <sup>37</sup>Solamente no llegamos a la tierra de los hijos de Amón, ni a todo lo que está a la orilla del arroyo Jaboc, ni a las ciudades del monte, ni a lugar alguno que Jehová, nuestro Dios, había prohibido.**

Los arqueólogos han descubierto que los reyes de la antigüedad, como Sehón, solían rodear sus reinos con una serie de posiciones fortificadas. Si Sehón hubiera mantenido sus tropas dentro de ese círculo protegido y hubiera permitido que los

israelitas pasaran por su tierra, no hubiera sufrido pérdida alguna. No obstante, por su terquedad insensata, intensificada porque el Señor lo endureció, abandonó sus fortificaciones y avanzó al campo abierto, donde Israel podía derrotar a su ejército con más facilidad. El corazón endurecido de Sehón le hizo desperdiciar su única posibilidad de supervivencia.

Entonces, Israel destruyó a todas las personas que vivían en Hesbón. El término hebreo que se traduce como “destruyó” usualmente se refiere a la entrega irrevocable de cosas o personas al Señor. Israel tuvo que recordar que toda la gente, las propiedades y los objetos de valor en este y en otros pueblos que había por la ruta de conquista, le pertenecían totalmente al Señor. La victoria era de él; no era resultado de la fuerza militar superior que tuviera Israel. Algunas veces el Señor le permitió a su pueblo que se quedara con el ganado u otro botín, pero en otras ocasiones ordenó que se destruyera o se dedicara a él todo lo capturado en la batalla. Si un soldado israelita desobedecía el mandato del Señor, quedándose como de su propiedad con alguien o algo, entonces la batalla ya no era la guerra santa del Señor. Si cuando los israelitas peleaban desobedecían esa condición al conquistar a Canaán, ya no podrían esperar la ayuda sobrenatural del Señor.

El desfiladero de Arnón se extendía desde las montañas de Galaad hasta la ribera norte del río Arnón. Aroer era una de las fortalezas fronterizas de Moab. Por debajo de esta pequeña fortaleza, el desfiladero de Arnón cae abruptamente más de 600 metros.

Moisés recordó: “No hubo ciudad que escapara de nosotros”. Después, los hijos de Coré conmemoraron esos días gloriosos de la historia de Israel:

Con nuestros oídos, Dios, hemos oído,  
nuestros padres nos han contado  
la obra que hiciste en sus días,  
en los tiempos antiguos.  
Tú con tu mano echaste las naciones

y los plantaste a ellos;  
afligiste a los pueblos  
y los arrojaste,  
pues no se apoderaron de la tierra por su espada,  
ni su brazo los libró;  
sino tu diestra, tu brazo, y la luz de tu rostro,  
porque te complaciste en ellos.

(Salmo 44:1-3)

### *Derrota de Og rey de Basán*

**3** »Volvimos, pues, y subimos camino de Basán. Entonces Og, rey de Basán, nos salió al encuentro con todo su pueblo para pelear en Edrei.

<sup>2</sup> »Pero me dijo Jehová: “No tengas temor de él, porque en tus manos lo he entregado junto con todo su pueblo y su tierra. Harás con él como hiciste con Sehón, el rey amorreo que habitaba en Hesbón”.

<sup>3</sup> »Jehová, nuestro Dios, entregó también en nuestras manos a Og, rey de Basán, y a todo su pueblo, al cual derrotamos hasta acabar con todos. <sup>4</sup> Tomamos entonces todas sus ciudades. No quedó ciudad que no les tomáramos: sesenta ciudades, toda la tierra de Argob, del reino de Og en Basán. <sup>5</sup> Todas estas eran ciudades fortificadas con muros altos, con puertas y barras, sin contar otras muchas ciudades sin muro. <sup>6</sup> Y las destinamos al exterminio, como hicimos a Sehón, rey de Hesbón, matando en cada ciudad a hombres, mujeres y niños. <sup>7</sup> Pero nos quedamos con todo el ganado y los despojos de las ciudades.

Basán estaba al norte y al oriente de Galilea, al este del río Jordán, en el área conocida hoy como las alturas del Golán. Era reconocida por sus bosques espesos y su tierra de pastos exuberantes. Argob parece haber sido una región situada dentro

de Basán, a unos 64 kilómetros al nororiente del mar de Galilea. En el tiempo de Jesús, esa área formaba parte de Traconite y de Decápolis, una región floreciente y de intenso comercio, una de las partes más densamente pobladas del imperio romano. El informe que da Moisés de sesenta ciudades, muchas de ellas “fortificadas con muros altos, con puertas y barras sin contar otras muchas ciudades sin muro”, sugiere que esta también era un área muy poblada, predominantemente urbana en el siglo XV a.C.

Sin embargo, a pesar de estas imponentes ciudades amuralladas y del rey Og y su ejército, el Señor le dijo a Moisés: “No tengas temor de él, porque en tus manos lo he entregado”. Como sucedió con Sehón, en Basán el ejército de Israel destruyó por completo el reino de Og, aunque no mataron el ganado ni destruyeron el botín.

**<sup>8</sup>»También tomamos en aquel tiempo la tierra desde el arroyo Arnón hasta el monte Hermón de manos de los dos reyes amorreos que estaban a este lado del Jordán <sup>9</sup> (los sidonios llaman a Hermón, Sirión, y los amorreos, Senir): <sup>10</sup> todas las ciudades de la llanura, todo Galaad y todo Basán, hasta Salca y Edrei, ciudades del reino de Og en Basán. <sup>11</sup> Og, el rey de Basán, era el único que quedaba de los gigantes. Su cama, una cama de hierro, ¿no está en Rabá de los hijos de Amón? Nueve codos mide de largo y cuatro codos de ancho, según el codo de un hombre.**

Moisés resume en este párrafo la extensión de la conquista de Israel al oriente del Jordán. Al derrotar al rey Og, los israelitas quitaron la última fortificación que permanecía entre ellos y toda la región de Galaad al norte, hasta el Líbano. El arroyo de Arnón desemboca en el lado oriental del mar Muerto, como a la mitad del camino entre los extremos norte y sur del mar. El monte Hermón, de 2.800 metros de alto, cubierto de nieve todo el año, está a unos 40 kilómetros al norte del mar de Galilea, en la cadena

de montañas del Antilíbano, así que la extensión del territorio conquistado al oriente del Jordán fue de alrededor de 225 kilómetros de sur a norte.

En el versículo 11, la frase “cama de hierro” también se puede entender como un sarcófago, o ataúd. Si el versículo se refiere en realidad a una cama, probablemente estaba hecha de madera y tenía algunos accesorios de hierro. Se han encontrado ataúdes similares tallados en basalto en esta área y en la antigua Fenicia, al norte. Lutero sugirió que Og debió haber sido “un gigante prominente”, no sólo porque tuviera una cama (o ataúd) tan grande, sino porque a pesar de haber sabido la manera cómo Israel arrasó al rey Sehón en Hesbón, Og fue lo suficientemente valiente (o insensato) para pelear contra Israel. Lo que el relato de Moisés destaca no es lo muy grande que era Og, sino lo muy grande que fue la victoria del Señor.

### *Repartición de la tierra*

**<sup>12</sup>»Esta tierra que heredamos en aquel tiempo, desde Aroer, que está junto al arroyo Arnón, hasta la mitad de los montes de Galaad con sus ciudades, la di a los rubenitas y a los gaditas. <sup>13</sup>El resto de Galaad y todo Basán, del reino de Og: toda la tierra de Argob, que se llamaba la tierra de los gigantes, lo di a la media tribu de Manasés. <sup>14</sup>Jair hijo de Manasés tomó toda la tierra de Argob hasta el límite con Gesur y Maaca, y le puso el nombre que aún conserva: Basán-havot-jair. <sup>15</sup>Galaad se lo di a Maquir. <sup>16</sup>A los rubenitas y gaditas les di desde Galaad hasta el arroyo Arnón —con la mitad del valle como límite—, y hasta el arroyo Jaboc, el cual sirve de límite a los hijos de Amón; <sup>17</sup>y también el Arabá, con el Jordán como límite desde Cineret hasta el mar del Arabá, el Mar Salado, al pie de las laderas del Pisga, al oriente.**

**<sup>18</sup>»Entonces os dije: “Jehová, vuestro Dios, os ha dado esta tierra como heredad; pero iréis armados todos los valientes**

**delante de vuestros hermanos, los hijos de Israel.**

**<sup>19</sup> Solamente vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestros ganados (yo sé que tenéis mucho ganado), quedarán en las ciudades que os he dado, <sup>20</sup> hasta que Jehová dé reposo a vuestros hermanos, así como a vosotros, y hereden ellos también la tierra que Jehová, vuestro Dios, les da al otro lado del Jordán. Entonces os volveréis cada uno a la heredad que yo os he dado”.**

Israel había conquistado la tierra al oriente del Jordán actuando como un pueblo unificado, con el poder del Señor, y bajo la dirección de Moisés. Algunos en las tribus de Rubén y Gad vieron esa región de fértiles pastos como un lugar ideal para apacentar sus ganados y le pidieron a Moisés que les diera esa tierra como reparto tribal.

Según el relato más detallado de este incidente, que se hace en Números 32, Moisés reaccionó con furia y recelo. Estaba airado porque parecía que esas dos tribus querían perturbar la unidad de las tribus para obtener lo que ellos querían. De la manera como Moisés lo escuchó, los rubenitas y los gaditas le estaban diciendo al resto de Israel: “¡Nosotros obtendremos lo nuestro, allá ustedes!” Más que eso, Moisés tenía miedo de que esa solicitud fuera una nueva manifestación de la actitud que había visto en sus padres en Cades-barnea, cuando los espías regresaron con un informe contradictorio y el pueblo perdió la esperanza de entrar en la tierra prometida. Moisés temía que esta generación, al igual que la de sus padres, careciera de entusiasmo cuando se trataba de hacer la voluntad de Dios, y que el resultado fuera igualmente desastroso.

Es imposible determinar si en un principio, los rubenitas y los gaditas querían ayudar a las otras tribus a conquistar el resto de la tierra. No obstante, sus jefes le aseguraron a Moisés que no estaban tratando de evadir las obligaciones con sus hermanos: “Nosotros nos armaremos e iremos con diligencia delante de los hijos de Israel, hasta que los hagamos entrar en su territorio,

mientras nuestros niños se quedan en ciudades fortificadas a causa de los habitantes del país. No volveremos a nuestras casas hasta que cada uno de los hijos de Israel tome posesión de su heredad” (Números 32:17,18).

La historia posterior de Israel muestra que Rubén, Gad y la media tribu de Manasés sí cruzaron el Jordán para ayudar a sus hermanos, y por lo menos durante la vida de Josué las tribus mantuvieron un sentido de unidad y propósito. Eso era esencial porque Dios había prometido que iba a convertir a los descendientes de Abraham en una gran nación y que iba a bendecir a todas las naciones de la tierra por medio de él. ¡Era la promesa de la venida de Jesucristo! La única manera en que el propósito de Dios se podía cumplir era mediante el pueblo unificado de Israel. Sin embargo, después de la muerte de Josué, algunos israelitas mostraron mayor lealtad a su propia región geográfica o a su tribu, que a todo Israel. No fue sino hasta el reinado de David, más de cuatro siglos después, que los israelitas llegaron a ser un verdadero reino unido, sólo para dividirse otra vez después de la muerte de Salomón.

La preocupación que tenía Moisés de que Israel preservara el sentido de unidad no fue causada principalmente por el beneficio militar o político, sino que, ante todo, fue una consideración espiritual. San Pablo describió al Israel de Dios del Nuevo Testamento, es decir, a la iglesia, como un solo cuerpo. “De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros... así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Romanos 12:4,5). “Ni el ojo puede decir a la mano: ‘No te necesito’, ni tampoco la cabeza a los pies: ‘No tengo necesidad de vosotros’... Pero Dios ordenó el cuerpo dando más abundante honor al que menos tenía, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen los unos por los otros” (1 Corintios 12:21,24,25). Por eso Pablo exhortó a “mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3).

### *A Moisés se le prohíbe cruzar el Jordán*

**<sup>21</sup>»Ordené también a Josué en aquel tiempo: “Tus ojos vieron todo lo que Jehová, vuestro Dios, ha hecho a aquellos dos reyes; así hará Jehová a todos los reinos por donde tú pasarás. <sup>22</sup>No los temáis, porque Jehová, vuestro Dios, es el que pelea por vosotros”.**

**<sup>23</sup>»En aquel tiempo oré a Jehová y le dije: <sup>24</sup>“Señor Jehová, tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza y tu mano poderosa; porque ¿qué dios hay en el cielo o en la tierra que haga obras y proezas como las tuyas? <sup>25</sup>Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán, aquel buen monte y el Líbano”. <sup>26</sup>Pero Jehová se había enojado contra mí a causa de vosotros, por lo cual no me escuchó, sino que me dijo: “¡Basta!, no me hables más de este asunto. <sup>27</sup>Sube a la cumbre del Pisga y alza tus ojos hacia el oeste, el norte, el sur y el este, y mira con tus propios ojos, porque no pasarás el Jordán. <sup>28</sup>Instruye a Josué, anímalo y fortalécelo, porque él ha de pasar delante de este pueblo, y él les entregará la tierra que verás”.**

**<sup>29</sup>»Y nos quedamos en el valle, enfrente de Bet-peor.**

¿No se le parte el corazón cuando escucha que Moisés le suplica a su Señor que lo deje entrar en la tierra prometida? Sin duda el arrepentimiento de Moisés era verdadero, y su Salvador seguramente lo perdonó por el severo mensaje que había pronunciado en Cades.

Sin embargo, el perdón de Dios no vuelve automáticamente las cosas en esta vida a su estado anterior. Natán le aseguró al penitente rey David: “Jehová perdona tu pecado; no morirás”. No obstante, el pecado de David, aunque perdonado, les trajo consecuencias permanentes a su reino y a su familia (2 Samuel 12:11-18). Las consecuencias del pecado ya no son una evidencia del juicio del Señor contra sus hijos; Dios las utiliza para corregir

y fortalecer a sus hijos durante el tiempo que les queda en la tierra. Moisés se pudo haber preguntado: “¿Cómo puede Dios amarme todavía, si no va a cambiar su decisión y no me va a permitir entrar en esta tierra, a la cual he estado esperando 100 años para entrar?” Dios sí lo amaba, y le prometió que lo iba a dejar ver la tierra desde lejos. El Señor le aseguró que por medio de Josué se iba a cumplir la promesa de darle la tierra a la próxima generación de los israelitas.

El rey Salomón escribió: “Las moscas muertas hacen heder y corrompen el perfume del perfumista; así es una pequeña locura al que es estimado como sabio y honorable”. (Eclesiastés 10:1). Nos puede parecer injusto que después de tantos años de paciencia y liderazgo fiel, el Señor le negara a Moisés el derecho de entrar en la tierra prometida por causa de esta única falta momentánea. No obstante, Moisés pronto iba a obtener una tierra prometida mejor, y mientras tanto podría apreciar en mayor grado que “el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (Hebreos 12:6).

### ***Se ordena la obediencia***

Los tratados que se hacían en el antiguo Cercano Oriente constaban de seis partes: (1) el *preámbulo*, en el que el iniciador del tratado (el soberano) se presentaba a sí mismo; (2) el *prólogo histórico*, en el que se recordaban los sucesos pasados en los que el soberano había hecho beneficios a la nación más débil (el vasallo); (3) *las estipulaciones*, es decir, las leyes que el vasallo tenía que obedecer; (4) la obligación de *preservar* y *releer* el tratado en tiempos y lugares predeterminados; (5) un llamado a los dioses como *testigos* de las promesas del convenio; y (6) una lista de *bendiciones* y *maldiciones* como consecuencia de si el vasallo obedecía o desobedecía el tratado.

Impresiona la manera como muchas de estas partes del tratado se reflejan en el cuarto capítulo de Deuteronomio. Moisés y los israelitas probablemente estaban familiarizados con la forma

y el lenguaje de esos tratados, de igual manera como las personas en la actualidad conocen los documentos legales modernos. Sin embargo, Moisés no presentó este material legal de una forma dura y sin atractivo; entretejió los elementos del tratado en un sermón de despedida afectuoso y apremiante, para que cada israelita lo tomara a pecho.

**4** »Ahora, pues, Israel, oye los estatutos y decretos que yo os enseño, para que los ejecutéis y viváis, y entréis y poseáis la tierra que Jehová, el Dios de vuestros padres, os da. <sup>2</sup> No añadiréis a la palabra que yo os mando ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová, vuestro Dios, que yo os ordeno.

En toda la Escritura se repite el imponente mandato que Moisés le dio a Israel, de no *añadir* ni *quitar* nada a sus palabras. Agur, hijo de Jaqué, escribió: “Toda palabra de Dios es limpia; él es escudo a los que en él esperan. No añadas a sus palabras, para que no te reprenda, y seas hallado mentiroso” (Proverbios 30:5,6). El apóstol Juan terminó el Apocalipsis así: “Yo advierto a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añade a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro” (Apocalipsis 22:18,19).

Jesús criticó a los fariseos por haberle agregado a las Escrituras un conjunto considerable de leyes y estatutos: “Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición” (Mateo 15:6). Una de las grandes bendiciones que heredamos de la Reforma es la habilidad de distinguir entre lo que es la Palabra de Dios y lo que es de los hombres. Podemos ser tentados a elevar nuestras propias ideas piadosas o nuestras tradiciones máspreciadas al nivel de la Escritura, pero no tenemos derecho a imponerle obligaciones al corazón o a la vida de otra persona, a

menos que podamos demostrar: “Así dice Jehová”. Los profetas del Antiguo Testamento condenaron a sus contemporáneos por no hacer caso a la Palabra de Dios cuando habló de sus hábitos sexuales pecaminosos, sus prácticas vanas de adoración, o sus costumbres corruptas en los negocios. El Señor habló por medio de Oseas:

“Pues no hay verdad, ni misericordia,  
ni conocimiento de Dios en la tierra.  
El perjurio y la mentira,  
el asesinato, el robo y el adulterio prevalecen,  
y se comete homicidio tras homicidio...

“Por cuanto desechaste el conocimiento,  
yo te echaré del sacerdocio;  
puesto que olvidaste la ley de tu Dios,  
también yo me olvidaré de tus hijos”. (Oseas 4:1,2,6)

Podemos ser tentados a omitir de la Palabra de Dios cualquier cosa que nos haga sentir incómodos o sin popularidad. ¿Pero qué podemos perder? Moisés dijo que Dios le da a la gente su palabra y sus mandamientos para que “viváis”. El camino a la única vida que vale la pena conduce a Dios. Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

**<sup>3</sup> Vuestros ojos vieron lo que hizo Jehová con motivo de Baal-peor: a todo hombre que siguió a Baal-peor lo exterminó Jehová, tu Dios, de en medio de ti. <sup>4</sup> Pero vosotros, que seguisteis a Jehová, vuestro Dios, todos estáis vivos hoy.**

El recuerdo de Baal-peor no era agradable; los detalles se encuentran en Números 25:1-9. Al oriente del río Jordán, al lado opuesto de Jericó, las moabitas sedujeron a los hombres israelitas para que se unieran a ellos en la adoración a Baal. Los ritos de la fertilidad de esa adoración presentaban una cruda combinación de idolatría y adulterio. La adoración a Baal fue una enorme tentación para Israel durante toda su historia. Podían satisfacer sus sucias

fantasías sexuales, convencidos de que al hacerlo iban a asegurar la productividad agrícola de la tierra, ¡y todo en el nombre de la religión! Un estudioso del Antiguo Testamento estimó que el 90% de los israelitas siguió a los baales un 90% del tiempo.

El que provocó este incidente particular fue Balaam, el profeta inicuo que Balac, el rey moabita, contrató para maldecir a Israel (Números 22-24). Moisés dijo: “Vuestros ojos vieron lo que hizo Jehová”. El Señor le ordenó a Moisés que matara a todos los que habían participado en la rebelión, y en un día la mortandad alcanzó a 24.000 personas.

¿Por qué recordó Moisés esta triste historia? Dios habla muy en serio en su ley. Habla tan en serio en sus amenazas como en sus promesas. No nos ayudará decir: “No quiero un Dios como éste”. La naturaleza de Dios es odiar el pecado y castigar a los pecadores. No obstante, también es su naturaleza amar a los pecadores y perdonarlos por causa de la obra de Jesús. Cuando la ley de Dios nos atemoriza hasta la muerte, no sirve fingir que su ley no existe. El único remedio es acudir al evangelio.

**<sup>5</sup> Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová, mi Dios, me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la que vais a entrar para tomar posesión de ella. <sup>6</sup> Guardadlos, pues, y ponedlos por obra, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: “Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta”. <sup>7</sup> Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová, nuestro Dios, en todo cuanto le pedimos? <sup>8</sup> Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta Ley que yo pongo hoy delante de vosotros?**

¡Piense en todos los beneficios espirituales de los que disfrutó el pueblo de Israel! No tuvieron una colección anticuada de mitos acerca de las desgracias y el mal comportamiento de sus dioses, que sucedieron “hace siglos”. Dios se reveló en su vida nacional

con poder y con un propósito. Los rescató de la esclavitud, anduvo con ellos por el desierto, respondió con asombroso poder a sus oraciones, y formó su vida mediante un pacto único. San Pablo entendió los privilegios espirituales que disfrutó su pueblo. “¿Qué ventaja tiene, pues, el judío?... De mucho, en todos los aspectos. Primero, ciertamente, porque les ha sido confiada la palabra de Dios” (Romanos 3:1,2).

No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar; que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo. (1 Corintios 10:1-4)

Junto con el conocimiento de lo que el Señor quería, el Espíritu de Dios también le dio a su pueblo corazón deseoso de responder a sus mandamientos. Los israelitas podían guardarlos y seguirlos, y las naciones vecinas, al verlos, iban a ser atraídas a su Dios. Jesús enseñó la misma cosa: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder... Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, de tal modo que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14,16).

Si se nos pidiera hacer una lista de los grandes beneficios espirituales que nos ha dado el Salvador, ¿cuáles incluiríamos? Muchos de nosotros mencionaríamos padres piadosos que nos hablaron de Jesús, que oraron por nosotros, y que nos dieron el ejemplo de la vida fiel. También incluiríamos una comunidad de creyentes que nos dio la oportunidad para la adoración. Anotaríamos el privilegio de crecer en un país en el que las creencias religiosas no fueron mandadas ni prohibidas, sino que podemos creer y vivir nuestra fe como queremos. ¡Esas son bendiciones grandiosas!

**<sup>9</sup> Por tanto, guárdate y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos y a los hijos de tus hijos.**

**<sup>10</sup> »El día que estuviste delante de Jehová, tu Dios, en Horeb, cuando Jehová me dijo: “Reúneme el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán para temerme todos los días que vivan sobre la tierra, y las enseñarán a sus hijos”, <sup>11</sup> os acercasteis y os pusisteis al pie del monte, mientras el monte ardía envuelto en un fuego que llegaba hasta el mismo cielo, entre tinieblas, nube y oscuridad. <sup>12</sup> Entonces Jehová habló con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, pero a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis. <sup>13</sup> Y él os anunció su pacto, el cual os mandó poner por obra: los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra. <sup>14</sup> A mí también me mandó Jehová en aquel tiempo que os enseñara los estatutos y juicios, para que los pusierais por obra en la tierra a la que vais a pasar para tomar posesión de ella.**

¡Nadie sabe predicar un sermón como Dios lo hace! Moisés quiso que esa generación recordara el sermón que Dios les predicó a sus padres casi cuarenta años antes. Mientras que sus padres viajaban hacia el sur, por la costa occidental de la península del Sinaí, después de salir de Egipto, se quejaron y desobedecieron a Dios en cada parada. Finalmente, en el Sinaí, el Señor interrumpió el viaje y dijo: “Debemos conversar”. ¡Y qué conversación! El monte Sinaí se convirtió en un horno del que salían nubes de humo que lo cubrían; se sacudía con violencia mientras que el sonido de la trompeta aumentaba cada vez más, y sobresalía la retumbante voz de Dios. ¡Verdaderamente había llamado la atención de su congregación! Desde esa terrible manifestación, la voz del Señor pronunció sus Diez Mandamientos.

Sin embargo, esa primera generación de israelitas olvidó rápidamente el poderoso sermón de Dios en el Sinaí. Moisés dijo:

“Guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto”. Quiso que aprendieran esto de sus padres y que lo transmitieran a la siguiente generación. Moisés dijo: “Las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos”. Posteriormente tendría más que decir en Deuteronomio acerca del papel crucial que los padres desempeñan de transmitir la fe a la siguiente generación. Es de suma importancia para esa fe que los hijos aprendan a reverenciar a Dios. ¿Qué otra reacción puede tener un ser humano pecador hacia Dios, sino el solemne asombro reverencial ante su majestad? El esclavo sentirá ese asombro reverencial como temor, pero el hijo lo siente como respeto.

En los tratados seculares, la costumbre era escribir las estipulaciones del pacto en un documento. Generalmente, las partes del pacto hacían dos copias del documento: una para el vasallo y otra para el soberano. Puede ser que Moisés haya escrito los Diez Mandamientos en dos tablas de piedra imitando esa costumbre. O, pudo existir tanto material legal para escribir que necesitó dos tablas. Estamos acostumbrados a dividir los Diez Mandamientos en dos “tablas” de la ley, una dedicada a Dios (los mandamientos 1-3), la segunda dirigida al prójimo (los mandamientos 4-10). Sin embargo, en la Escritura no existe una declaración específica de que Dios dispusiera de esa manera las leyes en las dos tablas de piedra.

Por supuesto, el pacto era mucho más que los Diez Mandamientos; incluía la maravillosa selección de Israel como su pueblo y su generoso rescate. Los mandamientos le dieron a Israel una manera de dar gracias por la misericordia de Dios. El apóstol Santiago retó a los creyentes del Nuevo Testamento: “Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras” (2:18).

### ***Se prohíbe la idolatría***

**<sup>15</sup>»Guardad, pues, mucho vuestras almas, pues ninguna figura visteis el día que Jehová habló con vosotros de en medio del fuego, <sup>16</sup>para que no os corrompáis y hagáis para**

**vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de hombre o de mujer, <sup>17</sup> figura de algún animal que esté en la tierra, figura de algún ave alada que vuele por el aire, <sup>18</sup> figura de algún reptil que se arrastre sobre la tierra, figura de algún pez que haya en el agua debajo de la tierra. <sup>19</sup> No sea que alces tus ojos al cielo, y viendo el sol, la luna, las estrellas y todo el ejército del cielo, te dejes seducir, te inclines ante ellos y los sirvas, porque Jehová, tu Dios, los ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cielos. <sup>20</sup> Pero a vosotros Jehová os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis el pueblo de su heredad como en este día.**

Como el Señor no tomó ninguna forma exterior determinada cuando le habló a Israel en el Sinaí, le ordenó a Israel que no lo representara de una forma visible cuando lo adorara. Ese mandato iba totalmente en contra de la manera como los vecinos de Israel adoraban a sus dioses. San Pablo describió el trágico resultado de la adoración pagana: “Habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias... se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” (Romanos 1:21-23).

En el versículo 20, la impactante expresión de Moisés, en la que compara la permanencia de Israel en Egipto con un “horno de hierro”, no sólo recuerda que esa experiencia fue muy dolorosa; los capataces oprimieron a los israelitas con trabajos forzados y los hicieron servir despiadadamente (Éxodo 1:12,13). Esto también sugiere que el propósito del Señor era probar y refinar a Israel para que fuera su propio pueblo. Isaías describió la experiencia de Judá en la cautividad en Babilonia de manera similar:

He aquí te he purificado, y no como a plata;  
te he escogido en horno de aflicción. (Isaías 48:10)

**<sup>21</sup>»Pero Jehová se enojó contra mí por causa de vosotros, y juró que yo no pasaría el Jordán ni entraría en la buena tierra que Jehová, tu Dios, te da por heredad. <sup>22</sup> Así que yo voy a morir en esta tierra, y no pasaré el Jordán; pero vosotros pasaréis y poseeréis aquella buena tierra.**

**<sup>23</sup> Guardaos, no os olvidéis del pacto que Jehová, vuestro Dios, estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que Jehová, tu Dios, te ha prohibido. <sup>24</sup> Porque Jehová, tu Dios, es fuego consumidor, Dios celoso.**

Nuestro Señor dice que él es el Dios “celoso”, es decir, que no tolerará a ningún rival en nuestra devoción, ninguna lealtad dividida. No soportará estar en segundo lugar en el corazón humano. Después de todo lo que ha hecho por nosotros, tiene todo el derecho de decir: “Cristiano, quiero ocupar el primer lugar en tu corazón y en tu vida”. Cada uno de los seres humanos va a pasar la eternidad ya sea unido para siempre a él, o separado para siempre de él. O la cristiandad es lo más importante que hay en la vida de la persona, o es la mentira más grande jamás dada a los seres humanos. Es imposible que el cristianismo sea sólo medianamente importante.

El mismo Dios que estremeció la tierra con fuego y con truenos durante la vida de Moisés, estremecerá el cielo y la tierra cuando Jesús vuelva. El escritor de la epístola a los Hebreos citó el versículo 24 como una fuerte advertencia: “Así que, recibiendo nosotros un Reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia, porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:28,29).

**<sup>25</sup>»Cuando hayáis engendrado hijos y nietos, y hayáis envejecido en la tierra, si os corrompéis y hacéis alguna escultura o imagen de cualquier cosa, y hacéis lo malo ante los ojos de Jehová, vuestro Dios, para enojarlo, <sup>26</sup> yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra que pronto**

**desapareceréis totalmente de la tierra que vais a tomar en posesión al pasar el Jordán. No estaréis en ella largos días sin que seáis destruidos. <sup>27</sup> Jehová os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis sólo unos pocos entre las naciones a las cuales os llevará Jehová. <sup>28</sup> Allí serviréis a dioses hechos por manos de hombres, de madera y piedra, que no ven ni oyen ni comen ni huelen. <sup>29</sup> Pero si desde allí buscas a Jehová, tu Dios, lo hallarás, si lo buscas de todo tu corazón y de toda tu alma. <sup>30</sup> Cuando estés en angustia y te alcancen todas estas cosas, si en los últimos días te vuelves a Jehová, tu Dios, y oyes su voz, <sup>31</sup> porque Dios misericordioso es Jehová, tu Dios: No te dejará ni te destruirá ni se olvidará del pacto que juró a tus padres.**

Por primera vez en su mensaje de despedida, Moisés puso a los cielos y a la tierra como testigos de sus palabras. En los convenios que se celebraban en el antiguo Cercano Oriente, cada una de las partes contratantes invocaba a sus dioses para asegurar el cumplimiento del tratado. Moisés no podía llamar a otros “dioses” como testigos, así que expresó sus palabras delante del “cielo y la tierra”, los cuales el Señor creó y aún controla.

En toda su historia, Israel nunca “poseyó” la tierra prometida. Los israelitas tendrían la libertad de vivir en ella y disfrutar sus bendiciones sólo mientras permanecieran fieles al Señor. La tierra no les pertenecía a ellos sino a él. En caso de infidelidad, Israel perdería el derecho a esa bendición. Sin embargo, aunque Israel llegara a ser infiel, el Señor todavía iba a cumplir sus promesas. Iba a preservar a unos cuantos, y si su pueblo se arrepintiera y lo buscara de nuevo; sin importar qué tan lejos se hubieran apartado, él se acordaría de ellos.

Si aquí las palabras del Señor suenan excesivamente duras, es necesario compararlas con las advertencias similares que se estipulaban en los tratados seculares. Era totalmente inaudito que un soberano prometiera perdonar y restaurar a un vasallo arrepentido. Los tratados seculares rara vez le ofrecían

misericordia a un vasallo rebelde, aun si el vasallo demostraba verdadero arrepentimiento. Pero el Señor es muy diferente de los reyes humanos. Él es misericordioso, y recuerda las promesas de su pacto.

### *El Señor es Dios*

**<sup>32</sup>»Porque pregunta ahora si en los tiempos pasados que han sido antes de ti, desde el día en que creó Dios al hombre sobre la tierra, si desde un extremo del cielo al otro se ha hecho cosa semejante a esta gran cosa, o se haya oído otra como ella. <sup>33</sup> ¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer? <sup>34</sup> ¿O ha intentado Dios venir a tomar para sí una nación de en medio de otra nación, con pruebas, con señales, con milagros y con guerra, y mano poderosa y brazo extendido, y hechos aterradores, como todo lo que hizo con vosotros Jehová, vuestro Dios, en Egipto ante tus ojos? <sup>35</sup> A ti te fue mostrado, para que supieras que Jehová es Dios y que no hay otro fuera de él. <sup>36</sup> Desde los cielos te hizo oír su voz para enseñarte, y sobre la tierra te mostró su gran fuego, y has oído sus palabras de en medio del fuego. <sup>37</sup> Por cuanto él amó a tus padres, escogió a su descendencia después de ellos y te sacó de Egipto con su presencia y con su gran poder, <sup>38</sup> para echar de tu presencia naciones grandes y más fuertes que tú, y para introducirte y darte su tierra por heredad, como sucede hoy.**

**<sup>39</sup>»Aprende pues, hoy, y reflexiona en tu corazón que Jehová es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra; no hay otro. <sup>40</sup> Guarda sus estatutos y sus mandamientos, los cuales yo te mando hoy, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que Jehová, tu Dios, te da para siempre.»**

Desde la noche en que sus padres salieron de Egipto hasta el día en que estuvieron de pie para escuchar a Moisés en su despedida, los israelitas habían visto una tras otra demostración dramática y asombrosa del poder y de la protección del Señor. ¿Cuál otra nación podía decir que sus dioses habían cambiado las fuerzas de la naturaleza o habían modificado el curso de la historia en su misma presencia? Sólo Israel podía decirlo.

Moisés expresó por primera vez en el Deuteronomio dos pensamientos que volverán a aparecer más adelante en el libro. Con el fin de *disciplinar* a su pueblo, el Señor trató a Israel tal como lo hizo. La palabra hebrea que utilizó Moisés muchas veces se refiere a la obligación que tienen los padres de enseñar a los hijos, y el resultado esperado siempre es que los hijos reciban instrucción. “Castiga a tu hijo mientras haya esperanza, pero no se excite tu ánimo hasta destruirlo” (Proverbios 19:18). “Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma” (Proverbios 29:17). Al parecer, Ernest Hemingway no dejó este mundo como cristiano, pero dijo algo que tiene un verdadero sabor bíblico: “El mundo quebranta a todos, y después muchos están fuertes en los lugares quebrantados”.<sup>5</sup> El gran plan de Dios para nosotros en esta vida no es deleitarnos con experiencias placenteras, sino ejercitarnos como su pueblo. Se interesa más en que tengamos fe que en darnos diversiones.

Moisés también explicó el motivo que tuvo el Señor por hacer todo esto: “Por cuanto él amó a tus padres, escogió a su descendencia después de ellos”. Es imposible encontrar algo atractivo en los israelitas para que el Dios salvador los escogiera; no había nada en el pasado de Abraham que lo hubiera hecho merecedor de ese honor, tampoco había algo en esta generación de israelitas que hiciera que Dios pensara que no podía existir sin ellos. Dios no nos ama porque seamos valiosos, sino que somos valiosos porque Dios nos ama.

### ***Ciudades de refugio***

**<sup>41</sup> Entonces apartó Moisés tres ciudades a este lado del Jordán, hacia el nacimiento del sol, <sup>42</sup> para que huyera allí el homicida que matara a su prójimo sin intención, sin haber tenido enemistad con él nunca antes y, huyendo a una de esas ciudades, salvara su vida. <sup>43</sup> Estas ciudades fueron: Beser, en el desierto, en tierra de la llanura, para los rubenitas; Ramot, en Galaad, para los gaditas, y Golán, en Basán, para los de Manasés.**

Anteriormente el Señor había exigido en la legislación del Sinaí que existieran ciudades de refugio, “las cuales daréis para que el homicida se refugie allí” (Números 35:6). Moisés comenzó a llevar a cabo ese mandato en el territorio que los israelitas ahora poseían al oriente del Jordán. Las tres ciudades que designó estaban centralmente localizadas para las grandes áreas tribales de Rubén, Gad y la media tribu de Manasés. La legislación anterior en Números 35 y la futura legislación en Deuteronomio 19 explican el papel que desempeñaron las ciudades de refugio en el sistema de la justicia criminal del antiguo Israel.

## ESTIPULACIONES DEL PACTO (4:44-26:19)

### LEY MORAL (4:44-11:32)

---

Las *estipulaciones* conforman la parte más extensa del Deuteronomio. Estas estipulaciones se parecen mucho a las que se hacían en los tratados del antiguo Cercano Oriente en los cuales, después del prólogo histórico, el soberano le exigía lealtad total a su vasallo. Algunas veces las estipulaciones se expresaban primero en términos generales, seguidas por órdenes más específicas del tratado. Del mismo modo, Moisés reunió a Israel para exhortarlos a ofrecerle al Señor total devoción, primero en una serie de leyes generales, después en un conjunto de reglas particulares.

Los lectores posteriores con frecuencia dividen la legislación del Sinaí en leyes *morales*, leyes *ceremoniales* y leyes *civiles*. Usaremos ese bosquejo para clasificar esta larga sección de estipulaciones. Las leyes morales (4:49-11:32) constituyen el corazón de la relación entre el Señor e Israel. Las leyes ceremoniales rigieron la vida de adoración de Israel (12:1-16:17). Las leyes civiles prescribieron el gobierno de Israel y la vida social (16:18-26:19).

#### *Introducción a la ley*

**<sup>44</sup> Esta, pues, es la ley que Moisés puso delante de los hijos de Israel. <sup>45</sup> Estos son los testimonios, los estatutos y los decretos que dictó Moisés a los hijos de Israel cuando salieron de Egipto, <sup>46</sup> a este lado del Jordán, en el valle delante de Bet-peor, en la tierra de Sehón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesbón, al cual derrotó Moisés con los hijos de Israel, cuando salieron de Egipto. <sup>47</sup> Y poseyeron su tierra, y la tierra de Og, rey de Basán —dos**

**reyes de los amorreos que estaban de este lado del Jordán, al oriente—, <sup>48</sup> desde Aroer, que está junto a la ribera del arroyo Arnón, hasta el monte Sión, que es Hermón, <sup>49</sup> con todo el Arabá, de este lado del Jordán, al oriente, hasta el Mar del Arabá, al pie de las laderas del Pisga.**

Al utilizar varias palabras para referirse a la “ley”, Moisés amplía nuestra comprensión de las estipulaciones que siguen.

La palabra que se traduce como ley en el versículo 44 es la palabra hebrea *Torá*, que significa enseñanza o instrucción. Cuando muchos cristianos escuchan la palabra “ley”, piensan en la “ley” en contraste con el “evangelio”, es decir, los anuncios de juicio de Dios y del castigo, en contraste con sus promesas de misericordia y perdón. No obstante, *Torá* significa más que las exigencias de Dios; también incluye sus promesas. Es tanto ley como evangelio. El versículo 44 se puede traducir mejor así: “Esta es *la palabra de Dios* que Moisés puso delante de los israelitas”. Incluso las estipulaciones del pacto contienen mucho evangelio.

La palabra que se traduce como *testimonios* se refiere a las estipulaciones las cuales son vitales porque revelan la persona de Dios y su propósito para nosotros. Los *estatutos* eran leyes escritas en tablas de piedra; esos estatutos implicaban la solemne obligación de que el pueblo los cuidara, guardara y obedeciera. La palabra *decretos* en el versículo 45 también se puede traducir como “ordenanzas” o “decisiones judiciales”. Aunque la palabra por lo general se refiere a los pronunciamientos que hacía un juez cuando daba un veredicto, también expresa la verdad más amplia de que toda autoridad viene de Dios, y todas sus leyes son buenas y correctas.

### ***Los Diez Mandamientos***

La versión de los Diez Mandamientos que leemos en Deuteronomio tiene algunas variaciones de expresión en

comparación con la del relato de Éxodo 20:1-17. En este sermón de despedida, Moisés tuvo libertad para decidir cuáles de las leyes del Sinaí quería repetir, o de volverlas a contar con otras palabras (aun inspiradas por el Espíritu Santo). No trató de repetir palabra por palabra todas las leyes que había registrado en Éxodo, Levítico y Números. Puede que haya decidido repetir algunas leyes para esta nueva generación de israelitas debido a su gran importancia. Pudo haber escrito algunas leyes con más brevedad, otras las pudo volver a aplicar a las circunstancias diferentes que los israelitas iban a enfrentar en la vida sedentaria en Canaán. Aunque algunas palabras y frases varían, la enseñanza esencial es la misma.

**5 Llamó Moisés a todo Israel y les dijo:  
«Oye, Israel, los estatutos y decretos que yo pronuncio hoy en vuestros oídos. Aprendedlos y guardadlos, para ponerlos por obra.**

**<sup>2</sup> »Jehová, nuestro Dios, hizo un pacto con nosotros en Horeb. <sup>3</sup> No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros, todos los que estamos aquí hoy vivos. <sup>4</sup> Cara a cara habló Jehová con vosotros en el monte, de en medio del fuego. <sup>5</sup> Yo estaba entonces entre Jehová y vosotros para comunicaros la palabra de Jehová, porque vosotros tuvisteis temor del fuego y no subisteis al monte.**

Por supuesto, el Señor hizo su pacto en el Sinaí con la generación anterior. No obstante, este pacto no era sólo para esa generación, ni tampoco era sólo un suceso del pasado para recordar, sino que permanecía vigente para cada nueva generación de israelitas. A cada una de ellas se le recordó que el Dios de sus padres los había rescatado para que fueran suyos, y por eso cada nueva generación fue llamada a responder a la gracia de Dios, llevando vidas de servicio en agradecimiento a él, y de servicio unos con otros.

### **Él dijo:**

**<sup>6</sup>»“Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de tierra de Egipto, de casa de servidumbre.**

Más de cuarenta años antes, el Dios Salvador se le apareció a Moisés en la zarza ardiente y lo llamó a sacar a su pueblo de Egipto. Cuando Moisés le dijo a Dios: “Si voy a los hijos de Israel y les digo: “Jehová, el Dios de vuestros padres, me ha enviado a vosotros”, me preguntarán: “¿Cuál es su nombre?”. Entonces ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: “Yo soy el que soy”. Y añadió: Así dirás a los hijos de Israel: “‘Yo soy’ me envió a vosotros” (Éxodo 3:13,14). Dios se reveló a Moisés como un ser personal, no como una fuerza incognoscible ni indescriptible. Es constante, eterno, inalterable y libre para hacer lo que le place. Sin embargo, quiso obligarse a una promesa de rescatar a los hijos e hijas de Abraham, Isaac y Jacob.

La única manera en que podemos entender los Diez Mandamientos es a la luz de la declaración inicial de nuestro Señor. En cierto sentido, esta declaración inicial tiene un *preámbulo* (“Yo soy Jehová, tu Dios”) y un *prólogo histórico* (“que te saqué de tierra de Egipto, de casa de servidumbre”). Dios, en amor, adoptó a los israelitas como su pueblo del pacto. Ahora les mostró en los Diez Mandamientos cómo responder a su amor inmerecido, viviendo de acuerdo con su voluntad. El Señor les dio sus mandamientos en una relación de gracia. La obediencia de ellos nunca podría ganar el favor de Dios; esa obediencia sólo podría reflejar que Dios ya ha sido bueno con ellos. August Pieper, que enseñó en el Seminario Luterano de Wisconsin durante 43 años, destacó que no hay “evangelio más puro, más consolador en toda la Escritura que este versículo con su promesa”.

**<sup>7</sup>»No tendrás dioses ajenos delante de mí.**

**<sup>8</sup>»No harás para ti escultura ni imagen alguna de cosa que está arriba en los cielos, ni abajo en la tierra, ni en las aguas**

**debajo de la tierra. <sup>9</sup>No te inclinarás a ellas ni las servirás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de los que me aborrecen, <sup>10</sup>y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.**

El Dios del pacto no tolera rivales. La frase “delante de mí” puede traducirse también “cerca de mí”, “a mi lado”, “contra mí”, o aun “además de mí”.

En los versículos 8-10, Moisés amplió el Primer Mandamiento. ¿Qué prohíbe el Primer Mandamiento? Por supuesto prohíbe adorar a un dios pagano. Los israelitas habían visto la adoración a ídolos en Egipto, y la iban a ver en Canaán. Sin embargo, la advertencia de no hacer un ídolo en forma de ninguna criatura visible también pudo estar dirigida contra el deseo de adorar al Dios verdadero de una manera que él no había autorizado. Cuando Aarón hizo el becerro de oro, una generación antes, dijo que ese día era “día de fiesta dedicado a Jehová”, y dijo: “Estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto” (Éxodo 32:1-6). Todo en el universo: las aves, peces y reptiles, son creados. Nadie creó al Señor; él existe desde la eternidad. Los israelitas jamás podían usar una cosa creada para representarlo en su adoración.

Martín Lutero comentó: “Este mandamiento parece establecer para un pueblo simple y pueril sólo ceremonias relacionadas con imágenes. No obstante, es en verdad una ley espiritual, que exige la adoración interior del Espíritu aun cuando se consideran aquellas imágenes externas.”<sup>6</sup>

**<sup>11</sup>»No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano, porque Jehová no considerará inocente al que tome su nombre en vano.**

La frase “en vano” significa de manera inútil o vacía, como la simple superstición. Los israelitas pudieron haber creído equivocadamente que había algo mágico en el nombre del Señor. Algunos pudieron haber pensado que tan solo agregar el nombre al final de una oración, o recitarlo como parte de un conjuro o hechizo, les garantizaría que obtendrían lo que habían pedido.

El nombre del Señor era precioso para ellos porque él se lo reveló para salvarlos. Ese nombre es igualmente precioso para nosotros en la actualidad. “Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo” (Romanos 10:13). El Señor no está contento cuando su pueblo usa su nombre salvador con frivolidad, supersticiosamente, o para desear el mal en lugar del bien a otra persona.

**<sup>12</sup>»Guardarás el sábado para santificarlo, como Jehová, tu Dios, te ha mandado. <sup>13</sup>Seis días trabajarás y harás toda tu obra, <sup>14</sup>pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios. Ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que tu siervo y tu sierva puedan descansar como tú. <sup>15</sup>Acuérdate de que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová, tu Dios, te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido, por lo cual Jehová, tu Dios, te ha mandado que guardes el sábado.**

Cuando el Señor dio el tercer mandamiento en el Sinaí, lo relacionó con su propio descanso en la creación: “En seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20:11). Los israelitas basaron su descanso en el modelo del descanso del Señor. Cuando Moisés les volvió a dar este mandamiento cuarenta años después, no basó la obediencia del sábado de Israel en el séptimo día de la creación, sino en el rescate del pueblo de Egipto.

Dios no instituyó el sábado del Antiguo Testamento sólo para los israelitas, sino también para sus animales, sus siervos y las personas que no eran israelitas pero que vivían entre ellos. Esto enfatizó la preocupación humanitaria de Dios por los trabajadores y las bestias de carga en la tierra. La autoridad del amo sobre sus esclavos no le daba el derecho de impedirles el descanso físico un día a la semana. También sugiere la manera cómo Dios quiso que su pueblo fuera una luz a las naciones. Aunque los que no eran israelitas no formaban parte del pueblo del pacto, aun así fueron partícipes de una de las bendiciones que el pueblo de su pacto disfrutó.

Los creyentes del Antiguo Testamento guardaban el sábado al no trabajar ese día. Sin embargo, cuando el Señor relacionó el mandamiento del sábado con el recate de su pueblo de la esclavitud en Egipto, quiso dirigir el corazón del pueblo a un rescate aun mayor y a un descanso más profundo. Jesús dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y *yo os haré descansar...* y hallaréis *descanso para vuestras almas*” (Mateo 11:28,29). Al morir en la cruz como nuestro sustituto, Jesús, “perdonándoos todos los pecados... anuló el acta de los decretos que había contra nosotros”. Como Jesús murió por nosotros, ya no estamos obligados a guardar el día sábado del Antiguo Testamento. Junto con otras reglas del Antiguo Testamento, el sábado fue una “sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:13,14,17). Un creyente del Nuevo Testamento puede considerar un día de la semana más sagrado que otro; otro puede considerar cada día igual. “Cada uno esté plenamente convencido de lo que piensa” (Romanos 14:5).

La mejor manera en que los cristianos del Nuevo Testamento pueden guardar el tercer mandamiento es oír, aprender y gustosamente poner en práctica la Palabra de Dios todos los días, cada vez que tengan oportunidad.

**16»Honra a tu padre y a tu madre, como Jehová, tu Dios, te ha mandado, para que sean prolongados tus días y para que**

**te vaya bien sobre la tierra que Jehová, tu Dios, te da.**

**<sup>17</sup> »No matarás.**

**<sup>18</sup> »No cometerás adulterio.**

**<sup>19</sup> »No hurtarás.**

**<sup>20</sup> »No dirás falso testimonio contra tu prójimo.**

**<sup>21</sup> »No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni desearás la casa de tu prójimo, ni su tierra, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo”.**

El cuarto mandamiento añade la promesa: “Para que sean prolongados tus días y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová, tu Dios, te da”. San Pablo reformuló la promesa del Señor para los creyentes que ya no vivían en Palestina: “Para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra” (Efesios 6:3).

Sería preferible traducir el quinto mandamiento con “no asesinarás”, en vez de, “no matarás”. El verbo hebreo que se emplea aquí siempre se usa en el Antiguo Testamento en relación con la acción de matar ilícitamente. Conforme a Éxodo 21:12, el asesino intencional debía morir; el verdugo que lleva a cabo esta sentencia no es culpable de matar ilícitamente. Se permite matar en la guerra (Deuteronomio 20:10-18) y en la mayoría de los casos de defensa personal (Éxodo 22:2,3).

En sus formas más básicas, el quinto y sexto mandamientos se dirigen sólo a acciones externas. Sin embargo, está claro que Dios tenía interés en la actitud que había detrás de la acción. Jesús explicó en el sermón del monte la actitud interior hacia estos dos mandamientos:

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: ‘No matarás’, y cualquiera que mate será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga ‘Necio’ a su hermano, será culpable ante el Concilio; y cualquiera que le diga ‘Fatuo’, quedará expuesto al infierno de fuego...”

“Oísteis que fue dicho: ‘No cometerás adulterio’. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”.

(Mateo 5:21,22,27,28)

El verbo hebreo que Moisés usó en el octavo mandamiento es el término formal para dar testimonio en una corte, así que este mandamiento trata acerca de dar falso testimonio contra una persona acusada.

En Éxodo 20:17, están entrelazados el Noveno y el Décimo Mandamientos. Allí la “casa” se menciona sola en el Noveno Mandamiento; aquí, el mismo mandamiento prohíbe codiciar la mujer del prójimo. Con estos mandamientos, Dios fue nuevamente más allá de la acción externa para incluir el impulso interno de desear algo o alguien que pertenece a otro. Por lo tanto, los dos mandamientos finales coinciden con la afirmación que hizo Jesús acerca de los pecadores: “Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre” (Mateo 15:19,20).

**<sup>22</sup>»Estas palabras las pronunció Jehová con potente voz ante toda vuestra congregación, en el monte, de en medio del fuego, la nube y la oscuridad, y no añadió más. Luego las escribió en dos tablas de piedra, que me entregó a mí.**

**<sup>23</sup> Cuando oísteis la voz de en medio de las tinieblas y visteis el monte que ardía en llamas, vinisteis a mí todos vosotros, príncipes de las tribus y ancianos, <sup>24</sup>y dijisteis: “Jehová, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz, que sale de en medio del fuego. Hoy hemos visto que Jehová habla al hombre, y éste aún vive.**

**<sup>25</sup> Ahora, pues, ¿por qué vamos a morir? —porque este gran fuego nos consumirá—; si seguimos oyendo la voz de Jehová, nuestro Dios, moriremos. <sup>26</sup> Pues, ¿qué es el hombre para que oiga la voz del Dios viviente hablando de en medio del fuego,**

**como nosotros la oímos, y aún viva? <sup>27</sup> Acércate tú, y oye todas las cosas que diga Jehová, nuestro Dios. Tú nos dirás todo lo que Jehová, nuestro Dios, te diga, y nosotros oiremos y obedeceremos”.**

**<sup>28</sup> »Jehová oyó vuestras palabras cuando me hablabais, y me dijo: “He oído las palabras de este pueblo, lo que ellos te han dicho; bien está todo lo que han dicho. <sup>29</sup> ¡Ojalá siempre tuvieran tal corazón, que me temieran y guardaran todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuera bien para siempre! <sup>30</sup> Ve y diles: Volveos a vuestras tiendas. <sup>31</sup> Y tú quédate aquí conmigo; yo te diré todos los mandamientos, estatutos y decretos que les enseñarás, a fin de que los pongan ahora por obra en la tierra que yo les doy en posesión”. <sup>32</sup> Mirad, pues, que hagáis como Jehová, vuestro Dios, os ha mandado. No os apartéis a la derecha ni a la izquierda. <sup>33</sup> Andad en todo el camino que Jehová, vuestro Dios, os ha mandado, para que viváis, os vaya bien y prolonguéis vuestros días en la tierra que habéis de poseer.**

Cuando Moisés dijo que Dios “no añadió más”, se estaba refiriendo al hecho de que el Señor proclamó sólo los Diez Mandamientos “a gran voz”, es decir, directamente y en voz alta para que toda la nación lo escuchara. El Señor le dio a Moisés en el monte el resto de la ley, el que amplió, interpretó e hizo la aplicación de los mandamientos. Moisés, por su parte, enseñó al pueblo la ley que había recibido de Dios.

San Pablo sostuvo que la ley de Dios es santa y buena. Sin embargo, cuando la gente pecadora comprende completamente las exigencias profundas y absolutas de la ley, la única reacción lógica es que la ley les aterra. Por su propia experiencia, Pablo aprendió que “el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte, porque el pecado, aprovechándose del mandamiento, me engañó, y por él me mató”. Dicho de otra forma: “Al venir el mandamiento, el pecado revivió y yo morí” (Romanos 7:9-12).

Moisés recordó la experiencia atemorizante que tuvieron en el Sinaí, cuando la ley de Dios no sólo les trajo terror interior a los israelitas, sino que lo intensificó con una insoportable demostración física de su ira. Aquí la mayor preocupación de Moisés no fue recordar los eventos que ocurrieron en el Sinaí en su orden cronológico, sino el efecto devastador que produjeron las amenazas de la ley de Dios en los padres de esta generación. En su temor, Israel le pidió a Moisés que fuera su intermediario. Temían que iban a morir si seguían escuchando la voz de Dios que venía desde el fuego.

Y tenían razón, de una manera más cierta de la que pensaban. Los pecadores necesitan un intermediario para que arregle lo que ha estado mal entre ellos y el Dios santo. San Pablo lamentaba lo que la ley le revelaba de su condición ante Dios (Romanos 7:24), pero encontró consuelo en el evangelio. “Pues hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:5,6). La ley sólo le ofreció a Pablo condenación, pero el Espíritu Santo lo convenció que “ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu, porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:1,2).

El Señor dijo en el Sinaí: “¡Que siempre tengan tal corazón, que me teman y guarden todos los días todos mis mandamientos!” En el Calvario, Jesús no sólo nos perdonó todas las veces que hemos quebrantado la ley de Dios, también hace del pecador “nueva criatura” (2 Corintios 5:17), “celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Así podemos obedecer. “Por el camino de tus mandamientos correré cuando alegres mi corazón” (Salmo 119:32).

### *Amarás a Jehová, tu Dios*

**6** »Estos, pues, son los mandamientos, estatutos y decretos que Jehová, vuestro Dios, mandó que os

**enseñara, para que los pongáis por obra en la tierra a la que vais a pasar para tomarla en posesión,<sup>2</sup> a fin de que temas a Jehová, tu Dios, guardando todos los estatutos y mandamientos que yo te mando, tú, tu hijo y el hijo de tu hijo, todos los días de tu vida, para que se prolonguen tus días.<sup>3</sup> Oye, pues, Israel, y cuida de ponerlos por obra, para que te vaya bien en la tierra que fluye leche y miel, y os multipliquéis, como te ha dicho Jehová, el Dios de tus padres.**

**<sup>4</sup>»Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es.**

**<sup>5</sup>»Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas.**

**<sup>6</sup>»Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón.<sup>7</sup> Se las repetirás a tus hijos, y les hablarás de ellas estando en tu casa y andando por el camino, al acostarte y cuando te levantes.<sup>8</sup> Las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos;<sup>9</sup> las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas.**

Cuando Moisés describió a Canaán como “la tierra que fluye leche y miel”, no estaba adornando el relato. Aunque la mitad sur de Palestina es caliente y seca casi todo el año, las regiones del norte que son montañosas reciben lluvia abundante. El trigo y la cebada se cosechaban entre abril y junio, las frutas maduraban en el verano, las uvas y las aceitunas se recogían al comienzo del otoño. Esos cultivos suministraban lo esencial en la dieta del israelita: pan, vino y aceite. Las ovejas y las cabras eran muy adecuadas para los terrenos de Canaán, valiosas por su lana y pelo, su leche y carne.

Martín Lutero comenzó la explicación de cada uno de los Diez Mandamientos con las palabras: “Debemos temer y amar a Dios”. Aquí Moisés también unió el temor y el amor a Dios. El temor a Dios es el impresionante respeto que las criaturas sienten ante la majestad de su Creador. Cuando nos damos cuenta de que Dios es justo y santo, tenemos toda la razón para sentir un temor

mortal. No obstante, ese temor servil ante Dios se alivia cuando escuchamos que ese mismo Dios nos ama y nos perdona.

El profeta Jeremías le recordó a Judá la manera como el Señor lo había amado con amor eterno, y lo había atraído con su gracia (Jeremías 31:3). El Señor quería que Israel devolviera ese amor con toda sinceridad (“de todo tu corazón”), sin reservas (“de toda tu alma”), y comprometiendo todas las facultades a plena capacidad (“con todas tus fuerzas”). Jesús dijo que el “primero y grande mandamiento” de la ley era amar al Señor Dios con corazón, alma, fuerzas y mente, y agregó el segundo mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo. “De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los Profetas” (Mateo 22:37-40).

Israel no adoró a un panteón de dioses; su Dios era uno e indiviso. A causa de eso, Dios quiso que le diera una lealtad íntegra. Los baales de Canaán eran imágenes hechas por hombres, de las varias fuerzas de la naturaleza, pero el Dios de Israel es uno. “Oye, Israel: Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es” es la más profunda declaración de la naturaleza de Dios como el Señor. Durante siglos los judíos han llamado a esta declaración su *Shemá*, por la primera palabra hebrea que aparece en esta frase. Los judíos practicantes todavía dicen el *Shemá* dos veces al día, como parte de sus oraciones matinales y vespertinas; sin embargo, esta no es tanto una oración como una confesión de fe.

Dios quiso que la educación en la fe fuera sincera, grabada en los corazones de su pueblo. Las palabras de Moisés tienen eco en Proverbios:

Que tu corazón guarde mis mandamientos;  
porque muchos días y años de vida  
y de paz te aumentarán.

Nunca se aparten de ti la misericordia y la verdad:  
átalas a tu cuello,  
escríbelas en la tabla de tu corazón. (Proverbios 3:1-3)

Dios quiso que la educación en la fe fuera una tarea familiar. No quiso que su pueblo la limitara a los sábados, dejándola a la dirección de los profesionales de la religión. Las palabras de Moisés en los versículos 7-9 probablemente tenían un significado figurado; los padres debían hablar a diario sobre su relación con su Dios salvador. Sin embargo, muchos judíos después tomaron estos versículos literalmente. Los varones judíos, de trece años o mayores, ataban *filacterias* a su frente y a su brazo izquierdo; las filacterias eran dos pequeñas cajas negras que contenían rollos diminutos de pergamino en los que estaban escritos cuatro pasajes de las Escrituras hebreas. Los judíos practicantes también ponían *mezuzoth* en los postes de las puertas de sus casas y edificios públicos; los *mezuzoth* eran pequeñas cajas de madera o metal que contenían dos rollos en los que estaban escritos este versículo y Deuteronomio 11:13-21. El maestro judío Maimónides dijo que los que consideraban los mezuzoth y las filacterias como amuletos de suerte eran ignorantes. No obstante, al obedecer las palabras de Moisés literalmente, muchos judíos pudieron haber encontrado que esos símbolos exteriores les sirvieron como fuertes recordatorios de su fe. Las cruces o imágenes de Jesús, cumplen un propósito similar en nuestros hogares.

Las palabras de Moisés ponen de relieve una verdad acerca de la educación cristiana que es significativa para nosotros tres mil quinientos años después. La trasmisión de la fe a nuestros hijos es sobre todo responsabilidad de los padres. Pablo escribió: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). Las buenas noticias acerca de Jesús y la vida que fluye de la fe cristiana son más bien contagiadas que enseñadas, porque los hijos siguen el ejemplo de los padres.

**<sup>10</sup>»Cuando Jehová, tu Dios, te haya introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, <sup>11</sup> con casas llenas de toda clase de bienes, las cuales tú no llenaste,**

**con cisternas cavadas, que tú no cavaste, y viñas y olivares que no plantaste, luego que comas y te sacies,<sup>12</sup> cuídate de no olvidarte de Jehová, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.<sup>13</sup> A Jehová, tu Dios, temerás, a él solo servirás y por su nombre jurarás.<sup>14</sup> No vayáis detrás de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos,<sup>15</sup> porque Jehová, tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso; su furor se inflamaría contra ti y te haría desaparecer de sobre la tierra.**

**<sup>16</sup>»No tentaréis a Jehová, vuestro Dios, como lo tentasteis en Masah.<sup>17</sup> Guardad cuidadosamente los mandamientos de Jehová, vuestro Dios, sus testimonios y los estatutos que te ha mandado.<sup>18</sup> Haz lo recto y bueno ante los ojos de Jehová, para que te vaya bien y llegues a poseer la buena tierra que Jehová juró dar a tus padres,<sup>19</sup> y para que él arroje a tus enemigos de delante de ti, como Jehová ha dicho.**

El noventa y cinco por ciento de Egipto es desierto; durante siglos, su único suministro de agua ha venido del desbordamiento del río Nilo cada primavera. En Canaán, los israelitas iban a encontrar condiciones dramáticamente diferentes: ciudades florecientes, cisternas cavadas, viñas, y olivares. En un ambiente tan próspero, existía el peligro de olvidar a Dios. Por medio del profeta Oseas, el Señor expresó su desilusión porque había sucedido precisamente eso: “En sus pastos se saciaron y, una vez repletos, se ensoberbeció su corazón; por esta causa se olvidaron de mí” (13:6).

Jesús respondió a las tres tentaciones de Satanás en el desierto con citas de Deuteronomio. Cuando Satanás prometió que iba a darle a Jesús todos los reinos del mundo y su esplendor si él tan sólo se postraba y lo adoraba, Jesús le respondió con el versículo 13: “A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás”. Cuando Satanás lo desafió para que se lanzara de la esquina suroriental del templo, Jesús le respondió con el versículo 16: “No tentaréis a Jehová vuestro Dios”. Moisés le advirtió a Israel, “No tomes por

sentada la misericordia del Señor. No pruebes su paciencia para ver qué tanto puedes desobedecer sin sufrir las consecuencias del pecado.” En Masah, una de las primeras paradas de Israel después de salir de Egipto una generación antes, los israelitas murmuraron y “tentaron a Jehová al decir: ‘¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?’” (Éxodo 17:7).

**<sup>20</sup>»Mañana, cuando te pregunte tu hijo: “¿Qué significan los testimonios, estatutos y decretos que Jehová nuestro Dios os mandó?”, <sup>21</sup> dirás a tu hijo: “Nosotros éramos siervos del faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa. <sup>22</sup> Jehová hizo delante de nuestros ojos señales y milagros grandes y terribles en Egipto, contra el faraón y contra toda su casa. <sup>23</sup> Y nos sacó de allá para traernos y darnos la tierra que prometió a nuestros padres. <sup>24</sup> Jehová nos mandó que cumplamos todos estos estatutos, y que temamos a Jehová, nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días y para que nos conserve la vida, como hasta hoy. <sup>25</sup> Y tendremos justicia cuando cuidemos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová, nuestro Dios, como él nos ha mandado”.**

¿Qué iban a significar todos estos estatutos y decretos para sus hijos y sus nietos? Moisés dijo que son significativos porque son la respuesta de amor que le damos a nuestro Señor por el gran rescate que realizó por nosotros. Aunque las futuras generaciones todavía no habían nacido cuando el Dios salvador separó las aguas y declaró que los padres de esas nuevas generaciones eran su pueblo, ellos aún podían decir: “Ésa es *mi* historia. Dios redimió a los miembros de *mi* familia, *yo también* fui rescatado allí.”

Podemos comprender mal las palabras de Moisés en el versículo 25, si las leemos fuera del contexto del pacto. El Señor reclamó a Israel primero, y por eso la obediencia de Israel fue una respuesta de gratitud por su rescate; la obediencia no le dio validez al pacto. San Pablo utilizó una expresión semejante cuando les

escribió a los corintios: “Pero por [Dios] estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30).

### *Expulsión de las naciones*

Las palabras anteriores de Moisés pusieron énfasis en la “unidad” del único verdadero Dios, y tenían fuertes advertencias contra la idolatría. Las palabras siguientes les advirtieron con igual fuerza a los israelitas que no toleraran la idolatría que iban a encontrar al oeste del río.

**7** »Cuando Jehová, tu Dios, te haya introducido en la tierra a la que vas a entrar para tomarla, y haya expulsado de delante de ti a muchas naciones: al heteo, al gergeseo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo; siete naciones mayores y más poderosas que tú, <sup>2</sup>y Jehová, tu Dios, te las haya entregado y las hayas derrotado, las destruirás del todo. No harás con ellas alianza ni tendrás de ellas misericordia. <sup>3</sup>No emparentarás con ellas, no darás tu hija a su hijo ni tomarás a su hija para tu hijo. <sup>4</sup>Porque apartará de mí a tu hijo, que serviría a dioses ajenos. Entonces el furor de Jehová se encenderá contra vosotros y os destruirá bien pronto. <sup>5</sup>Pero así habéis de hacer con ellos: sus altares destruiréis, quebraréis sus estatuas, destruiréis sus imágenes de Asera y quemaréis sus esculturas en el fuego. <sup>6</sup>Porque tú eres pueblo santo para Jehová, tu Dios; Jehová, tu Dios, te ha escogido para que le seas un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra.

En la tabla de las naciones, a los *heteos* se les describe como descendientes de Canaán (Génesis 10:15), y al comienzo de la carrera de Josué, el Señor prometió que le iba a dar a Israel “toda la tierra de los heteos” (Josué 1:4). El gran imperio heteo alcanzó su apogeo alrededor del año 1900 a.C., en un lugar muy al norte de Palestina, pero es posible que los heteos hubieran emigrado más

tarde hacia el sur hasta Canaán, o que “heteo” sea un término amplio, sin definición precisa. Los textos egipcios dicen que los *gergeseos* eran aliados de los heteos. Génesis 10:16 los nombra como descendientes de Canaán, y Josué 24:11 los ubica al occidente del río Jordán. El Antiguo Testamento usa los nombres *amorreos* y *cananeos* como una designación general de los pueblos antiguos del Cercano Oriente. Los ferezeos, al parecer, vivían en aldeas sin murallas a ambos lados del río Jordán, y Josué 17:15 dice que vivían en zonas boscosas. Parece que los heveos habitaron en su mayor parte en el norte; según Josué 9:7,17, vivían en cuatro ciudades confederadas, una de las cuales era Gabaón. Los *jebuseos* eran gente belicosa que ocupaba la zona montañosa cerca de Jerusalén.

Aunque no podemos identificar a todos esos pueblos con certeza, cuando el pueblo de Israel entró en la tierra prometida enfrentó a naciones que eran claramente más grandes y más poderosas que él.

El mandato del Señor nos parece severo: Las destruirás; no harás alianza con ellas; ni tendrás misericordia de ellas; no emparentarás con ellas. Como el Dios salvador llamó a Israel para ser luz a las naciones y ganar otros pueblos para él por medio de ellos, ¿no estaría en contra de las intenciones del Señor la destrucción masiva de los vecinos de Israel? Abraham Lincoln comentó una vez que era capaz de destruir a sus enemigos convirtiéndolos en sus amigos. ¿No pudo el Señor haber hecho lo mismo con esas naciones?

Más de seis siglos antes, el Señor le hizo una notable predicción a Abraham: “Ten por cierto que tu descendencia habitará en tierra ajena, será esclava allí y será oprimida cuatrocientos años... Y tus descendientes volverán acá en la cuarta generación, porque hasta entonces no habrá llegado a su colmo la maldad del amorreo” (Génesis 15:13,16). Dios esperó con paciencia mientras que los amorreos y otros pueblos de Palestina hacían rebosar sus copas de destrucción con su comportamiento pecaminoso. Dios no actuó imprudentemente, sino que les dio

mucho tiempo para que se arrepintieran y se volvieran de la adoración pecaminosa.

La adoración cananea tenía las costumbres más inmorales de la época, tales como la prostitución sagrada, el sacrificio de niños y la adoración a las serpientes. Las “estatuas” que Moisés menciona eran tal vez una representación de Baal, el dios de la fertilidad masculina que los cananeos adoraban. Las “imágenes de Asera” simbolizaban a Asera, la diosa de la fertilidad femenina. En Meguido, por ejemplo, los arqueólogos han descubierto un gran altar, construido aproximadamente en el año 1900 a.C., de dos metros de alto y nueve de diámetro, con escalones de piedra que conducían a la parte superior. Al lado había una columna de piedra (tal vez el símbolo para Baal) y cerca había un hueco para un poste en el que los arqueólogos sugieren que se encontraba una imagen de Asera.

Como la adoración a Baal asociaba el deseo de controlar las fuerzas de la naturaleza con pecados sexuales desenfrenados, esa adoración le ofrecía a Israel una tentación seductora extraordinaria. El impulso de conformarse a la costumbre local debió haber sido muy fuerte para el pueblo de Dios. Sin embargo, Israel fue una nación que el Señor formó para él, para que publicara sus alabanzas (Isaías 43:21). Por medio de ellos pensaba traer a nuestro mundo al Señor Jesús, quien iba a vivir y a morir para perdonar los pecados del mundo.

Aquí las palabras de Moisés recuerdan las palabras del Señor en el Sinaí: “Vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos... Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa” (Éxodo 19:5,6). No podía haber un acuerdo, ni tolerancia complaciente de la idolatría. Era cuestión de destruir o ser destruido, de mantenerse apartado o de ser contaminado y consumido.

Algunos han alegado que el mandato que dio el Señor de destruir la población de Canaán reflejaba una visión más primitiva y vengativa de Dios, que con el paso de los siglos se fue sustituyendo por un concepto más claro del Todopoderoso. Sin

embargo, Dios todavía permite que mueran miles de personas en catástrofes naturales, por enfermedades mortales y por medio de la crueldad humana. A pesar de que ninguna nación ocupa el lugar del pueblo del pacto de Dios del Antiguo Testamento, todavía Dios usa las fuerzas del hombre y de la naturaleza para gobernar su mundo en juicio y misericordia.

**<sup>7</sup>»No por ser vosotros el más numeroso de todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos, <sup>8</sup> sino porque Jehová os amó y quiso guardar el juramento que hizo a vuestros padres; por eso os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de la servidumbre, de manos del faraón, rey de Egipto. <sup>9</sup> Conoce, pues, que Jehová, tu Dios, es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta por mil generaciones, <sup>10</sup> pero que da su merecido, en su propia persona, al que le aborrece, destruyéndolo; a quien le odia, no se demora en darle en su propia persona el pago. <sup>11</sup> Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas.**

Israel pudo haberse preguntado: ¿Acaso nos escogió el Señor porque éramos más grandes y más numerosos que otras naciones? La selección que hizo el Señor no se basó en ninguna cualidad que Dios hubiera encontrado en Israel, sino que ocurrió debido a una cualidad de Dios. El viejo poema: “Qué extraño que Dios haya escogido a los judíos”, subraya lo inesperada e inmerecida que fue esa selección. Llamamos gracia a la notable misericordia y fidelidad de Dios hacia los pecadores, que no merecen ninguna de las dos.

C. S. Lewis una vez observó que hay algo *inescrupuloso* en la gracia de Dios; no escoge a los hombres para que sean suyos con el propósito de obtener algo de *ellos*. En cada uno de nosotros hay una pequeña voz que quiere pedir reconocimiento por la

selección de Dios, o se jacta porque el Señor nos escogió. Sin embargo, Jesús les dijo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Juan 15:16), y San Pablo agregó: “[Dios] nos escogió en [Cristo] antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo” (Efesios 1:4,5).

No obstante, aunque la gracia de Dios es tan maravillosa, los hombres pecadores aún tienen la impresionante y terrible capacidad de decir “no” a la gracia del Señor. Por eso Moisés agregó la advertencia de los versículos 10 y 11. “Pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). El autor de la carta a los Hebreos escribió: “Mirad bien, para que ninguno deje de alcanzar la gracia de Dios, y para que no brote ninguna raíz de amargura que os perturbe y contamine a muchos” (Hebreos 12:15).

**<sup>12</sup>»Por haber oído estos decretos, haberlos guardado y puesto por obra, Jehová, tu Dios, guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres. <sup>13</sup>Te amaré, te bendecirá y te multiplicará, bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, tu grano, tu mosto, tu aceite, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas, en la tierra que juró a tus padres que te daría. <sup>14</sup>Bendito serás más que todos los pueblos; no habrá en ti hombre ni mujer estéril, ni en tus ganados. <sup>15</sup>Apartará Jehová de ti toda enfermedad, y ninguna de las malas plagas de Egipto que tú conoces hará caer sobre ti, sino que las hará caer sobre todos los que te aborrezcan. <sup>16</sup>Destruirás a todos los pueblos que Jehová, tu Dios, te entrega. No tendrás piedad de ellos ni servirás a sus dioses, porque te será tropiezo.**

Los tres principales productos agrícolas en Palestina iban a ser los cereales, el vino y el aceite. Los israelitas iban a disfrutar las bendiciones del Señor en su trabajo, en su tierra y en sus familias, mientras llevaran vidas fieles a él. Moisés les aconsejó:

Jamás podrán hacer que las bendiciones vengan a sus vidas por complacer a los baales. Sólo con corazones agradecidos pueden aceptar estas bendiciones, porque el Dios del pacto se las regala.

Mientras en la antigüedad se pensaba que las fuerzas misteriosas de la tierra podían ser controladas si se trataba bien a los dioses, la actitud moderna le atribuye la lluvia y el sol, los campos fructíferos y la buena salud de los seres humanos a un conjunto de leyes fijas de la naturaleza, que han estado operando por millones de años. Incluso los cristianos que crecieron en el mundo moderno se pueden olvidar del poder divino que está detrás de las leyes naturales previsibles del mundo. Sin embargo, como Gilbert Keith Chesterton dijo una vez: “El sol no sale por la rotación de la tierra; sino porque Dios le dice: ‘¡levántate!’”<sup>7</sup>

**<sup>17</sup>»Si dices en tu corazón: “Estas naciones son mucho más numerosas que yo, ¿cómo las podré exterminar?”, <sup>18</sup> no les tengas temor. Acuérdate bien de lo que hizo Jehová, tu Dios, con el faraón y con todo Egipto, <sup>19</sup> de las grandes pruebas que vieron tus ojos, de las señales y milagros, de la mano poderosa y el brazo extendido con que Jehová, tu Dios, te sacó. Así hará Jehová, tu Dios, con todos los pueblos en cuya presencia tú temes. <sup>20</sup> También enviará Jehová, tu Dios, avispas contra ellos, hasta que perezcan los que queden y los que se hayan escondido de tu presencia. <sup>21</sup> No desmayes delante de ellos, porque Jehová, tu Dios, está en medio de ti, Dios grande y temible. <sup>22</sup> Jehová, tu Dios, irá expulsando a estas naciones de delante de ti poco a poco; no podrás acabar con ellas en seguida, para que las fieras del campo no se multipliquen contra ti. <sup>23</sup> Pero Jehová, tu Dios, las entregará delante de ti, y les causará grandes destrozos hasta que sean destruidas. <sup>24</sup> Él entregará sus reyes en tus manos, y tú borrarás sus nombres de debajo del cielo. Nadie te podrá resistir, hasta que los destruyas. <sup>25</sup> Quemarás las esculturas de sus dioses en el fuego; no codiciarás la plata ni el oro que**

**las recubren, ni los tomarás para ti, no sea que tropieces por ello, pues es una abominación para Jehová, tu Dios. <sup>26</sup> No llevarás ninguna cosa abominable a tu casa, para que no seas anatema. Del todo la aborrecerás y la abominarás, porque es anatema.**

Anteriormente Moisés quiso quitar de Israel cualquier sentimiento de orgullo por haber sido elegido el pueblo del Señor. Ahora deseaba quitar la emoción opuesta: el temor.

La promesa que hizo Moisés de que el Señor iba a enviar “avispas” entre los israelitas podría significar que iba a enviar esos insectos para destruir los cultivos y poner en peligro a la gente. El mismo Dios que dirigió sobrenaturalmente las fuerzas de la naturaleza a favor de Israel contra Egipto, también podía hacer lo contrario. No obstante, el Señor también podía enviar algunos otros agentes para atemorizar o incapacitar a los pueblos de Canaán para debilitarlos y para que fueran incapaces de resistir. La derrota que les infligió el Señor a los cananeos iba a ser igualmente decisiva, aunque decidió prolongar la conquista durante un período más largo.

La advertencia que hay en los versículos 25 y 26, presagia de una manera espeluznante lo que sucedió en realidad sólo unas semanas después, cuando Acán se apropió de una parte del botín de la batalla de Hai, que le pertenecía sólo al Señor. Israel perdió de inmediato la bendición del Señor en la guerra santa, fueron derrotados por completo en Hai, y Josué tuvo que identificar a Acán y separarlo del pueblo.

### *No se olviden del Señor*

Probablemente Moisés no pronunció este largo sermón de despedida en un solo día ni en una sola ocasión. Lo más probable es que Deuteronomio sea una serie de sermones que Moisés le predicó a Israel antes de morir. Lutero sugiere que el capítulo 8

contiene “un discurso nuevo y diferente”; creyó que Moisés pronunció el Deuteronomio durante un período de diez días o hasta varias semanas.

**8**»Cuidaréis de poner por obra todo mandamiento que yo os ordeno hoy, para que viváis, seáis multiplicados y entréis a poseer la tierra que Jehová prometió con juramento a vuestros padres. <sup>2</sup>Te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová, tu Dios, estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. <sup>3</sup>Te afligió, te hizo pasar hambre y te sustentó con maná, comida que ni tú ni tus padres habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre. <sup>4</sup>El vestido que llevabas puesto nunca envejeció, ni el pie se te ha hinchado en estos cuarenta años. <sup>5</sup>Reconoce asimismo en tu corazón, que, como castiga el hombre a su hijo, así Jehová, tu Dios, te castiga.

En nuestra mente surgen toda clase de preguntas cuando leemos que Dios “prueba” a sus hijos. Si Dios ya lo sabe todo, ¿por qué necesita “probar” al pueblo? ¿Con el fin de saber si creían o no? ¿O para descubrir cuánto creían? ¿Si Dios ya sabe cómo resultará su “prueba”, si sabe que vamos a fracasar, acaso él tiene la culpa de ello? ¿Dios tiene la culpa de que pequemos? El apóstol Santiago escribió: “Cuando alguno es tentado no diga que es tentado de parte de Dios, porque Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a nadie” (Santiago 1:13).

En efecto, Dios no pone a prueba a la gente para el bien *de él*, sino para el *nuestro*. Al hacerlo, nos permite descubrir lo que él ya conoce. Sus pruebas nos muestran que ha creado en nuestros corazones una fe más profunda y más fuerte de lo que pensábamos. Sus pruebas también ejercitan nuestra fe de manera muy parecida a la que usa un entrenador para organizar un partido con el

propósito de darle experiencia a su equipo. Tal vez el ejemplo más prominente de la manera como Dios “prueba” la fe de su pueblo sucedió cuando ordenó a Abraham que sacrificara a su hijo. Durante medio siglo, el Señor había puesto a Abraham en un programa de capacitación en la fe; esta última prueba reveló lo muy exitoso había sido ese programa en el corazón de Abraham. La respuesta obediente de Abraham al Señor fortaleció aun más su fe.

Moisés dijo que Dios condujo a Israel por el desierto para ponerlos a prueba. El propósito consistía en llevar a Israel a confiar más en él. La razón por la cual les dio bendiciones físicas era mostrarle a su pueblo que necesitaba mucho más que bendiciones físicas, y que él era capaz de dárselas. El Señor podía proveer con su palabra para todas las necesidades físicas de su pueblo, y también para las necesidades más grandes de su alma. Sin la Palabra de Dios, las bendiciones físicas en sí nunca serán suficientes. La sola comida no dará vida; la vida tiene dimensiones más profundas, que sólo Dios puede satisfacer. Christoph Blumhardt dijo: “Nuestra vida no tiene significado por sí misma; sólo tiene significado en relación con Dios”.<sup>8</sup>

Cuando el demonio tentó a Jesús en el desierto diciéndole: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes”, Jesús le respondió citando las palabras de Moisés en el versículo 3. Jesús pudo haber usado su poder milagroso para procurarse comida, pero si lo hubiera hecho, habría ido en contra de palabra y de la voluntad de su Padre. Jesús vino a nuestro mundo para hacer la voluntad del Padre que lo envió, y para realizar su obra (Juan 4:34); cualquier camino que lo alejara de la cruz de ninguna manera era un atajo.

**<sup>6</sup> Guardarás, pues, los mandamientos de Jehová, tu Dios, andando en sus caminos y temiéndolo. <sup>7</sup> Porque Jehová, tu Dios, te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes; <sup>8</sup> tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y**

**granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; <sup>9</sup> tierra en la cual no comerás el pan con escasez, y donde no te faltará nada; tierra cuyas piedras son de hierro y de cuyos montes sacarás cobre**

Sinué, un egipcio que viajaba por Canaán en el siglo XX antes de Cristo (500 años antes de Moisés), hizo una descripción muy vívida de esa tierra: “Era una tierra buena... Había higos y uvas. Tenía más vino que agua. Su miel era abundante, sus aceitunas copiosas. En sus árboles había toda clase de frutos. Allí había cebada y trigo de verano. No había límite para ninguna clase de ganado.”<sup>9</sup>

Las montañas del sur del Líbano y el territorio que está al oriente del mar de Galilea, tenían hierro. Los arqueólogos han descubierto evidencia de minas y fundiciones de cobre en el desierto del Arabá, al sur del mar Muerto. Los geólogos han explorado los campos vecinos y han visto que se encuentran minas de cobre y hierro.

**<sup>10</sup> Allí comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová, tu Dios, por la buena tierra que te habrá dado.**

**<sup>11</sup> »Cuidate de no olvidarte de Jehová, tu Dios, para cumplir los mandamientos, decretos y estatutos que yo te ordeno hoy; <sup>12</sup> no suceda que comas y te sacies, edifiques buenas casas y las habites, <sup>13</sup> cuando tus vacas y tus ovejas aumenten, la plata y el oro se te multipliquen y todo lo que tengas se acreciente, <sup>14</sup> se ensoberbezca tu corazón y te olvides de Jehová, tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre; <sup>15</sup> que te hizo caminar por un desierto grande y espantoso, lleno de serpientes venenosas y de escorpiones; que en una tierra de sed y sin agua te sacó agua de la roca del pedernal; <sup>16</sup> que te sustentó con maná en el desierto, comida que tus padres no habían conocido, afligiéndote y probándote, para a la postre hacerte bien, <sup>17</sup> y digas en tu corazón: “Mi poder y la fuerza de mi mano me**

**han traído esta riqueza”;** <sup>18</sup> **sino acuérdate de Jehová, tu Dios, porque él es quien te da el poder para adquirir las riquezas, a fin de confirmar el pacto que juró a tus padres, como lo hace hoy.**

**<sup>19</sup>»Pero si llegas a olvidarte de Jehová, tu Dios, y vas tras dioses ajenos, los sirves y ante ellos te inclinas, yo lo afirmo hoy contra vosotros, que de cierto pereceréis. <sup>20</sup> Como las naciones que Jehová destruirá delante de vosotros, así pereceréis, por cuanto no habréis atendido a la voz de Jehová, vuestro Dios.**

“Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación” (Santiago 1:17). Dios quiso que Israel disfrutara de esta buena tierra. La idea de que Dios es un anciano miserable y refunfuñón que quiere estropear toda nuestra diversión es una triste perversión de la verdad. Salomón escribió: “Lo bueno es comer y beber, y gozar de los frutos de todo el trabajo con que uno se fatiga debajo del sol... Asimismo, a todo hombre a quien Dios da bienes y riquezas, le da también facultad para que coma de ellas, tome su parte y goce de su trabajo. Esto es don de Dios” (Eclesiastés 5:18,19).

El problema surge cuando la gente disfruta de tanta prosperidad que llega a olvidarse de Dios, quien es el que se la dio. Los israelitas podían enorgullecerse y dejar de considerar la manera como Dios los rescató para que disfrutaran de esta tierra. Podemos jactarnos de que “hemos alcanzado nuestra posición gracias a nuestros propios esfuerzos”, porque somos inteligentes o trabajamos duro. Al darles el maná en el desierto, el Señor hizo evidente que ellos no lo ganaron. En esta nueva tierra, Israel todavía iba a tener que recordar que la capacidad para trabajar también es un don de Dios.

Un viejo proverbio alemán dice: “Se necesitan piernas fuertes para sostenerse bajo la carga de los días buenos”. Juan Wesley comentó sobre la relación entre el éxito material y la fe religiosa:

Temo que siempre que las riquezas aumentan, la esencia de la religión disminuye en la misma proporción... La religión debe producir inevitablemente laboriosidad y frugalidad, y éstas sólo pueden producir riquezas. Sin embargo, a medida que las riquezas aumentan, aumentará el orgullo, la furia y el amor del mundo en todos sus aspectos.<sup>10</sup>

Necesitamos la advertencia del salmista: “Si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas” (Salmo 62:10).

### ***No por la justicia de Israel***

Moisés le recordó a Israel que el Señor no los había escogido anteriormente por ser una nación más grande que otras. Ahora le advierte a Israel contra una segunda idea equivocada: tampoco los estaba escogiendo por ser una mejor nación.

**9** »Oye, Israel: tú vas hoy a pasar el Jordán, para entrar a poseer a naciones más numerosas y más poderosas que tú, ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo,<sup>2</sup> un pueblo grande y alto, los hijos de los anaceos, de los cuales tienes tú conocimiento, y de quienes has oído decir: “¿Quién se sostendrá delante de los hijos de Anac?”<sup>3</sup> Entiende, pues, hoy, que es Jehová, tu Dios, el que pasa delante de ti como fuego consumidor, quien los destruirá y humillará en tu presencia. Tú los echarás y los destruirás en seguida, como Jehová te ha dicho.

El Señor no sólo iba delante de los israelitas, sino también ejerció su asombroso poder al lado de ellos y por medio de ellos para asegurar la victoria. Israel no ganó la batalla. Al contrario, Israel era el representante de Dios, y la victoria fue de él. En Josué 11:21, se describe a los anaceos que habitaban una gran parte de Palestina antes de que Israel se estableciera allí, y la referencia que

hace Israel de que los anaceos eran un pueblo “grande y alto” hace eco a lo que una generación antes los espías dijeron respecto de ellos en Cades (Números 13:2).

**<sup>4</sup>»Cuando Jehová, tu Dios, los haya echado de delante de ti, no digas en tu corazón: “Por mi justicia me ha traído Jehová a poseer esta tierra”, pues por la impiedad de estas naciones Jehová las arroja de delante de ti. <sup>5</sup>No por tu justicia ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones Jehová, tu Dios, las arroja de delante de ti, y para confirmar la palabra que Jehová juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. <sup>6</sup>Por tanto, has de saber que Jehová, tu Dios, no te da en posesión esta buena tierra por tu justicia, porque pueblo terco eres tú.**

La “justicia” es lo que es correcto o bueno, la norma según la cual se van a medir las acciones de una persona. En la sala de un tribunal humano, cada juez justo sopesará la evidencia y declarará a la persona “inocente” si el testimonio lo confirma, pero la declarará “culpable” si no es justa.

Después de que Palestina llegara a ser su hogar, los israelitas no iban a poder argumentar que estaban “en lo correcto” y que el Señor estaba obligado a darles la tierra como recompensa por ser buenos. En la Escritura, los autores inspirados de Dios repitieron lo que dijo Moisés, no sólo acerca de Israel, sino también respecto a nosotros. “Ciertamente no hay en la tierra hombre tan justo, que haga el bien y nunca peque” (Eclesiastés 7:20). “No hay justo, ni aun uno; no hay quién entienda, no hay quién busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quién haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:10-12). El pecado es algo que está dentro de nosotros, algo que ha contaminado nuestro ser más íntimo, y no se puede componer con remedios externos. Dwight Moody dijo: “Pintar la bomba blanca no hará el agua pura”.<sup>11</sup>

En cambio, Moisés llamó a Israel pueblo “terco”. En el hebreo, literalmente dice: “duro de cerviz”, comparando al pueblo con un asno que obstinadamente pone rígidos los músculos de su cuello para que el granjero no lo pueda controlar, aunque pueda tener freno y brida en el hocico. El Señor dijo por medio de Jeremías: “Fueron hacia atrás y no hacia adelante desde el día que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto hasta hoy. Os envié todos los profetas, mis siervos; los envié desde el principio y sin cesar. Pero no me escucharon ni inclinaron su oído, sino que endurecieron su corazón e hicieron peor que sus padres” (Jeremías 7:24-26). Esteban le dijo a la generación que crucificó a Jesús: “¡Duros de cerviz! ¡Incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis entregado y matado” (Hechos 7:51,52).

Entonces, ¿qué explicación podemos ofrecer para que Israel heredara la tierra? Ciertamente, como Moisés dijo antes, fue por la misericordia del Señor que dio la tierra a Israel. Sin embargo, fue también una parte del gobierno justo de Dios sobre el mundo que decidió usar a Israel como herramienta para juzgar a los pueblos que vivían en Canaán.

### ***El becerro de oro***

Moisés había dicho que Israel era un pueblo “duro de cerviz”, empleando el término con el que el Señor lo había llamado cuarenta años atrás en el Sinaí, después de que el pueblo fabricó el becerro de oro (Éxodo 32:9). Moisés no sólo repitió esto, sino otras historias de su pasado para ilustrar que su opinión era justificada.

**<sup>7</sup>»Acuérdate, no olvides que has provocado la ira de Jehová, tu Dios, en el desierto; desde el día en que saliste de**

la tierra de Egipto, hasta que entrasteis en este lugar, habéis sido rebeldes a Jehová. <sup>8</sup> En Horeb provocasteis a ira a Jehová, y se enojó Jehová contra vosotros para destruirlos. <sup>9</sup> Cuando yo subí al monte para recibir las tablas de piedra, las tablas del pacto que Jehová hizo con vosotros, estuve entonces en el monte cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua. <sup>10</sup> Jehová me dio las dos tablas de piedra escritas por el dedo de Dios, y en ellas estaban escritas todas las palabras que os habló Jehová en el monte, de en medio del fuego, el día de la asamblea. <sup>11</sup> Al cabo de los cuarenta días y cuarenta noches, Jehová me dio las dos tablas de piedra, las tablas del pacto, <sup>12</sup> y me dijo: “Levántate, desciende pronto de aquí, porque el pueblo que sacaste de Egipto se ha corrompido. Bien pronto se han apartado del camino que yo les mandé y se han hecho una imagen de fundición”.

<sup>13</sup> »También me dijo Jehová: “He observado a este pueblo y he visto que es un pueblo terco. <sup>14</sup> Déjame que los destruya y borre su nombre de debajo del cielo, y yo te pondré sobre una nación fuerte y mucho más numerosa que ellos”.

<sup>15</sup> »Yo me volví y descendí del monte, el cual ardía en llamas, con las tablas del pacto en mis dos manos. <sup>16</sup> Miré y vi que habíais pecado contra Jehová, vuestro Dios: os habíais hecho un becerro de fundición, apartándoos bien pronto del camino que Jehová os había señalado. <sup>17</sup> Entonces tomé las dos tablas, las arrojé de mis dos manos y las quebré delante de vuestros ojos. <sup>18</sup> Luego me postré delante de Jehová, y como antes hice, durante cuarenta días y cuarenta noches no comí pan ni bebí agua, a causa de todo el pecado que habíais cometido haciendo el mal ante los ojos de Jehová para enojarlo. <sup>19</sup> Porque temí a causa del furor y de la ira con que Jehová estaba enojado contra vosotros hasta querer destruirlos. Pero Jehová me escuchó una vez más. <sup>20</sup> Contra Aarón también se enojó mucho Jehová hasta querer destruirlo. Yo también oré por Aarón en aquel entonces.

**<sup>21</sup> Luego tomé el objeto de vuestro pecado, el becerro que habíais hecho, lo quemé en el fuego y lo desmenucé, moliéndolo muy bien, hasta que quedó reducido a polvo, y eché aquel polvo en el arroyo que descendía del monte.**

Moisés decidió volver a contar la historia del becerro de oro, no en el orden cronológico en que ocurrió, sino destacando los incidentes más importantes. Dijo: “Acuérdate; no olvides”. Esta nueva generación de israelitas estaba hecha de la misma materia pecaminosa que sus padres y era completamente capaz de cometer el mismo tipo de rebelión contra su Dios.

¿De dónde había tomado Israel la idea de representar al Señor en la forma de un becerro de oro? Algunos han sugerido que esa imagen era similar a las imágenes de las bestias que se usaban en otras religiones del Cercano Oriente; esas imágenes servían de pedestales para sostener a sus dioses. Con frecuencia Baal fue representado montado sobre un toro. Tal vez Israel estaba tratando de adorar al verdadero Dios con la imagen de un becerro de oro, y el becerro era el resultado de su esfuerzo por representarlo o de simbolizar su presencia en la forma de algo que ellos pudieran ver. Sin embargo, si esto fue lo que ocurrió, algunos de los Israelitas pudieron haber pensado que el Señor no era diferente de los dioses falsos que adoraban sus vecinos.

Cuando Moisés supo que los israelitas se habían hecho culpables de adoración idólatra, despedazó las dos tablas de piedra en las que el Señor había escrito los Diez Mandamientos. Tenía toda la razón para enojarse por el pecado del pueblo, como nos cuenta el relato de Éxodo: “Se enfureció y arrojó de sus manos las tablas, y las quebró al pie del monte” (32:19).

Sin embargo, esa acción de Moisés también pudo haber tenido un significado simbólico para el pacto. Varios documentos de tratados que se hacían en el antiguo Cercano Oriente contenían la estipulación de que si una de las partes en el tratado entre un soberano y un vasallo rompía el pacto, la otra parte quebraba y

quemaba el documento del tratado, para indicar de manera pública que se había roto el pacto. Al quebrar las dos tablas de piedra, Moisés pudo haber actuado como vocero de Dios, declarando públicamente que Israel había roto su pacto con el Señor. La única manera de renovar un pacto roto era elaborar un nuevo documento del pacto aceptable para las dos partes.

Las palabras de Moisés también recuerdan el valor que demostró cuando sirvió de mediador de parte de Israel delante de Dios. Moisés dijo: “Jehová estaba enojado contra vosotros hasta querer destruirlos”, pero Moisés habló a Jehová para interceder por ellos para que no murieran. En la siguiente parte Moisés les dio más información acerca de su papel de mediador de Israel.

**<sup>22</sup>»También en Tabera, en Masah y en Kibrot-hataava provocasteis a ira a Jehová. <sup>23</sup>Y cuando desde Cades-barnea Jehová os mandó: “Subid y poseed la tierra que yo os he dado”, también fuisteis rebeldes al mandato de Jehová, vuestro Dios, y no le creísteis ni obedecisteis a su voz. <sup>24</sup>Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día en que yo os conozco.**

Lo que ocurrió en el Sinaí ocurrió también en otros lugares durante el viaje. El becerro de oro fue un ejemplo característico de la actitud que tenía Israel hacia el Señor, y típico de su comportamiento en el desierto. En Tabera, el pueblo se quejó (Números 11:1-3). En *Masah* pusieron a prueba a Dios (Éxodo 17:1-7; Números 20:10-13). En *Kibrot-hataava* se quejaron del maná (Números 11:31-34). En *Cades-barnea*, en la profundidad de su desobediencia, aceptaron el informe de los diez espías que formaban la mayoría, quisieron regresar a Egipto y toda la generación perdió la oportunidad de entrar en la tierra prometida (Números 13:1-14:45). Moisés no sólo reveló los síntomas de la enfermedad de Israel, sino también diagnosticó su causa: “No le creísteis”.

¿Cómo podrían alguna vez los israelitas pensar que el Señor los había escogido a causa de la justicia de ellos? “Rebeldes habéis sido a Jehová desde el día que yo os conozco.”

**<sup>25</sup>»Me postré, pues, delante de Jehová; cuarenta días y cuarenta noches estuve postrado, porque Jehová dijo que os había de destruir. <sup>26</sup>Y oré a Jehová diciendo: Señor Jehová, no destruyas a tu pueblo, a la heredad que has redimido con tu grandeza y que sacaste de Egipto con mano poderosa. <sup>27</sup>Acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac y Jacob; no mires la dureza de este pueblo, su impiedad ni su pecado, <sup>28</sup>no sea que digan los de la tierra de donde nos sacaste: “Por cuanto no pudo Jehová introducirlos en la tierra que les había prometido, o porque los aborrecía, los sacó para matarlos en el desierto”. <sup>29</sup>Ellos son tu pueblo, la heredad que sacaste con tu gran poder y con tu brazo extendido.**

En su audaz papel como mediador de Israel, Moisés nunca trató de disminuir el pecado de Israel. Nunca dijo: “¡Pero Señor, ellos no eran tan malos! ¡Una vez al año no hace daño! ¡Así son los chicos!” Esa justificación hubiera insultado la justicia del Señor y hubiera evaluado mal la profundidad y la naturaleza trágica del pecado. En cambio, Moisés apeló a *la promesa del Señor*: “Señor, tú les prometiste a Abraham, Isaac y Jacob que ibas a hacer de su descendencia una gran nación. Cumpliste tu promesa. ¿Cómo puedes ahora faltar a tu palabra? ¡Tienes que cumplir tus promesas; si no lo haces, no eres Dios!” Moisés también alegó *la reputación del Señor*: “Sí, Señor, tienes todo el derecho de destruir a este pueblo, ellos rompieron el pacto, tú no. ¿Pero qué pensarán las naciones vecinas? Dirán que odiaste a tu pueblo Israel y que quisiste destruirlos. ¡No permitas que tus enemigos digan eso de ti!”

Aprendemos una lección brillante de la angustiada oración de Moisés. Esa oración nos recuerda con claridad la manera cómo Dios evalúa el pecado, es decir, que habla muy en serio contra el

pecado, lo odia y lo castigará. Vivimos en una época en la que hay muchos que tienen una conciencia no muy sensibilizada en cuanto al pecado. Podemos estar tentados a adoptar la visión del pecado que tiene nuestro vecino, en lugar de la del Señor. En lugar de admitir: “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23), nos gustaría decir: “Todo el mundo experimenta una caída ocasional y momentánea que no alcanza el ideal absoluto, pero nadie es perfecto. ¡No se preocupe y sea feliz!” El pecado florece cuando lo tratamos como a una mansa paloma en lugar de tratarlo como a una víbora de cascabel.

Las palabras de Moisés también prefiguraban la manera cómo Dios iba a tratar con el pecado. Cuando Moisés le suplicó al Señor en el Sinaí, tuvo que decir: “Te ruego que perdones ahora su pecado, y si no, *bórrame del libro que has escrito*” (Éxodo 32:32). Aunque el ofrecimiento de Moisés era muy sincero, la verdad es que los pecadores jamás pueden esperar justificarse a sí mismos con sus mejores esfuerzos ante el Dios perfecto. Los pecadores necesitan al mediador sin pecado para que interceda entre ellos y Dios, el mediador que pueda darle a Dios la satisfacción de su justicia que ellos no pudieron ofrecer, que pueda quitar el castigo que merecían, al ser castigado en su lugar. Tenemos ese mediador en Jesús. Dios declara inocentes a los pecadores por causa de la vida que ese *alguien más* llevó y la muerte que ese *alguien más* sufrió. San Pablo explicó la forma como Dios trata con el pecado: “Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos” (1 Timoteo 2:5,6).

### ***Tablas de piedra como las primeras***

En el antiguo Cercano Oriente, si se violaba un convenio, sólo se podía restablecer después de que se prepararan nuevos documentos del convenio y que ambas partes hicieran un nuevo juramento de lealtad. Después de la idolatría de Israel con el becerro de oro, se necesitaba que ocurriera eso entre el Señor e

Israel. Cuando Moisés de nuevo volvió a contar estos eventos no estaba tan interesado en organizar los acontecimientos en orden cronológico sino en organizar su material para llevar a Israel a contestar una pregunta muy importante: “¿Qué exige el Señor de vosotros?”

**10**»En aquel tiempo Jehová me dijo: “Lábrate dos tablas de piedra como las primeras, y sube hasta mí al monte. Hazte también un Arca de madera. <sup>2</sup>Yo escribiré en esas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste, y tú las pondrás en el Arca”.

<sup>3</sup>»Hice un Arca de madera de acacia, labré dos tablas de piedra como las primeras y subí al monte con las dos tablas en mis manos. <sup>4</sup>Él escribió en las tablas lo mismo que había escrito antes: los diez mandamientos que Jehová había proclamado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea. Y me las entregó Jehová. <sup>5</sup>Entonces me volví, descendí del monte y puse las tablas en el Arca que había hecho. Allí están todavía, como Jehová me lo mandó.

Según Éxodo, el Arca del pacto fue construida después de que Moisés escribió la segunda copia de los Diez Mandamientos (Éxodo 34:1-4; 37:1-9). Aquí Moisés posiblemente reorganizó el orden de los eventos porque su principal interés no era cronológico, o tal vez el “Arca” que describió fue un cofre temporal, hasta que se construyera un Arca más permanente.

El segundo juego de tablas de piedra era idéntico al primero que Moisés había quebrado. El Señor perdonó el pecado de Israel que había violado el primer acuerdo. No estableció nuevas estipulaciones en el nuevo acuerdo, sino que éste, como el antiguo, se basaba en el amor del Señor, y el gran rescate de su pueblo de la esclavitud en Egipto.

Cuando se ponía en efecto un pacto en el antiguo Cercano Oriente, cada parte ponía una copia del documento en su templo. La gente con frecuencia creía que los dioses de las dos naciones

“iban a vigilar” el pacto y, si una parte lo violaba, traería juicio sobre la parte transgresora. Al mandarle a Moisés que pusiera las nuevas tablas de piedra en el Arca del pacto, el Señor pudo haberle mostrado a su pueblo que “iba a vigilar” su pacto. La presencia constante del Arca con el pacto en ella le iba a recordar a Israel que su relación con el Señor dependía sólo de la bondad y misericordia del Señor.

**<sup>6</sup>»(Después salieron los hijos de Israel de Beerot-bene-jaacán a Mosera. Allí murió Aarón y allí fue sepultado. Le sucedió en el sacerdocio su hijo Eleazar. <sup>7</sup>De allí partieron a Gudgoda, y de Gudgoda a Jotbata, tierra de arroyos de aguas. <sup>8</sup>En aquel tiempo apartó Jehová la tribu de Leví para que llevara el Arca del pacto de Jehová, para que estuviera delante de Jehová y lo sirviera, y para bendecir en su nombre, hasta el día de hoy. <sup>9</sup>Por eso Leví no tuvo parte ni heredad entre sus hermanos: Jehová es su heredad, como Jehová, tu Dios, le dijo.)**

El orden de las paradas de Israel en el desierto que se enumeran aquí (Beerot-bene-jaacán a Mosera a Gudgoda a Jotbata) parece contradecir la secuencia que se menciona en Números 33:31-33 (Moserot a Bene-jaacán a Gidgad a Jotbata). Sin embargo, esta aparente discrepancia desaparece cuando se aclara que la lista de las paradas que aparece en Deuteronomio incluye los lugares donde se detuvieron *después* de que estuvieron en Cades, lo que se menciona en Números 33:37 sin dar la lista de los nombres de todas las paradas.

Aunque aquí Moisés dice que Aarón murió en Mosera, en Números 20:22 y 33:38, informó que Aarón murió en el monte Hor. Mosera era tal vez el nombre del lugar en general, y el monte Hor un pico particular en el lugar. Moisés repitió más adelante (Deuteronomio 32:50) que Aarón murió en el monte Hor. La muerte de Aarón se registró antes, pero se repitió aquí para confirmar que el Señor les restauró el sacerdocio a Aarón y a sus

descendientes, a pesar de su pecado con el becerro de oro. Moisés recordó aquí esos detalles para poner énfasis en la misericordia y el perdón de Dios.

En Éxodo 32:25-29, se dan detalles adicionales sobre el papel de los levitas. El Señor los escogió para su servicio porque mostraron gran celo por él. Moisés lo mencionó otra vez cuando bendijo a las tribus antes de morir (Deuteronomio 33:8-11).

Los levitas tenían tres funciones: (1) Debían *transportar los muebles del Tabernáculo*. Según Números 4, los coatitas debían cuidar y transportar el Arca y otras “objetos santísimos”; los gersonitas, las cortinas y las cubiertas del Tabernáculo; y los meraritas, las tablas del Tabernáculo, sus columnas y sus basas, las columnas del atrio alrededor y sus basas, sus estacas y sus cuerdas, con todos sus instrumentos y todo su servicio. (2) Debían *representar al pueblo ante Dios* ofreciendo sacrificios y orando por el pueblo. En Números 8, el Señor explicó a Moisés: “Yo he dado los levitas, como un don, a Aarón y a sus hijos, de entre los hijos de Israel, para que ejerzan el ministerio de los hijos de Israel en el Tabernáculo de reunión, y reconcilien a los hijos de Israel” (Números 8:19). (3) Debían *representar a Dios ante el pueblo* pronunciando su bendición sobre ellos. “Jehová habló a Moisés y le dijo... ‘Así bendeciréis a los hijos de Israel. Les diréis:

Jehová te bendiga

y te guarde;

Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti

y tenga de ti misericordia;

Jehová alce sobre ti su rostro

y ponga en ti paz.

Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré”’. (Números 6:22-27)

**<sup>10</sup> Y yo estuve en el monte, como la primera vez, cuarenta días y cuarenta noches. Jehová también me escuchó esta vez y no quiso destruirte. <sup>11</sup> Me dijo Jehová: “Levántate, disponte a marchar delante del pueblo, para que entren y**

## **tomen posesión de la tierra que juré a sus padres que les había de dar”.**

La intercesión de Moisés por Israel tuvo éxito. “Entonces Jehová se arrepintió del mal que dijo habría de hacer a su pueblo” (Éxodo 32:14).

No nos agrada repasar este triste capítulo de la historia de Israel. ¿Por qué revivir el pasado? ¿Por qué recordar viejos pecados y faltas pasadas? Las palabras de Moisés confirman lo que Dios enseña en toda la Escritura: (1) Dios lleva a cabo el gran rescate de su pueblo. (2) Perdona misericordiosamente el pecado por motivos propios. (3) Restaura al pueblo para que le sirva a él y a otros.

### *Temer al Señor*

**<sup>12</sup>»Ahora, pues, Israel, ¿qué pide de ti Jehová, tu Dios, sino que temas a Jehová, tu Dios, que andes en todos sus caminos, que ames y sirvas a Jehová, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, <sup>13</sup>que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?**

Note el orden en el que Moisés enumeró estos requisitos y cómo se interrelacionan. Primero viene el temor y el respeto a Dios, que surge de la conciencia de nuestro pecado y culpa, pero que se calma con las buenas noticias del perdón. Entonces podemos amarlo a él. “Nosotros lo amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). Entonces podemos andar por los caminos de Dios y servirle con el nuevo corazón y la nueva vida, como consecuencia de la fe. Jesús dijo: “El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto” (Juan 15:5). Una vez Lutero comentó: “La ley puede indicarle a usted el camino por dónde ir, pero no le puede dar a sus piernas la fortaleza para llegar allá. Sólo las buenas nuevas de Dios pueden hacer eso.”

**<sup>14</sup>De Jehová, tu Dios, son los cielos y los cielos de los cielos, la tierra y todas las cosas que hay en ella. <sup>15</sup>Sin embargo, solamente de tus padres se agradó Jehová y los amó; y después de ellos escogió su descendencia, a vosotros, de entre todos los pueblos, como sucede hoy.**

**<sup>16</sup>»Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezáis más vuestra cerviz. <sup>17</sup>Porque Jehová, vuestro Dios, es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni recibe sobornos, <sup>18</sup>que hace justicia al huérfano y a la viuda, que ama también al extranjero y le da pan y vestido.**

**<sup>19</sup>Amaréis, pues, al extranjero, porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.**

**<sup>20</sup>»A Jehová, tu Dios, temerás, a él sólo servirás, a él seguirás y en su nombre jurarás. <sup>21</sup>Él es el objeto de tu alabanza y él es tu Dios, que ha hecho contigo estas cosas grandes y terribles que tus ojos han visto. <sup>22</sup>Con setenta personas descendieron tus padres a Egipto, pero ahora Jehová ha hecho que te multipliques como las estrellas del cielo.**

Dios no trata de explicarnos *por qué* nos ama, nunca lo entenderíamos si lo hiciera. Sólo nos asegura que *sí* nos ama. ¿Qué otra cosa podemos hacer sino creer y estar agradecidos? Su amor no tiene nada que ver con ninguna cualidad o logro que Dios viera en nosotros. Charles Spurgeon dijo: “No seáis orgullosos por raza, apariencia, lugar o gracia”.<sup>12</sup> La gracia no es sólo obtener algo que no merecemos; es obtener *exactamente lo opuesto* de lo que merecemos.

Desde luego, la circuncisión era un acto físico que se realizaba en todos los niños judíos a los ocho días de nacidos, como una señal del pacto del Salvador. Sin embargo, Moisés explicó que más allá del acto físico, la circuncisión tenía un significado espiritual: “Circuncidad... vuestro corazón”. El corazón incircunciso era el que se endurecía ante la gracia de Dios.

Más tarde, el profeta Jeremías describió qué eran los oídos que eran “incircuncisos, y no pueden escuchar; y la palabra de Jehová les es cosa vergonzosa, ¡no la aman!” (6:10). Llamó “incircuncisa de corazón” a toda la casa de Israel (9:26). No obstante, cuando el Señor penetra el duro corazón de una persona, los oídos se destapan y los corazones incircuncisos se abren a la gracia de Dios. Pablo les dijo a los Romanos: “No es judío el que lo es exteriormente, *ni es circuncisión la que se hace exteriormente en la carne*; sino que es judío el que lo es en lo interior, *y la circuncisión es la del corazón, en espíritu*, y no según la letra” (Romanos 2:28,29).

Moisés acumuló una colección notable de títulos; todos ponían énfasis en que Dios el Salvador es único e incomparable. Dios mantiene su gobierno absoluto en el universo que diseñó. No hay otro “dios”, ni otro “señor”, como él. Es un poderoso guerrero que peleó por Israel. No hace acepción de personas ni admite soborno. “Para Dios no hay acepción de personas” (Romanos 2:11). ¿No conmovería esto a Israel para alabarlo por lo *grande* que él es? Sin embargo, con todo su poder, se inclina para cuidar a las personas más pequeñas y más humildes de su mundo, que no pueden sobrevivir por su cuenta, a quienes los demás muchas veces explotan. ¿No conmovería esto a Israel para alabarlo por lo *misericordioso* que es él?

Dios quería que Israel mostrara amor a los débiles, a los impotentes y a los extranjeros como evidencia de un corazón en verdad circuncidado. Quiere que seamos como él. “Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros” (1 Juan 4:11).

En vista de estas muchas expresiones brillantes de la misericordia de Dios, ¿cómo pudieron los fariseos en el tiempo de Jesús hacerse tan legalistas, basando su relación con Dios en la buena conducta de ellos? ¿Cómo han podido tantos cristianos e iglesias cristianas, durante los siglos, incluir los logros humanos como parte de su esperanza de ser salvos? C. S. Lewis comentó:

Si había alguna idea de que Dios nos haya preparado algo como un examen que podríamos aprobar por nuestro mérito, hay que eliminarlo. Si había alguna idea de algún tipo de convenio, una idea de que pudiéramos cumplir nuestra parte del acuerdo y de este modo obligar a Dios, por simple justicia, a cumplir con su parte, hay que eliminarlo...

Cualquiera que tenga alguna vaga creencia en Dios, antes de convertirse al cristianismo, tiene la idea de un examen o de un convenio. El primer resultado del cristianismo es hacer pedazos esa idea.<sup>13</sup>

Sin embargo, a los fariseos y a los que están dentro de la iglesia cristiana, difícilmente se les puede considerar desconocedores del mensaje. Entonces, ¿de dónde surgen esos pensamientos? Las confesiones luteranas lo llaman la “opinión acerca de la ley”, una “manera legalista de pensar”:

Es verdad que las obras les entran a los hombres por los ojos. Por naturaleza, la razón humana las admira, y como no alcanza a percibir sino las obras, no entiende ni tiene en cuenta la fe. Por eso sueña que las obras merecen perdón de pecados y justifican. Esta opinión acerca de la ley es inherente a los ánimos de los hombres por naturaleza, y no pueden desecharla hasta que son enseñados desde lo alto.<sup>14</sup>

Esta “opinión acerca de la ley” se adhiere obstinadamente al corazón de todas las personas, incluso en aquellos a quienes el Espíritu Santo ha llevado a la fe. Esta “opinión acerca de la ley” prefiere las obras a las doctrinas; nos lleva a tratar de atribuirnos crédito por nuestra salvación. Por naturaleza encontramos más razonable creer que debemos hacer algo para ser salvos que creer las buenas noticias de que Dios en Cristo ya ha hecho todo lo que se tenía que hacer para salvarnos.

*Amar y obedecer al Señor*

**11** »Amarás, pues, a Jehová, tu Dios, y guardarás sus ordenanzas, sus estatutos, sus decretos y sus mandamientos, todos los días. <sup>2</sup> Comprended hoy —no hablo de vuestros hijos, que no han sabido ni visto el castigo de Jehová, vuestro Dios, su grandeza, su mano poderosa, ni su brazo extendido <sup>3</sup> las señales y las obras que hizo en medio de Egipto contra el faraón, rey de Egipto, y toda su tierra; <sup>4</sup> lo que hizo con el ejército de Egipto, con sus caballos y sus carros; cómo precipitó Jehová las aguas del Mar Rojo sobre ellos cuando venían tras vosotros y los destruyó hasta hoy; <sup>5</sup> lo que ha hecho con vosotros en el desierto hasta vuestra llegada a este lugar; <sup>6</sup> lo que hizo con Datán y Abiram, hijos de Eliab hijo de Rubén; cómo abrió su boca la tierra y los tragó con sus familias, sus tiendas y todo su ganado en medio de todo Israel—, <sup>7</sup> pues vuestros ojos han visto todas las grandes obras que Jehová ha hecho.

La audiencia a la que ahora se estaba dirigiendo Moisés en los valles de Moab era diferente de la que había sido testigo de las potentes obras del Señor en el desierto. Los que tenían 20 años de edad o menos cuando sus padres se rebelaron en Cades, ahora tenían entre 40 y 60 años.

Esta generación no había visto por sí misma lo que Dios había hecho.

[Jehová] volvió sus aguas en sangre  
y mató sus peces.  
Su tierra produjo ranas  
Hasta en las cámaras de sus reyes.  
Les dio granizo por lluvia  
y llamas de fuego en su tierra  
Habló, y vinieron langostas  
y pulgón sin número;

Hirió de muerte a todos los primogénitos en su tierra,  
las primicias de toda su fuerza.

(Salmo 105:29,30,32,34,36)

Esta generación tampoco había visto el juicio rápido e inevitable que Dios trajo sobre los que lo rechazaron. No estaban ahí cuando Datán y Abiram se rebelaron contra Moisés, y no habían sido testigos de la manera dramática y milagrosa como el Señor intervino (Números 16:1-35).

Tuvieron envidia de Moisés en el campamento,  
y contra Aarón, el santo de Jehová.

Entonces se abrió la tierra y tragó a Datán,  
y cubrió la compañía de Abiram.

Y se encendió fuego contra su grupo;  
¡la llama quemó a los impíos!

(Salmo 106:16-18)

Moisés dijo que esta espectacular bendición y este espantoso juicio eran la disciplina del Señor. Estos hechos misericordiosos y justos de Dios tuvieron el propósito de ser herramientas para enseñar a Israel.

¿Qué iba a hacer esta generación para que aquellos que vendrían después estuvieran conscientes de la realidad del Señor?

**<sup>8</sup>»Guardad, pues, todos los mandamientos que yo os prescribo hoy, para que seáis fortalecidos y entréis a poseer la tierra a la cual vais a pasar para tomarla, <sup>9</sup>y para que os sean prolongados los días sobre la tierra, de la cual juró Jehová a vuestros padres que se la había de dar a ellos y a su descendencia, tierra que fluye leche y miel. <sup>10</sup>La tierra a la que vas a entrar para tomarla no es como la tierra de Egipto, de donde habéis salido, donde sembrabas tu semilla y regabas con tu pie, como huerto de hortaliza. <sup>11</sup>La tierra a la que vais a entrar para tomarla es tierra de montes y de vegas, que bebe las aguas de la lluvia del cielo; <sup>12</sup>una tierra de la que cuida Jehová, tu Dios. Siempre están sobre ella los ojos de Jehová, tu Dios, desde el principio del año hasta el fin.**

Moisés repitió temas conocidos: el confiar en el Señor y obedecer sus mandamientos los llevarán a una vida larga y feliz en la tierra. El Señor sin duda iba a cumplir su promesa de darles esta tierra a los descendientes de Abraham, y perdurarían y prosperarían en ella sólo mientras permanecieran fieles a él. Las generaciones futuras iban a adoptar al Dios del pacto de Israel como suyo después de observar la vida de fe y servicio que llevaron sus padres.

Mucho de lo que Moisés dijo aquí fue una repetición de sus palabras en 8:7-9, con una adición interesante. Describió a Egipto como tierra donde “sembrabas tu semilla, y regabas con tu pie, como huerto de hortaliza”. Aunque llueve más en el delta del río Nilo que en otras partes de Egipto, aun allí la lluvia no es común. El Nilo se alimentaba de la lluvia que caía en África central, y cuando sus riberas se desbordaban en cada estación lluviosa, proporcionaba la fuente de agua más segura que tenían los agricultores de Egipto. Los agricultores desviaban agua del Nilo mediante un sistema de canales que se extendían por sus campos. Una rueda hidráulica accionada *con el pie* permitía que el agua fluyera desde el río a los grandes canales, y después se desviaba aún más a través de canales más pequeños. Cuando éstos se llenaban, los agricultores egipcios podían controlar el flujo poniendo tierra *con el pie* a través de los canales; podían dejar entrar más agua en el canal retirando *con el pie* un poco de la barrera de tierra que había en el canal. Como el clima de Egipto era extremadamente seco, este sistema de irrigación requería atención permanente.

La nueva tierra en la que Israel pronto iba a vivir era diferente de Egipto. Tenía colinas y valles, y su “irrigación” venía del firmamento y regaba las colinas y los valles por su cuenta. La gente no iba a tener que irrigarlos, porque el Señor mismo vigilaba y cuidaba esta tierra.

**<sup>13</sup>»Si obedecéis cuidadosamente a los mandamientos que yo os prescribo hoy, amando a Jehová, vuestro Dios, y**

**sirviéndolo con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, <sup>14</sup> yo daré la lluvia a vuestra tierra a su tiempo, la temprana y la tardía, y tú recogerás tu grano, tu vino y tu aceite. <sup>15</sup> Daré también hierba en tu campo para tus ganados, y comerás hasta saciarte. <sup>16</sup> Guardaos, pues, que vuestro corazón no se deje engañar y os apartéis para servir a dioses ajenos e inclinaros delante de ellos; <sup>17</sup> no sea que se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, cierre los cielos y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto, y perezcaís bien pronto en esa buena tierra que os da Jehová.**

**<sup>18</sup>»Por tanto, pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, las ataréis como señal en vuestra mano y serán como insignias entre vuestros ojos. <sup>19</sup> Las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. <sup>20</sup> Las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas, <sup>21</sup> para que sean vuestros días, y los días de vuestros hijos, tan numerosos sobre la tierra que Jehová juró a vuestros padres que les había de dar, como los días de los cielos sobre la tierra.**

Moisés explicó que era el Señor quien hacía que cayera la lluvia sobre Palestina, no los baales, como creían muchos en Canaán. El Señor enviaba los aguaceros anuales a fines de octubre y noviembre, las lluvias de otoño, que interrumpían la sequía del caliente verano y ablandaban la tierra para que los agricultores pudieran arar y plantar. También enviaba las tormentas anuales de marzo y abril, las lluvias de primavera, que avivaban la tierra y hacían madurar el trigo, la cebada y el lino para la cosecha. Las lluvias de primavera también regaban los viñedos y los olivos y hacían la tierra exuberante con pastos para las manadas y los rebaños durante el verano. Esas lluvias eran regalos del Dios que creó el universo y que todavía lo gobierna. La gente no tenía méritos ni podía manipular a los dioses locales para hacer que lloviera.

El mismo Señor que prometió dar la lluvia, también podía retenerla. Este fue un mensaje muy poderoso; seis siglos más tarde, cuando el profeta Elías le anunció al rey Acab: “Vive Jehová, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, hasta que mi boca lo diga” (1 Reyes 17:1). ¡Y las lluvias de primavera y otoño no cayeron durante tres años y medio! Cuando el Señor detuvo la lluvia, no fue porque quería ver sufrir a su pueblo, sino que fue un llamado drástico y urgente para que su pueblo se arrepintiera y se volviera a él. Sin embargo, Amós dijo que esto no dio resultado.

“También os detuve la lluvia  
tres meses antes de la siega;  
hice llover sobre una ciudad  
y sobre otra ciudad no hice llover;  
sobre una parte llovió,  
y la parte sobre la cual no llovió se secó.

Venían entonces dos o tres ciudades  
a una ciudad para beber agua,  
y no se saciaban.

Con todo, no os volvisteis a mí,” dice Jehová. (Amós 4:7,8)

La expresión “tan numerosos... como los días de los cielos sobre la tierra” es una forma más intensa de decir “por siempre”. Las promesas de Dios nunca quedan sin cumplirse, pero Israel perdería sus bendiciones si le faltaba a él.

**<sup>22</sup>»Porque si guardáis cuidadosamente todos estos mandamientos que yo os prescribo para que los cumpláis, y si amáis a Jehová, vuestro Dios, andando en todos sus caminos y siguiéndolo a él, <sup>23</sup> Jehová también echará de vuestra presencia a todas estas naciones, y desposeeréis a naciones grandes y más poderosas que vosotros. <sup>24</sup> Todo lugar que pise la planta de vuestro pie será vuestro: desde el desierto hasta el Líbano, desde el río Éufrates hasta el mar occidental será vuestro territorio. <sup>25</sup> Nadie se sostendrá**

**delante de vosotros; miedo y temor de vosotros pondrá Jehová, vuestro Dios, sobre toda la tierra que piséis, como él os ha dicho.**

La bendición que prometió el Señor pasó de los campos de los agricultores al campo de batalla; pronto le iba a dar la tierra a Israel. Las conquistas militares que se relatan en el libro de Josué no fueron el resultado de las armas superiores de Israel o sus valientes soldados, sino un regalo de su Dios del pacto.

**<sup>26</sup>»Mirad: Yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: <sup>27</sup> la bendición, si obedecéis los mandamientos de Jehová, vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, <sup>28</sup> y la maldición, si no obedecéis los mandamientos de Jehová, vuestro Dios y os apartáis del camino que yo os ordeno hoy, para ir tras dioses ajenos que no habéis conocido.**

**<sup>29</sup>»Cuando Jehová, tu Dios, te haya introducido en la tierra a la cual vas para tomarla, pondrás la bendición sobre el monte Gerizim y la maldición sobre el monte Ebal, <sup>30</sup> los cuales están al otro lado del Jordán, tras el camino del occidente, en la tierra del cananeo, que habita en el Arabá, frente a Gilgal, junto al encinar de More. <sup>31</sup> Porque vosotros pasáis el Jordán para ir a poseer la tierra que os da Jehová, vuestro Dios. La tomaréis y habitaréis en ella. <sup>32</sup> Cuidaréis, pues, de cumplir todos los estatutos y decretos que yo presento hoy delante de vosotros.**

Los convenios que se hacían en el antiguo Cercano Oriente muchas veces tenían listas de las bendiciones y de las maldiciones en el mismo documento. Cuando el vasallo aceptaba el convenio establecido por su soberano, indicaba que aceptaba las dos cosas. ¿Cuáles de las dos iba a experimentar el vasallo? Dependía de si obedecía a su soberano o se rebelaba contra él.

Moisés predijo que Dios enviaría una maldición a los israelitas si se volvían a otros dioses “que no habéis conocido”. El

Señor *conocía* a los israelitas, no sólo intelectualmente, sino en lo personal y en lo íntimo: los amó, los escogió, los rescató, les hizo promesas. El lenguaje del pacto también es lenguaje de noviazgo; el Señor fue un fiel esposo, Israel su novia amada. Si Israel decidía seguir a otros dioses, estaría abandonando el amor de un soberano confiable y prefiriendo los caprichos e incertidumbres de dioses que ni siquiera existían. ¿Cómo podían saber que esos “dioses” les iban a beneficiar?

Gran parte del lenguaje de Moisés reflejaba las costumbres de los antiguos convenios del antiguo Cercano Oriente. Ahora iba a ser necesario que esta nueva generación que estaba en los valles de Moab aceptara y renovara el pacto iniciado por sus padres en el Sinaí. El pacto debía ser renovado otra vez después de que Israel cruzara el Jordán.

Esto es paralelo a los requisitos que se estipulaban en los convenios seculares. Cuando moría un gobernante vasallo, el nuevo gobernante tenía que renovar el convenio que había hecho su padre. Cuando Moisés murió y lo sucedió Josué, Israel también tuvo que renovar su pacto con el Señor.

El paralelismo va más allá. No era poco común que un rey, antes de morir, exigiera que sus vasallos le juraran fidelidad a su sucesor. Como Josué iba a suceder pronto a Moisés, otro propósito de la ceremonia de renovación del pacto en Moab sería garantizar que Josué iba a suceder a Moisés después de su muerte. El pacto iba a ser renovado otra vez bajo el liderazgo de Josué cuando Israel tuviera el control total de la tierra prometida; eso está registrado en Josué 24.

Fue asombrosa la elección del monte Gerizim y del monte Ebal para anunciar las bendiciones y las maldiciones del pacto del Señor. Los dos montes estaban ubicados en el centro del territorio. Gerizim es hoy todavía rico y fértil, Ebal árido e infructuoso. Allí, en el corazón de la tierra prometida, estos dos montes gemelos permanecen como testigos silenciosos pero firmes del llamado que le hizo el Señor a Israel: ¿A quién servirás?

## LEY CEREMONIAL (12:1–16:17)

---

Muchas de las leyes más específicas y particulares que el Señor dio para gobernar la vida de Israel en Canaán se encuentran en Deuteronomio 12–26. Algunos de los pactos que se hacían en el antiguo Cercano Oriente dividían las estipulaciones en dos partes: *los principios generales* y *los estatutos específicos*. A los capítulos 4:44–11:32 se les puede llamar la ley *moral*, seguidos por guías para la vida de adoración de Israel (ley *ceremonial*; 12:1–16:17) y mandamientos para el gobierno y la sociedad (ley *civil*; 16:18–25:19).

Cuando leemos estas leyes, estatutos y estipulaciones, tenemos que recordar que Dios destinó muchos de ellos para una pequeña nación agrícola de hace 35 siglos. Muchos fueron mandamientos temporales, con significado sólo para Israel y tan sólo hasta que Jesús viniera. San Pablo describe esas leyes como “sombra de lo que ha de venir”, y explicó que la verdad se encuentra en “Cristo” (Colosenses 2:17). Bajo el antiguo pacto, Dios trató a Israel como a un hijo menor, que necesitaba muchas reglas y requisitos para aprender a comportarse.

Sin embargo, algunas de las leyes que Moisés estableció en Deuteronomio son parte de la inmutable voluntad de Dios para todas las personas de todas las épocas. ¿Cómo podemos determinar cuáles de esas leyes se aplican a nosotros? *Si las leyes se repiten en el Nuevo Testamento, entonces todavía se aplican a los cristianos del Nuevo Testamento; si no se repiten en el Nuevo Testamento, entonces son parte de la “sombra”, con vigencia únicamente para el Israel del Antiguo Testamento, y no son vigentes para nosotros.*

*El único lugar de adoración*

**12** »Estos son los estatutos y decretos que cuidaréis de poner por obra en la tierra que Jehová, el Dios de tus padres, te ha dado para que tomes posesión de ella, todos los días que vosotros viváis sobre la tierra.

<sup>2</sup>»Destruiréis enteramente todos los lugares donde las naciones que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses, sobre los montes altos, sobre los collados y bajo todo árbol frondoso. <sup>3</sup>Derribaréis sus altares, quebraréis sus estatuas, quemaréis sus imágenes de Asera, destruiréis las esculturas de sus dioses y borraréis su nombre de aquel lugar.

Durante siglos el pueblo que habitaba en Palestina había adorado a los dioses de la naturaleza en varios “lugares altos” en la tierra. Desafortunadamente, esta costumbre continuó durante mucho tiempo después de que Israel tomó posesión de Palestina. Siete siglos después de la muerte de Moisés, Isaías reprendió a Israel con las siguientes palabras:

“¿No sois vosotros hijos rebeldes,  
generación mentirosa,  
que ardéis en lujuria entre encinas,  
debajo de cualquier árbol frondoso,  
y sacrificáis los hijos en los valles,  
debajo de los peñascos?  
En las piedras lisas del valle está tu parte;  
ellas, ellas son tu suerte...  
Sobre un monte alto y empinado  
pusiste tu cama;  
allí también subiste a hacer sacrificios”. (Isaías 57:4-7)

Jeremías, un siglo después de Isaías, repitió la acusación:

“Sobre todo collado alto  
y debajo de todo árbol frondoso  
te acostabas como una prostituta”. (Jeremías 2:20)

Los “lugares altos” eran plataformas artificiales que los cananeos construían en sus lugares de adoración para honrar a sus dioses a la intemperie. Aunque los “lugares altos” se encontraban por lo general en las montañas, también podían estar en los valles, como en el de Hinom. Es posible que ciertos árboles, montañas y valles hayan estado especialmente asociados con espíritus o dioses de la fertilidad mucho antes de que Israel llegara.

Los arqueólogos han desenterrado algunos de los elementos a los que Moisés se refirió en estos versículos. Las piedras sagradas eran grandes rocas verticales colocadas junto a los altares en los santuarios cananeos, que probablemente eran símbolos del dios masculino Baal. Las *imágenes de Asera* representaban a la diosa madre Asera; y como podían ser derribadas y quemadas, se supone que debieron haber sido hechas de madera. Los *ídolos* eran probablemente imágenes pequeñas esculpidas en piedra que se podían derribar.

Cuando los israelitas destruyeran estos objetos, a los cananeos les iba a ser imposible comunicarse con sus dioses. El Señor quería que su pueblo se olvidara de esos dioses para que sus nombres ya no estuvieran ligados con los lugares en los que habían sido adorados. Desde luego, el Señor no quería un arreglo fácil entre su pueblo y la idolatría de Canaán. La existencia nacional de Israel, al igual que su dignidad como pueblo de Dios, dependía de esto.

**4»No haréis así a Jehová, vuestro Dios, <sup>5</sup> sino que el lugar que Jehová, vuestro Dios, escoja entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre y habitar en él, ése buscaréis, y allí iréis. <sup>6</sup> Allí llevaréis vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos y la ofrenda reservada de vuestras manos, vuestros votos, vuestras ofrendas voluntarias y las primicias de vuestras vacas y de vuestras ovejas; <sup>7</sup> allí comeréis delante de Jehová, vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, de toda obra de vuestras manos en que Jehová, tu Dios, te haya bendecido.**

**<sup>8</sup>»No haréis como todo lo que hacemos nosotros aquí ahora, cada uno lo que bien le parece, <sup>9</sup> porque hasta ahora no habéis entrado al reposo y a la heredad que os da Jehová, vuestro Dios. <sup>10</sup> Pero pasaréis el Jordán y habitaréis en la tierra que Jehová, vuestro Dios, os hace heredar. Él os hará descansar de todos vuestros enemigos de alrededor, y habitaréis seguros. <sup>11</sup> Y al lugar que Jehová, vuestro Dios, escoja para poner en él su nombre, allí llevaréis todas las cosas que yo os mando: vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, las ofrendas reservadas de vuestras manos, y todo lo escogido de los votos que hayáis prometido a Jehová. <sup>12</sup> Y os alegraréis delante de Jehová, vuestro Dios, vosotros, vuestros hijos, vuestras hijas, vuestros siervos y vuestras siervas, así como el levita que habite en vuestras poblaciones, por cuanto no tiene parte ni heredad con vosotros.**

**<sup>13</sup>»Cuídate de no ofrecer tus holocaustos en cualquier lugar que veas; <sup>14</sup> sólo en el lugar que Jehová escoja en una de tus tribus ofrecerás tus holocaustos, y allí harás todo lo que yo te mando.**

Durante los cuarenta años de la caminata de Israel por el desierto, el Señor habitó simbólicamente entre su pueblo en la instalación portátil de adoración llamada el Tabernáculo. Después de que Israel entrara en la tierra prometida, el Señor iba a escoger un lugar donde el Tabernáculo se iba a ubicar de forma permanente. En Canaán, los israelitas iban a encontrar muchos lugares dedicados a la adoración a Baal. Sin embargo, Moisés dijo: “No deben adorar como ellos lo hacen. No deben hacer lo que otros piensan que está bien. Su Señor escogerá el lugar.”

¿Por qué insistiría Dios en un lugar central de adoración? Allí los israelitas iban a celebrar las fiestas principales de su calendario de adoración, ofrecer sacrificios y viajar cada año desde sus hogares por toda la tierra. Esa vida de adoración centralizada unificaría al pueblo y los mantendría concentrados en el propósito

que Dios tenía para ellos como su pueblo del pacto. ¿Obedeció Israel siempre el mandato del Señor de adorar sólo en el lugar central? No, pero éste siguió siendo el ideal del Señor.

Los israelitas obedecieron este mandamiento con mayor fidelidad durante el reinado de David, cuando él escogió a Jerusalén como la capital de Israel y llevó el Arca para que descansara allí (2 Samuel 6:1-19; 1 Crónicas 13:1-14; 15:25-16:3). Sin embargo, después de que Salomón, el hijo de David, murió, las tribus del norte se separaron de Judá, y para impedirles a sus ciudadanos volver a Jerusalén tres veces al año, Jeroboam I, que fue rey del norte, estableció altares rivales en Dan y Betel (1 Reyes 12:25-33). Casi se perdió el ideal de un lugar central de adoración, incluso en Judá, cuando reyes infieles como Roboam y Manasés permitieron y e incluso promovieron la adoración pagana (1 Reyes 14:21-24; 2 Reyes 21:1-18). Los buenos reyes del sur, como Ezequías y Josías, trataron de quitar los lugares paganos y de revitalizar la adoración al Señor en Jerusalén (2 Reyes 18:1-8; 23:4-25), pero sus esfuerzos nunca tuvieron éxito completo ni fueron aceptados totalmente por el pueblo de Judá, y después de que ellos murieron, los ciudadanos de Judá volvieron de inmediato a las costumbres más paganas.

Catorce siglos después de Moisés, junto a un pozo en Sicar, una mujer samaritana le preguntó a Jesús si el lugar apropiado de adoración estaba en el cercano santuario samaritano en el monte Gerizim, o si éste se encontraba, como decían los judíos, en Jerusalén. La pregunta revela la importancia que se le dio a las leyes de Moisés en la historia posterior de Israel. Sin embargo, la respuesta de Jesús muestra que lo esencial de la adoración no es el lugar sino el adorador. Dios instituyó todo el culto del Antiguo Testamento con el fin de preparar al pueblo para el Mesías, y Jesús anunció que él era el Mesías, el que ella y todo creyente del Antiguo Testamento esperaban (Juan 4:19-26).

Moisés habló de las clases de sacrificios de sangre que el Señor quería que los israelitas le ofrecieran en ese lugar central. Nuestra comprensión de la vida de adoración del pueblo de Dios

del Antiguo Testamento se enriquecerá al examinar las diferencias entre esas ofrendas.

Dios prescribió cuatro *sacrificios de sangre* para su pueblo. En dos de ellos, los *holocaustos* y las *ofrendas de paz*, el adorador podía *expresar* la relación que disfrutaba con su Dios salvador. (Los otros dos: la ofrenda por el *pecado* y la ofrenda por la *culpa*, *restauraban* la relación cuando había sido rota.) En el *holocausto*, también conocida como la ofrenda del todo quemada, todo el animal se consumía en llamas sobre el altar del Señor. En esa ofrenda, el adorador expresaba su completa devoción y su total sumisión a su Dios; estaba diciendo: “Señor, toda mi vida es tuya, te pertenezco por completo”.

En los sacrificios, los israelitas celebraban el compañerismo y la unidad que Dios había creado con ellos. Moisés menciona diferentes clases de sacrificios: (1) *los de adoración y acción de gracias*, (2) *los voluntarios*, y (3) *las ofrendas votivas*. Después de que el sacerdote dejaba el cuerpo del animal sobre el altar, el sacerdote y el adorador compartían una parte de la carne en una comida comunal especial. La porción dedicada al Señor se quemaba, el sacerdote y su familia comían el pecho y la pierna derecha, y el oferente comía el resto del pecho con su familia y amigos.

Dios le pidió a su pueblo que ofrendara a él un décimo de lo que produjeran sus fincas, viñedos y olivares; esos eran los diezmos. Las ofrendas especiales representaban una parte que se separaba de toda la cosecha para el uso de los sacerdotes. El primogénito era la primera cría de cada oveja, vaca o cabra de los rebaños y manadas de los israelitas.

Todo sacrificio que el Dios salvador le pidió a su pueblo era una forma de agradecimiento por los regalos que él les dio primero. El Señor no quiso que la adoración de Israel fuera triste y con cara larga. Moisés dijo: “¡Os alegraréis!” Dios ya había bendecido abundantemente a Israel en el desierto, y prometió que iba a seguir bendiciéndolo en su nueva patria. Quiso que su vida fuera alegre, agradecida y útil. Siglos después, Pablo alabó a los

macedonios tanto por su actitud como por la magnitud de la ofrenda con que contribuyeron para la necesitada iglesia de Jerusalén: “En las grandes tribulaciones con que han sido probadas, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad” (2 Corintios 8:2).

Dios quiso que los levitas compartieran la alegría de las celebraciones familiares de esas fiestas. Como los levitas se dedicaban por completo a servir en la adoración de Israel dentro del Tabernáculo y alrededor de éste, por eso el Señor no les otorgó una porción de tierra para que la cultivaran o tuvieran animales; tenían que depender de la generosidad del pueblo. Los sacerdotes (los descendientes de Aarón, parte de la tribu de Leví) recibían su sustento de los sacrificios, y el resto de los levitas no tenía otra fuente de ingresos que las donaciones del pueblo de Dios en sus ofrendas. En el Nuevo Testamento, Pablo expresó este principio en su carta pastoral a Timoteo: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar, pues la Escritura dice: «No pondrás bozal al buey que trilla» y «Digno es el obrero de su salario»” (1 Timoteo 5:17,18).

**<sup>15</sup>»Con todo, podrás sacrificar y comer la carne en todas tus poblaciones conforme a tu deseo, según la bendición que Jehová, tu Dios, te haya dado. Tanto el impuro como el limpio la podrán comer, como si fuera una gacela o un ciervo. <sup>16</sup>Solamente que sangre no comeréis; sobre la tierra la derramaréis como agua.**

**<sup>17</sup>»Tampoco comerás en tus poblaciones el diezmo de tu grano, de tu vino o de tu aceite, ni las primicias de tus vacas ni de tus ovejas, ni los votos que prometas, ni las ofrendas voluntarias, ni ninguna otra ofrenda reservada de tus manos, <sup>18</sup>sino que delante de Jehová, tu Dios, las comerás, en el lugar que Jehová, tu Dios, haya escogido, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva y el levita que habita en tus poblaciones. Te alegrarás delante de Jehová, tu Dios, de toda la obra de**

**tus manos. <sup>19</sup>Ten cuidado de no desamparar al levita mientras vivas sobre la tierra.**

**<sup>20</sup>»Cuando Jehová, tu Dios, ensanche tu territorio, como él te ha dicho, y tú digas: “Comeré carne”, porque deseaste comerla, siempre que lo desees podrás comerla. <sup>21</sup>Si está lejos de ti el lugar que Jehová, tu Dios, escoja para poner allí su nombre, podrás matar de las vacas y de las ovejas que Jehová te haya dado, como te he mandado yo, y comerás en tus ciudades todo lo que desees. <sup>22</sup>Lo mismo que se come la gacela y el ciervo, así las podrás comer; el impuro y el limpio podrán comer también de ellas. <sup>23</sup>Solamente que te mantengas firme en no comer sangre, porque la sangre es la vida, y no comerás la vida junto con la carne. <sup>24</sup>No la comerás; en tierra la derramarás como si fuera agua. <sup>25</sup>No comerás de ella, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, cuando hagas lo recto ante los ojos de Jehová.**

**<sup>26</sup>»Pero las cosas que hayas consagrado y las que ofrezcas como voto, las tomarás y las llevarás al lugar que Jehová haya escogido. <sup>27</sup>Ofrecerás tus holocaustos, la carne y la sangre, sobre el altar de Jehová, tu Dios; la sangre de tus sacrificios será derramada sobre el altar de Jehová, tu Dios, y podrás comer la carne.**

**<sup>28</sup>»Guarda y escucha todas estas palabras que yo te mando, para que haciendo lo bueno y lo recto ante los ojos de Jehová, tu Dios, te vaya bien, a ti y a tus hijos después de ti, para siempre.**

Moisés repitió la prohibición que hizo el Señor, la que primero había expuesto en Levítico 17:14, acerca de no comer la sangre de un animal. La vida estaba en la sangre, y la vida es un misterio que sólo Dios puede controlar. El derramar la sangre en la tierra era una manera de reconocer que la vida venía de Dios y se le devolvía a él. El Señor, cuando mandó que la sangre se derramara en la tierra, también pudo haber querido diferenciar la adoración que hacía Israel de los rituales de sus vecinos paganos,

que creían que si tomaban la sangre podían preservar o aumentar en ellos esa misteriosa fuerza vital.

La carne o las ofrendas que eran parte de una comida sagrada, se debían comer sólo en el lugar central de adoración que el Señor iba a escoger. Además, sólo las personas que estaban ceremonialmente limpias podían participar de la comida del sacrificio. Sin embargo, tanto las personas limpias como las impuras podían comer carne como parte de una comida ordinaria, aunque la carne debía ser de un animal limpio. En Deuteronomio 14, Dios establece las pautas en cuanto a la carne, el pescado, las aves y los insectos limpios e inmundos.

**29»Cuando Jehová, tu Dios, haya destruido delante de ti las naciones que tú vas a poseer, y las heredes y habites en su tierra, <sup>30</sup>guárdate que no tropieces siguiendo el ejemplo de ellas, después que sean destruidas delante de ti; no preguntes acerca de sus dioses, diciendo: “¿De qué manera servían aquellas naciones a sus dioses, para que yo también les sirva de igual modo?” <sup>31</sup>No harás así a Jehová, tu Dios, porque todas las cosas abominables que Jehová aborrece las hicieron ellos a sus dioses, pues aun a sus hijos y a sus hijas quemaban al fuego en honor de sus dioses.**

**<sup>32</sup>»Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás.**

En los tratados que se hacían en el antiguo Cercano Oriente, el soberano les exigía fidelidad total a sus vasallos. Cualquier alianza o tratado que el vasallo hiciera con una nación vecina se podía considerar como traición contra el soberano. Los soberanos les advertían a sus vasallos que no escucharan informes maliciosos que pudieran estar circulando en contra de su soberano; estaban obligados a informar sobre intrigas o conspiraciones contra él.

Entonces, ¿es demasiado que el Dios salvador le pida a su pueblo lealtad íntegra hacia él? El Señor dijo: “Guárdate que no tropieces”. En el antiguo Cercano Oriente era comúnmente



*Moisés y Josué en el Tabernáculo*

aceptada la idea de que cada tierra tuviera sus propios dioses, y que los extranjeros y recién llegados deberían honrar a los dioses locales si querían que sus vidas tuvieran éxito. Una excesiva curiosidad acerca de la adoración de sus vecinos podía seducir a los israelitas a participar con ellos, y perder el camino del Señor.

Por lo menos desde el tiempo de Abraham las naciones habían seguido la costumbre detestable de sacrificar niños a Moloc, dios de los amonitas, en Fenicia y otros países cercanos. Las excavaciones de los arqueólogos en Gezer han revelado esqueletos quemados de niños, depositados en grandes tinajas de barro, un fuerte indicio de sacrificio infantil. La costumbre de pasar niños por el fuego persistía en los días de Acaz (2 Reyes 16:3; 17:17) y Manasés (2 Reyes 21:6; 23:10). Los israelitas “tropezaron” con estas costumbres pese a que los profetas les advirtieron en contra de ellas.

El pueblo de Dios del Antiguo Testamento jamás experimentó tanta libertad como la que disfrutamos los cristianos del Nuevo Testamento. La Fórmula de Concordia de las confesiones luteranas dice: “Creemos, enseñamos y confesamos que en todo lugar y en todo tiempo, la congregación de Dios tiene el poder de cambiar esas ceremonias según lo aconsejen las circunstancias, de manera tal que redunde en la mayor utilidad y edificación de la congregación de Dios”.<sup>15</sup>

La Apología a la Confesión de Augsburgo añade que “la verdadera unidad de la iglesia no sufre daño por los ritos dispares establecidos por los hombres”.<sup>16</sup> En el Nuevo Testamento los cristianos usando nuestra libertad y buen juicio cristiano escogemos dónde y cuándo nos reunimos, qué tipo de himnos cantamos y qué formas seguimos en la adoración.

Sin embargo, no tenemos libertad para despreciar la predicación y la Palabra de Dios, ni tampoco tenemos libertad para enseñar, tolerar o apoyar la falsa doctrina. Ésa es la siguiente preocupación de Moisés.

*Adoración a otros dioses*

**13** »Cuando se levante en medio de ti un profeta o soñador de sueños, y te anuncie una señal o un prodigio, <sup>2</sup> si se cumple la señal o el prodigio que él te anunció, y te dice: “Vayamos tras dioses ajenos —que tú no conoces— y sirvámoslos”, <sup>3</sup> no escucharás las palabras de tal profeta ni de tal soñador de sueños, porque Jehová, vuestro Dios, os está probando para saber si amáis a Jehová, vuestro Dios, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma. <sup>4</sup> A Jehová, vuestro Dios, seguiréis y a él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a él serviréis y a él le seréis fieles. <sup>5</sup> Tal profeta o soñador de sueños deberá morir, por cuanto aconsejó la rebelión contra Jehová, vuestro Dios, que te sacó de tierra de Egipto y te rescató de la casa de servidumbre, y trató de apartarte del camino por el cual Jehová, tu Dios, te mandó que anduvieras. Así apartarás el mal de en medio de ti.

¿Nos sorprende leer que un falso profeta pudiera anunciar que iba a realizar una señal o un prodigio, y que éste se *llevara a cabo*? En lugar de sorprenderse o de ser persuadido por la visión de una señal asombrosa, Moisés le dijo a Israel que tenía que preguntarse: “¿Está de acuerdo la *enseñanza* de este profeta con la que hemos aprendido antes?” Si el profeta le aconsejaba a Israel que siguiera otros dioses, sin duda se revelaba como un falso profeta, a pesar de una señal milagrosa o de un prodigio.

Los milagros en sí no prueban que las pretensiones del maestro o del predicador sean auténticas. Pablo dice que la iglesia está construida “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas” (Efesios 2:20), y advirtió que cualquier otro evangelio no es de ninguna manera evangelio (Gálatas 1:6,7). Los sabios y los hechiceros del faraón pudieron imitar algunas de las señales que el Señor le dio a Moisés (Éxodo 7:11,22; 8:7), y Satanás mismo puede disfrazarse de ángel de luz (2 Corintios 11:14). Jesús

advirtió que “se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos” (Mateo 24:24). Pablo predijo que la venida del “hombre de pecado” iba a ser “obra de Satanás” y que “irá acompañado de hechos poderosos, señales y falsos milagros” (2 Tesalonicenses 2:9). Juan describió en Apocalipsis la caída del “falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las que había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y habían adorado su imagen” (Apocalipsis 19:20).

La pregunta importante que se le debe formular a un profeta no es “¿Qué puede hacer?”, sino “¿Qué enseña?”

¿Por qué permitiría Dios que los falsos profetas devastaran a Israel? Aunque el Señor podía ver la fe verdadera en el corazón de su pueblo, y podía predecir cuál iba a ser la respuesta de Israel a esas tentaciones, estas pruebas le iban a dar a Israel la oportunidad de mostrar su fidelidad al Señor. En una nación tan singular como Israel, donde la iglesia y el estado eran uno, lo que se debía hacer era ejecutar al falso profeta para quitar el mal.

**6»Si te incita tu hermano, el hijo de tu madre, o tu hijo, tu hija, tu mujer o tu amigo íntimo, diciéndote en secreto: “Vayamos y sirvamos a dioses ajenos”, que ni tú ni tus padres conocisteis, <sup>7</sup>—los dioses de los pueblos que están en vuestros alrededores, cerca de ti o lejos de ti, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de ella—, <sup>8</sup> no consentirás con él ni le prestarás oído, tu ojo no lo compadecerá, no le tendrás misericordia ni lo encubrirás, <sup>9</sup> sino que lo matarás; tu mano se alzará primero sobre él para matarlo, y después la mano de todo el pueblo. <sup>10</sup> Lo apedrearás hasta que muera, por cuanto procuró apartarte de Jehová, tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, <sup>11</sup> para que todo Israel lo sepa y tema, y no vuelva a hacer en medio de ti cosa semejante a esta.**

Ahora Moisés propuso una posibilidad más letal: ¿Qué tal si el falso profeta no sólo estaba trabajando en la vecindad, sino que también era miembro de la familia? La lealtad familiar podía ofuscar el juicio de la persona, o tentarla a ser más indulgente hacia los suyos. Sin embargo, en lugar de ser la última persona en condenar a un falso profeta de la propia familia, Moisés dijo: “Tu mano se alzará *primero* sobre él para matarlo”. Cuando la declaración de un testigo servía para condenar a una persona de un crimen que merecía la pena de muerte, se le exigía al testigo que fuera el primero en ayudar a llevar a cabo el castigo (Deuteronomio 17:7).

Algunas de las palabras más contundentes que nuestro Señor habló durante su ministerio trataban de la lealtad hacia él y hacia su Padre. “Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:26). Cuando una persona dice: “Yo no sé quién debería estar primero en mi vida: mi familia o mi Señor”, Jesús ya ha dado la respuesta: “Nada ni nadie puede tener prioridad sobre mí”.

El castigo rápido y decisivo que Moisés prescribió para los falsos profetas, no sólo quitaba la amenaza que representaba *ese* falso profeta, sino también servía para disuadir a *otros* de que llegaran a ser falsos profetas.

**<sup>12</sup>»Si oyes decir que en alguna de las ciudades que Jehová, tu Dios, te da para vivir en ellas, <sup>13</sup> han salido de entre los tuyos hombres impíos que han instigado a los habitantes de su ciudad, diciendo: “Vayamos y sirvamos a dioses ajenos”, que vosotros no conocisteis, <sup>14</sup> tú investigarás, buscarás y preguntarás con diligencia. Si resulta ser cierto que en medio de ti se ha cometido tal abominación, <sup>15</sup> irremisiblemente herirás a filo de espada a los habitantes de aquella ciudad, destruyéndola con todo lo que haya en ella, y también matarás sus ganados a filo de espada. <sup>16</sup> Juntarás todo su**

**botín en medio de la plaza y prenderás fuego a la ciudad con todo su botín, todo ello como holocausto a Jehová, tu Dios. Quedará convertido en un montón de ruinas para siempre; nunca más será edificada.**

**<sup>17</sup>»No te quedarás con nada del anatema, para que Jehová se aparte del ardor de su ira, tenga misericordia y compasión de ti, y te multiplique, como lo juró a tus padres, <sup>18</sup> cuando obedezcas a la voz de Jehová, tu Dios, guardando todos sus mandamientos que yo te he dado hoy, para hacer lo recto ante los ojos de Jehová, tu Dios.**

El tercer párrafo de Moisés prevé la posibilidad más mortífera de todas. ¿Qué tal si un falso profeta logra controlar toda una ciudad? La palabra que Moisés utilizó para “hombres impíos” más tarde se traduce como “perversos” (1 Samuel 10:27; 30:22; 1 Reyes 21:10,13) y “depravados” (Proverbios 6:12). Después, Pablo empleó esa palabra (*Belial*), para designar a Satanás (2 Corintios 6:15), el máximo ejemplo de iniquidad y desorden. La palabra significa “sin valor”. Aunque dicho falso profeta pueda haber impresionado a muchas personas en una ciudad, Dios lo evalúa de forma diferente.

¿Cómo iba Israel a tratar semejante desastre? Moisés exigió que se realizara una rigurosa investigación para determinar si los cargos eran justificados. Una vez comprobados, toda la ciudad, incluyendo la gente, los animales y las propiedades debían ser destruidos por completo. El “holocausto” significaba que todo debía ser consumido por el fuego, porque toda la ciudad compartía la responsabilidad. Eran culpables como ciudad, y debían ser juzgados como tal.

Un capítulo como éste pone los pelos de punta. ¿Qué significado tiene este capítulo para los cristianos de hoy?

1. A diferencia del Israel del Antiguo Testamento, no tenemos la autoridad para matar a los falsos profetas. Cuando Jacobo y Juan quisieron mandar que

descendiera fuego del cielo sobre la aldea samaritana que se había negado a recibir a Jesús y a sus discípulos, Jesús los reprendió (Lucas 9:51-56). Actualmente no existe ninguna nación en la tierra que pueda ser llamada el pueblo de Dios en el mismo sentido que Israel lo era en el Antiguo Testamento. El pueblo de Dios del Nuevo Testamento, su Israel espiritual, vive en todas partes del mundo.

2. Tenemos la autoridad y la obligación de poner a prueba a nuestros maestros. Lutero escribió: “Aquí usted ve que el derecho a juzgar las doctrinas aun de profetas lícitos se confía a cada persona.... Cada uno debe vigilar su propia conciencia, y por lo tanto debe tener el derecho a juzgar los espíritus y profetas”.<sup>17</sup> Pablo exhortó a los cristianos del Nuevo Testamento: “que os fijéis en los que causan divisiones y ponen tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido. Apartaos de ellos” (Romanos 16:17), y Juan mandó: “Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa ni le digáis: « ¡Bienvenido!», porque el que le dice: « ¡Bienvenido!» participa en sus malas obra” (2 Juan 10,11).
3. Necesitamos ser conocedores de la Palabra de Dios y dedicarnos a ella para evaluar el mensaje que nos traen todos los maestros. La única manera de reconocer un mensaje falso es familiarizarnos plenamente con la verdad. Como dijo Martín Franzmann: “La nuestra es una época complaciente, en la cual se discuten las herejías con calma ecuménica tomando el té”.<sup>18</sup> Dios habló en serio acerca de su evangelio; le costó nada menos que la sangre, el sudor y la vida de su Hijo. También necesitamos hablar en serio respecto a su evangelio, difundiéndolo y protegiéndolo del error.

## **Comida limpia e inmunda**

**14** «Hijos sois de Jehová, vuestro Dios; no os haréis incisiones ni os raparéis a causa de un muerto.

**<sup>2</sup> Porque eres pueblo santo a Jehová, tu Dios, y Jehová te ha escogido para que le seas un pueblo único entre todos los pueblos que están sobre la tierra.**

Las palabras de Moisés en el hebreo original recalcan la condición privilegiada que tenía Israel: ¡*Hijos de Jehová* sois! ¡*Pueblo apartado para Jehová, tu Dios*, sois! ¡*Tesoro especial del Señor* sois! El Señor les dijo lo mismo a sus padres y madres, cuarenta años antes cuando llegaron al monte Sinaí (Éxodo 19:5,6). Lo más importante que el pueblo de Dios debe saber para enfrentar la vida, tanto en el siglo 15 a.C. como en el siglo 21 d.C., es: ¡Recuerda quién eres! ¡Recuerda de quién eres!

Como eran hijos del Padre divino y un pueblo apartado del mundo que los rodeaba, Dios no quería que adoptaran las costumbres y las prácticas de sus vecinos. Los cananeos acostumbraban expresar el pesar por la muerte de una manera exagerada y demasiado emotiva: se afeitaban la frente y las cejas, se cortaban o se desfiguraban la piel, o usaban máscaras o disfraces para tratar de alejar a los espíritus de los muertos. El salmista alabó a Dios, admirado porque “formidables y maravillosas son tus obras” y maravillado por la manera como su cuerpo fue “entretejido” por su Creador (Salmo 139:14,15). A Dios no le agrada que despreciemos o maltratemos el cuerpo que nos ha dado. Sin duda, no quiso que los israelitas se unieran a las costumbres perversas del pueblo de Canaán.

A causa de este versículo, algunos judíos se han negado afeitarse la barba y las patillas. Aunque sigue para ellos la prohibición de usar navajas para afeitarse la barba, las autoridades religiosas judías por lo general les han permitido a los hombres el uso de tijeras, trasquiladores, o afeitadoras para cortar o quitar la barba. Sin embargo, muchas de las sectas judías más estrictas, tales

como los judíos jasídicos, todavía se niegan por completo a recortar las patillas, lo que explica los rizos laterales colgantes o los aladares de algunos judíos adolescentes y adultos jóvenes.

**<sup>3</sup>»Nada abominable comerás.**

**<sup>4</sup>»Estos son los animales que podréis comer: el buey, la oveja, la cabra, <sup>5</sup>el ciervo, la gacela, el corzo, la cabra montés, el íbice, el antílope y el carnero montés. <sup>6</sup>También podréis comer todo animal de pezuñas partidas, o sea, hendida en dos mitades, y que rumia. <sup>7</sup>Pero estos no comeréis entre los que rumian o entre los que tienen la pezuña hendida: el camello, la liebre y el conejo, porque rumian, pero no tienen la pezuña hendida; os serán inmundos. <sup>8</sup>Tampoco el cerdo, porque tiene la pezuña hendida, pero no rumia; os será inmundo. De la carne de estos no comeréis, ni tocaréis sus cuerpos muertos.**

Los animales terrestres deben tener pezuñas con dos hendiduras y deben rumiar. Las dos características tienen que ser evidentes, y Moisés dio ejemplos de los animales que eran inmundos por tener sólo una de estas características. Algunos han señalado correctamente que los conejos y las liebres (tejones), no son verdaderos rumiantes porque no tienen la estructura estomacal distintiva de cuatro partes de los rumiantes; sólo parecen estar rumiando. Sin embargo, Moisés les dio a los Israelitas estas guías sin basarse en descripciones científicas de la anatomía de los animales, sino en las características que todos podían observar.

Cualquier contacto con el cadáver de un animal inmundo, al igual que comer la carne de uno de estos animales, hacía a la persona impura.

**<sup>9</sup>»De entre los que viven en el agua, estos podréis comer: todo lo que tiene aletas y escamas. <sup>10</sup>Pero no comeréis lo que no tiene aletas y escama; os será inmundo.**

Los animales acuáticos deben tener aletas y escamas para ser animales limpios. Las anguilas, las ostras, las langostas, los cangrejos, y los camarones, les estaban prohibidos a los israelitas del Antiguo Testamento.

**<sup>11</sup>»Podréis comer toda ave limpia. <sup>12</sup>Pero estas son las que no podréis comer: el águila, el quebrantahuesos, el azor, <sup>13</sup>el gallinazo, el milano según su especie, <sup>14</sup>todo cuervo según su especie, <sup>15</sup>el avestruz, la lechuza, la gaviota y el gavilán según sus especies, <sup>16</sup>el búho, el ibis, el calamón, <sup>17</sup>el pelícano, el buitre, el somormujo, <sup>18</sup>la cigüeña, la garza según su especie, la abubilla y el murciélago.**

Moisés no dio características reconocibles para diferenciar entre las aves limpias y las inmundas, como lo hizo para los animales terrestres y acuáticos. El común denominador para la mayoría de las aves inmundas parece ser que comen carne o tienen hábitos sucios de alimentarse y de vivir. Cuando esas aves comen animales vivos o muertos, violan el principio de no comer carne que tenga sangre. Otra propuesta es que muchas de las aves que Moisés clasifica como inmundas viven en ruinas o en lugares desolados comúnmente asociados con los espíritus del mal o los demonios.

**<sup>19</sup>»Todo insecto alado os será inmundo: no se comerá. <sup>20</sup>Podréis comer toda ave limpia.**

Moisés usó una sola palabra hebrea que significa “criatura voladora” tanto para aves como para insectos. “Toda criatura alada”, como las abejas que se mueven al azar, era inmunda. Sin embargo, se permitía comer insectos alados con patas con articulaciones para saltar, tales como langostas y saltamontes. De manera interesante, uno de los proverbios de Agur dice: “Las langostas que no tienen rey, y salen todas por cuadrillas” (Proverbios 30:27), que es lo opuesto de moverse al azar. Las

langostas fueron consideradas una exquisitez en algunas partes del antiguo Cercano Oriente. Una escena de un banquete real en el palacio del rey asirio Asurbanipal (669-629 a.C.) muestra a los sirvientes llevando langostas en varas, para que los invitados las comieran. Juan el Bautista disfrutó en el desierto de una dieta razonablemente balanceada de langostas y miel silvestre.

**<sup>21</sup> »No comeréis ningún animal muerto. Al extranjero que está en tus poblaciones se lo darás, y él podrá comerlo; o véndelo a un extranjero, porque tú eres un pueblo consagrado a Jehová, tu Dios.**

Estaba prohibido comer algún animal que se hubiera encontrado muerto, porque Dios le había prohibido a su pueblo comer sangre, y hubiera sido imposible que un animal que se encontrara muerto hubiera sido bien desangrado. Dios nunca planeó la muerte como parte de su mundo, pero la muerte entró en el mundo por medio del pecado (Romanos 5:12). Puede ser que Dios prohibiera comer la carne de un animal ya muerto, porque quería que su pueblo aborreciera la muerte como algo extraño a su plan para el universo.

En Éxodo 22:31 mandó: “No comeréis carne destrozada por las fieras en el campo; a los perros la echaréis”. Este versículo ordena que la carne de cualquier animal ya muerto se le *dé* a un extranjero en tus poblaciones o se le *venda* a un extranjero. El hecho de que el israelita le pudiera vender la carne a alguien hacía más probable que esa ley se obedeciera. El *extranjero que estaba en sus poblaciones* era un residente no israelita que tenía la ciudadanía allí, mientras que el otro *extranjero* pudo haber sido un comerciante itinerante o un visitante sin lazos de ciudadanía.

También se ha propuesto que Dios pudo haber tenido razones higiénicas para prohibirle a la gente comer la carne de un animal encontrado muerto; sin embargo, la autorización que dio Moisés para que se vendiera o se regalara parece contradecir un propósito higiénico de esta ley. Si era perjudicial para la salud de la persona,

¿por qué permitiría el Señor que alguien la comiera?

De todas maneras, la gran pregunta relacionada con las leyes dietéticas es por qué se las dio el Señor a Israel. Por supuesto, se puede contestar que no necesitamos saberlo. Dios puede decirle a su pueblo que haga lo que él ha decidido. Nos toca obedecer, no preguntar por qué.

Algunos han propuesto que *ciertas clases de vida animal fueron declaradas inmundas por razones de salud*. Cuando la carne de puerco no se cocina lo suficientemente, puede producir triquinosis, y las aves depredadoras pueden portar bacterias infecciosas. Los peces con escamas y aletas con frecuencia nadan en aguas corrientes, mientras que los crustáceos permanecen más bien en el barro y tienen parásitos. Cuando leemos la traducción del Antiguo Testamento al español, podemos entender “limpio” e “inmundo” como limpieza e inmundicia física. Sin embargo, la sola higiene no explica por qué estaban prohibidos los caballos, los camellos y los conejos, y sí se permitían las cabras, las vacas y los pollos. No parece que las vacas sean más limpias que los caballos.

Las palabras hebreas para “limpio” e “inmundo” nunca se emplean para describir limpieza o inmundicia física; más bien se refieren a la limpieza o la inmundicia moral o espiritual. Cuando David escribió:

¿Quién subirá al monte de Jehová?

¿Y quién estará en su lugar santo?

El limpio de manos y puro de corazón;

el que no ha elevado su alma a cosas vanas,

ni ha jurado con engaño. (Salmo 24:3,4)

Es claro que estaba hablando sobre la pureza moral en lugar de la física.

Aunque los comentaristas judíos nunca han cuestionado el valor higiénico de las leyes dietéticas, tampoco han considerado que ese sea su propósito principal. Si el Señor dio leyes dietéticas sólo por razones higiénicas, entonces ¿por qué quitó Jesús al

pueblo de Dios del Nuevo Testamento las leyes que prohibían comer de los animales inmundos?

Otros sugieren que Dios declaró inmundos a algunos animales *porque los vecinos paganos de Israel los usaban en sus ritos de adoración*. Los cerdos se sacrificaban en Palestina, Babilonia, Egipto, y entre los hititas y los griegos. A las serpientes se las asociaba con la diosa de la fertilidad en todo el antiguo Cercano Oriente. A los peces se les representan en la mitología y en los rituales mágicos de Egipto, y en Asiria los sacerdotes a veces oficiaban usando un ropaje similar a la piel de pescado. Como los murciélagos se esconden en tumbas y mausoleos, algunas veces la gente los trataba con un aura de misterio supersticioso.

Algunos han sugerido que la distinción entre animales limpios e inmundos tenía el propósito de prohibirles a los israelitas que comieran o sacrificaran animales que sus vecinos paganos comían y sacrificaban. Sin embargo, los vecinos paganos de Israel también sacrificaban animales limpios como ovejas, cabras y toros a sus dioses. ¿Por qué no se mantuvo la distinción allí?

Una tercera sugerencia es que *el Señor dio sus leyes dietéticas con el fin de apartar a Israel de las naciones que la rodeaban*. Las leyes dietéticas iban a mantener a Israel diferenciado de sus vecinos, de manera muy similar a la función que desempeñaban la ley del sábado y la prohibición de casarse con personas de otros pueblos. Era esencial que Israel conservara su singular identidad entre las naciones para que se cumplieran las promesas que el Señor le hizo a Abraham, siendo la principal entre ellas que todas las naciones de la tierra iban a ser bendecidas con el nacimiento del Mesías. Después, cuando Israel y Judá fueron expulsados de la tierra y dispersados por todo el mundo, las leyes dietéticas le ayudaron a Israel a no mezclarse con otros pueblos ni que éstos los absorbieran.

La inmundicia significaba pecado. En todas las áreas de la vida negarse a comer alimentos inmundos o sacrificar un animal inmundo iban a ser la demostración de una actitud interna de odio

por el pecado y el deseo de apartarse de lo que Dios había señalado como inmundo. Los comentaristas modernos judíos piensan que la persona que ha sido sometida a una disciplina para negarse a comer alimentos prohibidos podía ser fortalecida en su resolución de abstenerse de tener relaciones sexuales prohibidas o evitar negocios poco éticos.

Lutero sugirió que el Señor le dio a Israel todas esas leyes, tanto dietéticas como otras, para mantener a su pueblo bien ocupado tratando de obedecerlo, de tal forma que no tendría tiempo de inventar toda clase de ritos, obras, y leyes por su cuenta. Después, Lutero también dijo que muchas leyes hacen añicos el orgullo humano y permiten que las personas se den cuenta de que son grandes transgresoras de la ley, de modo que “anhelan con más fervor a Cristo, el Salvador que les fue prometido”.<sup>19</sup> En esto Lutero estuvo de acuerdo con Pablo, quien escribió:

Entonces, ¿para qué sirve la Ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera la descendencia a quien fue hecha la promesa... Pero la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuera dada a los creyentes... De manera que la Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo. (Gálatas 3:19,22,24)

En el tiempo de Jesús, los judíos fieles guardaban con mucha diligencia las leyes dietéticas. No obstante, cuando Jesús trató sobre lo que hacía a la persona verdaderamente limpia o inmunda, lo hizo de una manera más extensa: “Lo que sale del hombre, eso contamina al hombre, porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez” (Marcos 7:20-22).

Después de que Jesús ascendió a los cielos, Pedro recibió una visión en la que vio un gran lienzo que descendía del cielo, en el cual había toda clase de animales, reptiles, y aves del cielo. Una

voz le ordenó que matara y comiera. Cuando Pedro se opuso, porque se encontraban tanto animales limpios como inmundos, se le dijo: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común” (Hechos 10:15). Cuando Pablo y otros misioneros del primer siglo llevaron el evangelio al mundo no judío, la iglesia primitiva del Nuevo Testamento tuvo que luchar con la pregunta: ¿Hasta qué punto tiene un gentil que llegar a ser como un judío para convertirse en cristiano? Los judíos todavía querían cumplir las leyes dietéticas; ¿debían también los gentiles cumplirlas? En el concilio de Jerusalén, los apóstoles reconocieron que Dios ya no distinguía entre comidas limpias e inmundas, de la misma manera que no consideraba a ciertas personas limpias o impuras. Pedro le dijo al concilio:

“Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio [a los gentiles], dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, imponiendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús somos salvos, de igual modo que ellos.” (Hechos 15:8-11)

Las cartas de Pablo hicieron eco a la preocupación pastoral que se expresó en el concilio de Jerusalén. Exhortó a los creyentes a ser amorosos unos con otros, y pacientes en cuanto a la comida limpia e inmundas.

Uno cree que se ha de comer de todo; otro, que es débil, solo come legumbres. El que come de todo no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido... El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y también da gracias a Dios. (Romanos 14:2,3,6)

Si los judíos querían guardar las leyes dietéticas, tenían la libertad de hacerlo, pero no les debían imponer su costumbre a otros. Si los que no eran judíos consideraban todas las comidas limpias, tenían la libertad de comer lo que quisieran, pero no debían poner obstáculos a los que todavía se sentían obligados a guardar las leyes dietéticas. Como Cristo había venido, los dos eran libres: “Nadie os critique en asuntos de comida o de bebida... Todo esto es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo” (Colosenses 2:16,17).

Quedó un solo mandamiento:

### **No cocerás el cabrito en la leche de su madre**

Durante siglos esta corta frase ha confundido a los estudiosos de la Biblia y los ha llevado a proponer algunas explicaciones ingeniosas. Lutero destacó que aunque la carne de cabrito cocinada en leche era una exquisitez, el Señor le advirtió a Israel que no la preparara de esa manera hasta que el cabrito hubiera sido destetado. Lutero sostuvo que quebrantar esa ley sería inhumano.

Tal como [Dios] establece la pureza civil por medio de animales inmundos, así establece la misericordia civil por medio del cabrito, para que también puedan acostumbrarse por medio de esta bondad y clemencia exteriores a ser misericordiosos con la gente, y a perdonarlos, incluso a expensas de lo que es su derecho. Además, como él trata aquí con la adoración a Dios, no quiere que se sacrifique un cabrito tierno, sino uno de un año... para que no puedan ofrecer cosas débiles o inútiles.”<sup>20</sup>

Otro estudioso comentó que cocer un cabrito en la leche de su madre muestra desprecio por la relación que Dios estableció entre los animales y sus crías. Sería antinatural que la leche de una madre se convirtiera en el medio de destrucción de su hijo. Otro sugirió que esa práctica haría que el acto comer llegara a ser el

aspecto central de la celebración, en lugar del evento o la bendición que la comida festiva debería celebrar. Podemos entender eso, ya que millones de personas se exceden y parrandean cuando “celebran” ciertas fiestas cristianas, sin apreciar su significado espiritual.

Este versículo es la base para la exigencia que hacen los judíos de que se separen la carne y los productos lácteos. De acuerdo con la tradicional costumbre judía, la carne no se puede cocer en ninguna salsa que contenga leche y tampoco se puede servir con queso u otro producto lácteo. Están prohibidas las hamburguesas con queso y las pizzas con carne. Si a un trozo de carne le llega a caer una gota de leche cuando se está cociendo y cambia el sabor de la carne, ésta no se puede comer. Por lo general, se prescribe que haya un intervalo de tres a seis horas entre las comidas que incluyen productos lácteos y las que incluyen carne. En las casas de judíos ortodoxos se mantienen separadas las ollas para cocinar y los cubiertos para la carne y los productos lácteos, lo mismo que las ollas para lavar y diferentes grupos de soportes en los lavaplatos automáticos. También es una costumbre común la utilización de secadores de un color o diseño para platos de carne y otros para los productos lácteos.

Los hallazgos arqueológicos del siglo pasado dan un posible tercer significado para este versículo. Uno de los documentos desenterrados en la ciudad de Ugarit, en la costa del Mediterráneo al norte de Palestina, tiene un poema dedicado a la fertilidad, que se usaba en la adoración a Baal. En una de sus líneas se lee: “Coced a un cabrito en la leche, a un cordero en la crema”. Ese descubrimiento arqueológico, conocido también como las tablillas de Ras Shamra, muestra que en el tiempo en que Israel entró en la tierra prometida, ese mágico encanto de la leche parece haber sido una manera aceptada de acudir al dios de la fertilidad para que concediera sus bendiciones. El Señor le dijo a su pueblo que no celebrara como lo hicieron los paganos, ni siquiera cociera la comida como ellos, para que nadie por equivocación pudiera considerarla como parte de la adoración pagana.

## **Los diezmos**

En Deuteronomio 12 se dice claramente que el Señor quería que Israel llevara los diezmos, las primeras crías y los sacrificios al único lugar central de adoración que él iba a escoger cuando el pueblo entrara en la tierra prometida. Los siguientes versículos, tomados en conjunto con Números 18:21-29, sugieren que (1) cada israelita debía llevar el diezmo a los levitas al lugar central de adoración; (2) en ese momento, cada israelita comía del diezmo; sin embargo, (3) lo que no se comía en ese momento les pertenecía a los levitas; y (4) cada tres años se recogían los diezmos en las ciudades, y se almacenaban para distribuirlos entre los levitas y los pobres.

**<sup>22</sup> »Indefectiblemente diezmarás todo el producto del grano que rinda tu campo cada año. <sup>23</sup> Comerás delante de Jehová, tu Dios, en el lugar que él escoja para poner allí su nombre, el diezmo de tu grano, de tu vino y de tu aceite, y las primicias de tus manadas y de tus ganados, para que aprendas a temer a Jehová, tu Dios, todos los días. <sup>24</sup> Si el camino es tan largo que no puedas llevarlo, por estar lejos de ti el lugar que Jehová, tu Dios, haya escogido para poner en él su nombre, cuando Jehová, tu Dios, te haya bendecido, <sup>25</sup> entonces lo venderás, llevarás el dinero contigo e irás al lugar que Jehová, tu Dios, escoja. <sup>26</sup> Allí entregarás el dinero por todo lo que desees: por vacas, por ovejas, por vino, por sidra o por cualquier cosa que tú desees. Comerás allí delante de Jehová, tu Dios, y te alegrarás, tú y tu familia.**

**<sup>27</sup> »No desampararás al levita que habite en tus poblaciones, porque no tiene parte ni heredad contigo.**

Mucho antes del Sinaí, el pueblo entendió el concepto del diezmo. Abram reconoció a Melquisedec como sacerdote del Dios Altísimo y “le dio Abram los diezmos de todo” (Génesis 14:20). Jacob hizo voto de que cuando regresara a la casa de su padre iba

a volver a Betel y le daría al Señor el diezmo (Génesis 28:20-22).

El Señor le dijo a Israel: “Comerás delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escoja para poner allí su nombre, el diezmo de tu grano”, pero ellos no iban a comer *todo* el diezmo en el lugar que el Señor iba a escoger, sino que lo que quedara del diezmo se les podía dar *en ese momento* a los levitas. Tal vez sólo una parte del diezmo se llevaba realmente al lugar central de adoración, mientras que el resto se les daba a los levitas en cualquier parte de la tierra donde vivieran.

Moisés se anticipó a las diversas circunstancias que los israelitas iban a enfrentar cuando habitaran en la tierra prometida. Dispersos por Palestina, sería inconveniente o aun imposible llevar el diezmo o los animales para la ofrenda, por eso Moisés le permitió a Israel que cambiara los diezmos y las ofrendas por dinero, que se podía convertir de nuevo al llegar al santuario central. Desafortunadamente, este práctico procedimiento condujo a abusos en la época de Jesús, cuando había un comercio intenso de animales en los atrios del templo. Jesús no criticó esa ley mosaica, sino que mostró la manera cómo los vendedores con frecuencia se aprovechaban de los adoradores peregrinos. El significado principal de la fiesta se perdió muchas veces en el bullicio de la compra y venta. Jesús dijo: “Escrito está: ‘Mi casa es casa de oración’, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (Lucas 19:45-48).

**<sup>28</sup>»Al cabo de tres años sacarás todo el diezmo de tus productos de aquel año, y lo guardarás en tus ciudades.  
<sup>29</sup>Allí vendrá el levita, que no tiene parte ni heredad contigo, el extranjero, el huérfano y la viuda que haya en tus poblaciones, y comerán y se saciarán, para que Jehová, tu Dios, te bendiga en toda obra que tus manos hagan.**

Cada tercer año, en lugar de llevar todo el diezmo al lugar central de adoración, el Señor instruyó a su pueblo para que lo almacenara en sus propias ciudades para el mantenimiento de los

levitas y de los necesitados. Aunque no es completamente claro cómo se relacionaba el diezmo de cada tercer año con los diezmos que se reunían durante los otros dos años, sí es claro el uso que se le debía dar a este diezmo trienal.

Algunos elementos de las leyes de Moisés respecto al diezmo ya no se le exigen al pueblo de Dios del Nuevo Testamento. Ya no se exige el diezmo; ese tipo de ofrenda era adecuado para una nación de agricultores y pastores. Sin embargo, nuestro Señor todavía quiere que le demos a él una ofrenda planeada y proporcional. Pablo les dijo a los corintios: “Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado” (1 Corintios 16:2). Quiere que demos voluntaria y generosamente. “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7). Quiere que proveamos para aquellos que están verdaderamente necesitados y para sostener la predicación y la enseñanza del evangelio. “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Corintios 9:14).

### ***El año para cancelar las deudas***

En el Sinaí el Señor le dijo a Moisés: “Seis años sembrarás tu tierra, y recogerás su cosecha, pero el séptimo año la dejarás libre, para que coman los pobres de tu pueblo, y de lo que quede comerán las bestias del campo. Así harás con tu viña y tu olivar” (Éxodo 23:10,11). En Levítico 25:1-7 el Señor dio instrucciones más detalladas sobre cómo debía Israel guardar el “año sabático”. Ahora, cuarenta años más tarde, Moisés amplió esas leyes anteriores y las revisó para las nuevas generaciones que ya no iban a estar viviendo como nómadas, sino que iban a llevar una vida normal en la tierra.

**15** »Cada siete años harás remisión.  
2»En esto consiste la remisión: perdonará a su deudor todo aquel que haya prestado algo de su pertenencia,

**con lo cual obligó a su prójimo; no lo demandará más a su prójimo, o a su hermano, porque ha sido proclamada la remisión de Jehová. <sup>3</sup> Del extranjero demandarás el reintegro; pero lo que tu hermano tenga de ti, se lo perdonarás. <sup>4</sup> Así no habrá mendigos entre los tuyos, pues Jehová te bendecirá con abundancia en la tierra que Jehová, tu Dios, te da por heredad, para que la tomes en posesión, <sup>5</sup> si escuchas fielmente la voz de Jehová, tu Dios, para guardar y cumplir todos estos mandamientos que yo te ordeno hoy. <sup>6</sup> Ya que Jehová, tu Dios, te habrá bendecido, como te ha dicho, prestarás entonces a muchas naciones, pero tú no tomarás prestado; tendrás dominio sobre muchas naciones, pero sobre ti no tendrán dominio.**

Dios le exigió a su pueblo del Antiguo Testamento que celebrara ciertos años glorificándolo por sus obras maravillosas. Cada siete años y cada cincuenta años, iban a ser eventos especiales en su vida. Por su misma naturaleza, esas fiestas eran tan alegres que era difícil convertirlas en otra cosa distinta de intervalos de alabanza a Dios.

Aunque la versión Reina-Valera 95 dice: “Del extranjero demandarás el reintegro; pero lo que tu hermano tenga de ti, se lo perdonarás”, es mejor comprender las palabras de Moisés como un mandato para posponer, no anular, todas las deudas pendientes. La palabra hebrea que se tradujo como “perdonar” en el versículo 3 también se usa en Éxodo 23:11: “Pero el séptimo año la dejarás [la tierra] libre”. Dejar de cultivar la tierra durante un año no era lo mismo que abandonarla por completo. Moisés les estaba diciendo a los acreedores que no fueran inclementes insistiendo en el pago inmediato de un préstamo de aquellos que han sufrido adversidad.

¿Por qué les permitió Dios a los israelitas que exigieran el pago al extranjero y les dijo que no lo pidieran al hermano israelita? El extranjero por lo general sólo pasaba por la tierra; con frecuencia era un comerciante itinerante. No era ciudadano y no

estaba obligado por ésta ni ninguna otra de las leyes divinas del Sinaí. Aun si permanecía temporalmente en la tierra, no estaba sujeto al mandato de dejar sus campos sin sembrar cada siete años, así que es probable que pudiera pagar sus deudas.

Moisés dijo: “No haya ningún pobre en medio de ti”, lo cual, como Lutero observó, era “una orden muy bella, pero que nunca se guardó”.<sup>21</sup> Ya que el Señor fue tan generoso, y a causa de esta ley del año sabático, no *debían* haber existido pobres en Israel. Si los israelitas hubieran confiado en las promesas del Señor y si se hubieran guiado por ellas, habrían podido vivir en una tierra donde no hubiera pobres. Después los profetas reprendieron a los ricos de Israel por llevar vidas de satisfacción propia, pasando por alto las necesidades de los pobres.

Puesto que humilláis al pobre  
y recibís de él carga de trigo,  
no habitaréis las casas  
de piedra labrada que edificasteis  
ni beberéis del vino  
de las hermosas viñas que plantasteis.,  
Duermen en camas de marfil  
y reposan sobre sus lechos;  
comen los corderos del rebaño  
y los novillos sacados del establo;  
gorjean al son de la flauta  
e inventan instrumentos musicales, como David;  
beben vino en tazones  
y se ungen con los perfumes más preciosos,  
pero no se afligen por el quebrantamiento de José.  
(Amós 5:11; 6:4-6)

Es una tragedia cuando el pueblo de Dios en cualquier generación separa la fe del amor, la religión de las buenas acciones, lo espiritual de lo material. Santiago escribió: “La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: visitar

a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo” (1:27).

**<sup>7</sup>»Cuando haya algún pobre entre tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que Jehová, tu Dios, te da, no endurecerás tu corazón ni le cerrarás tu mano a tu hermano pobre, <sup>8</sup>sino que le abrirás tu mano liberalmente y le prestarás lo que en efecto necesite. <sup>9</sup>Guárdate de albergar en tu corazón este pensamiento perverso: “Cerca está el séptimo año, el de la remisión”, para mirar con malos ojos a tu hermano pobre y no darle nada, pues él podría clamar contra ti a Jehová, y se te contaría como pecado. <sup>10</sup>Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des, porque por ello te bendecirá Jehová, tu Dios, en todas tus obras y en todo lo que emprendas. <sup>11</sup>Pues nunca faltarán pobres en medio de la tierra; por eso yo te mando: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra.**

Moisés determinó el verdadero origen del problema cuando dijo: “No endurecerás tu corazón, ni le cerrarás tu mano”. Las *manos cerradas* vienen de un *corazón endurecido*. Cuando la persona tiene el corazón endurecido, con mucha frecuencia piensa: “Toda mi riqueza me pertenece a mí”. En realidad, toda la riqueza del mundo le pertenece a Dios, y él nos pone a administrarla. La persona que tiene el corazón endurecido también puede pensar: “Los pobres merecen serlo”. El libro de Proverbios dice: “La mano negligente empobrece, pero la mano de los diligentes enriquece” (10:4), y “El que labra su tierra se saciará de pan, pero el que se une a vagabundos carece de entendimiento” (12:11). El Señor muchas veces bendice a las personas por medio del trabajo duro. No obstante, Proverbios también dicen: “Peca el que menosprecia a su prójimo, pero el que tiene misericordia de los pobres es bienaventurado” (14:21), y “El rico y el pobre tienen en común

que a ambos los hizo Jehová” (22:2). Una forma en la que Dios bendice a los pobres es por medio de la generosidad de los ricos.

Aunque Moisés había dicho con anterioridad: “No haya ningún pobre en medio de ti”, ahora dijo: “No faltarán menesterosos en medio de la tierra”. Las primeras palabras expresaron lo ideal; las últimas admiten la realidad. No obstante, como siempre iba a haber pobres en la tierra, también se iban a presentar oportunidades para ser generosos. Arístides, un cristiano que vivió al comienzo del siglo II, hizo este comentario sobre la caridad de los creyentes:

Viven con toda humildad y mansedumbre y en ellos no se halla mentira. Se aman unos a otros y no desprecian a las viudas y libran al huérfano de quien lo trata con violencia; y el que tiene, da sin envidia al que no tiene. Apenas ven a un forastero, lo introducen en sus propias casas y se alegran por él como por un verdadero hermano; porque los llaman hermanos no según su cuerpo, sino en el espíritu y en Dios... Si se enteran de que alguno de ellos está encarcelado o es oprimido por causa del nombre de su Cristo, todos están solícitos de su necesidad y, si es posible libertarlo, lo libentan. Y si entre ellos hay alguno que esté pobre o necesitado y ellos no tienen abundancia de medios, ayunan dos o tres días para satisfacer la falta de sustento necesario en los necesitados.<sup>22</sup>

Dios nos sigue bendiciendo al ponernos en el mundo que puede mantener a toda su población, *si* se transmiten las bendiciones entre unos y otros. No obstante, si la avaricia y la dureza de corazón obstruyen la transmisión, existirán pobres. No será porque Dios no haya cumplido, sino porque la gente ha faltado. Lo más importante que podemos hacer por nuestro prójimo es contarle las buenas noticias acerca de Jesús. Sin embargo, también podemos mostrar bondad y generosidad cuando la gente está necesitada.

## ***Liberación de los esclavos***

**12** »Si se vende a ti tu hermano hebreo o hebrea, te servirá seis años, y al séptimo le dejarás libre. **13** Y cuando lo dejes libre, no lo enviarás con las manos vacías. **14** Lo abastecerás liberalmente de tus ovejas, de tu era y de tu lagar; le darás de aquello con que Jehová te haya bendecido. **15** Te acordarás de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que Jehová, tu Dios, te rescató; por eso yo te mando esto hoy.

Por razones económicas, el israelita se puede ver forzado a vender sus servicios a otro hermano israelita, de manera muy parecida a la forma en que se contrataban como siervos a los individuos en la Europa medieval y en la América colonial. Aunque algunas veces esa era una cruel necesidad, Dios insistió en que los israelitas trataran con dignidad a los que estaban en esas circunstancias, no olvidando nunca que eran aún miembros de su pueblo redimido. En Éxodo 21:2-4 el Señor quiso preservar a la esposa y la familia de un siervo hebreo. Aquí y en Levítico 25:39-43, el Señor no quiere que nadie se convierta en esclavo perpetuo de otro, sino que reciba la libertad en el año sabático. Cuando se liberaba al esclavo, el amo debía ser generoso con él, de modo que tuviera los medios de llegar a ser otra vez un miembro pleno e independiente de la sociedad israelita.

Ya sea que fueran esclavos o libres, todos eran parte del pueblo del pacto del Señor. Todos habían sido esclavos, y todos fueron liberados. El rescate que el Señor dio a Israel cuando éste salió de Egipto prefiguraba el rescate más grande de la esclavitud del pecado para todos los pueblos. Porque Dios pagó el precio de su unigénito Hijo por nosotros, recibimos “la adopción de hijos” (Gálatas 4:5). Jesús dijo: “Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os liberta, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:35,36). Aquellos que han sido perdonados, perdonarán; los que han sido liberados, desearán liberar a otros.

**<sup>16</sup>»Pero si él te dice: “No te dejaré”, porque te ama a ti y a tu casa, y porque le va bien contigo, <sup>17</sup> entonces tomarás una lesna y horadarás su oreja contra la puerta, y será tu siervo para siempre. Así también harás con tu criada. <sup>18</sup>No te parezca duro cuando lo dejes libre, pues por la mitad del costo de un jornalero te sirvió seis años. Y Jehová, tu Dios, te bendecirá en todo cuanto hagas.**

Nos parecería inconcebible que alguien a quien se le hubiera ofrecido la libertad se negara a tomarla. Sin embargo, en esa sociedad, un siervo pudo haber disfrutado de una posición cómoda y respetada en la familia. Abraham tenía en tan gran estima a su siervo Eliezer, que hasta consideró adoptarlo como su heredero legal (Génesis 15:2,3) y le encomendó la importante tarea de encontrar esposa para su hijo Isaac (Génesis 24:1-4). El siervo también pudo haber recibido la esposa de parte de su amo y pudo haber sido bendecido con hijos durante su servicio. Según Éxodo 21:4-6, la mujer y los hijos serían propiedad del amo. El hombre podía preferir quedarse con su familia en lugar de obtener la libertad solamente para él.

Tener la oreja horadada con una lezna era señal de servicio voluntario. ¿Por qué el lóbulo de la oreja? Tal vez porque era un procedimiento fácil, casi sin dolor, y no desfiguraba el cuerpo; quizás el tener una oreja “perforada” representaría la voluntad de escuchar y obedecer. Se ponía un pendiente en la oreja para indicar que era algo más que un esclavo, es decir, que disfrutaba de una situación favorecida en comparación con los demás esclavos.

No estaba *obligado* a permanecer con su amo, sino que lo *amaba y quería* quedarse. David se refirió a esta costumbre 400 años después:

“Sacrificio y ofrenda no te agradan;  
has abierto mis oídos;  
holocausto y expiación no has demandado.

Entonces dije: «He aquí, vengo;  
en el rollo del libro está escrito de mí;

el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado,  
y tu Ley está en medio de mi corazón»”. (Salmo 40:6-8)

La carta a los Hebreos dice que las palabras de David se cumplieron en Jesús, que vino voluntariamente a nuestro mundo, porque amaba a su Padre y a nosotros. Y “en esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10).

El Hijo en su sin par amor  
Obedeció al Padre:  
A ser mi Hermano y Mediador  
Nació de virgen madre,  
De su Deidad no se glorió,  
Cual siervo humilde aquí vivió;  
Al diablo combatiendo. (*Culto Cristiano* 451:6)

### *Los animales primogénitos*

**<sup>19</sup>»Consagrarás a Jehová, tu Dios, todo primogénito macho de tus vacas y de tus ovejas.**

**»No te servirás del primogénito de tus vacas ni trasquilarás al primogénito de tus ovejas. <sup>20</sup>Delante de Jehová, tu Dios, los comerás cada año, tú y tu familia, en el lugar que Jehová escoja. <sup>21</sup>Pero si tiene algún defecto, si es ciego, o cojo, o tiene cualquier otra falta, no lo sacrificarás a Jehová, tu Dios. <sup>22</sup>En tus poblaciones lo comerás; lo mismo el impuro que el limpio lo comerán, como si fuera una gacela o un ciervo.**

**<sup>23</sup>Solamente que no comas su sangre; sobre la tierra la derramarás como si fuera agua.**

La legislación que dio del Señor sobre el primogénito tuvo su origen en el gran rescate que hizo de Israel, que estaba esclavizado en Egipto. En la última de las diez plagas, Dios tomó la vida del primogénito humano y animal de cada familia egipcia. Se le perdonó la vida a cada primogénito humano y animal de los

israelitas, sólo porque la sangre del cordero pascual se untó sobre sus dinteles. Por eso, el Señor después dijo:

“Conságrame todo primogénito. Todo lo que abre la matriz entre los hijos de Israel, tanto de los hombres como de los animales, mío es...”

“Cuando Jehová te haya llevado a la tierra del cananeo, como lo ha jurado a ti y a tus padres, y cuando te la haya dado, dedicarás a Jehová a todo aquel que abre la matriz. Asimismo, todo primer nacido de tus animales, si es macho, será de Jehová. Pero todo primogénito de asno lo redimirás con un cordero; y si no lo redimes, quebrarás su cuello. También redimirás al primogénito de tus hijos.

“Y cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: ‘¿Qué es esto?’, le dirás: ‘Jehová nos sacó con mano fuerte de Egipto, de casa de servidumbre; y cuando se endureció el faraón para no dejarnos ir, Jehová hizo morir en la tierra de Egipto a todo primogénito, desde el primogénito humano hasta el primogénito de la bestia. Por esta causa yo sacrifico para Jehová todo primogénito macho, y redimo al primogénito de mis hijos’. (Éxodo 13:2,11-15)

Sin duda alguna, el primogénito le pertenecía sólo a Dios. Sin embargo, si un animal limpio, un cordero, una cabra, o un becerro nacían con algún defecto, Dios no lo aceptaba en su altar; un animal defectuoso era inaceptable para el sacrificio. Los israelitas podían tener la siguiente idea impía: “¡Puedo ofrecer a Dios *todos* mis animales lisiados e imperfectos! ¡Puedo darle a Dios los sobrantes y guardar lo mejor para mí!” Por desgracia, los israelitas algunas veces hicieron exactamente eso. “Cuando ofrecéis el animal ciego para el sacrificio, ¿acaso no es malo? Asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿acaso no es malo? Preséntalo, pues, a tu príncipe; ¿acaso le serás grato o te acogerá benévolo?, dice Jehová de los ejércitos” (Malaquías 1:8).

Hay pocos temas que generen más debate en la iglesia que la mayordomía. Con mucha frecuencia pensamos sobre la mayordomía de una forma muy cerrada, como si sólo se tratara del dinero. Al contrario, la mayordomía también incluye la manera cómo administramos toda la riqueza, el tiempo y las capacidades que el Señor ha puesto a nuestro cuidado. Con mucha frecuencia pensamos que nuestras iglesias tienen problemas financieros, cuando, en realidad, nuestros verdaderos problemas son de naturaleza espiritual. Cuando se practica la mayordomía cristiana, nuestro Dios salvador pone en nosotros la gracia de dar y nos enseña a confiar en él con mayor intensidad en todas las situaciones cambiantes de la vida. La mayordomía no se trata de recoger dinero, sino de reformar a las personas. James Dobson tenía razón cuando escribió: “Dios tiene derecho a una porción de nuestros ingresos, no porque él la necesite, sino porque nosotros necesitamos dársela”.<sup>23</sup>

### *La Pascua*

El Señor les dijo a las madres y a los padres de esa generación: “Tres veces en el año me celebraréis fiesta” (Éxodo 23:14). Esas tres fiestas fueron: la *de los Panes sin levadura*, la *de la Siega*, y la *de la Cosecha* (Éxodo 23:15,16). El Señor estableció esas tres fiestas de peregrinación para preservar la fidelidad de Israel a su pacto, especialmente en el futuro cuando Israel estuviera disperso por toda Palestina. Aquí Moisés adaptó algunos de los detalles de esas celebraciones para la nueva vida de Israel en la tierra.

**16** »Guardarás el mes de Abib y celebrarás la Pascua a Jehová, tu Dios, porque en el mes de Abib, por la noche, te sacó Jehová, tu Dios, de Egipto.

<sup>2</sup> »Sacrificarás la víctima de la Pascua a Jehová, tu Dios, de las ovejas y las vacas, en el lugar que Jehová escoja para que habite allí su nombre.

**<sup>3</sup>»No comerás con ella pan con levadura; durante siete días comerás con ella pan sin levadura, pan de aflicción, porque aprisa saliste de tierra de Egipto, para que todos los días de tu vida te acuerdes del día en que saliste de la tierra de Egipto. <sup>4</sup>No se verá levadura junto a ti en todo tu territorio durante siete días. Y de la carne que sacrifiques en la tarde del primer día, no quedará nada hasta la mañana. <sup>5</sup>No podrás sacrificar la víctima de la Pascua en cualquiera de las ciudades que Jehová, tu Dios, te da, <sup>6</sup>sino en el lugar que Jehová, tu Dios, escoja para que habite su nombre. Allí sacrificarás la víctima de la Pascua por la tarde, a la puesta del sol, a la hora que saliste de Egipto. <sup>7</sup>La asarás y comerás en el lugar que Jehová, tu Dios, haya escogido, y por la mañana regresarás y volverás a tu habitación. <sup>8</sup>Seis días comerás pan sin levadura, y el séptimo día será fiesta solemne dedicada a Jehová, tu Dios: no trabajarás en él.**

El mes hebreo de Abib corresponde a fines de marzo y principios de abril en nuestros calendarios; el primer día de Abib era el primer día de la primavera en el hemisferio norte. Según Éxodo 12:6, la Pascua se tenía que celebrar el día catorce del primer mes del año hebreo, cuando el cordero pascual era degollado a media noche. Al día siguiente, comenzaba la fiesta de los panes sin levadura, que duraba siete días, hasta el 21 de Abib, bien avanzado en nuestro mes de abril. El día 21 del mes terminaba la fiesta de los panes sin levadura con una “fiesta solemne a Jehová”.

La Pascua conmemoraba la manera prodigiosa como el Señor rescató a Israel de la esclavitud en Egipto. “Jehová pasará hiriendo a los egipcios, y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová de largo por aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir” (Éxodo 12:23). Cada año nuevo, las futuras generaciones podrían revivir el gran rescate de la Pascua y decir: “¡Allí fui redimido de la esclavitud! ¡Allí Dios me rescató *a mí!*” Las familias judías practicantes todavía

recitan en una parte de la liturgia de la Pascua: “Alabado sea el Santísimo, que no sólo redimió a nuestros antepasados, sino que también nos sacó junto con ellos”.

Originalmente, la Pascua se celebraba entre las familias (Éxodo 12:3,4), pero Moisés ahora anticipaba el tiempo cuando Israel iba a vivir en la tierra e iba a celebrar la Pascua en el lugar central de adoración que el Señor iba a escoger. Por el tiempo de Jesús, aunque los corderos se llevaban al templo para el sacrificio, la Pascua se celebraba como antes en los hogares individuales.

Moisés les ordenó a los israelitas que no comieran levadura en la Pascua, para recordarles la rapidez con la que el Señor los rescató. “Los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra, porque decían: «Todos moriremos». Y llevó el pueblo su masa antes que fermentara, la envolvieron en sábanas y la cargaron sobre sus hombros” (Éxodo 12:33,34). Más tarde surgió la costumbre de sacar todos los vestigios de pan leudado de la casa antes de preparar la comida de la Pascua. La levadura se llegó a asociar con el pecado; como la levadura, el pecado puede penetrar toda la vida de la persona. Pablo les dijo a los corintios: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, como sois, sin levadura” (1 Corintios 5:7). El “pan de aflicción” le recordaba a Israel las penalidades de la esclavitud y la cruel opresión del faraón. “Los hijos de Israel, que gemían a causa de la servidumbre, clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos desde lo profundo de su servidumbre. Dios oyó el gemido de ellos y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob” (Éxodo 2:23,24).

En el Nuevo Testamento a Jesús se le identifica como *el* cordero pascual. Pablo escribió: “Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7). Cuando Poncio Pilatos envió a los soldados para que les quebraran las piernas a los hombres crucificados con Jesús, no quebraron ninguno de los huesos de Jesús porque él ya había muerto. El apóstol Juan citó esto como el cumplimiento de Éxodo 12:46: “No será quebrado hueso suyo” (Juan 19:36). Este versículo en un principio fue un mandamiento relacionado con la preparación del cordero pascual.

Juan vio en Jesús el cumplimiento de la Pascua, al cordero pascual por excelencia.

Además, Jesús instituyó la Santa Cena en la primera noche de la Pascua, y hay muchas similitudes entre la manera como el creyente del Antiguo Testamento guardaba la Pascua y nuestra conmemoración de la Santa Cena. Así como la Pascua recordaba el gran rescate que hizo Dios de su pueblo, que estaba esclavo en Egipto, la Santa Cena nos recuerda el rescate más importante que hace nuestro Salvador, el rescate de su pueblo esclavizado por el pecado, Satanás y la tumba. De la misma forma como el cordero murió en la primera Pascua y el pueblo se salvó por la sangre del cordero, así Jesús es nuestro cordero “que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29), y “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Efesios 1:7). Así como los adoradores del Antiguo Testamento participaban en la conmemoración comiendo el cordero pascual, también nosotros tenemos comunión con el Salvador y con los hermanos creyentes, comiendo su cuerpo y tomando su sangre en el Sacramento.

### *La Fiesta de las semanas*

**<sup>9</sup>»Siete semanas contarás; desde que comience a meterse la hoz en las mieses comenzarás a contar las siete semanas. <sup>10</sup>Y celebrarás la fiesta solemne de las Semanas en honor de Jehová, tu Dios, presentando tus ofrendas voluntarias según lo abundantes que hayan sido las bendiciones de Jehová, tu Dios. <sup>11</sup>Te alegrarás delante de Jehová, tu Dios, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, el levita que habita en tus ciudades, y el extranjero, el huérfano y la viuda que viven entre los tuyos, en el lugar que Jehová, tu Dios, haya escogido para poner allí su nombre. <sup>12</sup>Acuérdate de que fuiste siervo en Egipto; por tanto, guardarás y cumplirás estos estatutos.**

Los agricultores les aplican la hoz a los sembrados alrededor del 16 Abib, que equivale al 5 de abril en nuestro calendario; siete

semanas después de eso sería aproximadamente el 24 de mayo. Este intervalo de cincuenta días parece que se extendía desde el comienzo de la cosecha de la cebada hasta el final de la cosecha del trigo. Siete semanas permitían el transcurso de tiempo que se requería para que el grano madurara cada año. En las regiones más calurosas del territorio, la cebada estaba lista en abril y el trigo un poco después; en las regiones más frías, la cosecha del trigo se demoraba hasta fines de mayo o principios de junio.

A la fiesta de las Semanas también se le llamaba la *fiesta de la Siega* (Éxodo 23:16) y el *día de las primicias* (Números 28:26). Esta importante fiesta de la historia de Israel después recibió el nombre Pentecostés, porque los judíos la celebraban cincuenta días después del sábado cuando comenzaba la Pascua. Aunque el Antiguo Testamento relaciona la fiesta de las Semanas sólo con la cosecha de grano de la primavera, más tarde el judaísmo celebraba en Pentecostés la promulgación de la ley del Señor a Israel en el monte Sinaí. Esa asociación es comprensible, ya que el Señor se encontró con Israel en el Sinaí “al tercer mes de haber salido los hijos de Israel de la tierra de Egipto” (Éxodo 19:1).

Entre las ofrendas de la fiesta de las Semanas se incluían panes con levadura recién hechos (la única vez que se hacía esto durante el año), así como muchos otros sacrificios. No mucho después de la fiesta de las Semanas, se hacía la ofrenda de las primicias de la cosecha de grano, un acto que expresaba gratitud, confianza y dedicación al Señor. Los israelitas también podían mostrar su gratitud al Señor, permitiendo a los pobres y a los extranjeros, que vivían en el territorio, que tomaran los granos que dejaban los cosechadores a lo largo del borde del campo (Levítico 23:22).

En el día de Pentecostés, se encontraban en Jerusalén partos, medos y elamitas, residentes de Mesopotamia, visitantes de Roma y muchísimos otros, que habían ido para celebrar la fiesta de las Semanas. Allí, el sonido de un viento fuerte llenó toda la casa donde los seguidores de Jesús estaban reunidos, y lo que parecían ser lenguas de fuego se posaron sobre cada uno de ellos. Allí Jesús

cumplió la promesa que había hecho de enviar el Espíritu Santo a sus discípulos, y todos ese día hablaron en otras lenguas, como al Espíritu les daba que hablaran. El mismo día de Pentecostés Pedro predicó así: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”. Allí fueron bautizadas tres mil personas, y ese día, el día de Pentecostés, nació la iglesia del Nuevo Testamento (Hechos 2:1-41).

### *La Fiesta de los Tabernáculos*

**<sup>13</sup>»Celebrarás la fiesta solemne de los Tabernáculos durante siete días, cuando hayas hecho la cosecha de tu era y de tu lagar. <sup>14</sup>Te alegrarás en tus fiestas solemnes, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, y el levita, el extranjero, el huérfano y la viuda que viven en tus poblaciones. <sup>15</sup>Durante siete días celebrarás la fiesta solemne en honor de Jehová, tu Dios, en el lugar que Jehová escoja, porque te habrá bendecido Jehová, tu Dios, en todos tus frutos y en todas las obras de tus manos, y estarás verdaderamente alegre.**

A la fiesta de los Tabernáculos también se le llamaba la *fiesta de la Cosecha* (Éxodo 23:16).

Así como el séptimo día era considerado santificado para el Señor, también lo era el séptimo mes. Después del verano caliente y seco, los israelitas cosechaban uvas, dátiles, higos y aceitunas, y esperaban las lluvias tempranas del otoño que podían ser en octubre y las tardías que podían ser en diciembre. El séptimo mes del año, Tisrí, a fines de septiembre y principios de octubre, señalaba el final del año agrícola y el comienzo de un año nuevo. La fiesta de los Tabernáculos se celebraba desde el 15 hasta el 22 de Tisrí.

El día de la expiación, Yom Kipur, se celebraba justo antes de la fiesta de los Tabernáculos, el décimo día del séptimo mes (Levítico 23:26). Después de la solemne recordación de su pecado

y del impresionante precio de su perdón, los israelitas recordaban con alegría el gran cuidado que el Señor les brindó mientras anduvieron por el desierto. Durante la fiesta de los Tabernáculos, “todo natural de Israel habitará en Tabernáculos, para que sepan vuestros descendientes que en Tabernáculos hice yo habitar a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto” (Levítico 23:42,43). Cuando el pueblo le agradecía a Dios porque la cosecha del verano había terminado y porque les había proporcionado lo necesario de una manera natural, también podían agradecerle a Dios por haberlos cuidado en el desierto de una manera sobrenatural.

Las instrucciones judías para celebrar la fiesta de los Tabernáculos, establecía que cada cabaña o *sucá* debía tener por lo menos tres paredes y un techo, y ser construida con ramas, arbustos, enredaderas, tallos de plantas o cualquiera otra planta de las que crecen en la tierra. Las cabañas debían estar suficientemente abiertas para que pudiera caer la lluvia y se pudieran ver las estrellas en la noche. Con seguridad, esa recordación audiovisual debió haber ayudado a las generaciones posteriores de Israel a apreciar que su permanencia en el desierto fue muy transitoria, y que el cuidado del Señor fue constante.

El evangelio de Juan recuerda que Jesús visitó Jerusalén en “la fiesta de los judíos, la de los Tabernáculos”, y después dice que Jesús habló le a la multitud “en el último y gran día de la fiesta”, (Juan 7:2,37) el veintidós o veintitrés de Tisrí, a mediados de octubre.

**<sup>16</sup>»Tres veces cada año se presentarán todos tus varones delante de Jehová, tu Dios, en el lugar que él escoja: en la fiesta solemne de los Panes sin levadura, en la fiesta solemne de las Semanas y en la fiesta solemne de los Tabernáculos. Y ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías; <sup>17</sup> cada uno presentará su ofrenda conforme a la bendición que Jehová, tu Dios, te haya dado.**

En los pactos que se hacían en el antiguo Cercano Oriente, los soberanos por lo general les exigían a sus vasallos que se presentaran ante ellos a intervalos regulares, usualmente tres veces al año, para renovar la lealtad al soberano y para llevarle el pago del tributo. Esas tres importantes fiestas del calendario religioso hebreo le permitían al pueblo de Dios del Antiguo Testamento *volver a vivir* el rescate de Dios en el pasado, *regocijarse* en sus bendiciones continuas y *responderle* con sus ofrendas.

A pesar de que el pueblo de Dios del Nuevo Testamento puede adorar a su Señor de cualquier forma y en cualquier tiempo que elija, en la libertad cristiana muchas iglesias han decidido seguir el calendario histórico de la iglesia. De manera similar a las tres grandes celebraciones del antiguo Israel, las tres fiestas anuales más importantes de la iglesia cristiana: la Navidad, la Pascua de Resurrección, y el Pentecostés, no se centran en lo que *haremos para Dios*, sino en lo que *él ha hecho por nosotros*. Aunque estamos a muchos siglos de los grandes milagros del nacimiento y la resurrección de Jesús, y del nacimiento de la iglesia del Nuevo Testamento, cada año tenemos el privilegio de volver a vivir esos grandes eventos del evangelio y reflexionar sobre su significado. Nos reunimos con otros cristianos y nos regocijamos en esos días de fiesta. Escuchamos la Palabra, llevamos nuestras alabanzas y oraciones, y respondemos a su misericordia con nuestros corazones, ofrendas y vidas.

## LEY CIVIL (16:18–26:19)

---

En la tercera parte de las estipulaciones de Moisés, hay una colección muy amplia de leyes civiles. Aunque cimentadas en la inmutable voluntad de Dios para todos, Moisés las aplicó a las situaciones que los israelitas iban a enfrentar todos los días, hace treinta y cinco siglos. Las leyes que el Señor le dio a su pueblo Israel eran similares algunas veces a las que los reyes y los jueces establecieron en las naciones vecinas. Sin embargo, las leyes del Señor le dieron un valor más alto a la vida humana e incluso trataron con dignidad a las personas más humildes de la tierra.

### *Jueces*

**<sup>18</sup>»En todas las ciudades que Jehová, tu Dios, te dará, pondrás jueces y oficiales, por tribus, los cuales juzgarán al pueblo con justo juicio. <sup>19</sup>No tuerzas el derecho, no hagas acepción de personas ni tomes soborno, porque el soborno ciega los ojos de los sabios y pervierte las palabras de los justos. <sup>20</sup>La justicia, sólo la justicia seguirás, para que vivas y heredes la tierra que Jehová, tu Dios, te da.**

Los jueces a los que se refiere Moisés pueden haber sido los jefes de los consejos locales de ancianos. La palabra hebrea que se traduce como “oficiales” significa “escritores”, lo que sugiere que esos oficiales pueden haber sido oficinistas que trabajaban junto con los jueces. La expresión: “ni tomes soborno” es más gráfica en el hebreo original: “No tendrás en cuenta los rostros”. A los ojos humanos, algunos rostros pueden parecer más prósperos o más destacados que otros; sin embargo, el Señor no se deja llevar por las apariencias. Quiso que sus representantes en los tribunales permanecieran impassibles ante las apariencias.

Miqueas, el profeta de Dios que vivió durante los sombríos días de la decadencia de Judá y de la caída de Israel ante Asiria, deploró la manera como las personas del pueblo de Dios se trataban unas a otras.

Oíd ahora esto, jefes de la casa de Jacob,  
y capitanes de la casa de Israel,  
que abomináis el juicio  
y pervertís todo derecho...  
Sus jefes juzgan por cohecho,  
sus sacerdotes enseñan por precio,  
sus profetas adivinan por dinero,  
y se apoyan en Jehová, diciendo:  
¿No está Jehová entre nosotros?

(Miqueas 3:9,11)

Una sociedad moldeada conforme a la voluntad de Dios trata a los más humildes de los hombres con imparcialidad. La gente que maltrata a los pobres no refleja el amor que Dios tiene para toda la humanidad. Él no tiene favoritos.

### *Adoración a otros dioses*

**<sup>21</sup>»No plantarás ningún árbol para Asera cerca del altar de Jehová, tu Dios, que hayas edificado, <sup>22</sup> ni te levantarás estatua, lo cual aborrece Jehová, tu Dios.**

**17**»No ofrecerás en sacrificio a Jehová, tu Dios, buey o cordero en el cual haya defecto o alguna cosa mala, pues es cosa abominable para Jehová, tu Dios.

Gedeón, uno de los jueces de Israel, dijo: “Jehová será vuestro Señor” (Jueces 8:23). Como el gobierno de Israel era una teocracia, la ley de Moisés consideraba que la falsa adoración era tanto una ofensa civil como una transgresión espiritual. El “árbol para Asera” y la “estatua” se refieren a Astarté y a Baal, el dios y la diosa de la fertilidad que adoraban los cananeos. Un israelita

violaba la honra que se le debe al Señor si adoraba a dioses falsos, de la misma manera que deshonoraba el nombre de Dios sacrificándole un animal “sobrante” del rebaño. Si a un animal no se le consideraba aceptable como platillo principal en la mesa del comedor de la familia, ¿cómo podría un israelita presentarlo en el altar del Señor como ofrenda a su Salvador?

**<sup>2</sup>»Cuando se halle entre los tuyos, en alguna de las ciudades que Jehová, tu Dios, te da, un hombre o una mujer que haya hecho lo malo ante los ojos de Jehová, tu Dios, traspasando su pacto, <sup>3</sup> que haya ido a servir a dioses ajenos y se haya inclinado ante ellos, ya sea ante el sol, la luna o todo el ejército del cielo, lo cual yo he prohibido, <sup>4</sup> y te sea dado aviso, entonces investiga muy bien. Si resulta ser cierto que tal abominación ha sido hecha en Israel, <sup>5</sup> sacarás a las puertas de tu ciudad al hombre o a la mujer que haya cometido esta mala acción, sea hombre o mujer, y los apedrearás hasta que mueran.**

**<sup>6</sup>»Por testimonio de dos o de tres testigos morirá el que haya de morir; no morirá por el testimonio de un solo testigo. <sup>7</sup>La mano de los testigos caerá primero sobre él para matarlo, y después la mano de todo el pueblo. Así apartarás el mal de en medio de ti.**

Anteriormente (13:1-18), Moisés había abordado la terrible posibilidad de que familias completas o ciudades enteras fueran seducidas por la adoración pagana. Ahora le hizo frente a la posible idolatría de israelitas individuales, que podían practicar en privado y en secreto.

La adoración a las estrellas y a los planetas era mucho más antigua que Moisés. Los antiguos egipcios adoraban a Ra como el dios del sol y representaban a Hator, la gran diosa del firmamento, como una mujer con cara de vaca. Los sumerios y los acadios (que vivieron entre los ríos Tigris y Éufrates muchos siglos antes que los asirios) creían que sus miles de dioses y diosas se reunían como

un consejo municipal bajo la dirección de An, el dios del firmamento, y de Enlil, el dios de las tormentas. Al observar la influencia que ejerce el sol sobre la tierra y la luna sobre los mares, los caldeos concluyeron que los planetas eran dioses, y creían que ciertas relaciones de sus movimientos tendrían efecto sobre la guerra, los gobiernos y el destino de los hombres.

Moisés repitió un precepto legal común cuando les enseñó a los israelitas cómo investigar y castigar la falsa adoración. Un hombre o una mujer podían ser condenados si por lo menos dos testigos presentaban un testimonio que coincidiera. El que testificaba acerca de un crimen capital tenía la responsabilidad adicional de ser el primero en aplicar la pena de muerte. Si su testimonio era verdadero, consideraría que era su deber actuar basándose en su testimonio, pero si mentía o testificaba sin el conocimiento personal, tenía la responsabilidad adicional de haber administrado con sus propias manos una pena de muerte injusta. Dios quería que los testigos estuvieran seguros de que su testimonio era verdadero.

Aunque no vivimos en una teocracia, Dios todavía quiere que comprendamos que la falsa adoración es mortal para la fe. Al ser infieles a la Palabra de Dios, nos arriesgamos a perder el perdón, la paz de conciencia y la vida eterna que nos da el Salvador. Por eso, los pecados doctrinales son más devastadores que los de la conducta. Si la Palabra de Dios permanece siendo la verdad para nosotros, entonces tenemos las herramientas para corregir los defectos en nuestra vida cristiana. No obstante, si perdemos la verdad de la Palabra, perdemos el único poder que puede hacerle frente a nuestro pecado, que nos asegura el perdón del Señor y que nos da la fortaleza espiritual para cambiar nuestra vida.

### ***Los tribunales***

**8 »Cuando alguna cosa te sea difícil en el juicio, entre una clase de homicidio y otra, entre una clase de derecho legal y otra, y entre una clase de herida y otra, en negocios de litigio**

**en tus ciudades; entonces te levantarás y recurrirás al lugar que Jehová, tu Dios, escoja. <sup>9</sup>Acudirás a los sacerdotes levitas y al juez que haya en aquellos días, y preguntarás. Ellos te enseñarán la sentencia del juicio. <sup>10</sup>Y harás lo que indique la sentencia que te dicten los del lugar que Jehová escoja, cuidando de cumplir todo lo que te manifiesten. <sup>11</sup>Procederás según las instrucciones que te den y el juicio que te pronuncien; no te apartarás ni a la derecha ni a la izquierda de la sentencia que te dicten. <sup>12</sup>El hombre que proceda con soberbia, no obediendo al sacerdote que está para ministrar allí delante de Jehová, tu Dios, o al juez, ése morirá. Así apartarás el mal de en medio de Israel. <sup>13</sup>Y cuando todo el pueblo lo sepa, temerá y no se ensoberbecerá.**

Mientras Moisés viviera, los jueces locales podrían apelar a él cuando tuvieran que decidir un caso muy difícil; Moisés también contaba con un grupo de jueces que le ayudaban en los casos menos difíciles. Después de que Moisés murió e Israel se estableció en la tierra, los tribunales locales podían apelar a un tribunal superior establecido en un lugar central de adoración. Lo que Moisés describió aquí no fue un proceso de apelación para que lo siguiera un defensor si pensaba que había recibido un veredicto injusto, sino una ordenanza que el juez podía seguir si no tenía certeza de qué veredicto dar. Este tribunal, formado por sacerdotes y jueces, tenía absoluta autoridad; sus decisiones no se podían apelar.

La frase “proceda con soberbia” en hebreo es “hierva”, lo que implica que el resentimiento puede haber estado enconándose en la persona culpable durante algún tiempo antes de que ésta llegara al “punto de estallar”. La pena de muerte para ese enojo con el juicio del Señor haría que otros desistieran de cometer ese crimen, y fue sentencia adecuada para quien mostrara desprecio hacia los tribunales del Señor.

Cuando el Señor escogió a Jerusalén como el lugar central para la adoración de Israel, los jueces y los sacerdotes de Jerusalén

obtuvieron mayor autoridad, y se desarrolló un consejo de gobierno en la ciudad capital. Algunos eruditos sugieren que después ese consejo llegó a ser el Sanedrín, el cuerpo de gobierno que juzgó a Jesús y lo sentenció a morir.

### *El rey*

**<sup>14</sup>»Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová, tu Dios, te da, tomes posesión de ella, la habites y digas: “Voy a poner un rey sobre mí, como todas las naciones que están en mis alrededores”, <sup>15</sup> ciertamente pondrás como rey sobre ti al que Jehová, tu Dios, escoja. A uno de tus hermanos pondrás sobre ti como rey; no podrás poner sobre ti a un hombre extranjero que no sea tu hermano. <sup>16</sup> Pero él no deberá tener muchos caballos, ni hará volver al pueblo a Egipto con el fin de adquirir caballos, pues Jehová os ha dicho: “No volváis nunca por este camino”. <sup>17</sup> Tampoco deberá tener muchas mujeres, para que su corazón no se desvíe; ni amontonará para sí demasiada plata ni oro.**

El Señor llamó a Moisés para que llevara a Israel de Egipto a Canaán, y escogió a Josué para terminar la conquista de la tierra prometida después de la muerte de Moisés. No seleccionó a nadie para suceder a Josué como líder nacional de Israel, sino más bien levantó gobernantes temporales en algunas tribus para derrotar a los enemigos locales. Después de que Josué murió, las tribus vivieron durante casi 300 años en una coalición débil sin un gobierno central ni gobernante individual, pero el Tabernáculo era el lugar central de la adoración, y el pacto con el Dios salvador el elemento unificador. Durante todo ese tiempo los israelitas fieles reconocieron, como después declaró Samuel, que: “Jehová, vuestro Dios, era vuestro rey” (1 Samuel 12:12).

Sin embargo, Israel más adelante en su historia iba a pedir un rey. No es muy exacto decir que el Señor se opuso incondicionalmente a una monarquía ya que había prometido a

Abraham: “De ti saldrán naciones y reyes... [Sara] vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos nacerán de ella” (Génesis 17:6,16; vea también Génesis 35:11). Cuando el tiempo de los jueces llegaba a su fin, la opinión pública comenzaba a favorecer un gobierno poderoso y centralizado para combatir a algunos de los vecinos de Israel, en particular a los filisteos, cuya tecnología en armas de hierro era superior a la de Israel. No obstante, también es cierto que los israelitas no hubieran tenido que preocuparse por las naciones más fuertes que ellos, si hubieran obedecido por completo la orden que les dio el Señor para que eliminaran del territorio a esos pueblos idólatras. Cuando finalmente Israel pidió un rey, al concluir la magistratura de Samuel, reveló lo poco que basaban su solicitud en consideraciones espirituales: “Danos ahora un rey que nos juzgue, *como tienen todas las naciones*” (1 Samuel 8:5).

El Señor se adelantó al deseo que expresó Israel de tener un rey, cuando estableció pautas para el tipo de rey que él desearía que gobernara a su pueblo. Aunque la forma de gobierno iba a cambiar, el Señor seguiría siendo el verdadero soberano de su pueblo. Israel y su rey iban a estar en la relación del pacto con él, y así ese reinado iba a ser lo que podemos llamar una “monarquía constitucional”. Los reyes nunca tuvieron la libertad de considerarse por encima de la ley de Dios, aunque muchos de ellos se comportaron como si lo estuvieran. Podemos considerar el reinado un oficio *civil*, pero el Señor quiso que su rey les diera guía *espiritual* y viera su papel como el de *pastor* de Israel (Salmo 78:70,71).

En los convenios que se hacían en el antiguo Cercano Oriente, el soberano muchas veces escogía al gobernador de la nación vasalla. Por eso, no nos sorprende que el Señor revelara quién iba a ser el rey de Israel, mediante suertes o un mensaje profético. ¿Por qué dijo Dios que no quería que el rey de Israel adquiriera muchos caballos? El rey tal vez quisiera negociar soldados hebreos por caballos egipcios, algo que el Señor no aprobaría. No quería que sus reyes gastaran mucho dinero en

reunir un enorme ejército. En el mundo antiguo era común que los reyes sellaran acuerdos políticos casándose con princesas de naciones vecinas. Moisés advirtió contra el pecado obvio de la poligamia, y además advirtió que el corazón del rey se podía extraviar por la tentación de comprometer su fe en el Señor al adorar a los dioses falsos de tantas esposas. Años más tarde, en el discurso de despedida que les dijo Samuel a los jefes de Israel, les advirtió de los altos costos de la monarquía. Para mantener la vida suntuosa de la corte, el rey iba a tomar a los hijos de Israel para que fueran sus cocheros y soldados de infantería, para que cuidaran sus campos y viñedos y para que fueran sus herreros y perfumeros, panaderos y cocineros. Con el fin de pagar todos esos servicios, el rey iba a necesitar el cobro impuestos más altos, lo cual iba a causar resentimiento y rebelión (1 Samuel 8:10-18).

Aun una lectura superficial de la historia de Israel y Judá muestra que las advertencias de Moisés fueron muy precisas. Salomón se casó con mil mujeres, acumuló enormes cantidades de oro, importó centenares de carros y miles de caballos de Egipto y dejó a las tribus del norte de Israel tan resentidas por haberlas gravado con fuertes impuestos, que el reino estaba a punto de sublevarse (1 Reyes 10:14-29; 11:1-6; 12:1-17). Después el Señor por medio de su profeta Isaías se quejó así:

Su tierra está llena de plata y oro,  
sus tesoros no tienen fin.  
También está su tierra llena de caballos,  
y sus carros son innumerables.

(Isaías 2:7)

Muy pocas veces hubo diferencias perceptibles entre la vida pagana y ostentosa de la realeza de Israel y Judá y la de sus vecinos, y ésa fue la razón de su caída. Difícilmente pudo Israel ser un reino de sacerdotes y una nación santa para los pueblos que lo rodeaban, si su reinado y su estilo de vida eran tan desenfrenados y corruptos como los de sus vecinos.

**<sup>18</sup>»Cuando se siente sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta Ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes levitas. <sup>19</sup> Lo tendrá consigo y lo leerá todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová, su Dios, guardando todas las palabras de esta Ley y estos estatutos, y poniéndolos por obra. <sup>20</sup> Así no se elevará su corazón sobre sus hermanos, ni se apartará de estos mandamientos a la derecha ni a la izquierda, a fin de que él y sus hijos prolonguen los días de su reino en medio de Israel.**

Los soberanos le entregaban a sus vasallos una copia del pacto que se había celebrado entre ellos, con el fin de que lo leyeran con regularidad. Al leer y obedecer el pacto del Señor, los reyes de Israel podían mostrar con cuánto gusto se sometían al Señor como su rey. Qué trágico fue que el pacto de Dios con su pueblo hubiera sido despreciado en tal grado que el rey Josías realmente volvió a descubrir el libro de la ley durante un proyecto de reconstrucción del templo. ¡Escuchó por primera vez la ley de Dios cuando se la leyeron en el año dieciocho de su reinado! (2 Reyes 22:3-20)

Aunque los reyes de Israel dejaron un rastro desastroso de idolatría, codicia y desobediencia, el Señor quería que el oficio de rey fuera un rico presagio del reino perfecto del Mesías venidero, el cual se iba a levantar de Israel como uno de sus hermanos. Iba a ser poderoso pero humilde, un Rey que en verdad se iba a caracterizar por el servicio. Iba a permanecer indiferente al placer y a los tesoros, y resuelto a obedecer la voluntad del Padre. Qué magnífico cuadro del perfecto reinado del Salvador, nuestro hermano y Señor. No vino para ser servido, sino para servir (Marcos 10:45); no vino a buscar su voluntad, sino la voluntad del que lo envió (Juan 5:30). No vino al mundo para disfrutar del bienestar ni de la fama, sino para salvar a los pecadores (1 Timoteo 1:15).

## ***Ofrendas para los sacerdotes y los levitas***

La Escritura muchas veces describe la obra salvadora de Jesús como el cumplimiento de los tres oficios del Antiguo Testamento: *sacerdote*, *profeta*, y *rey*. Al tener un cuadro más claro de cómo funcionaban estos tres oficios, apreciaremos con mayor plenitud lo que nuestro Salvador hizo por nosotros.

Los mandatos que dio Moisés para los futuros *reyes* de Israel muestran que Dios quería que los reyes orientaran espiritualmente a su pueblo. El Señor le recordó a David que él lo tomó “del redil, de detrás de las ovejas, para que fueras príncipe sobre mi pueblo” (2 Samuel 7:8). Dicho “rey y pastor” prefiguraba magníficamente al Buen Pastor, quien dijo: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen; yo les doy vida eterna” (Juan 10:27,28).

El *sacerdote* era el mediador entre el pueblo pecador y el Dios santo. Ofrecía sacrificios por el pecado y oraba por el pueblo. Jesús se convirtió en el sumo sacerdote perfecto, porque “no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Hebreos 7:27). Él “está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:34), donde aboga por nosotros “para con el Padre” (1 Juan 2:1).

El *profeta* era el portavoz de Dios para su pueblo. Moisés fue el primero de una larga serie de voceros del Dios salvador. Mientras se desarrollaba la historia de su pueblo del Antiguo Testamento, el Señor envió a sus profetas para advertir a los israelitas de su pecado, anunciar su perdón a los que se arrepentían y proporcionarles detalles cada vez más precisos acerca de la venida del Mesías. Todo profeta auténtico puede decir con confianza: “Esto es lo que dice el Señor”. Sin embargo, en este capítulo de Deuteronomio, Moisés no sólo le aseguró a Israel que su Dios iba a continuar enviando profetas a su pueblo, sino también predijo la venida *del profeta por excelencia*. Como lo dijo Lutero: “Moisés ya tenía los ojos puestos en Cristo”.<sup>24</sup>

**18**»Los sacerdotes levitas, es decir, toda la tribu de Leví, no tendrán parte ni heredad en Israel; de las ofrendas quemadas a Jehová y de la heredad de él comerán.<sup>2</sup> No tendrán, pues, heredad entre sus hermanos; Jehová es su heredad, como él les ha dicho.

<sup>3</sup>»Éste será el derecho de los sacerdotes sobre aquellos del pueblo que ofrezcan en sacrificio un buey o un cordero: darán al sacerdote la pierna, las quijadas y el cuajar.<sup>4</sup> Las primicias de tu grano, de tu vino y de tu aceite, y las primicias de la lana de tus ovejas le darás,<sup>5</sup> porque a él ha escogido Jehová, tu Dios, de entre todas tus tribus, para que él y sus hijos ministren en el nombre de Jehová para siempre.

En otra parte del Deuteronomio Moisés hizo una distinción entre toda la tribu de Leví y los descendientes de Aarón dentro de la tribu de Leví, los cuales se desempeñaron como sacerdotes. Los sacerdotes disfrutaban el singular servicio de ofrecer sacrificios y de servir en el lugar central de adoración. No obstante, había otras clases de servicio que desempeñaban el resto de los levitas.

Como los levitas fueron apartados al comienzo para servir en el Tabernáculo, y después en el templo, el Señor no les dio un reparto tribal, y por lo general tampoco poseyeron alguna tierra. Según Josué 21:41,42, ciertas ciudades y las tierras de pastos que las rodeaban fueron seleccionadas para que los levitas las usaran. Según Levítico 27:30-33 y Números 18:21-29, los levitas también recibían diezmos de los cereales, del vino y de los rebaños del pueblo. Los sacerdotes también recibían parte de la carne de los animales que eran ofrecidos en sacrificio. Mientras que en el holocausto todo el animal subía en humo (Levítico 1:9), en la ofrenda de paz el sacerdote compartía una comida comunal con los oferentes del sacrificio (Levítico 7:28-36). Sin embargo, en el tiempo de Samuel, parece que los sacerdotes tenían la costumbre de aceptar como su porción la carne que obtenían cuando metían al azar un garfio de tres dientes en la olla (1 Samuel 2:13,14).

**<sup>6</sup>»Cuando salga un levita de cualquiera de las ciudades de Israel donde haya vivido, y vaya con todo el deseo de su alma al lugar que Jehová escoja, <sup>7</sup> ministrará en el nombre de Jehová, su Dios, como todos sus hermanos, los levitas que estén allí delante de Jehová. <sup>8</sup> Igual ración a la de los otros comerá, además de sus patrimonios.**

Si un levita cambiaba de sitio, no hubiera sido correcto negarle ni a él ni a su familia el sustento económico que el pueblo acostumbraba a darle por sus servicios. Cuando visitaba el lugar central de adoración, tenía derecho a participar en la adoración y a compartir la carne de las ofrendas. Un levita de otro lugar no debería ser excluido por los otros sacerdotes o levitas que servían con regularidad en el Tabernáculo o después en el templo.

Las leyes para los sacerdotes y los levitas nos pueden parecer muy antiguas y remotas en el siglo XXI, y es cierto que las formas externas del sacerdocio levítico ya no existen. Sin embargo, el Señor prometió que iba a continuar un “sacerdocio” de una forma diferente. Por medio del profeta Jeremías, el Señor prometió que siempre iba a haber sacerdotes que para ofrecer sacrificios delante de él: “Como no puede ser contado el ejército del cielo ni se puede medir la arena del mar, así multiplicaré la descendencia de David, mi siervo, y de los levitas que me sirven” (Jeremías 33:22). La promesa de Jeremías se cumplió de dos maneras: primero, en Cristo, un sacerdote eterno que “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25); segundo, en la larga procesión de hombres y mujeres llamados a creer en Jesús, quienes “como piedras vivas” son “edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5).

Aunque el sacerdocio levítico pertenece al pasado, estos versículos anticiparon un principio del Nuevo Testamento: “El que es enseñado en la palabra haga partícipe de toda cosa buena al que

lo instruye” (Gálatas 6:6). Jesús también dijo: “El obrero es digno de su salario” (Lucas 10:7).

### ***Prácticas abominables***

**<sup>9</sup>»Cuando entres a la tierra que Jehová, tu Dios, te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. <sup>10</sup>No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, <sup>11</sup>ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos**

Moisés enunció un solemne mandamiento para que cuando los israelitas entraran en su nueva tierra no se interesaran en la gran variedad de artes secretas, mágicas y demoníacas, que les serían asequibles, para tratar de averiguar el futuro, controlar lo que pudiera pasar en sus vidas o comunicarse con los muertos.

Tal vez la costumbre más espantosa involucraba a los que sacrificaban a sus hijos en el fuego. La costumbre de hacer “pasar a su hijo o a su hija por el fuego” pudo haber sido un tipo de ordalía de fuego, o prueba mágica. Era más común que la gente metiera a sus hijos en el fuego con el deseo de sacrificarlos a sus dioses para recibir lo que ellos querían. Era común ofrecer niños en las llamas a Moloc en Fenicia (1 Reyes 3:26,27) y en otras naciones en el antiguo Cercano Oriente. Al parecer, el rey Manasés (del Reino del Sur, 696-642) sacrificó a sus hijos en el fuego (2 Crónicas 33:6), y Jeremías denunció esa costumbre (Jeremías 32:35).

Algunas de estas prácticas abominables consistían en consultar espíritus para obtener información oculta o prohibida. Había varias maneras de practicar la *adivinación*; todas ellas se llevaban a cabo para descubrir la voluntad de los dioses. Ezequiel se refirió a lo que hacía el rey de Babilonia para buscar un augurio, revolviendo sus flechas en la aljaba, y luego decidía basándose en la primera flecha que sacaba de ella, algo parecido a echar las

cartas. El rey también buscaba augurios para el futuro examinando el color, la forma y las líneas del hígado sacado de una oveja recién sacrificada (una costumbre llamada *hepatoscopia*), común en la antigua Roma y desconocida en Palestina (Ezequiel 21:21).

Lo más probable es que el *agorero* practicaba hechicería cantando alguna fórmula mágica, esperando que eso le produjera algún beneficio al hechicero o que le produjera algo malo a su enemigo. El *sortílego* también podía mirar dentro de una copa e interpretar los reflejos que observaba en el líquido. José acusó a Benjamín de haber robado la copa que utilizaba para adivinar (Génesis 44:5,15), aunque no hay prueba de que José alguna vez hubiera llevado a cabo esa práctica. La persona que interpretaba augurios también estudiaba las formas que veía en el fuego, observaba la trayectoria del vuelo de las aves, o examinaba el diseño de los patrones que formaba la lluvia al caer.

Otras costumbres detestables pretendían llegar más allá del reino de los vivos para establecer contacto con los espíritus de los muertos. El término más básico que se aplicaba al que pretendía establecer contacto con los muertos era el *adivino*, que hoy en día se llama médium. El griego emplea la misma palabra para médium y para ventrílocuo, y eso puede en verdad explicar de dónde vienen las voces misteriosas de los muertos. El término que se traduce como *mag* está relacionado con la palabra “saber”. Tal vez la diferencia entre un espiritista y un médium está en la afirmación que hacía el médium de ser capaz de llamar a cualquier espíritu (como la bruja de Endor, en 1 Samuel 28:8-22), mientras que el espiritista atraía a un “espíritu conocido” por medio del cual podía ponerse en contacto con los muertos. La expresión *quien consulte a los muertos* puede resumir las prácticas de los adivinos y magos, o se puede referir a un nigromante, la persona que adivina la suerte consultando a los muertos, tal vez visitando las tumbas.

Algunas de estas costumbres detestables usaban fuerzas ocultas para manipular a los demás. El *hechicero* en ocasiones cortaba y hervía hierbas con propósitos mágicos. La Septuaginta,

la traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego, lo tradujo como *farmaka*, es decir, droga. Se consumían con frecuencia drogas narcóticas o alucinógenas para producir efectos mágicos. Moisés empleó esta palabra para describir a los hechiceros y magos egipcios que imitaron algunas de las señales del Señor con sus artes secretas (Éxodo 7:11). El encantador utilizaba “nudos” mágicos o hechizos para controlar el comportamiento de los demás.

**<sup>12</sup> Porque es abominable para Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas cosas abominables Jehová, tu Dios, expulsa a estas naciones de tu presencia. <sup>13</sup> Perfecto serás delante de Jehová, tu Dios.**

¿Por qué eran detestables esas costumbres? Por una parte, esos actos eran brutales y atemorizantes, causaban dolor, utilizaban sangre y sacrificios humanos. Aun más, promovían la espantosa idea de que al realizar ciertas acciones preestablecidas o el hecho de repetir ciertas frases prescritas podían desviar las fuerzas de la naturaleza o los poderes de Baal para hacer su voluntad. La traducción “perfecto” es engañosa. La palabra en realidad significa “ser completo”. La Biblia de Jerusalén traduce: “Has de ser íntegro con Yahveh tu Dios”. El Dios salvador quería que su pueblo pusiera su vida a su cuidado, que sometiera todos sus deseos a su voluntad y que fuera recto en todos los aspectos de su vida.

### *El profeta*

Como el nuevo hogar de Israel estaba lleno de falsos profetas y de los que practicaban las artes prohibidas, entonces ¿dónde podía Israel encontrar información confiable para su vida? El Señor tenía una respuesta inmediata para sus necesidades, así como una solución de largo plazo para el problema de recibir el mensaje de Dios.

**<sup>14</sup> Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen, pero a ti no te ha permitido esto Jehová, tu Dios.**

**<sup>15</sup> »Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis. <sup>16</sup> Conforme a todo lo que pediste a Jehová, tu Dios, en el Horeb, el día de la asamblea, al decir: “No vuelva yo a oír la voz de Jehová, mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera”. <sup>17</sup> Y Jehová me dijo: “Bien está eso que han dicho”. <sup>18</sup> Un profeta como tú les levantaré en medio de sus hermanos; pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande.**

**<sup>19</sup> Pero a cualquiera que no oiga las palabras que él pronuncie en mi nombre, yo le pediré cuenta. <sup>20</sup> El profeta que tenga la presunción de pronunciar en mi nombre una palabra que yo no le haya mandado pronunciar, o que hable en nombre de dioses ajenos, ese profeta morirá.**

Moisés describió al profeta que iba a venir como alguien que iba a ser “como yo”, que iba a gozar de una relación única con el Señor, como la que disfrutó Moisés. Ningún otro profeta del Antiguo Testamento habló con el Señor de la manera como lo hizo Moisés. El Señor les anunció a Aarón y a María: “Cuando haya entre vosotros un profeta de Jehová, me apareceré a él en visión, en sueños le hablaré. No así con mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, claramente y no con enigmas; y verá la apariencia de Jehová” (Números 12:6-8).

Moisés también prometió que este profeta iba a venir de “en medio de ti, de tus hermanos”. Iba a ser un compañero israelita, cuyo árbol genealógico se remontaría hasta uno de los hijos de Jacob.

Moisés dijo: “Esto es exactamente lo que pediste a Jehová, tu Dios, en Horeb el día de la asamblea”. Sin embargo, no leemos nada sobre alguna solicitud como esa en Éxodo 20. En cambio, “todo el pueblo observaba el estruendo, los relámpagos, el sonido de la bocina y el monte que humeaba. Al ver esto, el pueblo tuvo

miedo y se mantuvo alejado. Entonces dijeron a Moisés: ‘Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos’” (Éxodo 20:18,19). Moisés aparentemente prometió que iban a recibir lo que querían, aunque no habían pedido un mediador con esas precisas palabras.

El temor que Israel sintió en el Sinaí es el mismo terror que la gente siempre siente al enfrentarse a las exigencias perfectas de Dios y a su propio pecado. No podemos comprender qué tanto hemos fracasado en hacer lo que Dios desea, hasta que hacemos nuestro mejor esfuerzo por hacerlo y aun así fracasamos. Juan Calvino escribió en *Institución de la Religión Cristiana*: “Porque el Señor no promete nada sino a aquellos que entera y perfectamente guardan su Ley, lo cual ningún hombre puede hacer”.<sup>25</sup> Después de que tratamos una y otra vez de hacer lo bueno sin poder lograrlo, finalmente llegamos al espantoso momento de volvernos a Dios y decirle: “¡Mi única esperanza eres tú! ¡Yo no lo puedo hacer!”

El Señor puso énfasis en la autoridad de este profeta que vendría: “Pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande”. Cuarenta años antes, el Señor le describió a Moisés la función del profeta de una manera similar. Al designar a Aarón como vocero de Moisés, el Señor le dijo: “Tú le hablarás y pondrás en su boca las palabras, y yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo; *será como tu boca, y tú ocuparás para él el lugar de Dios*” (Éxodo 4:15,16). El Señor le dijo a Jeremías: “A todo lo que te envíe irás, y dirás todo lo que te mande... He puesto mis palabras en tu boca” (Jeremías 1:7,9). El Señor además subrayó la autoridad de este profeta cuando dijo: “Pero a cualquiera que no oiga... yo le pediré cuenta”.

**<sup>21</sup> Tal vez digas en tu corazón: “¿Cómo conoceremos que esta no es palabra de Jehová?” <sup>22</sup> Si el profeta habla en nombre de Jehová, y no se cumple ni acontece lo que dijo, esa palabra no es de Jehová. Por presunción habló el tal profeta; no tengas temor de él.**

Moisés había dado antes una prueba por medio de la cual Israel podía identificar a un verdadero profeta: ¿Era su mensaje fidedigno, o hablaba en el nombre de otros dioses? (Deuteronomio 13:2). Aquí, Moisés dio una segunda prueba: Si el profeta anunciaba algún evento que iba a suceder en el futuro y no sucedía, era un profeta falso. Durante el reinado del rey Acab, el profeta Miqueas predijo que el rey de Israel iba a morir en batalla de Ramot de Galaad. El rey puso a Miqueas en prisión para encargarse de él después de que regresara de la batalla, pero Miqueas desafió a Acab: “Si logras a volver en paz, Jehová no ha hablado por mi boca” (1 Reyes 22:26-28). Acab fue herido en la batalla y murió esa noche (1 Reyes 22:34-38). Jeremías le dijo al falso profeta Hananías: “En este año morirás, porque has hablado rebelión contra Jehová”. En el mismo año murió Hananías, en el mes séptimo (Jeremías 28:16,17).

Eurípides, un autor griego que vivió cinco siglos antes de Cristo, comentó: “El mejor de los clarividentes es el que acierta”.<sup>26</sup> Moisés ya no quiso profetas que dieran sus propias opiniones. Explicó que si no se cumple lo que el profeta predice, ese profeta ha hablado con presunción. Ha proferido opiniones personales, en vez de hablar por inspiración del Espíritu Santo.

La pregunta obvia es: ¿Quién era ese profeta a que se refiere Moisés?

La respuesta inmediata de Moisés fue que el Señor iba a enviar muchos más profetas a Israel, para que le transmitieran fielmente sus palabras a su pueblo. Esos profetas dijeron cientos de veces: “Vino a mí palabra de Jehová” (Ezequiel 35:1), y “Así ha dicho Jehová” (Amós 2:1), y “Oíd ahora lo que dice Jehová” (Miqueas 6:1). Le advirtieron a Israel una y otra vez que no escucharan a los falsos profetas que proclamaban sus propias ideas, sueños u opiniones. Jeremías denunció a los falsos profetas de su tiempo:

Así ha dicho Jehová de los ejércitos:

“No escuchéis las palabras de los profetas

que os profetizan;  
os alimentan con vanas esperanzas;  
hablan visión de su propio corazón,  
no de la boca de Jehová...

Pero ¿quién estuvo en el secreto de Jehová,  
Y vio y oyó su palabra?  
¿Quién estuvo atento a su palabra,  
y la oyó?...

No envié yo aquellos profetas,  
pero ellos corrían;  
yo no les hablé,  
mas ellos profetizaron..."

Yo he oído lo que aquellos profetas dijeron, profetizando mentira en mi nombre: "¡Soñé, soñé!" ¿Hasta cuándo estará esto en el corazón de los profetas que profetizan mentira, que profetizan el engaño de su corazón?... El profeta que tenga un sueño, que cuente el sueño; y aquel a quien vaya mi palabra, que cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?, dice Jehová. (Jeremías 23:16,18,21,25,26,28)

A pesar de que Moisés iba a morir pronto, los israelitas iban a seguir recibiendo las palabras del Señor por medio de otros profetas.

Sin embargo, estas palabras también llevan la promesa de largo plazo de que el Señor iba a enviar a otro profeta absolutamente único, que al igual que Moisés iba a cumplir un papel especial en la historia de Israel. Ese profeta iba a ser como Moisés, con un mensaje nuevo y superior, y también iba a salir de entre sus hermanos israelitas. Traería un mensaje nuevo, y dado que Moisés fue el vocero más prominente de la ley, el otro profeta traería un mensaje diferente. Moisés le exigió justicia a Israel; sin embargo, este nuevo profeta daría lo que Moisés exigió.

El apóstol Juan explicó: "La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de

Jesucristo” (Juan 1:17). Como Moisés, Jesús disfrutó de una relación única con su Padre celestial; sólo él podía afirmar que era uno con el Padre (Juan 10:30) y prometer enviar al Espíritu (Juan 15:26). Como Jesús fue el unigénito Hijo del Padre, le habló al Padre cara a cara. Jesús dijo: “El que me ha visto a mí, *ha visto al Padre*” (Juan 14:9). Jesús también se levantó de entre sus hermanos, de la tribu de Judá (Hebreos 7:14), de acuerdo con su naturaleza humana “del linaje de David” (Romanos 1:3). No fue una coincidencia que en la transfiguración de Jesús, la voz del Padre proclamara desde la nube: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; *a él oíd*” (Mateo 17:5).

Jesús se refirió a esta predicción de Moisés cuando dijo: “Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque *de mí escribió él*” (Juan 5:46). Felipe confesó que Jesús era “aquel *de quien escribieron Moisés* en la ley, así como los profetas” (Juan 1:45). Tanto Felipe como Esteban consideraron a Jesús como el cumplimiento de esta profecía. En el pórtico de Salomón, Pedro predicó:

Moisés dijo a los padres: “El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable... Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días. (Hechos 3:22,24)

En sus comentarios sobre el Evangelio de Juan, Lutero explicó:

Ya que Cristo el Señor estaba presente, había terminado la misión de Moisés, de los sacerdotes y de los profetas, que instruyeron al pueblo de Israel y gobernaron conforme a la ley; porque su tiempo no debería extenderse más allá del advenimiento de Cristo. Con su aparición el gobierno de Moisés llegó a su fin.<sup>27</sup>

Lutero resumió la importancia de estas palabras de Deuteronomio 18:

Éste es el pasaje principal de todo el libro y una profecía expresada con claridad de Cristo como el nuevo Maestro... Moisés lo ubica apropiadamente aquí al final, después de que ha terminado sus discursos sobre el sacerdocio, el reino, el gobierno y toda la adoración a Dios. Su propósito es mostrar que en el futuro habrá otro sacerdocio, otro reino, otra adoración a Dios y otra palabra, que sustituirá todo lo de Moisés. Aquí Moisés describe claramente su propio fin, y cede su autoridad al Profeta que vendrá.<sup>28</sup>

El pueblo actual de Dios, el pueblo del Nuevo Testamento, aún se enfrenta a profetas falsos. Y aunque vivimos en tiempos muy diferentes de aquellos en los cuales vivió el pueblo del Antiguo Testamento, nuestro Dios nos dice: “No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4:1). La buena noticia es que en Jesucristo, el profeta mayor que Moisés, tenemos toda la información que necesitamos para llevar aquí una vida abundante, satisfactoria y útil, y toda la seguridad que necesitamos para enfrentar la vida próxima sin temor.

### *Ciudades de refugio*

Empezando con el capítulo 19:1 y hasta el 26:19, Moisés se refirió a una variada gama de temas, a menudo de manera breve. No siempre nos es clara la razón por la que presentó esas leyes de la manera en que lo hizo, pero esta legislación fue dirigida al alto valor de la vida humana, al matrimonio, a la guerra y a otras diferentes ramas de la vida civil.

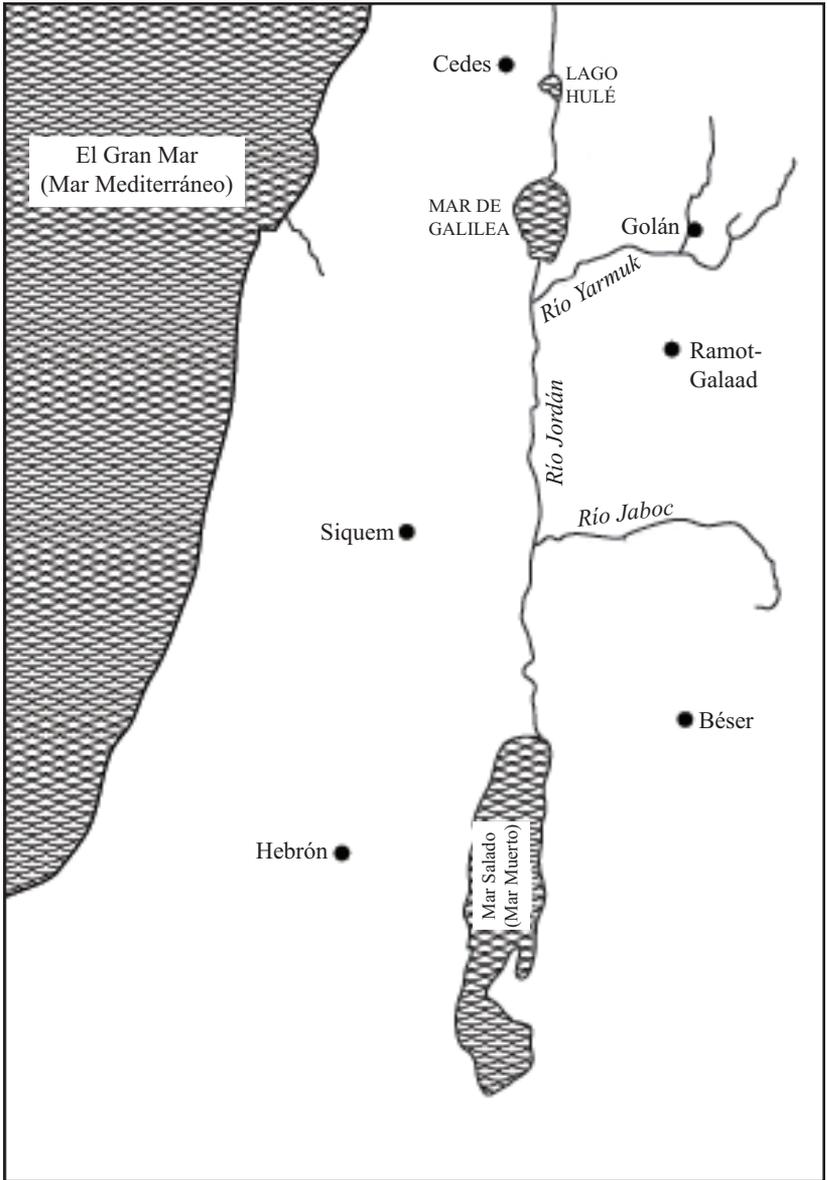
**19**»Cuando Jehová, tu Dios, destruya a las naciones  
cuya tierra Jehová, tu Dios, te va a dar, y tú las

**heredes y habites en sus ciudades y en sus casas, <sup>2</sup> apartarás tres ciudades en medio de la tierra que Jehová, tu Dios, te da para que la poseas. <sup>3</sup> Arreglarás los caminos y dividirás en tres partes la tierra que Jehová, tu Dios, te dará en heredad, a fin de que todo homicida huya allí. <sup>4</sup> Éste es el caso del homicida que podrá huir allí y salvar su vida: aquel que hiera a su prójimo sin intención y sin haber tenido enemistad con él anteriormente; <sup>5</sup> como el que va con su prójimo al monte a cortar leña, y al dar su mano el golpe con el hacha para cortar algún leño, se suelta el hierro del cabo, y da contra su prójimo y éste muere. Aquél podrá huir a una de estas ciudades y salvar su vida: <sup>6</sup> no sea que el vengador de la sangre, enfurecido, persiga al homicida, lo alcance por ser largo el camino, y lo hiera de muerte, cuando no debía ser condenado a muerte por cuanto no tenía enemistad con su prójimo anteriormente. <sup>7</sup> Por tanto yo te mando que separes tres ciudades.**

Cuando no había una forma centralizada de gobierno, la gente del antiguo Cercano Oriente tenía la costumbre de vengarse después de que un pariente cercano había sido asesinado. El pariente más cercano de la víctima era el “vengador de la sangre”. Los ancianos de la tribu o del clan llevaban a cabo un juicio para determinar si el asesino acusado era culpable, y si la víctima había muerto por accidente o si se le había asesinada. Sin esas restricciones, era probable que el vengador actuara apresuradamente y se vengara de la muerte de su pariente antes de que se dieran a conocer los hechos.

Moisés designó tres ciudades para dar refugio al supuesto asesino hasta que los ancianos pudieran llevar a cabo el juicio. Quiso escoger ciudades céntricas y de fácil acceso. Según Deuteronomio 4:41-43, ya había seleccionado tres ciudades de refugio al oriente del río Jordán: Béser, Ramot, y Golán.

Podía suceder que alguna persona le hubiera quitado la vida a un israelita sin intención ni malicia y “sin haber tenido enemistad



*Ciudades de refugio*

con él anteriormente”, y aun sin darse cuenta. En este libro Moisés presenta un ejemplo de asesinato no intencionado; en Números 35:22-25 presenta otros:

“Pero si lo empujó casualmente sin enemistades, o lanzó sobre él cualquier instrumento sin mala intención, o bien, sin verlo, hizo caer sobre él alguna piedra capaz de matarlo, y muere, pero él no era su enemigo, ni procuraba su mal; entonces la congregación juzgará entre el que causó la muerte y el vengador de la sangre conforme a estas leyes, y la congregación librará al homicida de manos del vengador de la sangre. La congregación lo hará volver a su ciudad de refugio, en la cual se había refugiado, y allí se quedará hasta que muera el sumo sacerdote.”

Claramente, el asunto tenía que ver con la intención. Como Lutero comentó: “Se debe considerar más al corazón que a la mano del ofensor”.<sup>29</sup>

Cuando alguien moría en esas circunstancias, los familiares más cercanos se podrían cegar por la ira, y no distinguir entre un asesinato a sangre fría y una muerte accidental. Dios no pretendía con esta ley impedir que el vengador de la sangre se vengara del asesino, sino exigirle que actuara a conciencia, sólo después de que el asesino acusado hubiera tenido un juicio imparcial.

**<sup>8</sup> Y si Jehová, tu Dios, ensancha tu territorio, como lo juró a tus padres, y te da toda la tierra que prometió dar a tus padres <sup>9</sup>—siempre y cuando guardes todos estos mandamientos que yo te prescribo hoy para ponerlos por obra: que ames a Jehová, tu Dios, y andes en sus caminos todos los días—, entonces añadirás tres ciudades más a estas tres, <sup>10</sup> para que no sea derramada sangre inocente en medio de la tierra que Jehová, tu Dios, te da por heredad, y no seas culpado de derramamiento de sangre.**

Tres ciudades de refugio al oriente del Jordán eran suficientes, ya que Israel no había cruzado el río. Después de que las tribus lograran el control de toda la tierra, se iban a necesitar otras tres ciudades céntricas localizadas al occidente del Jordán. Josué 20:7 las identifica como: Cedes, Siquem y Hebrón. No importaba dónde viviera una persona en Israel, estaba a no más de 48 kilómetros de alguna de las ciudades de refugio. El que huyera del lugar de un asesinato no intencionado podía llegar a una de las ciudades de refugio en poco tiempo.

**<sup>11</sup>»Pero si hay alguien que aborrece a su prójimo y lo acecha, se levanta contra él, lo hiere de muerte y muere, y luego huye a alguna de estas ciudades, <sup>12</sup> entonces los ancianos de su ciudad mandarían a sacarlo de allí y lo entregarán en manos del vengador de la sangre, para que muera. <sup>13</sup> No le compadecerás; así extirparás de Israel todo derramamiento de sangre inocente, y te irá bien.**

El Señor estableció las ciudades de refugio para darle protección al hombre que hubiera cometido homicidio por accidente; sin embargo, no proporcionó refugio a los asesinos que hubieran cometido un crimen deliberadamente. En Números 35:16-21, Moisés dio otros ejemplos de asesinato intencionado o premeditado:

“Si con instrumento de hierro lo hiere y muere, homicida es: el homicida morirá. Si lo hiere con una piedra que puede causar la muerte, y muere, homicida es: el homicida morirá. Si lo hiere con un palo que puede causar la muerte, y muere, homicida es: el homicida morirá. El vengador de la sangre dará muerte al homicida; cuando lo encuentre, lo matará. Si por odio lo empujó, o lanzó sobre él alguna cosa intencionalmente, y muere; o por enemistad lo hirió con sus manos, y murió, el que lo ha herido morirá: es un

homicida. El vengador de la sangre matará al homicida cuando lo encuentre.”

Una publicación de las Naciones Unidas anunció en 1968: “Una investigación del número de asesinatos cometidos antes y después de la abolición de la pena de muerte no apoya la teoría de que la pena capital tenga un efecto disuasivo único”.<sup>30</sup>

Ya sea que la pena de muerte disuada o no a una persona de cometer asesinato, existen otras razones válidas para apoyar el derecho que tiene el gobierno para imponer la pena de muerte. Puesto que la vida humana es preciosa, el asesino pierde el derecho de seguir viviendo precisamente porque le ha quitado la vida a otro ser humano. Norman Geisler escribió: “Se justifica la pena de muerte para proteger el valor intrínseco del derecho particular de la persona a la vida”.<sup>31</sup>

Los que se oponen a la pena de muerte algunas veces sostienen que cualquier gobierno que lleve a cabo dicha pena es culpable de asesinato. Sin embargo, el gobierno actúa como representante de Dios y tiene la obligación de castigar a los que hacen el mal. San Pablo les dijo a los cristianos de Roma que el gobierno “no en vano lleva la espada, pues está al servicio de Dios para hacer justicia y para castigar al que hace lo malo” (Romanos 13:4). La mano que empuña esta espada no es la del hombre, sino la de Dios. Finalmente, no es el hombre, sino Dios quien hace cumplir la pena de muerte.

**<sup>14</sup>»En la heredad que poseas en la tierra que Jehová, tu Dios, te da, no reducirás los límites de la propiedad de tu prójimo que fijaron los antiguos.**

Los pueblos que habitan el Medio Oriente todavía marcan los límites de sus propiedades con una sola piedra o con un montón de piedras. El que mueva la piedra o las piedras de la propiedad de su vecino, trata de robarle la tierra. Ese crimen se castigaría en cualquier sociedad, pero en Israel era además una ofensa contra el

Dios salvador, que le dio la tierra a Israel y la asignó a las tribus y a las familias de Israel. Probablemente esa fue la costumbre que Isaías y Miqueas reprendieron más tarde:

¡Ay de los que juntan casa a casa,  
y añaden hacienda a hacienda  
hasta ocuparlo todo. (Isaías 5:8)

¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad  
y maquinan el mal,  
y cuando llega la mañana lo ejecutan,  
porque tienen en su mano el poder!  
Codician campos y los roban;  
casas, y las toman:  
oprimen al hombre y a su familia,  
al hombre y a su heredad.  
(Miqueas 2:1,2)

### *Los testigos*

**<sup>15</sup>»No se tomará en cuenta a un solo testigo contra alguien en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación.**

Moisés expresó con anterioridad (17:6; Números 35:30) el principio de que por lo menos el testimonio de dos testigos debe concordar en un crimen capital. Ahora le otorgó a esta ley una aplicación más general para otros crímenes, además de los que merecen la pena de muerte.

**<sup>16</sup>»Cuando se levante un testigo falso contra alguien, para testificar contra él, <sup>17</sup>entonces los dos litigantes se presentarán delante de Jehová y delante de los sacerdotes y de los jueces que haya en aquellos días. <sup>18</sup>Los jueces investigarán bien, y si aquel testigo resulta falso y ha**

**acusado falsamente a su hermano, <sup>19</sup> entonces haréis con él como él pensó hacer con su hermano. Así extirparás el mal de en medio de ti. <sup>20</sup> Los que queden, cuando lo sepan, temerán y no volverán a cometer más una maldad semejante en medio de ti.**

¿Qué sucedía si un israelita presentaba deliberadamente falso testimonio contra su prójimo? Tanto el testigo como el acusado debían someterse a una cuidadosa investigación delante de los representantes del Señor. Si ellos determinaban que el testigo había mentido en la acusación, tenía que recibir el mismo castigo que se le hubiera impuesto al acusado si hubiera sido culpable.

El código de Hammurabi, que fue redactado más de 300 años antes de Moisés, tenía una estipulación similar: “Si un ciudadano acusa a otro de asesinato, sin la evidencia para probarlo, entonces el demandante es sentenciado a muerte”.<sup>32</sup> Esa sentencia habría llevado al testigo a sopesar cuidadosamente su testimonio, y lo habría desanimado tanto a él como a otros para no hacer acusaciones triviales, equivocadas o dudosas.

**<sup>21</sup> No lo compadecerás: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie.**

Esta ley, que también aparece en Éxodo 21:24, muchas veces se llama *lex talionis*, la “ley del talión”. Por desgracia, esta ley ha sido malinterpretada muchas veces. Los críticos del Antiguo Testamento citan con frecuencia esta ley como ejemplo de una norma de justicia “inclemente, más primitiva”, comparada con las leyes “avanzadas, más compasivas” del Nuevo Testamento. A primera vista, parece que esta ley le concedía a cada israelita el derecho de vengarse de cualquier persona en el momento que creyera que le habían hecho mal. Peor aun, los críticos comparan lo que ellos ven como el cruel Dios del Antiguo Testamento con la imagen amorosa de Jesús. La frase “ojo por ojo” ha venido a

representar cualquier forma severa de castigo que no permite misericordia ni perdón.

Sin embargo, note que el Señor no dio esta ley para aprobar la venganza personal. Aquí, así como en Éxodo 21:12-27, esta frase es parte de una sección más amplia de leyes que describen el castigo apropiado para varios crímenes. En Levítico 24:17-22, se incluye una lista de crímenes que se deben juzgar delante de toda la asamblea. Esta frase era una de varias guías legales que el Señor les dio a los jueces y a las asambleas, para que aplicaran las penas apropiadas a los crímenes.

El Señor reservó la ley del tali3n para crímenes graves que hicieran da3o al cuerpo. Como la vida humana es un don de Dios, sólo 3l la puede quitar. En una 3poca en la que los casos de heridas en el cuerpo por lo general se vengaban con la muerte, esta ley les indicaba a los jefes israelitas que no asignaran un castigo mayor al da3o causado; un verso de Gilbert y Sullivan decret3 que “el castigo sea adecuado al crimen”. En lugar de promover la venganza personal, esta ley la restringi3. Cuando se presentaban heridas al cuerpo, prescribía que el malhechor pagara una compensaci3n equivalente a la p3rdida.

El Señor dio estas leyes para regular la decencia y el orden en la sociedad israelita. A diferencia de la mayoría de las naciones modernas, donde la iglesia y el estado gobiernan 3reas diferentes de la vida, Israel era una teocracia. Debemos recordar esto cuando consideramos todas las leyes que hay en esta porci3n del Deuteronomio.

En el Serm3n del monte, Jes3s corrigi3 el malentendido tan difundido de la ley del tali3n.

“O3steis que fue dicho: ‘Ojo por ojo y diente por diente’. Pero yo os digo: No resist3is al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vu3lvele tambi3n la otra; al que quiera ponerte a pleito y quitarte la t3nica, d3jale tambi3n la capa; a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con 3l

dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo niegues.” (Mateo 5:38-42)

Jesús no rechazó el principio que estaba incorporado en esta ley, pero condenó el mal uso de esta ley como excusa para la venganza personal. En las relaciones privadas, apeló a la ley superior del amor, de la cual fue un ejemplo durante toda su vida. San Pablo, citando el libro de Proverbios del Antiguo Testamento, sugirió una manera sorprendente de “vengarse” de los que nos hacen daño: “Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, pues haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza” (Romanos 12:20).

Si alguien nos hace daño, no es necesariamente nuestro privilegio ni nuestra responsabilidad exigir compensación. Dios no les concede a los ciudadanos la libertad de vengarse en lo personal. La responsabilidad de decidir sobre el castigo apropiado para un crimen está en las instituciones de gobierno que Dios ha puesto sobre nosotros.

### *Cuando se va a la guerra*

Israel ya había enfrentado a Sehón y a Og en el campo de batalla al oriente del Jordán. Los israelitas iban a pelear otras batallas cuando cruzaran el río para tomar la tierra que el Señor les iba a dar.

**20** »Cuando salgas a la guerra contra tus enemigos, si ves caballos, carros y un pueblo más numeroso que tú, no les tengas temor, porque Jehová, tu Dios, el que te sacó de la tierra de Egipto, está contigo. <sup>2</sup> Y cuando os acerquéis para combatir, se pondrá en pie el sacerdote y hablará al pueblo. <sup>3</sup> Les dirá: “Oye, Israel, vosotros os juntáis hoy en batalla contra vuestros enemigos; no desmaye vuestro corazón, no temáis ni os azoréis ni tampoco os desalentéis delante de ellos, <sup>4</sup> porque Jehová, vuestro Dios, va con vosotros, para

**pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvaros”.**

En Canaán, Israel iba a enfrentar “caballos, carros, y un pueblo más numeroso” que el de ellos. Jabín, el rey de Hazor, organizó un contingente para enfrentar a Israel con “todos sus ejércitos, una multitud tan numerosa como la arena que está a la orilla del mar, con muchísimos caballos y carros de guerra” (Josué 11:4). Los cananeos que vivían en las regiones centrales montañosas de Palestina tenían carros de hierro (Josué 17:16), y también los tenían aquellos que estaban más al sur, en el territorio que después ocupó Judá (Jueces 1:19), y al norte, donde vivió Jabín (Jueces 4:3). Sin embargo, los carros no se mencionan como parte del equipo militar de Israel sino hasta el gobierno de Salomón (1 Reyes 4:26; 10:26).

Desde la perspectiva humana, Israel tenía verdaderos motivos para estar aterrorizado, pero su avance en Canaán no fue una típica campaña militar, ya que fue con la ayuda sobrenatural del Señor y con su promesa personal. El mismo Señor que “te sacó de tierra de Egipto... va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos”. Los sacerdotes muchas veces iban delante del ejército para darles señales a las tropas, para animar a los soldados, o para alabar a Dios en la batalla (Números 31:3-6; Josué 6:3-11; 2 Crónicas 20:14-22). ¡Qué gran forma de recordar que Israel no ganó la tierra por causa de su tecnología militar superior! La tierra llegó a ser suya bajo la bendición del Señor.

**<sup>5</sup> Luego hablarán los oficiales al pueblo, y dirán: “¿Quién ha edificado una casa nueva y no la ha estrenado? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y algún otro la estrene. <sup>6</sup> ¿Y quién ha plantado una viña y no la ha disfrutado? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y algún otro la disfrute. <sup>7</sup> ¿Y quién se ha desposado con una mujer y no la ha tomado? Que se vaya y**

**vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y algún otro la tome”.**

**<sup>8</sup>»Después volverán los oficiales a hablar al pueblo y dirán: “¿Quién es hombre medroso y pusilánime? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no apoque el corazón de sus hermanos como ocurre con el corazón suyo”. <sup>9</sup>Y cuando los oficiales acaben de hablar al pueblo, entonces los capitanes del ejército tomarán el mando a la cabeza del pueblo.**

Moisés concedió dos clases de exoneraciones para el servicio militar: las que se debían a razones *humanitarias* y las que se debían a *incompetencia*.

Lutero dijo que las exoneraciones humanitarias de Moisés fueron “otro bello ejemplo de humanidad y cortesía”.<sup>33</sup> Los comienzos eran importantes; si un hombre joven moría en batalla no tendría la oportunidad de estrenar su casa, ni de disfrutar los frutos de su tierra, ni tampoco de establecer una familia. Según Levítico 19:23-25, la cosecha de los tres primeros años de los árboles frutales, los viñedos y los olivares se debía considerar prohibida, y la cosecha del cuarto año se debía ofrecer al Señor. Sólo después de eso podía un hombre empezar a consumir los frutos de sus árboles frutales y de sus viñedos. El Señor le entregó a su pueblo esta rica tierra y todas sus bendiciones para que las disfrutara; no quería que la vida pacífica fuera alterada por la guerra, a menos que fuera absolutamente necesario.

El hombre temeroso o pusilánime no era útil para servir en tiempo de guerra, no sólo debido a su propio temor, sino también porque su ansiedad iba a dañar la moral del ejército. El Señor mismo parece haber procedido de acuerdo con sus propias directrices. Siglos después, le dijo a Gedeón: “Hay mucha gente contigo para que yo entregue a los madianitas en tus manos, pues Israel puede jactarse contra mí, diciendo: ‘Mi mano me ha salvado’. Ahora, pues has pregonar esto a oídos del pueblo: ‘Quien tema y se estremezca, que madrugue y regrese a su casa desde el monte de Galaad” (Jueces 7:2,3), y se retiraron 22.000 de los

32.000 soldados de Gedeón. Esa historia ilustra lo que Moisés dijo antes: “Jehová vuestro Dios va con vosotros, para pelear por vosotros contra vuestros enemigos, para salvaros”.

**<sup>10</sup>»Cuando te acerques a una ciudad para combatirla, le propondrás la paz. <sup>11</sup>Y si responde: “Paz”, y te abre sus puertas, todo el pueblo que en ella se encuentre te será tributario y te servirá. <sup>12</sup>Pero si no hace la paz contigo, sino que emprende la guerra contra ti, entonces la sitiarás. <sup>13</sup>Luego que Jehová, tu Dios, la entregue en tus manos, herirás a todos sus hombres a filo de espada. <sup>14</sup>Solamente las mujeres y los niños, los animales y todo lo que haya en la ciudad, todo su botín, lo tomarás para ti, y comerás del botín de tus enemigos, los cuales Jehová, tu Dios, te entregó. <sup>15</sup>Así harás con todas las ciudades que estén muy lejos de ti y no pertenezcan a estas naciones.**

Cuando en el futuro los israelitas vivieran en Canaán, iba a ser necesario que defendieran sus fronteras de enemigos invasores y contraatacar a esos enemigos. La frase, “propondrás la paz”, aparece en otros lugares en el Antiguo Testamento como la propuesta formal para iniciar un convenio. Ese tratado les podía imponer trabajos forzados a los invasores o hacer vasallos de Israel a las gentes de esa ciudad. Durante la campaña central de Josué en Canaán, los gabaonitas aparentaron que venían de una tierra distante, y les dijeron a Josué y a los hombres de Israel: “Nosotros venimos de una tierra muy lejana; haced, pues, ahora una alianza con nosotros” (Josué 9:6).

Si el enemigo se negaba a aceptar la propuesta de paz, el ejército de Israel debía sitiar la ciudad enemiga, lo que era una costumbre brutal. El ejército rodeaba a la ciudad y la encerraba dentro de sus propias murallas. Mientras las reservas de comida y agua se agotaban, las tropas que estaban fuera de la ciudad se ocupaban en abrir una brecha en las paredes y atacar la ciudad. Al contrario de las indicaciones de la guerra santa, los israelitas

podían quedarse con el botín de mujeres y bienes para su uso personal.

Las palabras de Moisés en el versículo 13 dicen literalmente: “Pondrás a los hombres *en la boca de la espada*”. Hay una cruda precisión en lo que dijo. Los arqueólogos han desenterrado espadas antiguas diseñadas de tal manera que las hojas de esas espadas parecían largas lenguas que salían de la boca de bestias salvajes, y las empuñaduras de las espadas representaban cabezas de fieras. La expresión de Moisés puede mostrar que cuando los soldados mataban a los hombres con la espada, la introducían en los enemigos hasta la empuñadura.

**<sup>16</sup> Pero en las ciudades de estos pueblos que Jehová, tu Dios, te da por heredad, ninguna persona dejarás con vida, <sup>17</sup> sino que destruirás completamente al heteo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, como Jehová, tu Dios, te ha mandado, <sup>18</sup> para que no os enseñen a imitar todas esas abominaciones que ellos han hecho en honor de sus dioses, y pequéis contra Jehová, vuestro Dios.**

Las ciudades que estaban dentro de las fronteras de Canaán no recibieron ese trato misericordioso. Con anterioridad se había mencionado a los heteos, los amorreos, los cananeos, los ferezeos, los heveos y los jebuseos como pueblos que Israel debía quitar de la tierra porque si no fueran aniquilados, llevarían a Israel a abandonar su relación con su Dios del pacto.

Los lectores modernos pueden preguntar: “¿Cómo podemos armonizar la afirmación que se hacen en el Nuevo Testamento de que Dios es amor, con su mandato de aniquilar a los cananeos y de pasar a espada incluso a los hijos de esos enemigos?”

Las naciones que vivían en Canaán eran impías en extremo, y el Señor dijo con toda claridad que las iba a quitar de la tierra a causa de su iniquidad (Génesis 15:16). Después de prohibir una serie de relaciones sexuales ilícitas, Moisés le dijo a la generación anterior de Israel: “En ninguna de estas cosas os haréis impuros,

pues en todas estas cosas se han corrompido las naciones que yo expulso de delante de vosotros, y también la tierra fue contaminada. Pero yo visité su maldad, y la tierra vomitó a sus habitantes... Cualquiera que haga alguna de todas estas abominaciones, las personas que las hagan, serán eliminadas de su pueblo” (Levítico 18:24,25,29). ¿No reconocían estas naciones la maldad de su conducta? Durante el tiempo de Abraham, Melquisedec fue sacerdote en Salem, lo que muestra que había creyentes en la tierra (Génesis 14:18-20). El Nuevo Testamento dice que Lot, el sobrino de Abraham, es el “justo Lot, abrumado por la conducta pervertida de los malvados, (pues este justo, que habitaba entre ellos, afligía cada día su alma justa viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos)” (2 Pedro 2:7,8). Los patriarcas debieron haber ejercido una influencia positiva en la tierra, aunque fue siglos antes de Moisés.

El Señor es el Dios de justicia y amor. Cuando se destaca una faceta de su personalidad a expensas de la otra, se da una imagen incompleta. Dios perdonará, pero castigará a todos los que rechazan su amor. El pecador que rechaza a Dios sólo puede esperar su justicia.

Dios juzgó a multitudes en otras épocas de la historia. Destruyó a todo el mundo con el diluvio, excepto a Noé y su familia. Hizo llover azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra, y sólo Lot y su familia escaparon. El Señor pudo haber enviado enfermedad, hambre, u otros desastres “naturales” sobre Canaán. No obstante, decidió usar a Israel como su instrumento de juicio. Los cananeos transmitieron, de generación en generación, los hábitos inicuos de sus padres hasta que Dios les impuso su juicio.

Si el Señor hubiera extendido el tiempo de gracia a los habitantes de Canaán, ¿se habrían arrepentido? El Señor no quiere que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento. Sin embargo, su increíble paciencia al fin se agota (2 Pedro 3:9,10). El Dios salvador tuvo que tomar medidas extremas para proteger la fe de su pueblo y preservar sus promesas. El vivir al lado de semejante paganismo tan evidente hubiera sido un cáncer que

hubiera destruido la fe de Israel. La historia posterior de Israel mostró que no desterraron por completo a esos pueblos, y que sus vecinos ejercieron una atracción fatal para ellos. Si el Señor se hubiera hecho a un lado y hubiera permitido la adoración a Baal para que se destruyera todo rastro de su promesa, Jesucristo nunca hubiera nacido, vivido y muerto por usted y por mí.

**19 »Cuando sites alguna ciudad y pelees contra ella muchos días para tomarla, no destruirás sus árboles a golpe de hacha, porque de ellos podrás comer. No los talarás, pues el árbol del campo no es hombre que venga contra ti en el sitio.**  
**20 Pero el árbol que sepas que no lleva fruto, podrás destruirlo y talarlo para construir baluartes contra la ciudad que te hace la guerra, hasta sojuzgarla.**

Las excavaciones arqueológicas han revelado que existieron ciudades amuralladas en Palestina, cientos de años antes de que Israel llegara allí. Los ejércitos invasores cortaban árboles con el fin de obtener combustible y construir un baluarte para escalar las paredes de la ciudad y perforarlas a golpes.

El Señor prohibió la guerra ilimitada que no sólo no aseguraba la victoria, sino que arruinaba la tierra para el uso de generaciones futuras. Esa ley reconocía el *tiempo de guerra* como una necesidad temporal mientras que protegía la vida en *tiempo de paz*, cuando las familias de las generaciones futuras iban a necesitar los frutos que producían los árboles. Pero después los ejércitos no siguieron esta ley que estaba orientada a la conservación, y gran parte de Palestina estuvo deteriorada durante siglos. La mayor parte de los impresionantes bosques que hay en la moderna nación de Israel fue plantada durante el siglo pasado.

Mientras que dicha ley permanece por su propio mérito, el mandato del Señor de proteger los árboles pudo tener un significado más profundo. Los ejércitos invasores muy pocas veces han sido famosos por sus buenos modales. El mismo Dios que quería que su pueblo ejerciera control al dejar en pie los

árboles frutales, también quería que su pueblo tratara compasivamente a las mujeres y a los niños capturados en batalla.

*Expiación por un asesinato sin esclarecer*

**21** »Si en la tierra que Jehová, tu Dios, te da para que la poseas, es hallado alguien muerto, tendido en el campo, y no se sabe quién lo mató, <sup>2</sup> tus ancianos y tus jueces saldrán y medirán la distancia hasta las ciudades que están alrededor del muerto. <sup>3</sup> Entonces los ancianos de la ciudad más cercana al lugar donde fue hallado el muerto, tomarán de entre las vacas una becerra que no haya trabajado ni llevado yugo. <sup>4</sup> Los ancianos de aquella ciudad traerán la becerra a un valle escabroso, que nunca haya sido arado ni sembrado, y quebrarán la cerviz de la becerra allí en el valle.

<sup>5</sup> »Entonces se acercarán los sacerdotes hijos de Leví, porque a ellos los escogió Jehová, tu Dios, para que lo sirvan y bendigan en el nombre de Jehová, y por su veredicto se decidirá toda disputa y toda ofensa. <sup>6</sup> Luego todos los ancianos de la ciudad más cercana al lugar donde se halló el muerto lavarán sus manos sobre la becerra cuya cerviz fue quebrada en el valle, <sup>7</sup> y harán esta declaración: “Nuestras manos no han derramado esta sangre, ni nuestros ojos lo han visto. <sup>8</sup> Perdona, Jehová, a tu pueblo Israel, al cual redimiste, y no culpes de sangre inocente a tu pueblo Israel”. Así les será perdonada esa sangre, <sup>9</sup> y tú apartarás la culpa de la sangre inocente de en medio de ti, cuando hagas lo que es recto ante los ojos de Jehová.

Esta inusual ley le da un vistazo revelador a la manera como el Señor vio la tierra y la comunidad de Israel. Si no se había resuelto un asesinato y no se había llevado a cabo el castigo, la tierra estaba contaminada por la sangre que se había derramado en ella. Un asesinato sin esclarecer también comprometía a la *comunidad* en la culpa de la sangre. Esta ley les permitía a los

ancianos expiar un asesinato de ese tipo, incluso si no había sido posible determinar quién era el asesino.

¿Por qué requería el ritual de la expiación una becerra, un valle sin cultivar y una corriente de agua? La becerra nunca había llevado yugo, el valle nunca había sido arado ni sembrado, y el agua del arroyo nunca había sido recogida en una cisterna o en vasijas de almacenamiento. En otras palabras, los tres eran impolutos, ya que no habían sido usados antes. El arroyo iba a llevar la culpa de la sangre que los ancianos se habían quitado de las manos, para que desapareciera la contaminación de ese asesinato sin resolver.

La “expiación” es la palabra específica del Antiguo Testamento (que se usa también en el hebreo del versículo 8) que se emplea en conexión con los sacrificios de animales los cuales se ofrecían cada día en el Tabernáculo para quitar los pecados del pueblo (Levítico 1:4; 4:26; 5:10). En el día de la expiación, que se celebraba cada otoño, el sacerdote hacía expiación por sí mismo y por su familia, ofreciendo un toro como ofrenda por el pecado. Después hacía expiación por la nación, sacrificando una cabra como ofrenda por el pecado del pueblo (Levítico 16:11,15). Por medio de esos sacrificios, el Señor le enseñaba a su pueblo que los perdonaba *transfiriendo el castigo del pecador culpable a un sustituto inocente*. Aquí, los ancianos podían apelar al Señor para que perdonara un asesinato sin resolver, porque él ya le había mostrado su misericordia a Israel redimiéndolo de Egipto. ¿Qué pasaba si después se encontraba al asesino? Probablemente tendría que enfrentar el juicio de la ley en esa ocasión.

Algunos han hecho esta intrigante pregunta: ¿Conocía Poncio Pilato esta ley y trató conscientemente de imitarla durante el juicio a Jesús? Cuando Pilato vio que no iba a ser capaz de persuadir a la muchedumbre para que soltara a Jesús, “tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: ‘Inocente soy de la sangre de este justo; allá vosotros’” (Mateo 27:24). ¿Había leído Pilato esta estipulación? ¿Tenía la esperanza de ganarse la aprobación del pueblo porque la conocía?

Sin embargo, la disposición de esta ley era sumamente diferente de las circunstancias que rodearon el juicio de Jesús. Esta disposición se debía llevar a cabo *después* de la muerte de un hombre, no *antes*; se debía realizar si *se desconocía* al asesino de un hombre; implicaba *expiar* el asesinato sin resolver, no *disculparlo*. Probablemente Pilato aprendió a “lavarse las manos” de un veredicto insensato de otra parte, y no de la ley de Moisés.

### *Casarse con una esclava*

**<sup>10</sup>»Cuando salgas a la guerra contra tus enemigos, y Jehová, tu Dios, los entregue en tus manos y tomes algunos cautivos, <sup>11</sup>si ves entre ellos una mujer hermosa, y la codicias y la tomas para ti por mujer, <sup>12</sup>la meterás en tu casa. Ella se rapará la cabeza y se cortará las uñas, <sup>13</sup>se quitará el vestido de cautiva y se quedará en tu casa llorando a su padre y a su madre un mes entero. Después podrás llegarle a ella; tú serás su marido y ella será tu mujer. <sup>14</sup>Si después resulta que no te agrada, la dejarás en libertad; no la venderás por dinero ni la tratarás como esclava, por cuanto la humillaste.**

Moisés incluyó a las mujeres entre los elementos del botín que los israelitas podían tomar después de derrotar a un enemigo distante (20:11-15). Esta ley se debe referir a las mujeres que eran tomadas fuera de las naciones de Canaán, porque el Señor no les permitía a los israelitas que se casaran con mujeres cananeas.

Aunque no se niega que la guerra en el antiguo Cercano Oriente era cruel y humillante, es claro que esta ley tiene un propósito humanitario para las infortunadas víctimas de la batalla. Si un hombre *quería tomar por esposa* a alguna mujer cautiva, debía darle suficiente tiempo para llorar la pérdida de su familia. Su padre pudo haber muerto en la batalla; su madre también pudo haber muerto o pudo haber sido tomada como esclava en la casa de otro hombre. El requisito de que un hombre le permitiera llorar todo un mes también pudo haber servido para garantizar que no

estaba embarazada de algún otro hombre. Los actos de raparse la cabeza, cortarse las uñas y quitarse el vestido de su cautiverio pudieron haber sido parte del proceso de llorar, o pudieron haber estado asociados con el rito de la purificación. Los nuevos vestidos también simbolizarían la nueva vida y el nuevo estado que pronto iba a disfrutar. La ley le exigía al hombre que le diera a la mujer capturada estos beneficios *antes* de que la tomara por esposa. Esa amable consideración tenía la intención de diferenciarse mucho de la manera como las naciones de alrededor de Israel trataban a las mujeres cautivas.

La intención humanitaria de esta ley también es evidente si el hombre *quería dejar* a la mujer cautiva después de que la había hecho su esposa. Aunque la había deshonrado y le había quitado su virginidad, no se le permitía que la hiciera otra vez esclava, ni que de alguna manera la volviera al estado miserable que había tenido antes de casarse con ella. Era libre para seguir su vida y volverse a casar sin sentir vergüenza.

El Señor les dio esta ley a los israelitas para recordarles que trataran a las mujeres con respeto y dignidad humana, especialmente a las que fueron víctimas de la violencia y de la guerra. Dios nos hizo para *amar a la gente* y *usar las cosas*, pero los pecadores han tenido una larga historia de *amar las cosas* y *usar a la gente*. Si Israel iba a ser una nación de sacerdotes, llevando a sus vecinos al verdadero Dios mediante su comportamiento, necesitaba seguir leyes como ésta.

### *El derecho del primogénito*

**<sup>15</sup>»Si un hombre que tiene dos mujeres ama a una y a la otra no, y tanto la que ama como la otra le han dado hijos, y el hijo primogénito es de la mujer que no ama, <sup>16</sup>en el día que haga heredar a sus hijos lo que tenga, no podrá dar el derecho de primogenitura al hijo de la mujer que ama con preferencia al hijo de la mujer que no ama, que es el primogénito. <sup>17</sup>Al hijo de la que no ama reconocerá como**

**primogénito, para darle el doble de lo que corresponda a cada uno de los demás, porque él es el principio de su vigor, y suyo es el derecho de la primogenitura.**

Las personas que hoy leen el Deuteronomio, muchas veces se indignan cuando encuentran que parecería que Dios permitió y hasta defendió la costumbre de tener más de una esposa. Aunque la poligamia nunca fue parte del propósito original de Dios para el matrimonio, era una costumbre arraigada en la vida del Cercano Oriente, siglos antes de Moisés. Los mismos relatos bíblicos que registran los hechos admirables de los santos de Dios también revelan que este pecado perturbador fue parte de la vida de muchos de ellos. Las historias de Abraham, Jacob, David y Salomón muestran que la poligamia les ocasionó dolor y tristeza a sus familias, y rompió el amor, la armonía y la confianza que Dios quiere que el esposo y la esposa disfruten. El hecho de que Dios haya tolerado la poligamia no quiere decir que la aprobaba.

Cualquier hombre, que se casara con más de una mujer, estaba propenso a tener una esposa “favorita” y a concederles favores especiales a los hijos que tuviera con ella, al mismo tiempo que les negaba los derechos familiares y legales a los hijos de sus esposas menos favorecidas. Jacob, por ejemplo, mostró demasiado favoritismo hacia José porque era hijo de Raquel, y Jacob amó más a Raquel que a Lea (Génesis 29:30). El notable trato preferencial que le dio Jacob a José, dio lugar a que los otros hijos de Jacob se resintieran contra su medio hermano, y eso los llevó a venderlo a una caravana de comerciantes itinerantes de esclavos (Génesis 37:1-34). Incluso después de sufrir décadas de aflicción por el trato preferencial que le daba a José, hasta el día de su muerte Jacob lo siguió considerando su hijo favorito. Al adoptar a Efraín y Manasés, los dos hijos de José, como sus propios hijos, Jacob efectivamente le dio a José la primogenitura (Génesis 48:1-22), aunque la bendición mesiánica recayó en Judá.

A pesar de que Dios nunca aprobó la poligamia, reconoció su existencia. Con esta ley quiso disminuir el dolor que la

poligamia crea; cuando se compara con la época en que vivió Moisés, éste era un mandato humano. Una ley no le puede impedir a un hombre que ame a una esposa más que a otra, pero sí puede prohibirle que desherede al primogénito nacido de la esposa menos amada.

El hijo mayor del hombre generalmente recibía una porción doble de la herencia de su padre. Ello no sólo garantizaba mayor riqueza, sino también indicaba que el padre le estaba cediendo el mando del clan o de la tribu a ese hijo. Cuando Eliseo pidió una doble porción del espíritu de Elías y la recibió, también fue ungido para seguir el trabajo de Elías como profeta (2 Reyes 2:9).

Aunque la poligamia persiste en algunos lugares, la mayor parte del mundo no la tolera. Las pautas que Dios les ha dado a los cristianos del Nuevo Testamento son específicas: “Tenga cada uno su propia mujer” (1 Corintios 7:2). Dios quiere que los jefes en su iglesia sean “marido de una sola mujer” (1 Timoteo 3:2,12; Tito 1:6).

### ***Un hijo rebelde***

Algunas veces era necesario proteger al primogénito de un padre cruel. En otras ocasiones era necesario apoyar la autoridad del padre que tenía un hijo rebelde, y de esa forma proteger a la comunidad del daño que ese joven le pudiera infligir.

**18»Si alguien tiene un hijo contumaz y rebelde, que no obedece a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y que ni aun castigándolo los obedece, 19 su padre y su madre lo tomarán y lo llevarán ante los ancianos de su ciudad, a la puerta del lugar donde viva, 20 y dirán a los ancianos de la ciudad: “Este hijo nuestro es contumaz y rebelde, no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho”. 21 Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán, y morirá. Así extirparás el mal de en medio de ti, y cuando todo Israel lo sepa, temerá.**

Dios exigía que los dos padres se presentaran ante los ancianos para dar testimonio de que estaban de acuerdo en que era inevitable tomar esa medida drástica sobre su hijo rebelde. Sin embargo, a diferencia de otras situaciones legales en las que el acusador tenía la obligación de ser el primero en llevar a cabo el castigo contra el que fuera condenado por haber quebrantado la ley, los padres no tenían que participar en el castigo. Los ancianos de la comunidad confirmaban que la acción de los padres no era precipitada ni permisiva. Los hijos adultos ya no eran sólo responsabilidad de los padres, sino de toda la comunidad.

Obviamente, el propósito de esta ley no era el de rehabilitar al hijo rebelde; esa oportunidad ya había pasado. Dios tenía el propósito de que esa ley fuera una *medida preventiva*; “Extirparás el mal de en medio de ti” y un *freno*: “Cuando todo Israel lo sepa, y temerá”.

Los dichos de Agur incluyen un versículo que dice:

El ojo que se burla de su padre  
y menosprecia la enseñanza de la madre,  
sáquenlo los cuervos de la cañada,  
y devórenlo las crías del águila. (Proverbios 30:17)

Los dichos de Agur parecen coincidir con esta ley; después de que se ejecutaba a un hijo irrespetuoso apedreándolo, se le habría podido negar un entierro honorable, y se expondría su cuerpo para que las aves de rapiña le arrancaran los ojos.

¿Acaso era Dios menos compasivo en el Antiguo Testamento que ahora? Pablo les dijo a los romanos que Dios estableció el gobierno para proteger a los que hacen el bien y para castigar a los que no lo hacen (Romanos 13:1-4). Cuando los gobiernos no hacen la voluntad de Dios, las personas rebeldes le hacen daño a la sociedad, y la gente inocente vive en terror y peligro. ¿Quién merece realmente nuestra compasión: el criminal o la comunidad? ¿Qué sucede cuando se presenta entre nosotros un caso grave de delincuencia juvenil? Lo que perjudica a una sola familia en la comunidad ataca a toda la comunidad. Si los padres se niegan a

castigar al hijo que infringe la ley, ellos tienen la culpa por aprobar y hasta por participar en el comportamiento desafiante de sus hijos.

¿Está bien sentir compasión por una persona joven que haya sido sentenciada por hacer el mal? No, si esa compasión la dirigimos hacia el infractor de la ley a expensas de la víctima. La compasión equivocada puede desviarnos del servicio a Dios y de la honra a su palabra. Debemos dedicar nuestro afecto a Dios y a lo que él nos ha dicho.

### *Leyes diversas*

**<sup>22</sup>»Si alguien ha cometido algún crimen digno de muerte, y lo hacéis morir colgado en un madero, <sup>23</sup>no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado. Así no contaminarás la tierra que Jehová, tu Dios, te da como heredad.**

Era costumbre exponer los cuerpos de los infractores de la ley después de que habían sido ejecutados, colgándolos de un árbol o empalándolos. Josué colgó de árboles el cuerpo del rey de Hai y de los cinco reyes amorreos, y permanecieron allí hasta caer la noche (Josué 8:29; 10:26,27). Lo mismo hizo David con los cuerpos de los hombres que asesinaron a Is-boset (2 Samuel 4:12), y les permitió a los gabaonitas que hicieran eso con algunos de los miembros de la familia de Saúl que quedaban vivos (2 Samuel 21:9). Esa costumbre parece haber sido común entre los filisteos, los asirios, y otros pueblos del área, especialmente en la guerra.

Al exponer el cadáver del hombre ejecutado, el jefe anunciaba que se había hecho justicia y se divulgaba una advertencia a los potenciales infractores de la ley. Sin embargo, si el jefe dejaba el cuerpo colgado mucho tiempo, podría dar mucha atención al criminal y al crimen que había cometido. La exposición prolongada del cadáver también podía profanar la tierra y podría provocar al pueblo a profanar la tierra con éste, aun más durante

la noche. Por esas razones, después de que el jefe obtenía el efecto deseado mediante la exposición del cuerpo ejecutado, le estaba prohibido dejarlo expuesto hasta el día siguiente.

San Pablo citó este pasaje en su carta a los Gálatas, aplicándolo a nuestro Señor: “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros (pues está escrito: «Maldito todo el que es colgado en un madero»)” (Gálatas 3:13). Así como el cadáver expuesto del criminal condenado acarrea la maldición de Dios, también el Padre permitía que su Hijo que fuera expuesto públicamente como el que llevó la maldición de Dios por el pecado. Pablo lo escribió en otra carta: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). La traducción de un himno escrito por Martín Lutero expresó el evangelio con palabras claras y vívidas:

Humilde a tierra descendió  
Trayéndonos salvación.  
Con su riqueza nos colmó,  
De gloria eterna nos vistió. Aleluya.  
(Culto Cristiano, 423:6)

Nosotros le damos a Jesús todos nuestros pecados y él nos da su justicia perfecta. ¿Verdad que no parece muy justo? ¡Sin embargo, precisamente el evangelio trae tan buenas noticias porque nos da lo contrario de lo que merecemos!

**22** »Si ves extraviado el buey de tu hermano, o su cordero, no le negarás tu ayuda; lo devolverás a tu hermano. <sup>2</sup> Pero si tu hermano no es tu vecino, o no lo conoces, lo recogerás en tu casa, estará contigo hasta que tu hermano lo busque, y se lo devolverás. <sup>3</sup> Así harás con su asno, también con su vestido, y lo mismo harás con toda cosa que se le pierda a tu hermano y tú halles; no podrás negarle tu ayuda.

**4»Si ves el asno de tu hermano, o su buey, caído en el camino, no te apartarás de él; le ayudarás a levantarlo.**

Dios se interesa en todos los aspectos de la vida de las personas que ha redimido. Con él la vida no se divide en “sagrada” y “secular”. Estas leyes aparentemente insignificantes les proporcionaron a los israelitas maneras prácticas para demostrar lo que Jesús resumió como la segunda tabla de la ley: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39). Quizás un hombre no haya robado los animales de otra persona o no haya dejado abierta la puerta de su vecino, pero Dios no sólo quiere que *nos abstengamos de hacer lo malo*, sino también *que estemos atentos a hacer lo bueno*. Dios quería que su pueblo extendiera su bondad más allá de los cómodos límites de los que nos aprecian, o de los que se parecen a nosotros. En Éxodo 23:5, Moisés dijo: “Si ves el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿lo dejarás sin ayuda? Antes bien le ayudarás a levantarlo”. En la vida cotidiana, esas acciones de buena voluntad hacia los demás demuestran un corazón que está en armonía con el Dios misericordioso.

**5»No vestirá la mujer traje de hombre ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque es abominable para Jehová, tu Dios, cualquiera que esto hace.**

Aunque puede parecer que esta ley es la prohibición general de vestir la ropa que por lo común usa el sexo opuesto, algunos comentaristas han visto en esto un significado más profundo. Había una relación entre la práctica del travestismo y algunos aspectos de la religión cananea de la fertilidad. La adoración a Astarté, la hermana gemela de Baal, destacaba algunas veces a los hombres disfrazando a los hombres con vestidos de mujer y las mujeres con ropa de hombre. La homosexualidad también estaba asociada con la adoración a Baal.

El Nuevo Testamento no tiene normas absolutas respecto de la ropa que Dios quiere que use su pueblo, pero sí incluye

principios generales para la gente de todas las épocas. Pedro les dijo a las mujeres: “Vuestro atavío no sea el externo”. El atavío externo toma diversas formas y estilos en las diferentes culturas. Al contrario, “el interno, el del corazón, en el incorruptible adorno de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 Pedro 3:3,4). Pablo instó a las mujeres a que “se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia” (1 Timoteo 2:9). Pablo les dijo a los corintios que “todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, deshonra su cabeza. Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, deshonra su cabeza” (1 Corintios 11:4,5). Los detalles de la costumbre de los corintios no son del todo claros para nosotros. No obstante, Dios quiere que las costumbres en cualquier grupo reflejen fielmente el papel que él ha establecido para los hombres y las mujeres.

Los estilos cambian de acuerdo a la época y el lugar; es imposible establecer una norma específica de vestir para todo el resto de la historia de la humanidad. Dios quiere que los hombres y las mujeres aprecien la dignidad de su propio sexo en vez de tomar la apariencia o preferir el papel del sexo opuesto.

**<sup>6</sup>»Cuando encuentres por el camino algún nido de ave en cualquier árbol, o sobre la tierra, con pollos o huevos, y la madre echada sobre los pollos o sobre los huevos, no tomarás la madre con los hijos. <sup>7</sup>Dejarás ir a la madre y tomarás los pollos para ti, para que te vaya bien y prolongues tus días.**

Esta pequeña ley parece tener una implicación humanitaria; prohibía que se aprovecharan de un ave que por instinto permanecía con sus polluelos. Moisés dijo que en lugar de aprovecharse de ella, se dejara ir libremente a la madre. También es posible que esta ley estuviera relacionada con la protección de la continuación de la vida, y con la preservación de una fuente de alimento para los israelitas. Cuando sólo se toman los polluelos, las aves madres podrán seguir teniendo crías.

San Pablo les dijo a los corintios: “[El amor] no busca lo suyo” (1 Corintios 13:5). Dios también desea que su pueblo sea bondadoso con los animales. Ese interés por las criaturas pequeñas hace eco de uno de los proverbios: “El justo cuida de la vida de su ganado, pero el corazón de los malvados es cruel” (Proverbios 12:10). Lutero hizo un comentario interesante: “¿Qué más enseña esta ley sino que mediante el trato amable a los animales [los israelitas] aprendan gentileza y bondad?... También esto puede ser aplicado como una máxima general y proverbial a cualquier explotación de nuestro prójimo.”<sup>34</sup>

**<sup>8</sup>»Cuando edifiques una casa nueva, harás pretil a tu terrado; así evitarás que caiga sobre tu casa la culpa de la sangre, si de él se cae alguien.**

Especialmente después de que los israelitas se establecieran en Canaán, iban a construir casas con techo plano, donde las familias pudieran comer y algunas veces dormir, donde los padres pudieran trabajar y los hijos jugar. El constructor de la casa estaba obligado a levantar una cerca o baranda en el borde del techo para evitar que la familia o los visitantes se fueran a caer. Esta ley también se puede aplicar como una máxima general más amplia: Dios quería que los israelitas vivieran de tal manera que no les causaran peligro, daño o incomodidad a los demás, sino que se les garantizara la seguridad personal.

**<sup>9</sup>»No sembrarás tu viña con semillas diversas, no sea que se pierda todo, tanto la semilla que sembraste como el fruto de la viña.**

**<sup>10</sup>»No ararás con buey y con asno juntamente.**

**<sup>11</sup>»No vestirás ropa hecha de lana y lino.**

Estas tres leyes comparten la prohibición común de mezclar elementos disímiles. ¿Por qué les dio Dios esas leyes? Pudo haber una razón práctica para que el agricultor no pusiera en el mismo

yugo al buey y al asno: si los colocaba uno al lado del otro para arar la tierra, la fuerza desigual iba a hacer difícil arar en línea recta. ¿Pero por qué las otras dos leyes? ¿Por qué el mezclar dos clases de semillas haría que las semillas y los frutos “se perdieran”? ¿Qué había de malo en vestir ropa hecha con telas de hilos diferentes?

Tal vez el Señor usó estos tres casos como “lecciones ejemplares” para ilustrar una verdad más importante: él quería que su pueblo permaneciera apartado de las naciones que lo rodeaban. En Levítico 19, Dios le dijo a Israel: “Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios”, y entretejió una larga lista de leyes con la expresión recordatoria: “Yo, Jehová, vuestro Dios” (Levítico 19:2,10,12,14,16,18,25,28,30-33,36,37). El mismo Dios salvador se apartó para el bien de Israel, y en consecuencia quiso que Israel permaneciera comprometida con él en todo aspecto de su vida, lo que algunas veces significaba apartarse de lo que los rodeaba. El combinar semillas, tejidos o bestias de carga iba a ser una forma simbólica de violar la “pureza” de esos objetos. Dios quiso conservar a Israel comprometida con él, de tal manera que pudiera ser una luz a las naciones y, finalmente, llegar a ser el vehículo para traer a su Hijo al mundo.

**<sup>12</sup>»Te harás flecos en las cuatro puntas del manto con que te cubras.**

La última orden de este conjunto de leyes les dio a los israelitas una característica particular en su ropa. Otros pueblos en esa tierra, como los cananeos y los sirios, también usaban ciertos estilos de vestido que los distinguían como pueblo. En Números 15:37-41, Moisés les dijo a los israelitas que hicieran flecos en los bordes de los vestidos para “lo veáis os acordéis de todos los mandamientos de Jehová. Así los pondréis por obra y no seguiréis los apetitos de vuestro corazón y de vuestros ojos, que han hecho que os prostituáis.”

Dios le pidió a Israel que fuera distinto de sus vecinos. Lo que en realidad estaba buscando era una diferencia interna, una relación en la cual los hombres y mujeres, que él había redimido, vivieran de una manera que respondiera con gratitud a su gracia. No obstante, tantas costumbres y estipulaciones externas como éstas iban a acentuar la diferencia interna e iban a ser un permanente recordatorio de su gracia y de su propósito para ellos.

### *Infracciones al matrimonio*

**<sup>13</sup>»Cuando alguien tome mujer y la desprecie después de haberse llegado a ella, <sup>14</sup>le atribuya faltas que den de qué hablar, y diga: “A esta mujer tomé y, al llegarme a ella, no la hallé virgen”, <sup>15</sup> entonces el padre y la madre de la joven tomarán las señales de su virginidad y las llevarán a los ancianos, a la puerta de la ciudad. <sup>16</sup>El padre de la joven dirá a los ancianos: “Yo di mi hija a este hombre por mujer, y él la menosprecia; <sup>17</sup> ahora le atribuye faltas que dan de qué hablar, diciendo: ‘No he hallado virgen a tu hija’. Pero ved aquí las señales de la virginidad de mi hija”. Y extenderán la vestidura delante de los ancianos de la ciudad. <sup>18</sup>Entonces los ancianos de la ciudad tomarán al hombre y lo castigarán, <sup>19</sup> multándolo con cien piezas de plata, las cuales darán al padre de la joven, por cuanto esparció mala fama sobre una virgen de Israel. Ella seguirá siendo su mujer, y él no podrá despedirla en toda su vida.**

**<sup>20</sup>»Pero si resulta ser verdad que no se halló virginidad en la joven, <sup>21</sup> entonces la sacarán a la puerta de la casa de su padre, y la apedrearán los hombres de su ciudad hasta que muera, por cuanto cometió una vileza en Israel al prostituirse en casa de su padre. Así extirparás el mal de en medio de ti.**

En el Antiguo Testamento existían tres etapas en el proceso del casamiento. Primero estaba el *compromiso*, que se podía

realizar cuando los futuros esposos tenían sólo unos cuantos meses o pocos años de edad, convenido por los padres o por casamenteros profesionales. Más tarde, el compromiso era ratificado en los *esponsales*, que podían comenzar en cualquier momento después de que la joven llegara a la pubertad y que duraban alrededor de un año. Durante ese tiempo, a la pareja se le conocía como marido y mujer, aunque ella todavía vivía en la casa de su padre, hasta que ella y su esposo hicieran los *votos matrimoniales* en presencia de testigos. Los *esponsales* eran un vínculo tan fuerte que sólo se podía romper mediante el divorcio.

El novio engañado podía acusar a la novia y a los padres de ella de haberle mentado, diciéndole que era virgen cuando no era así. El Señor dio esta ley para proteger tanto a ella como a sus padres de una acusación de ese tipo.

A nosotros no sólo nos puede parecer extraño, sino bastante grosero pedirle a los recién casados que expusieran públicamente las sábanas ensangrentadas después de haber pasado su primera noche juntos como marido y mujer. Sin embargo, en las sociedades antiguas, esa parece haber sido la costumbre, y todavía lo es en algunas partes del mundo. Se le daba gran importancia a que la novia fuera virgen.

Algunos comentaristas han propuesto que “las señales de la virginidad” (versículo 15) podían entenderse como “la prueba de su adolescencia femenina”. En una sociedad en donde las jóvenes se desposaban y casaban a una edad muy temprana, el novio podía quejarse de que su novia y los padres de ella le habían hecho creer que ella había alcanzado la madurez sexual, cuando no era así. A menos que quedara embarazada inmediatamente después de la boda, podía esperar que fuera a encontrar evidencia de que estaba en su ciclo menstrual. Con la finalidad de probar su virginidad o su adolescencia, la evidencia más obvia que podía presentar serían las sábanas de su lecho nupcial manchadas de sangre. Si llegaba al matrimonio, embarazada por otro hombre, no podía presentar esa prueba.

Si la novia y sus padres, podían probar que ella *había* sido virgen, el esposo sufría un severo castigo por calumniarla. Tenía que pagarle a su suegro una multa de cien piezas de plata, lo que parece haber sido el *doble* del precio de una novia ordinaria. Además, no se podía divorciar legalmente de ella, sino que se le exigía que siguiera viviendo con ella y mantenerla como su esposa. Estos dos castigos debieron haber servido como una doble fuerza para evitar que se hiciera una acusación semejante, a no ser que el hombre estuviera convencido por completo de que era verdad.

Sin embargo, si la novia y sus padres, no podían presentar prueba de su virginidad, la ley indicaba que la novia debía morir apedreada. La frase “cometió una vileza” aparece en otras partes del Antiguo Testamento para describir la horrorosa locura del pecado sexual. Los hijos de Jacob “se entristecieron y se enojaron mucho, porque se había cometido una ofensa [una vileza] contra Israel al acostarse con [Dina] la hija de Jacob” (Génesis 34:7). También fue una “vileza” cuando los hombres perversos de Guibeá quisieron tener relaciones homosexuales con un levita viajero, y cuando después violaron a su concubina (Jueces 19:23; 20:6-10), y también cuando Amnón, hijo de David, forzó y violó a su media hermana Tamar (2 Samuel 13:12).

Si la acusación a la esposa era falsa, difamaba el nombre de una virgen de Israel; no obstante, si tenía la razón en su acusación, la esposa había cometido una vileza en Israel. De cualquier manera, el Señor lo consideró algo más que un pecado privado que se pudiera resolver simplemente como un asunto familiar. Ese pecado le acarrearba consecuencias al pueblo de Dios como un todo. El Señor apartó a su pueblo para que fuera diferente, y este pecado también contaminaba a Israel.

¿Le sorprende que las leyes de Dios en el Antiguo Testamento trataran con tanta franqueza la sexualidad y los pecados sexuales? San Pablo no fue menos directo cuando escribió:

El marido debe cumplir con su mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con su marido. La mujer

no tiene dominio sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido dominio sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración. Luego volved a juntaros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinenia. (1 Corintios 7:3-5)

Estamos rodeados de publicidad excesivamente erótica; a diario el cine y la televisión muestran pecados atroces contra el sexto mandamiento, y los anfitriones en los medios de comunicación tratan con entusiasmo cualquier asunto imaginable. No obstante, ¿no es irónico que a muchos padres, incluyendo a los padres cristianos, les resulte casi imposible hablar directamente con sus propios hijos sobre los buenos dones que Dios da en la sexualidad y en el matrimonio?

**<sup>22</sup>»Si alguien es sorprendido acostado con una mujer casada y con marido, ambos morirán, el hombre que se acostó con la mujer, y la mujer también. Así extirparás el mal de Israel.**

El castigo por el adulterio era la muerte: “Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos” (Levítico 20:10). El adulterio lastima al cónyuge inocente y daña la unidad familiar, tan básica para el bienestar de la nación.

Aunque con esta ley el Señor quiso quitar “el mal de Israel”, probablemente este castigo no siempre se llevó a cabo. Por lo menos una referencia que se hace en Proverbios, sugiere que a los culpables de adulterio se les permitía vivir, aunque tenían que enfrentar la vergüenza pública y la amenaza de una venganza física.

¿Pondrá el hombre fuego en su seno  
sin que ardan sus vestidos?  
¿Andará el hombre sobre brasas  
sin que se quemen sus pies?  
Así le sucede al que se llega a la mujer de su prójimo,  
pues no quedará impune ninguno que la toque,  
También al que comete adulterio le falta sensatez;  
el que tal hace corrompe su alma.  
Heridas y vergüenza hallará,  
y su afrenta nunca será borrada.  
Porque el hombre enfurecido por los celos  
no perdonará en el día de la venganza;  
no aceptará compensación alguna,  
ni querrá perdonar aunque le aumentes el pago.

(Proverbios 6:27-29,32-35)

Esta ley también arroja un poco de luz sobre la conversación que tuvo Natán con David después de que David cometió adulterio con Betsabé. David confesó: “Pequé contra Jehová”, a lo cual Natán respondió: “También Jehová perdona tu pecado; *no morirás*” (2 Samuel 12:13). Aunque David era el rey de Israel, no se podía poner por encima de las leyes de Dios. Sabía que merecía morir, pero el Señor, en su misericordia, le conmutó la sentencia de muerte a David. Sin embargo, las consecuencias del pecado de David le sirvieron como una disciplina por el resto de su vida.

**<sup>23</sup>»Si hay una muchacha virgen comprometida con un hombre, y alguien la halla en la ciudad y se acuesta con ella,**  
**<sup>24</sup>los sacaréis a ambos a la puerta de la ciudad y los apedrearéis hasta que mueran; la joven, porque no pidió socorro en la ciudad, y el hombre, porque humilló a la mujer de su prójimo. Así extirparás el mal de en medio de ti.**

**<sup>25</sup>»Pero si un hombre halla en el campo a la joven desposada, y aquel hombre la fuerza, acostándose con ella, morirá solamente el hombre que se acostó con ella, <sup>26</sup>pero a**

**la joven no le harás nada; no hay en ella culpa digna de muerte. Este caso es como cuando alguien se levanta contra su prójimo y le quita la vida. <sup>27</sup> Porque él la halló en el campo, y la joven desposada gritó sin que hubiera quien la librara.**

Durante los esponsales, mientras la novia permanecía en la casa de su padre, ella no tenía relación sexual con su prometido. Sin embargo, la ley la consideraba “esposa” del hombre. Dios consideraba seriamente el compromiso matrimonial. Los procedimientos legales para la boda estaban en proceso o se habían cumplido, y el precio de la novia se había pagado.

Esta ley presenta dos casos diferentes de seducción. El primero era el que ocurría “en la ciudad”, en cualquier lugar donde el pueblo pudiera escuchar los gritos de auxilio de la mujer. Aun hoy, no hay muchos secretos en los congestionados callejones de las aldeas en el Medio Oriente; un grito pidiendo socorro bien se podía oír. Si nadie lo escuchaba, el juez tenía que suponer (por falta de evidencia convincente) que ella había consentido en el pecado sexual y por lo tanto era culpable de adulterio.

No obstante, si el pecado sexual ocurría “en el campo”, en cualquier lugar donde los gritos pidiendo socorro no se pudieran oír ni nadie pudiera acudir en su ayuda, sería imposible que el juez determinara si ella había aceptado o no las insinuaciones del hombre. Como la intención del hombre era clara en los dos casos, él tenía que ser sentenciado a muerte. Pero, por la falta de evidencia convincente, en el segundo caso la mujer sería declarada inocente.

Las costumbres matrimoniales que se reflejan en esta ley parece que estaban aún en vigencia en el tiempo de Jesús. María estaba “desposada con José”, pero no se habían unido sexualmente. Bajo la ley, ella era la esposa de José, y por eso cuando fue evidente que estaba embarazada, las dos opciones legales de José consideraban a María como su esposa: la hubiera podido juzgar en público y apedrearla hasta que muriera como

adúltera, o pudo haberse divorciado secretamente de ella (Mateo 1:18-21).

**<sup>28</sup>»Cuando algún hombre halle a una joven virgen que no ha sido desposada, la toma y se acuesta con ella, y son descubiertos, <sup>29</sup> el hombre que se acostó con ella dará al padre de la joven cincuenta piezas de plata; ella será su mujer, por cuanto la humilló, y no la podrá despedir en toda su vida.**

Si la joven no estaba desposada, el hombre que la violara tenía que pagar el precio que se acostumbraba por la novia y tenía que casarse con ella. Probablemente el precio por la novia en el tiempo de Moisés era de cincuenta piezas de plata, aunque el precio pudo haber variado de vez en vez, según la situación económica de los que estaban implicados. Abraham envió muchos regalos costosos con su siervo cuando lo envió a conseguir esposa para Isaac (Génesis 24:52,53). Jacob acordó con Labán que le iba a pagar siete años de trabajo para casarse con su hija Raquel (Génesis 29:14-18). Algunas veces, los lectores modernos han comprendido mal esta ley, y han sostenido que dicha ley perdona, e incluso anima al hombre a violar a una mujer para hacerla su esposa. Dios quiso que los hombres se dieran cuenta de que el hombre puede estar muy tentado a satisfacer un fugaz deseo sexual; esta ley les recordó que ceder a la tentación, les acarrearía a los dos, consecuencias durante toda la vida.

**<sup>30</sup>»Nadie tomará la mujer de su padre, ni profanará el lecho de su padre.**

Aunque “la mujer de su padre” probablemente sea su madrastra, el hombre que tenía relaciones sexuales con la esposa de su padre, aun si era la madrastra, cometía incesto. Aquí Dios lo prohibió, como lo hizo en Levítico 18:8 y 20:11, porque era

deshonroso tener relaciones sexuales con algún pariente cercano, y eso dañaba la unidad familiar.

¿Por qué podría querer un hombre casarse con su madrastra? La respuesta va más allá del deseo sexual. En el antiguo Cercano Oriente, el hombre demostraba su ambición de suceder a su padre, como cabeza del clan, apoderándose de las concubinas de él. Rubén, el hijo mayor de Jacob, tuvo relaciones con las concubinas de su padre (Génesis 35:22). Absalón hizo lo mismo ante todo Israel (2 Samuel 16:22). Adonías trató de tomar a Abisag, la concubina de su padre David, como su esposa (1 Reyes 2:21). En estos ejemplos parece que tener relaciones sexuales con las concubinas del padre, era una manera de tratar de imponer el liderazgo en la familia o de demostrar el derecho a la sucesión del trono del padre.

Aunque estas leyes acerca de violaciones del matrimonio reflejan una sociedad bastante diferente de la nuestra, las palabras de Moisés sobre del matrimonio son especialmente importantes. El Dios salvador tenía mucho interés en su don del matrimonio, y dio leyes para protegerlo en el mundo donde eran muy comunes la poligamia, la crueldad y la desconfianza. Dios todavía quiere proteger hoy el don del matrimonio en el mundo donde la gente reacciona a la permisividad y a la infidelidad con un indiferente encogimiento de hombros. Francis Bacon en su *Libro del matrimonio*, 1562, dijo que el matrimonio es “un alto orden de la vida, santo y bendito, ordenado no por el hombre sino por Dios... donde un hombre y una mujer están juntos y unidos, como una sola carne y un solo cuerpo.”<sup>35</sup>

### ***Exclusión de la congregación***

El Señor llamó a su pueblo para que se reuniera en la adoración y en la guerra. Las leyes siguientes ponían restricciones en cuanto a quiénes podían participar en la asamblea.

## **23** »No entrará en la congregación de Jehová el que tenga magullados los testículos o amputado su miembro viril.

Los sacerdotes representaban a Dios ante el pueblo y al pueblo ante Dios. Se excluía del servicio sacerdotal a cualquier hombre que fuera “ciego o cojo, mutilado o deforme; que tenga quebradura de pie o rotura de mano, que sea jorobado o enano, o tenga una nube en el ojo, o sarna o erupción o testículo magullado” (Levítico 21:18-20). Así como los animales para el sacrificio que ofrecían los sacerdotes tenían que ser sin defecto, los hombres que los ofrecían tampoco podían tener imperfecciones físicas. Todo esto tipificaba a Cristo, quien, como nuestro sumo sacerdote, fue “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores” (Hebreos 7:26). Mutilar el cuerpo físico que Dios creó era incompatible con la santidad que quería que los sacerdotes representaran. El Señor también le pudo haber puesto esta restricción a Israel, porque los sacerdotes de Baal algunas veces se castraban.

Aunque el Señor dio este mandamiento en el Sinaí, se anticipó al tiempo y al lugar cuando aun los que tenían deformaciones físicas podían entrar en su asamblea: “A los eunucos que guarden mis sábados, y escojan lo que yo quiero, y abracen mi pacto, yo les daré lugar en mi casa, y dentro de mis muros un monumento y un nombre mejor que el de hijos e hijas; les daré un nombre permanente, que nunca será olvidado” (Isaías 56:4,5).

## **<sup>2</sup>»No entrará el bastardo en la congregación de Jehová; ni aun en la décima generación entrarán en la congregación de Jehová.**

Literalmente, este versículo dice: “No entrará nadie nacido de un matrimonio prohibido”. Pero, ¿qué significa nacer de “matrimonio prohibido”? La palabra española *bastardo*, que se usa en la versión Reina-Valera 1995, parece ser la más acertada. Los

eruditos judíos han entendido que este versículo se refiere a los hijos que hayan sido concebidos por incesto o por adulterio. Otros consideraban que el término se refería al hijo concebido de la unión entre un israelita y un filisteo, un moabita o un amorreo. “Ni aun en la décima generación” era la manera en que Moisés expresaba la idea de “por siempre”, ya que el número diez es simbólico de la totalidad o la irrevocabilidad. La frase que aparece en el versículo 6, “y esto para siempre”, significa lo mismo.

**<sup>3</sup>»No entrará el amonita ni el moabita en la congregación de Jehová, ni siquiera en su décima generación; no entrarán nunca en la congregación de Jehová, <sup>4</sup>por cuanto no se adelantaron a recibiros con pan y agua al camino cuando salisteis de Egipto, y porque alquilaron contra ti a Balaam hijo de Beor, de Petor, en Mesopotamia, para maldecirte. <sup>5</sup>Pero no quiso Jehová, tu Dios, oír a Balaam; y Jehová, tu Dios, cambió la maldición en bendición, porque Jehová, tu Dios, te amaba. <sup>6</sup>No procurarás su paz ni su bien mientras vivas, y esto para siempre.**

Si el versículo 2 se refiere a los hijos que nacen de una unión incestuosa, hay una conexión con estos versículos. Las naciones de Moab y Amón, tuvieron su origen en una relación incestuosa entre Lot y sus dos hijas (Génesis 19:30-38). El rey moabita Balac contrató al falso profeta Balaam para que maldijera a Israel, pero Balaam dijo:

De Aram me trajo Balac,  
rey de Moab, desde los montes del oriente.

“¡Ven, maldíceme a Jacob;  
ven, execra a Israel!”.

¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo?

¿Por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado?

Porque desde la cumbre de las peñas puedo verlo,  
desde los collados puedo mirarlo;

es un pueblo que habita confiado  
y no se cuenta entre las naciones.  
¿Quién contará el polvo de Jacob  
o el número de la cuarta parte de Israel?  
(Números 23:7-10)

Israel nunca debía procurar la paz con ellos ni hacer algo en beneficio de ellos “mientras vivas, y esto para siempre”.

Aunque no se permitía la presencia de un hombre moabita en la asamblea del Señor, Dios no prohibió el matrimonio con una mujer moabita. En los días en los que gobernaban los jueces, un israelita de nombre Mahlón se casó con la mujer moabita Rut, y después de que él murió, ella acompañó voluntariamente a su suegra Nohemí, cuando ella volvió a Israel. Rut le prometió a Noemí: “A dondequiera que tú vayas, iré yo, y dondequiera que vivas, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (Rut 1:16). Después, cuando Rut se casó con el pariente de su esposo, Booz, el Señor los bendijo con un hijo, Obed, quien llegó a ser antepasado de David (Rut 4:13-22).

Por lo tanto, aunque el Señor le ordenó a Israel que excluyera a los moabitas de la asamblea, en su gracia incluyó a una mujer moabita en el árbol genealógico del Salvador (Mateo 1:5).

**<sup>7</sup>»No aborrecerás al edomita, porque es tu hermano; no aborrecerás al egipcio, porque forastero fuiste en su tierra.**

**<sup>8</sup>Los hijos que nazcan de ellos, en la tercera generación entrarán en la congregación de Jehová.**

Los edomitas eran descendientes de Esaú (Génesis 36:9), el hermano gemelo mayor de Jacob; el conflicto de toda la vida entre Jacob y Esaú comenzó en el vientre (Génesis 25:21-26). La hostilidad caracterizó la relación entre los descendientes de Jacob y las tribus de Esaú en toda la historia del Antiguo Testamento (Números 20:14-21; Amós 1:11; Abdías 8-14).

Sin embargo, Dios instruyó a Israel para que recibiera a un edomita en la asamblea debido a sus lazos familiares. También le indicó a Israel que aceptara a los egipcios en la asamblea, porque el Señor usó a Egipto como la incubadora, para que desde un comienzo humilde su pueblo llegara a ser una gran nación.

### *Inmundicia en el campamento*

**<sup>9</sup>»Cuando salgas a una campaña contra tus enemigos, te guardarás de toda cosa mala. <sup>10</sup>Si hay en medio de ti alguien que no sea limpio, por razón de alguna impureza acontecida de noche, saldrá fuera del campamento y no entrará en él.**

**<sup>11</sup>Pero al caer la noche se lavará con agua, y cuando se haya puesto el sol, podrá entrar en el campamento.**

**<sup>12</sup>»Tendrás un lugar fuera del campamento para hacer tus necesidades. <sup>13</sup>Tendrás también, como parte de tu equipo, una estaca, y cuando estés allí fuera, cavarás con ella, y luego te volverás para cubrir tus excrementos. <sup>14</sup>Porque Jehová, tu Dios, anda en medio de tu campamento, para librarte y para entregar a tus enemigos delante de ti; por tanto, tu campamento ha de ser santo, para que él no vea en ti ninguna cosa inmunda y se aparte de ti.**

Puesto que el Señor estaba presente en el Tabernáculo, les dijo a los sacerdotes: “Apartaréis de sus impurezas a los hijos de Israel, a fin de que no mueran a causa de sus impurezas, por haber contaminado mi Tabernáculo, que está en medio de ellos” (Levítico 15:31). Esta ley es análoga a la de Levítico 15:16-18.

Una emisión de semen en una relación sexual o involuntaria durante el sueño, no se requería que fuera limpiada mediante un sacrificio especial; el hombre sólo necesitaba lavarse después de permanecer inmundo hasta la noche. El hombre que era inmundo debido a dicho flujo, no se podía unir a la adoración pública ni pelear en guerra santa.

Los versículos 12-14 proporcionan una guía higiénica así como un requisito religioso. Aunque evacuar es una función corporal natural y necesaria, el Señor quería que la forma de vida de su pueblo fuera decente e higiénica.

La Escritura describe con una abundante variedad de imágenes nuestro pecado y el perdón que nos da Dios. Estábamos muertos en nuestros pecados y resucitamos con Cristo (Colosenses 2:13); ciegos a Dios, pero ahora podemos ver (Juan 9:39); esclavos del pecado, pero ahora libres para ser siervos de Dios (Romanos 6:20-23); enemigos de Dios, pero ahora reconciliados con él (2 Corintios 5:18-20). La Escritura también describe nuestra condición pecaminosa como inmunda y manchada, pero el perdón de Dios nos ha limpiado del pecado. David escribió:

Porque yo reconozco mis rebeliones,  
y mi pecado está siempre delante de mí.  
Contra ti, contra ti solo he pecado;  
he hecho lo malo delante de tus ojos,  
para que seas reconocido justo en tu palabra  
y tenido por puro en tu juicio.  
En maldad he sido formado  
y en pecado me concibió mi madre....  
Purifícame con hisopo y seré limpio;  
lávame y seré más blanco que la nieve.  
Hazme oír gozo y alegría,  
y se recrearán los huesos que has abatido.

(Salmo 51:3-5,7,8)

“La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Incluso una ley como ésta, que parece tratar sólo asuntos menores de limpieza personal, se convirtió en una herramienta educativa del Dios salvador, para enseñar lecciones más importantes sobre la contaminación del pecado y sobre el poder perdonador del amor de Dios. No podemos esconder de Dios nuestros pecados. Cristo se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios,

y su sangre “limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo” (Hebreos 9:14).

### *Leyes misceláneas*

Se puede resumir la naturaleza de las leyes que siguen desde 23:15 hasta 25:19, relacionándolas como “leyes misceláneas”. Moisés no parece haber seguido ninguna organización específica para disponer estas leyes.

Algunos lectores tal vez sugieran que las leyes de Israel no fueron tan diferentes de los códigos legales de otras naciones antiguas; hasta pueden suponer que Israel obtuvo muchas de sus leyes de sus vecinos. Sin embargo, cuando se comparan las leyes que el Señor dio en el Sinaí con el conjunto de leyes de otras naciones, es claro que aunque las leyes de Israel trataron muchos de los mismos temas que los de las naciones vecinas, las leyes del Señor muestran total respeto por la vida humana y la dignidad personal. Mientras que las leyes de Mesopotamia le daban gran prioridad a la protección de los derechos de la propiedad, las leyes de Israel nunca impusieron la pena de muerte por robar o destruir las posesiones de los demás. Las personas, no las cosas, eran la prioridad absoluta del Señor. Los pecados sexuales y las violaciones al matrimonio recibieron castigos más severos en las leyes de Israel, y la ley de Moisés le dio mayor protección a la vida humana, especialmente a la vida de las mujeres, los esclavos y los pobres. El salmista alabó al Señor no sólo porque “hizo los cielos y la tierra”, sino también porque “guarda la verdad para siempre”:

que hace justicia a los agraviados,  
que da pan a los hambrientos.  
Jehová liberta a los cautivos;  
Jehová abre los ojos a los ciegos;  
Jehová levanta a los caídos;  
Jehová ama a los justos.

Jehová guarda a los extranjeros;  
al huérfano y a la viuda sostiene.

(Salmo 146:7-9)

Hubert Humphrey en una ocasión comentó: “La prueba moral para un gobierno es la manera como trata a los que están en el amanecer de la vida, los niños; a los que están en el atardecer de la vida, los ancianos; y a los que están en las sombras de la vida, los enfermos, los necesitados y los incapacitados”.<sup>36</sup> En los Estados Unidos, cada año matan a más de un millón de bebés que todavía no han nacido, los funcionarios del gobierno con frecuencia son corruptos y se interesan en ellos mismos y, en general, la vida sigue la “versión revisada” de la regla de oro: El que tiene el dinero manda. Nuestra sociedad obtendría provecho de una infusión generosa de estas “leyes misceláneas”.

**<sup>15</sup>»No entregarás a su señor el siervo que huye de él y acude a ti. <sup>16</sup>Habitará contigo, en medio de ti, en el lugar que escoja en alguna de tus ciudades, donde tenga a bien; no lo oprimirás.**

Según 22:1-4, si un israelita veía un buey, un cordero, un asno o cualquier otra cosa que le perteneciera a su prójimo, debía devolverlo a su propietario. Como los esclavos eran propiedad de la persona, parecería que el israelita que viera al esclavo de su prójimo tenía la obligación de devolverlo a su amo.

Aquí Moisés debió haber estado hablando de un esclavo que había huido de un amo cruel o, más probable, de un esclavo extranjero que buscaba su libertad en Israel. En el primer caso, Lutero observó: “A los esclavos les está permitido huir y llegar a ser libres para salvar su vida. Es apropiado que una buena mancomunidad garantice la vida y subsistencia a los esclavos”.<sup>37</sup> En cualquier caso, aunque esta ley no prohibía la esclavitud, era humana porque protegía a la persona más humilde de ser explotada.

En contraste, el código de Hammurabi establecía que debía morir cualquiera que escondiera a un esclavo fugitivo. Los códigos legales de otros vecinos de Israel no incluían estatutos que les prohibieran a los amos maltratar a los esclavos. Cuando Job expuso su última protesta de inocencia delante del Señor, el centro de su defensa fue el trato a sus esclavos:

Si hubiera yo menospreciado el derecho de mi siervo y de mi  
sierva  
cuando ellos pleiteaban conmigo,  
¿qué haría cuando Dios se levantara?  
Y cuando él me preguntara, ¿qué le respondería?  
El que en el vientre me hizo a mí, ¿no lo hizo a él?  
¿Y no fue uno y el mismo quien nos formó en la matriz?  
(Job 31:13-15)

**<sup>17</sup>»No haya ramera entre las hijas de Israel, ni haya sodomita de entre los hijos de Israel. <sup>18</sup>No traerás la paga de una ramera ni el precio de un perro a la casa de Jehová, tu Dios, por ningún voto, porque abominable es para Jehová, tu Dios, tanto lo uno como lo otro.**

Como en Señor les había dado a los humanos los buenos dones del matrimonio y la sexualidad, detestaba cualquier clase de prostitución, en particular la “prostitución sagrada”. La prostitución, tanto de hombres como de mujeres, era un ingrediente central en la adoración a Baal y Astarté.

Israel estaba rodeado de gentes que practicaban la adoración que celebraba y trataba de controlar el poder de la reproducción. En Siria, en el día de la fiesta de Attar, las mujeres se prostituían voluntariamente. En Hierápolis, el moderno Baalbek, las mujeres jóvenes prometían que se iban a prostituir una vez durante su vida con algún desconocido en el templo de Astarté. En Biblos, ubicado en la costa del Mediterráneo al norte de Palestina, las mujeres tenían que prostituirse durante un día con un desconocido o

sacrificar su cabello como parte de la fiesta a Adonis. En Chipre, las mujeres se tenían que ofrecer una vez como prostitutas antes de casarse. En Tebas, en Egipto, toda mujer joven que estuviera próxima a casarse tenía que prostituirse en el templo durante un mes antes de su matrimonio.

Dios no quería que su pueblo usara las ganancias de la prostitución en el templo para que le pagaran sus votos. ¿No sería ése un ejemplo sórdido de que el fin justifica los medios?

En el versículo 18, la palabra “perro” puede ser un término despectivo para un sodomita. La mayoría de los traductores y comentaristas han supuesto que como Moisés mencionó “una ramera” en la primera mitad del versículo 18, el “perro” de la segunda mitad del versículo denota un prostituto.

Sin embargo, las excavaciones arqueológicas en Ascalón, en el mar Mediterráneo al suroeste de Jerusalén, han hecho un descubrimiento sorprendente que nos puede conducir a reconsiderar el significado de “perro”. Se han desenterrado varios cementerios de perros, y se han encontrado los cadáveres parciales o totales de más de 700 perros, cada uno puesto cuidadosamente de lado, y los esqueletos no tienen signos de muerte violenta. Aunque los arqueólogos han fijado tentativamente la fecha de ese cementerio canino mil años después de Moisés, hay amplio testimonio de que los perros fueron involucrados en antiguos cultos de curación. Los pacientes creían que los perros “sagrados” actuaban como sustitutos de los dioses cuando lamían las heridas de los pacientes, y los pacientes les pagaban a los sacerdotes, dueños de los perros, por sus servicios.

Si en Canaán, en el tiempo de Moisés, existían dichos cultos de curación en los que involucraban a los perros, es posible que el “precio de un perro” se refiera a esa costumbre.

**19 »No exigirás de tu hermano interés por el dinero, ni por los comestibles, ni por cosa alguna de la que se suele exigir interés. 20 Del extraño podrás exigir interés, pero de tu hermano no lo exigirás, para que te bendiga Jehová, tu Dios,**

**en toda la obra de tus manos, en la tierra adonde vas a entrar para tomarla en posesión.**

Las tasas de interés eran exorbitantes en gran parte del antiguo Cercano Oriente. Algunos contratos que se han descubierto entre las tablillas de Nuzi, al norte de Asiria, en el siglo XV a.C. registran tasas de interés de hasta el cincuenta por ciento. Al parecer, los prestamistas cobraban esos altos intereses porque no exigían seguridad o garantía por el préstamo. Dios quería que su pueblo sintiera mayor compasión que ésa. Sin embargo, ¿por qué diría el Señor que estaba bien que se cobraran intereses al extranjero, pero no a su propio pueblo? ¿No es eso un prejuicio, hasta una ley racista? El hermano israelita que pedía dinero prestado tal vez lo hacía así porque estaba desesperadamente pobre y necesitaba ayuda para mantener con vida a su familia hasta la próxima cosecha. Si la necesidad de la persona era tan grande, Dios quería que sus hermanos israelitas tuvieran compasión y le prestaran dinero sin intereses.

El extranjero que quería pedir dinero prestado estaba probablemente en circunstancias bastante diferentes. Es más probable que fuera un hombre de negocios, y quisiera pedir dinero prestado con el fin de invertir y obtener ganancias. Si era lo suficiente próspero para hacer negocios en Israel, no sería justo que el israelita subsidiara su negocio arriesgándose sin ninguna posibilidad de participar en su éxito.

Esta legislación del Deuteronomio está en armonía con la anterior ley de Moisés, dada en Levítico 25:35-38.

Si tu hermano empobrece y recurre a ti, tú lo ampararás; como forastero y extranjero vivirá contigo. No tomarás de él usura ni ganancia, sino tendrás temor de tu Dios, y tu hermano vivirá contigo. No le darás tu dinero a usura ni tus víveres a ganancia. Yo soy Jehová, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto para daros la tierra de Canaán y para ser vuestro Dios.

Jesús no se opuso al pago ni al requisito de intereses en los negocios comerciales. En la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30) y en la de las diez minas (Lucas 19:11-27), el señor reprendió a su siervo malvado y perezoso que se negó a invertir el dinero que le fue confiado. “Debías haber dado mi dinero a los banqueros y, al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses” (Mateo 25:27).

Al mismo tiempo, Jesús exhortó a los discípulos a ser generosos con los necesitados, y retó a sus seguidores a prestar sin la esperanza de recompensa:

A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva...

Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis?, pues también los pecadores prestan a los pecadores para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos, haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es benigno para con los ingratos y malos...

Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir. (Lucas 6:30,34,35,38)

**<sup>21</sup>»Cuando hagas voto a Jehová, tu Dios, no tardes en pagarlo, porque ciertamente te lo demandará Jehová, tu Dios, y cargarías con un pecado. <sup>22</sup>Si te abstienes de prometer, no habrá en ti pecado. <sup>23</sup>Pero lo que haya salido de tus labios, lo guardarás y lo cumplirás, conforme lo prometiste a Jehová, tu Dios, pagando la ofrenda voluntaria que prometiste con tu boca.**

En Números 30, se encuentra más información acerca de los votos. Moisés presentó allí tres circunstancias en las que un padre

o un esposo podían anular el voto de su hija o esposa, si no se lo habían comunicado o si no lo aprobaba. Aunque esas tres situaciones parecen impedirle a una mujer hacer votos sin el consentimiento del hombre, la intención de Dios era proteger a la mujer de ser forzada a consentir en un voto que ella tal vez no haya querido hacer. Estas leyes no limitaban a la mujer como tal; una viuda o una mujer divorciada podía actuar como su propia representante, y su voto era obligatorio (Números 30:9). Cuando alguien hacía un voto o una promesa, Dios quería estar seguro de que esa persona lo hacía con completa honestidad delante de Dios, en la familia, y entre esposos.

Aquí Moisés destacó brevemente el principio fundamental que se debe recordar en cuanto a hacer votos: no se tiene que hacer el voto, pero si se hace, hay que cumplirlo. Eso está de acuerdo con su legislación anterior: “Cuando alguien haga un voto a Jehová, o haga un juramento ligando su alma con alguna obligación, no quebrantará su palabra; hará conforme a todo lo que salió de su boca” (Números 30:2).

**<sup>24</sup>»Cuando entres en la viña de tu prójimo, podrás comer uvas hasta saciarte, pero no pondrás ninguna en tu cesto.**

**<sup>25</sup> Cuando entres en la mies de tu prójimo, podrás arrancar espigas con tu mano, pero no aplicarás la hoz a la mies de tu prójimo.**

En todo el antiguo Cercano Oriente, el deber de la persona era brindarle hospitalidad al viajero, y proveer para los pobres. Al establecer límites razonables para la hospitalidad y la caridad, el Señor quiso proteger los intereses de todos los implicados. Un terrateniente era mezquino cuando cosechaba los cereales o recogía las uvas con tal eficacia que no dejaba nada para los viajeros ni para los pobres. Sin embargo, el viajero o el pobre era codicioso si recogía más uvas de las que podía comer o si comenzaba a cosechar los cereales de otro hombre. Dios quería formar una sociedad en la que la gente mostrara auténtico interés

hacia los demás, como hermanos miembros de un pueblo del pacto, donde ni los ricos ni los pobres se aprovecharan de los demás.

Los discípulos de Jesús estaban procediendo de acuerdo a esta ley cuando recogían cereales y los comían mientras caminaban en los campos. Los fariseos no protestaron por lo que hicieron los discípulos, pero acusaron a Jesús de permitir que sus discípulos pasaran por alto la tradición judía que prohibía cosechar en el sábado (Mateo 12:1,2). No obstante, la preocupación inflexible acerca del sábado, por más loable que pareciera, en realidad iba en contra del propósito que tuvo Dios para la ley del sábado. Jesús les dijo: “Pues os digo que uno mayor que el Templo está aquí. Si supierais qué significa: “Misericordia quiero y no sacrificios”, no condenaríais a los inocentes, porque el Hijo del hombre es Señor del sábado” (Mateo 12:6-8).

**24**»Cuando alguien toma una mujer y se casa con ella, si no le agrada por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, se la entregará en la mano y la despedirá de su casa. <sup>2</sup>Una vez que esté fuera de su casa, podrá ir y casarse con otro hombre. <sup>3</sup>Pero si este último la rechaza y le escribe una carta de divorcio, se la entrega en la mano y la despide de su casa, o si muere el último hombre que la tomó por mujer, <sup>4</sup>no podrá su primer marido, que la despidió, volverla a tomar para que sea su mujer, después que fue envilecida, pues sería algo abominable delante de Jehová, y tú no debes pervertir la tierra que Jehová, tu Dios, te da como heredad.

Las leyes de Dios reconocían que el divorcio podía ocurrir y así fue. Por ejemplo, Moisés les dijo a los sacerdotes: “Con una mujer ramera o infame no se casarán, ni con una mujer repudiada por su marido, porque el sacerdote está consagrado a su Dios” (Levítico 21:7). Permitía que la hija divorciada de un sacerdote volviera a vivir en la casa de su padre y comiera de la comida que

su padre recibía como pago por su servicio (Levítico 22:13). Las leyes relacionadas con los votos voluntarios dicen que “todo voto de viuda o repudiada con que ligue su alma será firme” (Números 30:9).

Sin embargo, es claro en todo el Antiguo Testamento que el Señor quería que un hombre y una mujer permanecieran casados durante toda la vida. Dijo que “aborrece el repudio” (Malaquías 2:16).

Esta ley no presenta una reglamentación “general” del divorcio, sino que se refiere a una situación muy específica: si el esposo se divorcia de la esposa, y si ella se casa por segunda vez, y si su segundo matrimonio también termina en divorcio o muerte, no se puede volver a casar legítimamente con su primer esposo. Cuando el esposo le daba carta de divorcio a la esposa, le cedía el derecho a quedarse con la dote que ella había llevado al matrimonio. El marido no podía aducir que la esposa lo había abandonado o que se había ido a visitar a sus padres por una larga temporada.

En esta ley, Dios no aprueba ni bendice el divorcio. Tampoco ordena el divorcio, aun en circunstancias en las que el otro cónyuge haya quebrantado el matrimonio por adulterio o abandono. El Señor dio esta ley para proteger a la esposa de las adversidades e injusticias financieras, si el esposo decidía divorciarse de ella por alguna razón trivial. Aunque no se indica, dicha acción con probabilidad se tenía que llevar a cabo en presencia de un funcionario público. Al imponer fuertes leyes respecto del divorcio, y al prohibir volverse a casar con la esposa original después de otro matrimonio, esta ley probablemente disuadía del divorcio. Así podía haber ayudado a impedir el primer divorcio, o pudo haber ayudado a sostener el segundo matrimonio. En el antiguo Cercano Oriente, el divorcio era casi una prerrogativa exclusiva del hombre. Una ley como ésta desanimaba la transferencia de la mujer de un hombre a otro; como resultado, mejoró la situación de la mujer.

Los oyentes de Moisés debieron haber comprendido lo que quiso decir con alguna cosa “indecente” que el hombre pudo haber hallado en su esposa, y por esa razón no dio más explicación. ¿Se estaba refiriendo al exhibicionismo? ¿A la conducta indecorosa? ¿Al adulterio? Eso no parece ser el motivo, porque Moisés dijo que el adulterio se castigaba con la muerte (Deuteronomio 22:22).

En la época del Nuevo Testamento, la interpretación de este pasaje seguía dos corrientes principales. El rabí Shamai, que vivió aproximadamente una generación antes de Jesús, ofreció una interpretación absoluta. Dijo que el hombre se podía divorciar de su esposa si se había casado con ella suponiendo que era virgen y se daba cuenta después que no lo era. Sin embargo, ¿no había considerado Deuteronomio 22:13-21 esa posibilidad? El rabí Hilel, que vivió alrededor del mismo tiempo que Shamai, creyó que “alguna cosa vergonzosa” podía incluir casi cualquier ofensa que la esposa le hiciera a al esposo. También dijo que el hombre podía divorciarse si ella no sabía cocinar, o si le había atraído alguna otra mujer más bonita que su esposa.

Esta ley, junto con sus interpretaciones antagónicas, impulsó a los fariseos a preguntarle a Jesús: “¿Está permitido al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?” La respuesta de Jesús fue más allá de esta ley y de las malas interpretaciones y las desviaciones del razonamiento rabínico; fue hasta el principio. El Señor estableció el matrimonio para que durara toda la vida. Eso es lo que le dio a entender cuando dijo que el hombre y la mujer “serán una sola carne”. Jesús explicó: “No son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó no lo separe el hombre” (Mateo 19:3-6). El Creador de la raza humana quiso que sus dos divisiones, el varón y la hembra, estuvieran unidos en pares, no simplemente en lo sexual, sino por completo. Separar la unión de una carne no es como disolver una sociedad comercial o cancelar la afiliación a un club; es muy parecido a cortar un cuerpo vivo en dos partes.

Los fariseos refutaron: “¿Por qué, pues, mandó Moisés darle carta de divorcio, y repudiarla?” Jesús respondió que ¡Moisés no

había *mandado* el divorcio en absoluto! “Por la dureza de vuestro corazón, Moisés os *permitió* repudiar a vuestras mujeres” (Mateo 19:7-9). El Señor nunca dio esta ley para fomentar o permitir el divorcio. Si el pueblo con su corazón obstinado insistía en quebrantar sus votos matrimoniales, el código de la ley civil de Israel tenía que incluir la legislación necesaria para tomarlos en consideración.

En la comedia de Thornton Wilder, *The Skin of our Teeth* [*La familia Antrobus*], uno de los personajes le recuerda a su siempre descarriado esposo la verdadera base de su matrimonio. Ella le dice: “Yo no me casé contigo porque fueras perfecto. Ni siquiera me casé contigo porque te amara. Me casé contigo porque me hiciste una promesa. Esa promesa compensa tus faltas. Y la promesa que yo hice compensa las mías. Dos personas imperfectas se casaron y esa promesa hizo el matrimonio.”<sup>38</sup>

Todo matrimonio, incluyendo el matrimonio cristiano, está conformado por dos personas imperfectas. La esencia del matrimonio es la promesa que se hacen mutuamente un hombre y una mujer de vivir como marido y mujer durante el resto de sus vidas. La gracia y la fortaleza de Dios los ayudará a aceptar el perdón del Señor y a perdonarse mutuamente los muchos pecados pequeños y grandes que rompen el matrimonio.

**<sup>5</sup>»Cuando alguien esté recién casado, no saldrá a la guerra, ni en ninguna cosa se le ocupará; libre quedará en su casa durante un año para alegrar a la mujer que tomó.**

Era mucho más importante para un recién casado, establecer un matrimonio fuerte y comenzar una familia que alistarse en el ejército o que cumplir algún otro deber que lo alejara de su hogar.

Hasta tiempos muy recientes, el matrimonio era una razón para el aplazamiento del servicio militar en los Estados Unidos.

**<sup>6</sup>»No tomarás en prenda la muela del molino, ni la de abajo ni la de arriba, pues sería tomar en prenda la vida del hombre.**

El molino manual se componía de dos piedras: una móvil para moler, que se sostenía con la mano y se ponía en una piedra ahuecada mucho más grande que estaba en el suelo. El grano se ponía en el “asiento” de la piedra inferior; después, haciendo presión sobre la piedra de mano, se molía moviéndola de un lado a otro hasta obtener la fineza deseada. Por lo general, las mujeres molían sólo el suficiente grano para hornear el pan de cada día. El tomar las dos piedras del molino de la familia, o aun sólo la piedra superior, era privar a la familia de su pan diario, y en tiempos difíciles iba a poner en peligro la vida de las familias pobres. Si el hombre estaba en un estado financiero tan desesperado que tenía que pedir prestado a un hermano israelita, no estaba bien que el prestamista pusiera tanta presión en el hombre pobre que perdiera su pan diario o su capacidad de trabajar. Esa acción podía cambiar la desventura temporal en una tragedia permanente.

**<sup>7</sup>»Cuando sea hallado alguien que haya secuestrado a uno de sus hermanos entre los hijos de Israel, para esclavizarlo o venderlo, ese ladrón morirá. Así extirparás el mal de en medio de ti.**

Este versículo repite la ley de Éxodo 21:16: “El que secuestre una persona y la venda, o si es hallada en sus manos, morirá”, y también puede estar relacionada con el mandamiento que prohibía codiciar el siervo o la sierva del prójimo (Deuteronomio 5:21). Ese parece haber sido un pecado frecuente en el antiguo Cercano Oriente; el código de Hammurabi y el de los hititas lo proscribían. Aunque Moisés permitió que alguien *escogiera* permanecer como esclavo de su amo, esta situación era diferente (Deuteronomio 15:16,17).

**<sup>8</sup>»En cuanto a la plaga de la lepra, ten cuidado de observar diligentemente y hacer todo según lo que os enseñen los sacerdotes levitas; según yo les he mandado, así cuidaréis de**

**hacer. <sup>9</sup>Acuérdate de lo que hizo Jehová, tu Dios, a María en el camino, después que salisteis de Egipto.**

La palabra hebrea que se traduce como lepra se usaba para designar varias infecciones de la piel que no eran necesariamente la lepra. Moisés la usó para referirse al moho en los vestidos (Levítico 13:47-52) o en una casa (Levítico 14:33-53). Aparte de las reveladoras llagas y del pelo blanco, a una persona leprosa se le podía identificar por sus vestidos rasgados, porque anunciaba en las calles que era “inmunda”, y porque estaba apartada de las personas sanas.

Como en Levítico 13:2, Moisés mandó que la persona leprosa se presentara ante el sacerdote. Como la lepra hacía que la persona fuera ceremonialmente inmunda, el sacerdote tenía que examinarla y declarar que la enfermedad había desaparecido. Esta ley fue la base para la orden que Jesús les dio a los diez leprosos: “Id, mostraos a los sacerdotes” (Lucas 17:14).

La gente del antiguo Cercano Oriente les temía a las enfermedades infecciosas de la piel. Durante la permanencia en el desierto, Aarón, el hermano de Moisés, y su hermana, María, difamaron a Moisés y objetaron su liderazgo sobre Israel. El Señor apareció al frente del Tabernáculo de reunión en una columna de nube para confirmar la autoridad de Moisés, y cuando la nube se apartó, María estaba “se llenó de lepra, y tenía la piel blanca como la nieve”. Sólo la oración que Moisés hizo al Señor en favor de ella le quitó la lepra, aunque quedó inmunda y tuvo que permanecer siete días fuera del campamento (Números 12:1-15). Uzías, rey de Judá durante más de la mitad del siglo VIII a.C., hizo lo recto ante los ojos del Señor, fortificó las fronteras del reino, terminó numerosos proyectos de edificios públicos en Jerusalén y en sus alrededores, y comandó un ejército impresionante. No obstante, el poder lo llevó a un orgullo pecaminoso, y cuando trató de usurpar las funciones de los sacerdotes en el templo, el Señor lo hirió con lepra, y “quedó leproso hasta el día de su muerte, y

habitó leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa de Jehová” (2 Crónicas 26:1-21).

**<sup>10</sup>»Cuando entregues a tu prójimo alguna cosa prestada, no entrarás en su casa para tomarle la prenda. <sup>11</sup>Te quedarás fuera, y el hombre a quien prestaste te sacará la prenda. <sup>12</sup>Y si el hombre es pobre, no te acostarás reteniendo aún su prenda. <sup>13</sup>Sin falta le devolverás la prenda cuando el sol se ponga, para que pueda dormir con su ropa y te bendiga; para ti será como una obra de justicia delante de Jehová, tu Dios.**

Aunque el Señor no quiso que se cobraran intereses sobre los préstamos que el pueblo hacía a sus conciudadanos, sí permitió retener la propiedad del deudor como seguridad del préstamo. El prestamista ya disfrutaba de una gran ventaja sobre el deudor, pero a los ojos del Señor, el deudor pobre aún era una persona valiosa, todavía un miembro del pueblo del pacto del Señor.

En esta ley, el Señor quiso preservar la *dignidad* del pobre. Le prohibió al prestamista entrar en la casa del pobre; el prestamista debía esperar a su deudor afuera para que le trajera la prenda. El Señor también quiso proteger la *seguridad* del pobre. Si el hombre no tenía nada que ofrecer como prenda excepto su capa, entonces era uno de los más pobres del pueblo de Dios. El Señor no le permitía al prestamista quedarse con la capa de su deudor durante la noche, porque ésta podría haber sido la única protección que tuviera contra el frío de la noche.

Más tarde, el profeta Amós reprendió al pueblo del reino del norte con estas palabras: “Pisotean en el polvo de la tierra las cabezas de los desvalidos... Sobre las ropas empeñadas se acuestan junto a cualquier altar” (Amós 2:7,8). Las siguientes generaciones ricas de los israelitas no sólo se aprovecharon de los pobres tomando sus ropas como prendas por los préstamos, sino también usaron las ganancias de las ventas de esas capas como “ofrendas” para sus dioses falsos.

**14»No explotarás al jornalero pobre y necesitado, ya sea de tus hermanos o de los extranjeros que habitan en tu tierra dentro de tus ciudades. 15 En su día le darás su jornal, y no se pondrá el sol sin dárselo; pues es pobre, y con él sustenta su vida. Así no clamará contra ti a Jehová, y no serás responsable de pecado.**

Ya sea que un hombre fuera un hermano israelita o un extranjero, necesitaba sus ganancias diarias para mantenerse con vida. Negarle o demorar los jornales significaba poner en peligro su vida y la de su familia. Santiago reprendió a los empleadores de una manera semejante: “El jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros, clama, y los clamores de los que habían segado han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos” (Santiago 5:4).

**16»Los padres no morirán por los hijos ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado.**

El código legal de Hammurabi contenía algunos estatutos según los cuales el hijo podía ser castigado por los crímenes de su padre. Por ejemplo, si un constructor por descuido causaba la muerte del hijo del propietario de la casa, el hijo del constructor podía morir.

En contraste, esta ley les prohibía a los jueces y a los ancianos castigar a los hijos o a los nietos por los pecados cometidos por sus padres. Cada persona es responsable de sus actos delante de Dios. “El alma que peque ésa morirá” (Ezequiel 18:4). Las personas que no se arrepientan morirán por sus propios pecados, no por las transgresiones de otros.

Por supuesto, esa afirmación es una declaración de la ley de Dios. Él nos dice en su otra gran enseñanza, el evangelio, que el espíritu que peca vivirá porque el único que nunca pecó estuvo dispuesto a morir: “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto:

que si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Corintios 5:14).

Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos.

... Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. (Hebreos 2:9,14,15)

Un apreciado himno de Cuaresma ha captado esta asombrosa buena noticia:

Castigo raro, atónito me dejas:  
Sufre el pastor en vez de sus ovejas:  
Azotes lleva por su inútil criado  
El amo honrado.

Ha de morir el justo, inmaculado,  
En tanto vive el malo y reprobado;  
Al hombre con indulto benefician  
Y a Dios enjuician. (*Culto Cristiano* 64:4,5)

**<sup>17</sup>»No torcerás el derecho del extranjero ni del huérfano, ni tomarás en prenda la ropa de la viuda, <sup>18</sup> sino que te acordarás de que fuiste siervo en Egipto y que de allí te rescató Jehová, tu Dios. Por tanto, yo te mando que hagas esto.**

Los israelitas habían sufrido el horror de la esclavitud; después experimentaron el éxtasis de ser libertados. Puesto que eso pertenecía a su historia, el Dios salvador quiso que rescataran a los extranjeros así como a sus hermanos que sufrían de otras

formas de “esclavitud”. La justicia para los que no se podían defender a sí mismos fue un aspecto importante del pacto de Dios con Israel. David cantó:

Padre de huérfanos y defensor de viudas  
es Dios en su santa morada.  
Dios hace habitar en familia a los desamparados;  
saca a los cautivos a prosperidad;  
mas los rebeldes habitan en tierra árida.  
(Salmo 68:5,6)

Proverbios dice: “El que oprime al pobre, afrenta a su Hacedor; pero lo honra el que tiene misericordia del pobre” (14:31); y “Abre tu boca en favor del mudo en el juicio de todos los desvalidos. Abre tu boca, juzga con justicia, y defiende la causa del pobre y del menesteroso” (Proverbios 31:8,9).

Tenemos razones similares para servir a los demás. “[Jesús] puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3:16). William E. Diehl escribió en su libro *Thank God it's Monday* [*Gracias a Dios es lunes*]:

Si afirmamos que Dios está interesado por toda su creación, entonces no existe área de la sociedad donde no se necesite el papel sacerdotal. Si a Dios le preocupa la justicia, entonces allí se necesitan cristianos que desempeñen sus papeles sacerdotales en las estructuras políticas, económicas y sociales de nuestra sociedad. Si Dios se interesa por los enfermos y los débiles, entonces se necesitan cristianos que trabajen en el campo de la salud. El interés de Dios por los prisioneros se expresa mediante cristianos que trabajan en el sistema de justicia criminal. Si Dios viene en ayuda de los pobres, será por medio de los esfuerzos de cristianos comprometidos que trabajan en las instituciones económicas, políticas y sociales de nuestra cultura.<sup>39</sup>

**<sup>19</sup>»Cuando siegues tu mies en tu campo y olvides alguna gavilla en el campo, no volverás para recogerla; será para el extranjero, el huérfano y la viuda, a fin de que te bendiga Jehová, tu Dios, en toda la obra de tus manos.**

**<sup>20</sup>»Cuando sacudas tus olivos, no recorrerás las ramas que hayas dejado detrás de ti; serán para el extranjero, el huérfano y la viuda.**

**<sup>21</sup>»Cuando vendimies tu viña, no rebuscarás tras de ti; será para el extranjero, el huérfano y la viuda. <sup>22</sup> Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto. Por tanto, yo te mando que hagas esto.**

Las viudas, los huérfanos y los extranjeros típicamente no poseían tierra, así que tenían que ganarse el pan diario dondequiera que pudieran. Algunas veces era muy difícil encontrar suficiente trabajo para sostenerse. El Señor mandó que aquellos que poseían tierra les dieran a los pobres la oportunidad de recoger alimentos. Los segadores no debían segar en las orillas de sus campos ni recoger las gavillas de grano que se les habían caído. En los olivos y en las viñas, se debía dejar algo para los pobres, ya que eso estaba dispuesto en el plan de Dios.

En la historia de Rut, Booz, que era pariente de su suegro, le permitió a ella ir a sus campos para recoger el grano que había sobrado. Cuando Booz supo que Rut era la viuda que había venido con Noemí desde Moab, le dijo: “Oye, hija mía, no te vayas, ni recojas espigas en otro campo; te quedarás aquí junto a mis criadas. Mira bien el campo que sieguen y síguelas; pues he mandado a los criados que no te molesten.” Booz también les dijo a sus trabajadores: “Que recoja también espigas entre las gavillas, y no la avergoncéis; y dejaréis también caer para ella algo de los manojos, y lo dejaréis para que lo recoja, y no la reprendáis” (Rut 2:1-16). Booz fue muy generoso con esa viuda que venía de una tierra extranjera.

**25**»Cuando haya pleito entre algunos, y acudan al tribunal para que los jueces los juzguen, estos absolverán al justo y condenarán al culpable. <sup>2</sup> Si el delincuente merece ser azotado, entonces el juez lo hará echarse en tierra y lo hará azotar en su presencia; según su delito será el número de azotes. <sup>3</sup> Se le podrán dar cuarenta azotes, no más; no sea que, castigándolo con muchos más azotes que estos, se sienta tu hermano envilecido delante de tus ojos.

Las partes opuestas en un litigio tenían derecho a una audiencia donde pudieran presentar su caso y esperar que se les diera un veredicto imparcial. Salomón dijo: “El que justifica al malvado y el que condena al justo, ambos son igualmente abominables para Jehová” (Proverbios 17:15). Si el juez declaraba a un hombre culpable de un crimen, también tenía la obligación de estar presente cuando se castigaba al condenado, para asegurar que el castigo recibido era apropiado a su crimen. El Señor quería preservar la dignidad humana fundamental, hasta la del hombre culpable. Si el hombre recibía una sentencia razonable, no era deshonrado, pero si recibía un castigo excesivo por el crimen cometido, sería humillado ante los demás israelitas. El Señor impuso un límite de 40 azotes a cualquier hombre a quien se le encontrara culpable; después la ley judía fijó el número en 39. Pablo, por ejemplo, sufrió 39 azotes de sus perseguidores (2 Corintios 11:24).

**4**»No pondrás bozal al buey cuando trille.

En Canaán, el trigo maduraba a fines de abril o a principios de mayo. El agricultor cortaba a mano las espigas, las ataba y las ponía en la era, que era una superficie plana, rocosa o de tierra aplanada, donde soplaba el viento. Después pasaba el buey sobre el grano para hollarlo, usualmente arrastrando un trillo detrás de

él. Después de que había separado el grano de las espigas, el agricultor las lanzaba al aire, y el viento separaba aun más los granos.

Así como un hombre no se podía negar a dejar algo en el campo de su cosecha para los pobres, tampoco les podía impedir a sus bueyes que comieran del grano mientras trabajaban. El agricultor se podía quejar: “¡Cuánto grano comen mis bueyes!” Sin embargo, puesto que el trabajo de los bueyes ayudaba a alimentar al agricultor y a su familia, los bueyes tenían el derecho a comer su parte.

El Señor tenía razón en interesarse por los animales que había creado para el hombre. ¿Y si Dios consideraba tanto a una bestia de carga, no cuidaría aun más a su pueblo? Pablo les preguntó a los corintios: “¿Se preocupa Dios por los bueyes o lo dice enteramente por nosotros? Sí, por nosotros se escribió esto, porque con esperanza debe arar el que ara y el que trilla, con esperanza de recibir del fruto. Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿será mucho pedir que cosechemos de vosotros lo material?... Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Corintios 9:9-11,14). Los que sirven a otros con el evangelio pueden esperar el apoyo económico de ellos.

Pablo también usó esta ley para instruir a Timoteo: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar, pues la Escritura dice: «No pondrás bozal al buey que trilla» y «Digno es el obrero de su salario»” (1 Timoteo 5:17,18).

**<sup>5</sup>»Si dos hermanos habitan juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del muerto no se casará fuera de la familia, con un hombre extraño; su cuñado se llegará a ella, y restableciendo con ella el parentesco, la tomará como su mujer. <sup>6</sup>El primogénito que ella dé a luz llevará el nombre de su hermano muerto, para que el nombre de éste no sea**

**borrado de Israel. <sup>7</sup> Pero si el hombre no quiere tomarla por mujer, irá entonces su cuñada a la puerta donde están los ancianos, y dirá: “Mi cuñado no quiere perpetuar el nombre de su hermano en Israel, no quiere emparentar conmigo.” <sup>8</sup> Entonces los ancianos de aquella ciudad lo harán venir, y hablarán con él. Y si él se levanta y dice: “No quiero tomarla”, <sup>9</sup> se acercará entonces su cuñada a él delante de los ancianos, le quitará el calzado del pie, le escupirá en el rostro y dirá estas palabras: “Así se hace con el hombre que no quiere edificar la casa de su hermano”. <sup>10</sup> Y se le dará este nombre en Israel: “La casa del descalzado”.**

A esta legislación se le llama algunas veces la “ley del levirato”, y la costumbre se llamó “matrimonio levirato”, del latín *levir*, que significa cuñado. La costumbre no fue exclusiva de Israel; los antiguos hititas, asirios y griegos la practicaron, así como algunos pueblos en partes de la India, África, y Sudamérica. Levítico 18:16 y 20:21 le prohibían al hombre casarse o tener relaciones sexuales con la esposa de su hermano mientras éste viviera, pero la ley le exigía al hombre que se casara con la esposa del hermano después de que éste muriera, si el hermano no tenía hijos. El primer hijo nacido de la nueva unión se iba a considerar como el heredero legal del hermano fallecido.

Esta costumbre le garantizaba al hombre que moría sin tener hijos que su familia iba a continuar. También protegía a la viuda de verse forzada a casarse con un extranjero. Como Moisés introdujo esa ley con la declaración: “Si dos hermanos habitan juntos”, el matrimonio levirato se puede haber originado como un método de conservar la propiedad de los antepasados en la familia del hermano muerto.

En la historia anterior del Antiguo Testamento, esta costumbre se consideraba como un acto de amor hacia el hermano fallecido, no una ley absoluta. Aquí, el hombre se podía negar a llevar a cabo su responsabilidad, pero se exponía a la humillación

pública delante de los ancianos del pueblo en la puerta de la ciudad. ¿Qué significado tenía quitarle el calzado? Lutero sugirió que el estar descalzo simbolizaba que nunca iba a tener familia o dependientes. Expuso su “desnudez” por no hacer esta obra por su familia. Estudiosos recientes pueden haber localizado un eslabón entre esta costumbre y la costumbre que se menciona en las tablillas de Nuzi, al norte de Mesopotamia, en la que la cesión de una prenda acompañaba a la transferencia de tierra para indicar que no se iba a vender fuera de la familia. Al escupirle en la cara a su cuñado y denunciarlo ante los ancianos, la viuda manifestaba su desprecio hacia todo el pueblo por no cumplir esta última obligación hacia ella y su esposo fallecido.

Este caso aclara tres incidentes en la Escritura.

Aunque el episodio vergonzoso que se relata en Génesis 38:1-10, ocurrió varios siglos antes de Moisés, el matrimonio levirato parece haber sido una costumbre aceptada en la época de Judá. Se pudo haber exigido con más rigidez en la época patriarcal que bajo la ley mosaica. Er, el primer hijo de Judá, se casó con Tamar pero murió sin hijos; Onán, el segundo hijo de Judá, era ahora el mayor de los herederos sobrevivientes de su padre, iba a heredar una doble porción de la propiedad. Sin embargo, si realizaba un matrimonio levirato con Tamar, y si tenían un hijo, ese hijo iba a ser considerado hijo de su hermano, no suyo, y la doble porción de la herencia de Judá le iba a corresponder a él, en lugar de a Onán. El hijo iba a ser carne y sangre de Onán, pero no iba a llevar su nombre, y un día este hijo haría que Onán perdiera una proporción considerable de la herencia de su padre.

Estaba claro que Onán tenía intereses contradictorios. Aunque quería dar la impresión de que estaba cumpliendo con la responsabilidad del levirato para su hermano fallecido, no quería perder su herencia, así que “cuando se llegaba a la mujer de su hermano vertía en tierra, para no dar descendencia a su hermano” (Génesis 38:9). El egoísmo de Onán, así como su renuencia a realizar este acto de amor para su hermano, indujo al Señor a considerar perversa su acción y le quitó la vida.

La historia de Rut tiene algunas variaciones de la ley del levirato. Mahlón, el esposo de Rut, y su cuñado, Quelión, murieron cuando la familia vivía en Moab (Rut 1:4,5), y no había otros hermanos disponibles. Además, la responsabilidad del levirato se combinaba con la responsabilidad de la redención de la propiedad (Levítico 25:25). Aunque Booz era pariente de Elimélec, el suegro de Rut, había otro pariente más cercano que Booz. Noemí, la suegra de Rut, ofreció vender la porción de tierra de su esposo a un pariente redentor cuyo nombre no conocemos, en una transacción pública. Ese pariente estaba dispuesto a comprar la tierra hasta que supo que junto con el campo estaba la viuda y, aparentemente, la obligación de levirato con Mahlón, su esposo muerto. A esto, el pariente redentor se negó, diciendo: “No puedo redimir para mí, no sea que perjudique mi herencia”. Tal vez tenía miedo de que si él y Rut tenían un hijo y si él no tenía otros herederos sobrevivientes, su propiedad fuera a pasar a la familia de Elimélec. La historia no informa que el pariente redentor enfrentara humillación por el rechazo, aunque se descalzó. Tal vez la voluntad dispuesta de Booz de redimir la tierra y casarse con Rut (Rut 4:1-12) haya librado de la humillación al pariente más cercano.

Los saduceos hicieron referencia a esta ley cuando trataron de enredar a Jesús en un desacuerdo acerca de la resurrección. Presentaron un caso hipotético en el que siete hermanos, uno después del otro, se casaron con la misma mujer y murieron sin tener un varón heredero. Cada hermano intentó, pero no pudo cumplir la responsabilidad del levirato. Le preguntaron: “En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?” La pregunta era engañosa porque los saduceos “dicen que no hay resurrección”. Al presentar un caso absurdo, querían poner en ridículo cualquier creencia en la resurrección. En respuesta, Jesús no sólo los reprendió: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios”, sino también les recordó que Dios ha dado el matrimonio como un don sólo para esta vida, no para la vida venidera. Además, les reafirmó que Dios es el Dios de los

vivos, no de los muertos, ya que en la zarza ardiente le dijo a Moisés: “Yo *soy* [no yo *fuí*] el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob” (Mateo 22:23-33).

**<sup>11</sup>»Si dos hombres riñen uno con otro, y acercándose la mujer del uno para librar a su marido de manos del que lo hiere, extiende su mano y lo agarra por las partes genitales, <sup>12</sup>le cortarás entonces la mano; no la perdonarás.**

El primer comentario de Lutero sobre este pasaje fue: “Ésta parece una ley tonta”,<sup>40</sup> y podemos simpatizar con su opinión. Aunque Moisés sí prescribió el principio general de que el castigo tuviera correspondencia con el crimen: “Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie” (Deuteronomio 19:21). Éste es el único lugar en Deuteronomio en el que se aplicó este principio a una circunstancia particular. ¡Y era un caso extraño!

Sin embargo, los siguientes comentarios de Lutero revelan que no era una “ley tonta”. Ya que la mujer por lo general es más débil que el esposo, y podría estar atemorizada al ver a su esposo peleando con otro hombre, podía tratar de ayudarlo inmovilizando instantáneamente a su oponente. No obstante, al defender a su esposo de esa manera durante una disputa que *durara poco*, podía causarle un daño *permanente* al otro hombre. Así como en la ley anterior el Señor quiso preservar la descendencia del hombre aun si moría sin hijos (25:5-10), en esta ley Dios quiso proteger la capacidad del hombre de tener hijos y mantener el nombre de su familia. Además, era algo vergonzoso que ella tocara los genitales de otro hombre, particularmente cuando estaba en una condición tan vulnerable.

Esta ley pudo haber servido como un caso representativo, que proporcionaba una guía para tratar de la misma manera casos similares. Lutero sugirió que Israel podía haber sacado de esta ley la idea de no hacer el mal esperando que resulte el bien.

**<sup>13</sup>»No tendrás en tu bolsa una pesa grande y otra pesa chica, <sup>14</sup>ni tendrás en tu casa un efa grande y otro efa pequeño. <sup>15</sup>Una pesa exacta y justa tendrás; un efa cabal y justo tendrás, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que Jehová, tu Dios, te da. <sup>16</sup>Porque abominable es para Jehová, tu Dios, cualquiera que hace esto, y cualquiera que hace injusticia.**

Sin un departamento de pesas y medidas en el mundo antiguo, una persona podía engañar a otra utilizando pesas deshonestas y medidas desiguales. Cuarenta años antes, el Señor dijo por medio de Moisés: “No cometáis injusticia en los juicios, en medidas de tierra, ni en peso ni en otra medida. Balanzas justas, pesas justas y medidas justas tendréis. Yo soy Jehová, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto” (Levítico 19:35,36). Proverbios dice: “Jehová abomina el peso falso; pero la pesa cabal le agrada” (11:1). “Las balanzas y el peso justos son de Jehová; obra suya son todas las pesas de la bolsa” (16:11). Dios reprendió a su pueblo por medio de su profeta Miqueas: “¿Hay aún en casa del impío tesoros de impiedad, y medida escasa que sea detestable? ¿Daré por inocente al que tiene balanza falsa y bolsa de pesas engañosas?” (6:10,11).

Ha pasado mucho tiempo desde el mundo antiguo, cuando un comerciante podía defraudar a sus clientes llevando dos piedras en su bolsa, una liviana para comprar sus bienes y otra más pesada para venderlos. Por desgracia, los seres humanos pecaminosos han usado tecnología cada vez más sofisticada sólo para desarrollar maneras más ingeniosas de estafarse unos a otros. La sola educación no es la respuesta; Theodore Roosevelt observó una vez: “El hombre que jamás ha ido a la escuela podría robar un vagón de carga; pero si tuviera una educación universitaria podría robar todo el ferrocarril”.<sup>41</sup> Sólo después de que el Espíritu Santo cambie nuestro corazón podemos llevar una vida distinta. David entendió eso:

¡Crea en mí, Dios, un corazón limpio,  
y renueva un espíritu recto dentro de mí!  
No me eches de delante de ti  
y no quites de mí tu santo espíritu.  
Devuélveme el gozo de tu salvación  
y espíritu noble me sustente.

Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos  
y los pecadores se convertirán a ti.  
Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación;  
cantará mi lengua tu justicia.

Señor, abre mis labios  
y publicará mi boca tu alabanza,  
porque no quieres sacrificio, que yo lo daría;  
no quieres holocausto.

Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado;  
al corazón contrito y humillado no despreciarás tú,  
oh Dios. (Salmo 51:10-17)

**<sup>17</sup>»Acuérdate de lo que hizo Amalec contigo en el camino, cuando salías de Egipto; <sup>18</sup>de cómo te salió al encuentro en el camino y, sin ningún temor de Dios, te desbarató la retaguardia de todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y sin fuerzas. <sup>19</sup>Por tanto, cuando Jehová, tu Dios, te dé descanso de todos los enemigos que te rodean, en la tierra que Jehová, tu Dios, te da como heredad para que la poseas, borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo; no lo olvides.**

¿Por qué se oponía tanto el Señor a los amalecitas? Cuando los padres de esta generación estaban haciendo la primera etapa de su viaje hacia el sur fuera de Egipto, y habían llegado a Refidim, no lejos del Sinaí, los guerreros amalecitas atacaron a los débiles en la retaguardia de la fila de caminantes (Éxodo 17:8). Los amalecitas no estaban simplemente saqueando o forzando una

disputada reclamación territorial, estaban atacando a Israel para desacreditar al Dios de Israel. Como Amalec no mostró misericordia a los débiles, el Señor le dijo ese día a Moisés: “Escribe esto para que sea recordado en un libro... borraré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo”, y Moisés predijo: “Jehová estará en guerra con Amalec de generación en generación” (Éxodo 17:14,16).

La hostilidad entre Israel y Amalec continuó durante toda su historia. Alrededor del año 1050 a.C., Saúl ganó una batalla inicial contra los amalecitas peleando con valentía (1 Samuel 14:48) y más tarde perdió su reinado por desobedecer al Señor en un segundo encuentro con Amalec (1 Samuel 15:1-23). David derrotó a los amalecitas en Siclag después de que éstos habían enviado repetidos grupos de guerreros a Siclag para quemar la ciudad y tomar cautivo a su pueblo (1 Samuel 30:1-20).

Algunos creen que la enemistad de los amalecitas contra los israelitas continuaba en el siglo V a.C., en el tiempo de Ester. Amán, un encarnizado enemigo del pueblo de Israel, le dijo al esposo de Ester, el rey Jerjes [Asuero]:

“Hay un pueblo esparcido y distribuido entre los pueblos de todas las provincias de tu reino, sus leyes son diferentes de las de todo pueblo, y no guardan las leyes del rey. Al rey nada le beneficia el dejarlos vivir. Si place al rey, decrete que sean exterminados; y yo entregaré diez mil talentos de plata a los que manejan la hacienda, para que sean ingresados a los tesoros del rey.” (Ester 3:8,9)

Amán se identifica como el hijo de Hamedatá agagueo, y aunque “agagueo” se puede referir a un antepasado inmediato o algún lugar desconocido en el imperio persa, otros han propuesto que el nombre se refiere a Agag, rey de Amalec, contra quien peleó Saúl (1 Samuel 15:20).

Balaam, el profeta malvado que contrató Balac, rey de Moab, profetizó en uno de los últimos oráculos: “Amalec es la cabeza de

las naciones; mas al fin perecerá para siempre” (Números 24:20).

Lutero una vez comentó: “No se puede orar el Padrenuestro sin maldecir”. Cuando repetimos el Padrenuestro en el orden solemne de la adoración pública o en el silencio de nuestro cuarto privado de adoración, podemos estar propensos a olvidar eso. Cuando oramos “hágase tu voluntad”, estamos pidiendo la actividad de Dios en la que “desbarata y estorba todo mal propósito y voluntad que traten de impedir que santifiquemos el nombre de Dios y de obstaculizar la venida de su reino, cosas tales como la voluntad del diablo, del mundo y de nuestra carne”. David imploró en un pasaje revelador del Salmo 139:

De cierto, Dios, harás morir al impío.

¡Apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios!

Blasfemias dicen ellos contra ti;

tus enemigos toman en vano tu nombre.

¿No odio, Jehová, a los que te aborrecen,

y me enardezco contra tus enemigos?

Los aborrezco por completo,

los tengo por enemigos. (Salmo 139:19-22)

El cristianismo no es una merienda agradable y tranquila; nuestro Señor nos llama no sólo a ser ovejas de su rebaño, sino también a ser soldados de su ejército. Acompañarlo en la batalla significa participar en sus sufrimientos, y también compartir su triunfo sobre los que se oponen a él.

### ***Primicias y diezmos***

El Señor completó las estipulaciones para Israel en el capítulo 26. Moisés presentó dos ritos importantes para concluir las leyes civiles: las primicias y los diezmos trienales. La adoración de Israel iba a estar en constante peligro de corromperse por la influencia de la religión cananea. Como los cananeos creían que los baales controlaban las fuerzas naturales que producían campos

fructíferos y crías saludables, el pueblo de Dios estuvo tentado a confiar en Baal y Astarté, y a darles ofrendas a ellos, y no a él.

**26**»Cuando hayas entrado en la tierra que Jehová, tu Dios, te da por heredad, y tomes posesión de ella y la habites, <sup>2</sup> entonces tomarás las primicias de todos los frutos que saques de la tierra que Jehová, tu Dios, te da, las pondrás en una canasta e irás al lugar que Jehová, tu Dios, escoja para hacer habitar allí su nombre. <sup>3</sup> Te presentarás al sacerdote que haya en aquellos días, y le dirás: “Declaro hoy ante Jehová, tu Dios, que he entrado en la tierra que juró Jehová a nuestros padres que nos daría”. <sup>4</sup> El sacerdote tomará la canasta de tu mano y la pondrá delante del altar de Jehová, tu Dios. <sup>5</sup> Entonces dirás estas palabras delante de Jehová, tu Dios:

»“Un arameo a punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y habitó allí con pocos hombres. Allí creció y llegó a ser una nación grande, fuerte y numerosa. <sup>6</sup> Los egipcios nos maltrataron, nos afligieron y nos impusieron una dura servidumbre. <sup>7</sup> Entonces clamamos a Jehová, el Dios de nuestros padres, y Jehová oyó nuestra voz y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión. <sup>8</sup> Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, con señales y milagros; <sup>9</sup> nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel. <sup>10</sup> Y ahora, Jehová, he traído las primicias del fruto de la tierra que me diste”.

»Tú dejarás las primicias delante de Jehová, tu Dios, y adorarás delante de Jehová, tu Dios. <sup>11</sup> Luego te alegrarás de todo el bien que Jehová, tu Dios, te haya dado a ti y a tu casa, tanto tú como el levita y el extranjero que está en medio de ti.

La palabra que se traduce como “primicias” en el versículo 2 viene de la palabra hebrea que significa “cabeza”, “comienzo” o los “principales” frutos; así que estos pueden significar lo *primero* que se produce o lo *mejor* que se produce. De cualquier manera, el Señor quiso que su pueblo le devolviera lo mejor de lo que él les había dado. Aunque Moisés los describió como “las primicias”, debían ser una muestra de amplia distribución, algo de las primicias “de todos los frutos que saques”, no sólo de los frutos y las hortalizas, sino también de las ovejas y del ganado. Los israelitas no iban a adquirir esa tierra por accidente, ni por su propio ingenio o fuerza militar. Su Señor del pacto les juró a sus padres que les iba a dar la tierra, y cumplió lo que prometió.

El Señor su Dios les estaba dando esta nueva tierra; era una herencia, algo que les iba a pertenecer como un regalo de parte de él. A Dios no le interesaba que todavía habitaran en la tierra muchas otras naciones que no cedían. Ante los ojos de Moisés y del Señor, la tierra ya era herencia de Israel.

Los hombres y las mujeres de cada nueva generación, podían adoptar la confesión de los versículos 5-10 como suya. Aunque todavía no habían nacido cuando el Señor rescató a su pueblo de Egipto, se podían identificar con sus padres y abuelos, quienes habían visto los potentes milagros del Señor y habían recibido el regalo de la tierra. “Un arameo a punto de perecer fue mi padre” se refiere a Jacob, porque tuvo que huir para salvar su vida de su hermano Esaú (Génesis 27:41-45), eludir a su tío Labán (Génesis 31:17-30) y finalmente reubicarse en Egipto para escapar de la hambruna (Génesis 46:1-7). El clan familiar de Jacob sumaba sólo setenta hijos y nietos cuando salió de Canaán (Génesis 46:27), pero el Señor lo multiplicó para que fuera un pueblo tan grande y poderoso que el faraón egipcio los esclavizó porque temía que se unieran a los enemigos de Egipto (Éxodo 1:6-14).

Las señales y prodigios milagrosos incluían todas las plagas que el Señor le infligió a Egipto. En ellas hizo distinción entre su pueblo y los egipcios (Éxodo 8:23), librando a los israelitas de las plagas de las moscas (Éxodo 8:22), del ganado (Éxodo 9:4), del

granizo (Éxodo 9:26) y de las tinieblas (Éxodo 10:23). En la décima y última plaga, el Señor trató de una manera dramáticamente diferente a Israel. Mientras que hirió a todo primogénito en Egipto, “desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales” (Éxodo 12:29), el Señor rescató a todo primogénito de Israel por medio de la sangre del cordero pascual. Moisés les dijo a los ancianos de Israel: “Jehová pasará hiriendo a los egipcios, y cuando vea la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová de largo por aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir” (Éxodo 12:23).

Esta última plaga causó tanto terror que “los egipcios apremiaban al pueblo, dándose prisa a echarlos de la tierra, porque decían: ‘Todos moriremos’” (Éxodo 12:33). El Señor llevó a cabo estas señales y prodigios milagrosos para imponer su juicio a todos los dioses de Egipto (Éxodo 12:12), para que los egipcios supieran que él es el Señor (Éxodo 7:5), y para que su nombre fuera proclamado en toda la tierra (Éxodo 9:16).

Una bendición tan grande del Dios salvador animaría a cada nueva generación de israelitas a ofrecer a su Señor lo primero y lo mejor que produjera su tierra, a inclinarse ante él en adoración y a alegrarse por todo lo que les había dado. Había elementos de las primicias en cada una de las tres grandes fiestas anuales de Israel. En la estación de la Pascua y los panes sin levadura, los adoradores debían llevarle “al sacerdote una gavilla como primicia de los primeros frutos de vuestra siega” (Levítico 23:10). La fiesta de las Semanas, la fiesta de la cosecha de la primavera, se llamaba “el día de las primicias”, cuando los adoradores presentaban “ofrenda de los nuevos frutos a Jehová” (Números 28:26). Las primicias de vino se ofrecían en la fiesta de los Tabernáculos al final de la cosecha de verano (Levítico 23:39,40).

**<sup>12</sup>»El tercer año, el año del diezmo, cuando acabes de separar todo el diezmo de tus frutos, darás también al levita,**

**al extranjero, al huérfano y a la viuda, para que coman en tus aldeas hasta saciarse. <sup>13</sup>Y dirás delante de Jehová, tu Dios:**

**»“He sacado lo consagrado de mi casa, y también lo he dado al levita, al extranjero, al huérfano y a la viuda, conforme a todo lo que me has mandado; no he transgredido tus mandamientos ni me he olvidado de ellos. <sup>14</sup>No he comido de ello en mi luto, ni he gastado de ello estando yo impuro, ni de ello he ofrecido a los muertos. He obedecido a la voz de Jehová, mi Dios, y he hecho conforme a todo lo que me has mandado. <sup>15</sup>Mira desde tu morada santa, desde el cielo, y bendice a tu pueblo Israel, y a la tierra que nos has dado, como juraste a nuestros padres, tierra que fluye leche y miel”.**

Cada tres años, el Señor permitía que se usara el diezmo en las ciudades y pueblos de Israel para aliviar la carga de los pobres (14:28,29). Aunque el pueblo no iba a llevar el diezmo al lugar central de adoración, el Señor les iba a exigir a los israelitas que fueran a dicho lugar y declararan que habían cumplido todo lo que la ley exigía. El Antiguo Testamento en ninguna parte prescribe cuándo se debía llevar a cabo esta ceremonia. Pudo haber estado relacionada con la fiesta de los Tabernáculos, hacia el final de septiembre o al comienzo de octubre, después de la cosecha de verano de uvas, aceitunas e higos.

Comer durante el “luto” era probablemente una referencia al “pan de duelo” (Oseas 9:4), porque un cadáver hacía inmunda por siete días a una casa y también a todo el que estaba en contacto con él (Números 19:14). Comer lo “ofrecido a los muertos” se refería tal vez a un aspecto de las religiones primitivas en todo el mundo antiguo; “alimentaban” a los espíritus errantes de los parientes fallecidos, poniendo comida y bebida en sus tumbas.

Moisés les dijo a las futuras generaciones que confesaran: “No he transgredido tus mandamientos, ni me he olvidado de ellos”, sin embargo, las generaciones posteriores hicieron

exactamente eso. Malaquías, el último profeta del Antiguo Testamento, lamentó que aun después de que el pueblo de Dios había pasado por el doloroso castigo del exilio en Babilonia y había regresado, todavía no apartaba fielmente este diezmo.

Porque yo, Jehová, no cambio;  
por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.  
Desde los días de vuestros padres  
os apartáis de mis leyes y no las guardáis.  
¡Volveos a mí y yo me volveré a vosotros!,  
ha dicho Jehová de los ejércitos.  
Pero vosotros decís:  
“¿En qué hemos de volvernos?”.  
¿Robará el hombre a Dios?  
Pues vosotros me habéis robado.  
Y aún preguntáis: “¿En qué te hemos robado?”.  
En vuestros diezmos y ofrendas.  
Malditos sois con maldición,  
porque vosotros, la nación toda, me habéis robado.  
Traed todos los diezmos al alfolí  
y haya alimento en mi Casa:  
Probadme ahora en esto,  
dice Jehová de los ejércitos,  
a ver si no os abro las ventanas de los cielos  
y derramo sobre vosotros bendición hasta que  
sobreabunde.” (Malaquías 3:6-10)

Al dar estas contribuciones caritativas a los levitas, a los extranjeros, a los huérfanos y a las viudas, el antiguo pueblo de Dios hacía lo que Jesús dijo que hacemos con nuestros regalos: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mateo 25:40).

### *Seguir los mandatos del Señor*

**16»Jehová, tu Dios, te manda hoy que cumplas estos estatutos y decretos; cuida, pues, de ponerlos por obra con**

**todo tu corazón y con toda tu alma.**

**<sup>17</sup>»Has declarado solemnemente hoy que Jehová es tu Dios, que andarás en sus caminos, que guardarás sus estatutos, sus mandamientos y sus decretos, y que escucharás su voz. <sup>18</sup>Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos; <sup>19</sup>a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor, fama y gloria, y para que seas un pueblo consagrado a Jehová, tu Dios, como él ha dicho».**

La larga sección de Deuteronomio 4:44-26:15, que contiene todo el código legal de Israel (moral, ceremonial y civil), termina con un voto de fidelidad.

¿Nota usted cómo esta sección final se parece a un contrato entre las dos partes en un pacto? Los versículos 17 y 18, se podrían traducir: “Ustedes *han hecho* que el Señor diga que es su Dios.... El Señor *ha hecho* que declaren que ustedes son su pueblo”. Si se traduce de esta manera, estas frases se parecen a un aspecto de los convenios seculares, en el que cada parte del acuerdo pactado exigía a *la otra* que recitara los términos del acuerdo que se hizo entre ellos. En efecto, Israel le exigió al Señor que dijera que él era su Dios (desde luego que él ya había expuesto eso) y ellos iban a aceptar su declaración. El Dios Salvador dijo que Israel era su “especial tesoro”, “un pueblo propio” (Tito 2:14). Prometió exaltar a Israel sobre todas sus naciones vecinas.

El papel de Moisés, como lo había sido en todos los códigos legales del Sinaí, fue el del mediador del pacto entre las dos partes. La obediencia de los israelitas jamás *efectuaría* la relación de pacto con su Señor, pero sí *reflejaría* esa relación al mundo. Podrían ser eco de él y de su voluntad hacia aquellos que se encontraban alrededor de ellos.

Nosotros también siempre somos eco. ¿Pero eco de qué? O somos eco de la locura, la maldad y la mezquindad que nos rodea,

y entonces nosotros mismos llegamos a ser locos, malvados, y mezquinos; o somos eco de nuestro Señor Jesús, y por lo tanto de su perdón, renovación y amor conciliador que viene a nosotros del Padre. Así Dios nos liberta para amar, renovar, sanar y perdonar.

## RATIFICACIÓN DEL PACTO (27:1–30:20)

---

### *El altar en el monte Ebal*

**27** Moisés y los ancianos de Israel dijeron al pueblo: «Guardaréis todos los mandamientos que yo os prescribo hoy. <sup>2</sup> El día que pases el Jordán para entrar a la tierra que Jehová, tu Dios, te da, levantarás piedras grandes, las revocarás con cal <sup>3</sup> y escribirás en ellas todas las palabras de esta Ley, en cuanto hayas pasado para entrar en la tierra que Jehová, tu Dios, te da, tierra que fluye leche y miel, como Jehová, el Dios de tus padres, te ha dicho. <sup>4</sup> Cuando, pues, hayas pasado el Jordán, levantarás estas piedras que yo os mando hoy, en el monte Ebal, las revocarás con cal <sup>5</sup> y edificarás allí un altar a Jehová, tu Dios, un altar de piedras; no las labrarás con instrumentos de hierro. <sup>6</sup> De piedras enteras edificarás el altar de Jehová, tu Dios, y ofrecerás sobre él un holocausto a Jehová, tu Dios. <sup>7</sup> Sacrificarás ofrendas de paz, comerás allí y te alegrarás delante de Jehová, tu Dios. <sup>8</sup> Y escribirás muy claramente en las piedras todas las palabras de esta Ley».

Cuando el pueblo de Dios cruzó el río y entró en la tierra prometida, Moisés sabía que iba a necesitar renovarle su fidelidad al Señor y su devoción al pacto que había celebrado con Israel. Era común en el antiguo Cercano Oriente erigir piedras con mensajes inscritos en ellas. Las piedras algunas veces estaban cubiertas de cal para que la escritura que había sobre ellas se destacara claramente. El versículo 3 explica cómo era el proceso de escribir sobre la cal en lugar de esculpir las palabras en la piedra, pero Moisés dijo en el versículo 8: “*Escribirás muy claramente* (literalmente, “grabando bien”) en las piedras todas las palabras de esta ley”. Esa presentación pública de la ley iba a

ser una característica clave de la renovación del pacto de Israel, y Moisés también quiso que la ley del Salvador estuviera inscrita en el corazón y en la mente del pueblo.

El monte Ebal estaba en la parte central de Canaán, aproximadamente a medio camino entre el río Jordán y el mar Mediterráneo, ocho kilómetros al norte de Siquem. Allí, el Señor le prometió a Abram: “A tu descendencia daré esta tierra”, y en ese lugar Abram construyó un altar al Señor (Génesis 12:7). Por desgracia, también en Siquem un hombre con el mismo nombre violó a Dina, la bisnieta de Abraham, y sus hermanos, Simeón y Leví, atacaron la ciudad con crueldad, matando a todos los hombres (Génesis 34). Al renovar el pacto aquí, Israel podría apreciar la conexión entre el pacto con Abraham, en el cual le prometió a Israel su tierra y al mundo su Salvador, y el pacto mosaico, en el que le prometió a Israel una vida próspera en la tierra si permanecían fieles a él.

Cuarenta años antes, el Señor le dijo a Moisés: “Y si me haces altar de piedras, no las labres de cantería, porque si alzas herramienta sobre él, lo profanarás” (Éxodo 20:25). No estamos seguros de por qué el Señor prohibió piedras esculpidas en los altares en donde le rendían culto a él; quizás las piedras cortadas eran características de los sitios cananeos de adoración. Esa prohibición iba a eliminar cualquier indicación de que este altar estaba destinado a representar a un dios pagano.

Moisés mencionó dos clases de ofrendas que los israelitas podían ofrecer en ese altar: en el *holocausto* el fuego consumía todo el animal (oveja, cabra, tórtola o palomino) que se hubiera puesto sobre el altar (Levítico 1:9-17); en el holocausto, el adorador expresaba *completa devoción y total sometimiento* a su Señor. En las *ofrendas de paz*, el sacerdote y el oferente comían partes del sacrificio en una comida comunal (Levítico 7:31-35); en la ofrenda de paz, el adorador expresaba la *paz y la alegría que sentía en su relación* con el Señor.

Josué 8:30-35 registra la manera como Israel celebró esta ceremonia de renovación del pacto, después de que habían

conquistado gran parte de Canaán. “No hubo palabra alguna de todo cuanto mandó Moisés que Josué no hiciera leer delante de toda la congregación de Israel, de las mujeres, los niños y los extranjeros que habitaban entre ellos” (Josué 8:35).

### *Las maldiciones del monte Ebal*

**<sup>9</sup> Después Moisés, junto con los sacerdotes levitas, habló a todo Israel y dijo: «Guarda silencio y escucha, Israel. Hoy has pasado a ser el pueblo de Jehová, tu Dios. <sup>10</sup> Oirás, pues, la voz de Jehová, tu Dios, y cumplirás sus mandamientos y sus estatutos que yo te ordeno hoy».**

“Guarda silencio y escucha” es un estribillo común en el clímax de una ceremonia o liturgia religiosa. Casi novecientos años después de Moisés, Habacuc, un profeta para los que pronto iban a ir al exilio de Jerusalén, concluyó así una de sus profecías para el pueblo:

“Mas Jehová está en su santo Templo;  
¡calle delante de él toda la tierra!”  
(Habacuc 2:20)

Zacarías, otro profeta posterior, anunció: “Jehová poseerá a Judá, su heredad en la tierra santa, y escogerá aún a Jerusalén. ¡Que calle todo el mundo delante de Jehová, porque él se ha levantado de su santa morada!” (Zacarías 2:12,13). Setenta y cinco años después de Zacarías, cuando el sacerdote Esdras le leyó partes del libro de la ley de Moisés a la asamblea de las ciudades de Judá, los levitas “hacían calmaban a todo el pueblo, diciendo: ‘Callad, porque es día santo; no os entristezcáis’” (Nehemías 8:1-11).

Aunque el Señor trató a su pueblo del Antiguo Testamento como a hijos inmaduros que necesitaban muchas restricciones de las leyes del Sinaí (Gálatas 4:1-3), estos versículos hacen énfasis en que el Señor basó su relación con Israel en su pura gracia. *Primero* el Dios Salvador estableció su pacto con Israel, después

*siguió* la obediencia de Israel. Israel no fue redimido *por* obras sino *para* obras.

Las famosas palabras de Pablo a la iglesia en Éfeso nos recuerdan que nosotros también somos salvos, no *por* obras sino *para* obras: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe, pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Efesios 2:8-10).

**<sup>11</sup> Aquel día Moisés ordenó al pueblo:**

**<sup>12</sup> «Cuando hayas pasado el Jordán, estos estarán sobre el monte Gerizim para bendecir al pueblo: Simeón, Leví, Judá, Isacar, José y Benjamín. <sup>13</sup> Y estos estarán sobre el monte Ebal para pronunciar la maldición: Rubén, Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí. <sup>14</sup> Hablarán los levitas y dirán a todo hombre de Israel en alta voz:**

**<sup>15</sup> »«Maldito el hombre que haga una escultura o una imagen de fundición, cosa abominable para Jehová, obra de manos de artífice, y la ponga en lugar oculto”. Y todo el pueblo responderá: “Amén”.**

**<sup>16</sup> »«Maldito el que deshonre a su padre o a su madre”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>17</sup> »«Maldito el que desplace el límite de su prójimo”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>18</sup> »«Maldito el que haga errar al ciego en el camino”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>19</sup> »«Maldito el que pervierta el derecho del extranjero, del huérfano y de la viuda”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>20</sup> »«Maldito el que se acueste con la mujer de su padre, por cuanto descubrió el regazo de su padre”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>21</sup> »«Maldito el que se ayunte con cualquier bestia”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>22</sup> »«Maldito el que se acueste con su hermana, la hija de su**

**padre o de su madre”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>23</sup>»“Maldito el que se acueste con su suegra”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>24</sup>»“Maldito el que mate a su prójimo ocultamente”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>25</sup>»“Maldito el que reciba soborno para quitar la vida a un inocente”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

**<sup>26</sup>»“Maldito el que no confirme las palabras de esta Ley para cumplirlas”. Y dirá todo el pueblo: “Amén”.**

Directamente al sur del monte Ebal estaba su pico gemelo, el monte Gerizim; entre ellos se extendía una carretera que iba desde Jericó hacia el norte, hacia la región que después llegó a llamarse Galilea, y después hacia el Mediterráneo. Cuando una persona se encontraba en esa carretera mirando hacia el oriente, el monte Gerizim estaba a la derecha, lo cual pudo haber sido un símbolo de bendiciones o un buen augurio. El monte Ebal estaba al norte de la carretera, a la izquierda de la persona, tal vez indicando la maldición de un pacto roto. En la actualidad, el monte Gerizim todavía luce verde y “vivo”, mientras que el monte Ebal permanece seco y “maldito” en apariencia.

Moisés estableció que las palabras de bendición las tenían que pronunciar las tribus de Simeón, Leví, Judá e Isacar (hijos legítimos de Lea, la esposa de Jacob) así como las tribus de José y Benjamín (hijos de Raquel, la esposa favorita de Jacob). Las tribus de Gad, Aser, Zabulón y Dan (hijos de Bilha y Zilpa, concubinas de Jacob), así como las tribus de Rubén y Zabulón, iban a pronunciar las maldiciones. Rubén se deshonoró a sí mismo para siempre en su familia por haberse acostado con la concubina de su padre (Génesis 35:22). El libro de Crónicas explicó que Rubén “era el primogénito de Israel, pero como profanó el lecho de su padre, sus derechos de primogenitura fueron dados a los hijos de José hijo de Israel, y no fue contado por primogénito. Es verdad que Judá llegó a ser más poderoso que sus hermanos, y el príncipe

de ellos, pero el derecho de primogenitura fue de José” (1 Crónicas 5:1,2). Zabulón no sólo era el más joven de los hijos de Lea, sino el último de todos los hijos que le nacieron a Jacob, con excepción de José y Benjamín (Génesis 30:20-24; 35:16-18).

Estas maldiciones y la respuesta del pueblo se intercambian entre el líder y la asamblea, de manera similar a como Josué y Samuel se dirigieron a Israel en los servicios posteriores de renovación del pacto (Josué 24:14-18; 1 Samuel 12:3-5). Cuando la congregación respondió “amén”, no sólo estaba diciendo: “Señor, estoy convencido de que tus leyes son buenas y justas”, sino también: “Señor, estoy de acuerdo contigo cuando traes tu juicio sobre aquellos que quebrantan tu pacto”. Incluso decían: “¡Señor, yo pronuncio esta maldición *sobre mí mismo* si no guardo tu pacto!”

¿Notó usted la manera como esta lista de maldiciones está en paralelo con los Diez Mandamientos? El versículo 15 reafirma el Primer Mandamiento y el versículo 16 el Cuarto. Los versículos 17-19 se refieren al amor al prójimo: su propiedad, su seguridad personal, y la justicia de otros. Los versículos 20-23 protegen el matrimonio y la familia; los versículos 2 y 25 salvaguardan la vida de los demás.

Los pecados que reciben la maldición del Señor en esta lista tienen la característica común de ser transgresiones que las personas pueden cometer en secreto. Los ojos humanos tal vez nunca los vean ni los juzguen, pero la repetición de estas maldiciones iba a tocar la conciencia de todos los israelitas, revelándoles personalmente su culpa. Lo que es más importante, el Señor puede ver lo que los ojos humanos no pueden ver.

El versículo 26, termina la lista de las maldiciones. La palabra “Ley” viene del hebreo *Torá* y tiene el significado más amplio de “instrucción”. Moisés estaba diciendo: “Maldito el que no confirme las palabras de esta *instrucción* para hacerlas”. Se estaba refiriendo a *todas* las enseñanzas que hay en el libro, no sólo a las partes que son mandamientos o estipulaciones.

Sin embargo, el énfasis de Moisés estaba en “confirme” y “hacerlas”. Pablo citó esas palabras para ilustrar que no existe ni un solo ser humano que jamás pueda esperar que escuchará a Dios declarándolo “inocente” debido a la vida sin pecado que haya llevado. “Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición, pues escrito está: ‘Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas’ (Gálatas 3:10). No es suficiente decir: “Sí, la ley de Dios es algo bueno”; tampoco basta decir: “Siempre he tratado de hacer lo mejor que pueda para obedecer la ley de Dios”. Nadie ha satisfecho la justicia de Dios haciendo lo mejor que pueda, porque lo mejor que hagamos no es suficiente. Usted y yo conocemos algunas personas que parecen cumplir con la ley de Dios (por lo menos exteriormente), pero una inspección más cercana revela que nadie puede hacer ni decir (*¡ni pensar!*) todo lo que Dios quiere. Pablo continuó: “Que por la Ley ninguno se justifica ante Dios es evidente” (Gálatas 3:11).

No obstante, Pablo prosiguió para prescribir el remedio. “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros... para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzara a los gentiles, a fin de que por la fe recibiéramos la promesa del Espíritu” (Gálatas 3:13,14). Cuando los israelitas reconocieron el fracaso que habían tenido en “confirmar las palabras de esta Ley para cumplirlas”, encontraron alivio, no en tratar desesperadamente en el futuro de cumplirla mejor, sino huyendo a la seguridad del pacto incondicional que el Señor hizo con Abraham siglos antes. En ese pacto, Dios no exigió nada, sino que prometió todo, en especial que habían “de ser benditas en él todas las naciones de la tierra” (Génesis 18:18). Abraham “creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6). Israel podía reclamar la promesa que el Señor le hizo a Abraham como suya cuando no lograba obedecer los mandamientos del Sinaí. Podemos consolar las conciencias heridas con el perdón del Salvador: “Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su propio Hijo en

semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3).

### ***Bendiciones por la obediencia***

Deuteronomio 28, corresponde a la última división del pacto típico que se hacía en el antiguo Cercano Oriente. El Señor se ha presentado a sí mismo y ha recordado las grandes cosas que ha hecho por Israel para redimirlo y para conducirlo hasta este día. Ha presentado las estipulaciones que quiere que guarde en respuesta a su amor maravilloso, e Israel acordó obedecerlas. Las previsiones de preservar y releer el pacto, así como la presentación de testigos del pacto, aparecerán en el capítulo 30. Moisés ahora hizo una lista de las bendiciones que Israel iba a recibir por obedecer el pacto, seguidas de las maldiciones que inevitablemente seguirían a la desobediencia.

¿Por qué la lista de las maldiciones del Señor era mucho más larga que la lista de las bendiciones? En muchos antiguos tratados de vasallos, la lista de las maldiciones también era más larga que la de las bendiciones. La naturaleza pecaminosa y obstinada de Israel (naturaleza que nosotros también tenemos) necesitaba el serio recordatorio del precio de la desobediencia. La Fórmula de Concordia destacó que, aunque el Espíritu Santo ha creado una nueva naturaleza en los cristianos, todavía siempre la antigua naturaleza pecaminosa está presente

Pues el viejo Adán, como un asno indómito y contumaz, es aún parte de ellos y necesita la coerción para que se someta a la obediencia de Cristo, no sólo por medio de la enseñanza, exhortación y amenaza de la Ley, sino también con el frecuente uso del garrote del castigo y la miseria, hasta que la carne pecaminosa es vencida y el hombre es completamente renovado en la resurrección. Entonces no requerirá ni la predicación de la ley, ni sus amenazas y castigos.<sup>42</sup>

Si se leyera esta u otras secciones de Deuteronomio sólo superficialmente, se podría concluir sin razón: “Debió haber existido una manera diferente de entrar en la familia de Dios antes del tiempo de Cristo que después de su venida”. Aun se podría suponer: “El Antiguo Testamento es un libro de *ley*, mientras que el Nuevo Testamento es un libro de *evangelio*.”

Tales puntos de vista distorsionan la verdadera naturaleza de la relación de Israel con su Señor. Por pura gracia, Dios escogió a Israel e inició el pacto del Sinaí; Israel aceptó ese pacto con gratitud. El pacto del Señor le dio a Israel una visión de quiénes eran y de qué quería Dios que hicieran. Desobedecer al Señor era rechazar la misma fuente de su ser; renunciar a él era quitarse ellos mismos la vida. Por eso, Moisés dijo que la decisión de obedecerle o desobedecerle era una opción de vida o muerte (30:15-20). Juan el Bautista exhortó a sus oyentes: “Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Mateo 3:8), y Pablo exhortó a los Efesios andar “como es digno de la vocación con que fuisteis llamados” (Efesios 4:1).

**28** »Acontecerá que si oyes atentamente la voz de Jehová, tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová, tu Dios, te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. <sup>2</sup> Y vendrán sobre ti y te alcanzarán todas estas bendiciones, si escuchas la voz de Jehová, tu Dios.

<sup>3</sup> »Bendito serás tú en la ciudad y bendito en el campo.

<sup>4</sup> »Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas.

<sup>5</sup> »Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar.

<sup>6</sup> »Bendito serás en tu entrar y bendito en tu salir.

<sup>7</sup> »Jehová derrotará a los enemigos que se levanten contra ti; por un camino saldrán contra ti y por siete caminos huirán de ti.

**<sup>8</sup>»Jehová enviará su bendición sobre tus graneros y sobre todo aquello en que pongas tu mano, y te bendecirá en la tierra que Jehová, tu Dios, te da.**

**<sup>9</sup>»Te confirmará Jehová como su pueblo santo, como te lo ha jurado, si guardas los mandamientos de Jehová, tu Dios, y sigues sus caminos. <sup>10</sup> Entonces verán todos los pueblos de la tierra que el nombre de Jehová es invocado sobre ti, y te temerán. <sup>11</sup> Jehová te hará sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia y en el fruto de tu tierra, en el país que Jehová juró a tus padres que te había de dar. <sup>12</sup> Te abrirá Jehová su buen tesoro, el cielo, para enviar la lluvia a tu tierra en su tiempo y para bendecir toda la obra de tus manos. Prestarás a muchas naciones, y tú no pedirás prestado. <sup>13</sup> Te pondrá Jehová por cabeza y no por cola; estarás encima solamente, nunca debajo, si obedeces los mandamientos de Jehová, tu Dios, que yo te ordeno hoy; si los guardas y cumples, <sup>14</sup> y no te apartas de todas las palabras que yo te mando hoy, ni a la derecha ni a la izquierda, para ir tras dioses ajenos y servirlos.**

La lista de bendiciones del Señor se puede organizar bajo tres títulos:

Una *relación de confianza en el Señor* (versículos 1,2,9,14). El Dios Salvador nunca puso como condición al pacto con Israel algo que éste dijera o hiciera, más bien aceptarlo significaba que Israel disfrutaba de todas las bendiciones que el Señor quiso prodigarle. El versículo 9 hace eco a la promesa que una generación antes el Señor hizo en el Sinaí: “Si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Vosotros me seréis un reino de sacerdotes y gente santa” (Éxodo 19:5,6).

Una *victoria decisiva sobre las naciones vecinas* (versículos 1,6,7,10,13). Israel iba a disfrutar la victoria militar sobre sus enemigos, incluyendo el terror que la sola mención del nombre de

Israel iba a hacer sentir en los corazones de sus vecinos (Éxodo 15:1-16). Por ejemplo, se puede pensar en lo que después Rahab les dijo a los espías, cuando Israel llegó a Jericó: “Todos los habitantes del país ya han temblado por vuestra causa” (Josué 2:9-11). Los enemigos iban a marchar contra Israel como ejércitos bien organizados por una vía, mas iban a huir por todos lados, derrotados y desmoralizados.

La promesa que hizo Moisés de que el Señor iba a exaltar a Israel “sobre todas las naciones de la tierra” (versículo 1) recuerda la manera como Balaam le describió Israel a Balac: “es un pueblo que habita confiado y no se cuenta entre las naciones” (Números 23:9). En otros lugares la Escritura utiliza la imagen de ser capaz de “entrar” y “salir” (versículo 6) para describir la capacidad que tiene la persona de dedicarse a los asuntos de la vida con confianza. El salmista le prometió a Israel: “Jehová guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre” (Salmo 121:8). Ser “por cabeza, y no por cola”, y “encima solamente, nunca debajo” resume ingeniosamente la manera cómo Israel iba a ser la primera entre todas las naciones.

David sabía que su éxito como rey de Israel estaba en la bendición de su Dios del pacto:

Jehová, inclina tus cielos y desciende;  
toca los montes, y humeen.  
Despide relámpagos y disípalos;  
envía tus saetas y túrbalos.  
Extiende tu mano desde lo alto;  
redímeme y sácame de las muchas aguas,  
de manos de los hombres extraños,  
cuya boca habla falsedad  
y cuya diestra es diestra de mentira.

A ti, Dios, cantaré un cántico nuevo;  
con salterio, con decacordio cantaré a ti.  
Tú, el que da victoria a los reyes,

el que rescata de maligna espada a David tu siervo.

(Salmo 144:5-10)

Una *generosa bendición del orden creado* (versículos 3-5, 8, 11, 12). Las bendiciones de Dios iban a ser evidentes en la vida de su pueblo, como pastores y ganaderos, pequeños agricultores y terratenientes. David también alabó a su Señor por esta bendición en el mismo salmo:

Sean nuestros hijos como plantas  
crecidas en su juventud,  
nuestras hijas como esquinas  
labradas cual las de un palacio;  
nuestros graneros llenos,  
provistos de toda suerte de grano;  
nuestros ganados, que se multipliquen a millares  
y decenas de millares en nuestros campos;  
nuestros bueyes estén fuertes para el trabajo;  
no tengamos asalto, ni que hacer salida,  
ni grito de alarma en nuestras plazas.

¡Bienaventurado el pueblo que tiene todo esto!

¡Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Jehová!

(Salmo 144:12-15)

Santiago dijo: “Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación” (Santiago 1:17). ¡Qué diferente esta visión de la creación de Dios comparada con la codiciosa y distorsionada visión que presenta el baalismo! De acuerdo con los adoradores de Baal, los dioses eran egoístas seres arbitrarios, que tenían que ser forzados o seducidos para que concedieran sus dones.

El Señor nunca nos creó para que viviéramos a su lado como sus rivales, sino bajo él, como sus hijos. Él promete: “Les daré todo lo que necesitan. Nunca los decepcionaré. Confíen en mí.”

### ***Maldiciones por la desobediencia***

**<sup>15</sup> »Pero acontecerá, si no oyes la voz de Jehová, tu Dios, y no procuras cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te ordeno hoy, vendrán sobre ti y te alcanzarán todas estas maldiciones.**

**<sup>16</sup> »Maldito serás tú en la ciudad y maldito en el campo.**

**<sup>17</sup> »Maldita serán tu canasta y tu artesa de amasar.**

**<sup>18</sup> »Maldito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas.**

**<sup>19</sup> »Maldito serás en tu entrar y maldito en tu salir.**

**<sup>20</sup> »Jehová enviará contra ti la maldición, el quebranto y el asombro en todo cuanto pongas tu mano y hagas, hasta que seas destruido y perezcas muy pronto a causa de la maldad de las obras por las cuales me habrás dejado. <sup>21</sup> Jehová traerá sobre ti mortandad, hasta que te haga desaparecer de la tierra a la cual vas a entrar para tomarla en posesión.**

**<sup>22</sup> Jehová te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación y de ardor, con sequía, con calamidad repentina y con añublo, que te perseguirán hasta que perezcas.**

**<sup>23</sup> »Los cielos que están sobre tu cabeza serán de bronce, y de hierro la tierra que está debajo de ti. <sup>24</sup> Dará Jehová como lluvia a tu tierra polvo y ceniza; de los cielos descenderán sobre ti hasta que perezcas. <sup>25</sup> Jehová te entregará derrotado delante de tus enemigos; por un camino saldrás contra ellos y por siete caminos huirás de ellos. Serás el espanto de todos los reinos de la tierra. <sup>26</sup> Tus cadáveres servirán de comida a todas las aves del cielo y a las fieras de la tierra, y no habrá quien las espante.**

**<sup>27</sup> »Jehová te herirá con la úlcera de Egipto, con tumores, con sarna y con comezón de que no puedas ser curado.**

**<sup>28</sup> Jehová te herirá con locura, ceguera y turbación de espíritu, <sup>29</sup> y palparás al mediodía como palpa el ciego en la oscuridad. No serás prosperado en tus caminos; no serás sino oprimido y robado todos los días, y no habrá quien te salve.**

Moisés usó dos palabras hebreas para las maldiciones en estos versículos. Una enfatiza que dichas maldiciones comprendían el poder de la palabra de Dios para ejecutarlas; no eran amenazas vanas. La palabra de Dios siempre es “viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos” (Hebreos 4:12). La otra palabra hebrea para “maldición” significa hacer que algo sea pequeño o insignificante. Si Israel desobedecía a su Señor, haría que disminuyera entre las naciones. Israel nunca disfrutaría ni alcanzaría el destino que quiso para él.

En los versículos 16-19, Moisés invirtió las bendiciones de los versículos 3-6. Israel sería *maldita* en la ciudad y en el campo, no bendita; la canasta y la artesa de amasar estarían *vacías*, no llenas; el fruto y las crías de la tierra se *perderían*, no se multiplicarían; ya no serían benditos en su entrada y salida, sino *malditos*.

Ellos también experimentarían la maldición del Señor al ser *derrotados por las naciones vecinas* y por la *devastación en el orden creado*. Cuando el Señor peleó por Israel en la guerra santa, hizo que cundiera el pánico y la confusión en el campo enemigo. Esta era una evidencia tangible de su ayuda sobrenatural para asegurar la victoria de Israel (Josué 10:10; 1 Samuel 7:10). Ahora la maldición del Señor para el desobediente Israel crearía entre ellos la confusión y el pánico. Los tres términos que aparecen en el versículo 28 (“locura, ceguera y turbación de espíritu”) son los mismos con los que Zacarías representó el pánico que sobrecogió a los caballos y a los jinetes en la batalla, y que los hizo impotentes: “En aquel día, dice Jehová, heriré con pánico a todo caballo, y con locura al jinete; pero pondré mis ojos sobre la casa de Judá y a todo caballo de los pueblos heriré con ceguera” (Zacarías 12:4).

Así como nadie podría explicar los triunfos de Israel sólo por su poder militar superior, o por sus tácticas avanzadas en el campo de batalla, de la misma manera nadie podría explicar las derrotas extraordinarias de Israel. Moisés profetizó: “Jehová *te entregará*

*derrotado*”. Un salmo de Asaf lamentó el horror de que se le negase un entierro honorable (versículo 26):

¡[Las naciones] han dado los cuerpos de tus siervos por  
comida a las aves de los cielos,  
la carne de tus santos a las bestias de la tierra!  
Derramaron su sangre como agua en los alrededores de  
Jerusalén  
y no hubo quien los enterrara.  
Somos afrentados por nuestros vecinos,  
escarnecidos y ofendidos por los que están en nuestros  
alrededores... (Salmo 79:2-4)

En lugar de obligar al enemigo a huir en todas direcciones, ahora el enemigo los iba a dispersar y a confundir.

El Señor prometió devastación en el orden creado reteniendo la lluvia, llenando el firmamento con polvo en lugar de agua, lo cual arruinaría los cultivos, en vez de nutrirlos. Las mismas plagas que usó una vez para humillar al faraón, para destruir el ejército de Egipto y para redimir a Israel de la esclavitud, ahora serían dirigidas contra su propio pueblo. Antes el Señor hizo una distinción para *librar* a Israel de estas plagas (Éxodo 11:7); ahora las *enviaría* a su pueblo.

Moisés dijo que el Señor enviaría “la amenaza” sobre su pueblo hasta que repentinamente fueran arruinados debido a su mala obra de abandonarlo. Cuando el reino del sur por fin se rindió ante los babilonios en el año 586 a.C., los observadores podrían dar muchas explicaciones “humanas” para la caída de Judá: la debilidad de su rey Sedequías, la incuestionable superioridad militar del ejército de Babilonia, las imprudentes alianzas políticas entre Jerusalén y sus vecinos. No obstante, el Señor le dio a su profeta Jeremías la ingrata tarea de anunciar que la cautividad de Judá fue realmente la reprimenda del Señor por su incredulidad. En sus Lamentaciones sobre la ciudad, Jeremías diagnosticó la causa verdadera de la ruina de Judá:

¡Cómo oscureció el Señor en su ira a la hija de Sión!  
Derribó del cielo a la tierra la hermosura de Israel;  
no se acordó del estrado de sus pies en el día de su furor.

Destruyó el Señor, no perdonó;  
destruyó en su furor todas las tiendas de Jacob,  
y derribó las fortalezas de Judá:  
humilló al reino y a sus príncipes.  
Jehová determinó destruir el muro de la hija de Sión,  
tendió el cordel y no retiró su mano de la destrucción.  
Hizo, pues, que se lamentaran el antemuro y el muro;  
juntamente fueron desolados. (Lamentaciones 2:1,2,8)

**<sup>30</sup>»Te desposarás con una mujer y otro hombre dormirá con ella; edificarás una casa y no habitarás en ella; plantarás una viña y no la disfrutarás. <sup>31</sup>Tu buey será matado ante tus propios ojos, y no comerás de él; tu asno será arrebatado en tu presencia, y no te será devuelto; tus ovejas serán entregadas a tus enemigos, y no tendrás quien te las rescate. <sup>32</sup>Tus hijos y tus hijas serán entregados a otro pueblo; tus ojos lo verán, y desfallecerán tras ellos todo el día, pero nada podrás hacer. <sup>33</sup>El fruto de tu tierra y de todo tu trabajo lo comerá un pueblo que no conociste, y no serás sino oprimido y quebrantado todos los días. <sup>34</sup>Y enloquecerás a causa de lo que verás con tus ojos. <sup>35</sup>Te herirá Jehová con maligna pústula en las rodillas y en las piernas, desde la planta de tu pie hasta tu coronilla, sin que puedas ser curado. <sup>36</sup>»Jehová os llevará, a ti y al rey que hayas puesto sobre ti, a una nación que ni tú ni tus padres conocíais, y allá servirás a dioses ajenos, al palo y a la piedra. <sup>37</sup>Serás motivo de horror, y servirás de refrán y de burla en todos los pueblos a los cuales te llevará Jehová. <sup>38</sup>Sacarás mucha semilla al campo y recogerás poco, porque la langosta lo consumirá. <sup>39</sup>Plantarás viñas y labrarás, pero no beberás vino ni recogerás uvas, porque el gusano se las comerá. <sup>40</sup>Tendrás**

**olivos en todo tu territorio, pero no te unguirás con el aceite, porque tu aceituna se caerá. <sup>41</sup> Hijos e hijas engendrarás, y no serán para ti, porque irán en cautiverio. <sup>42</sup> Toda tu arboleda y el fruto de tu tierra serán consumidos por la langosta. <sup>43</sup> El extranjero que estará en medio de ti se elevará sobre ti muy alto, y tú descenderás muy abajo. <sup>44</sup> Él te prestará a ti y tú no le prestarás a él; él estará a la cabeza y tú a la zaga.**

Cuando un soberano airado enviaba su ejército para “ajustar cuentas” con un vasallo rebelde, interrumpía el suministro de casi todo de lo que dependía la nación vasalla. La ruina, las pérdidas, y la miseria que Moisés señaló en estos versículos nos conmocionan: cultivos arruinados, familias separadas, esposas e hijas violadas, pueblos destruidos, viñedos y olivares saqueados y quemados, amigos y vecinos encadenados y deportados a una tierra distante, gobernados por un rey hostil, donde el pueblo adoraba dioses paganos.

Incluso el extranjero, muchas veces tan indefenso que la ley de Moisés se esmeró en protegerlo (Levítico 19:10; Deuteronomio 24:14,15,17-22), se iba a levantar por encima de los israelitas en la tierra. Desde luego que Dios sería la causa fundamental de la buena suerte del extranjero, pero su surgimiento también se debía a causas naturales. Como el extranjero no poseía tierra, la maldición del Señor sobre la tierra no le afectaba tanto como a los israelitas. El extranjero que tenía otras fuentes de ingreso se podía enriquecer a costa de los israelitas empobrecidos prestándoles dinero. Incluso se podía convertir en la cabeza, y el propio pueblo del pacto del Señor sería la cola.

Cuando los enemigos los saquearan, los israelitas serían obligados a permanecer impotentes y a ser tratados injustamente. Sus ojos se agotarían esperando a que sus hijos e hijas exiliados regresaran a casa. Lo que verían los enloquecería.

Durante la larga historia de Israel, el Señor envió a sus profetas para recordarle las bendiciones y las estipulaciones del

pacto del Señor y para advertirles acerca de las terribles maldiciones que iban a venir por su desobediencia. El mensaje de los profetas por lo común no era algo nuevo ni inaudito; muchas veces ni siquiera era necesario que el Señor revelara el futuro por medios sobrenaturales.

Frecuentemente sus advertencias repetían, cada vez con mayor intensidad, las maldiciones contenidas en este capítulo.

En el siglo VIII a.C., el Señor envió a Amós, Oseas, Joel, Miqueas e Isaías para advertirle al reino del norte de Israel que los asirios iban a ir a destruirlos. La profecía de Isaías recordó los versículos 30, 38, y 39:

Muchas casas han de quedar soladas,  
sin morador aun las grandes y hermosas.  
Y diez yugadas de viña producirán un bato [24 litros],  
y un homer [220 litros] de semilla producirá un efa  
[22 litros]. (Isaías 5:9,10)

Joel describió el juicio del Señor en los versículos 38 y 42:

Lo que dejó la oruga  
se lo comió el saltón;  
lo que dejó el saltón  
se lo comió el revoltón;  
y la langosta se comió  
lo que el revoltón había dejado.

El campo está solado  
y se enlutó la tierra,  
porque el trigo fue destruido,  
el mosto está pasado  
y se perdió el aceite.

Confundíos, labradores;  
gemid, viñadores,  
por el trigo y la cebada,  
porque se perdió la mies del campo.

La vid está seca y pereció la higuera;  
también el granado, la palmera y el manzano:  
Todos los árboles del campo se secaron.  
Y así se extinguió el gozo  
de los hijos de los hombres. (Joel 1:4,10-12)

La profecía de Miqueas da referencia a los versículos 38-40:

“Por eso yo también te debilité,  
devastándote por tus pecados.

Comerás, mas no te saciarás,  
tu abatimiento estará en medio de ti;  
recogerás, mas no salvarás nada,  
y lo que logres salvar  
lo entregaré yo a la espada.

Sembrarás, mas no segarás;  
pisarás aceitunas,  
mas no te ungirás con el aceite;  
también uvas, mas no beberás el vino.

Has guardado los mandamientos de Omri  
y toda obra de la casa de Acab,  
y en los consejos de ellos has andado;  
por eso yo te entregaré a la desolación,  
y a tus moradores a la burla.  
Llevaréis, por tanto,  
el oprobio de mi pueblo”. (Miqueas 6:13-16)

Un siglo más tarde, Habacuc, Jeremías y Ezequiel le advirtieron a Judá, el reino del sur, de la inminente invasión del ejército de Babilonia. Jeremías hace referencia a los versículos 32 y 41:

Así ha dicho Jehová:  
«Voz fue oída en Ramá,  
llanto y lloro amargo:  
es Raquel que llora por sus hijos,  
y no quiso ser consolada acerca de sus hijos,  
porque perecieron». (Jeremías 31:15)

Jeremías también predijo el horror de estar sometidos a gobernadores extranjeros y de adorar a sus dioses:

Yo traigo sobre vosotros  
gente de lejos, casa de Israel,  
dice Jehová;  
gente robusta, gente antigua,  
gente cuya lengua ignoras  
y no entenderás lo que diga.

Su aljaba es como un sepulcro abierto;  
todos son valientes.

Comerá tu mies y tu pan,  
comerá a tus hijos y a tus hijas;  
comerá tus ovejas y tus vacas,  
comerá tus viñas y tus higueras,  
y a espada convertirá en nada  
tus ciudades fortificadas en que confías.

(Jeremías 5:15-17)

“Por tanto, yo os arrojaré de esta tierra a una tierra que ni vosotros ni vuestros padres habéis conocido, y allá serviréis a dioses ajenos de día y de noche, pues no os tendré compasión”. (Jeremías 16:13).

Ezequiel profetizó:

“Te convertiré en ruinas y en afrenta entre las naciones que están alrededor de ti, a los ojos de todo transeúnte. Serás afrenta, escarnio, escarmiento y objeto de espanto para las naciones que están alrededor de ti, cuando yo haga en ti juicios con furor e indignación y con reprensiones llenas de ira. Yo, Jehová, he hablado. Cuando arroje yo sobre ellos las perniciosas saetas del hambre, que serán para destrucción, las cuales enviaré para destruirlos, entonces aumentaré el hambre sobre vosotros y quebrantaré entre vosotros el sustento de pan. Enviaré, pues, sobre vosotros hambre y bestias

feroces que te destruyan; peste y sangre pasarán por en medio de ti, y enviaré sobre ti espada. Yo, Jehová, he hablado”  
(Ezequiel 5:14-17)

Cuando Israel esperaba al oriente del Jordán para atacar a Canaán, el temor y el respeto se apoderaron de las naciones que iban a derrotar. Desafortunadamente iba a haber un cambio drástico; el pueblo no sólo iba a comentar acerca de la asombrosa victoria de Israel, sino también sobre su caída sin precedente: “Serás motivo de horror, y servirás de refrán y de burla a todos los pueblos a los cuales te llevará Jehová” (versículo 37).

**<sup>45</sup>»Vendrán sobre ti todas estas maldiciones, te perseguirán y te alcanzarán hasta que perezcas; por cuanto no habrás atendido a la voz de Jehová, tu Dios, para guardar los mandamientos y los estatutos que él te mandó. <sup>46</sup>Y serán sobre ti y tu descendencia como una señal y un prodigio para siempre.**

**<sup>47</sup>»Por cuanto no serviste a Jehová, tu Dios, con alegría y con gozo de corazón, cuando tenías abundancia de todas las cosas, <sup>48</sup>servirás, por tanto, a tus enemigos que enviará Jehová contra ti, con hambre, con sed y con desnudez, y con falta de todas las cosas. Él pondrá un yugo de hierro sobre tu cuello, hasta destruirte. <sup>49</sup>Jehová traerá contra ti una nación venida de lejos, de los confines de la tierra, que volará como águila, una nación cuya lengua no entiendas; <sup>50</sup>gente fiera de rostro, que no tendrá respeto del anciano ni perdonará al niño. <sup>51</sup>Ella se comerá el fruto de tu bestia y el fruto de tu tierra, hasta que perezcas; no te dejará grano, ni mosto, ni aceite, ni la cría de tus vacas, ni los rebaños de tus ovejas, hasta destruirte.**

**<sup>52</sup>»Pondrá sitio a todas tus ciudades, hasta que caigan en toda tu tierra los muros altos y fortificados en que tú confías. Sitará, pues, todas tus ciudades y toda la tierra que Jehová, tu Dios, te haya dado. <sup>53</sup>Comerás el fruto de tu vientre, la**

**carne de tus hijos y de tus hijas que Jehová, tu Dios, te dio, en medio del sitio y el apuro con que te angustiará tu enemigo. <sup>54</sup> El hombre más amable y delicado entre los tuyos mirará con malos ojos a su hermano, a la mujer de su corazón y al resto de los hijos que le queden, <sup>55</sup> para no compartir con ellos la carne de sus hijos, que él se comerá, por no haberle quedado nada en medio del asedio y la angustia a que te reducirá tu enemigo en todas tus ciudades. <sup>56</sup> La más amable y delicada entre vosotros, de tan pura delicadeza y ternura que nunca intentaría sentar sobre la tierra la planta de su pie, mirará con malos ojos al marido de su corazón, a su hijo, a su hija, <sup>57</sup> y por carecer de todo, se ocultará para comer la placenta que sale de entre sus pies y a los hijos que dé a luz, en medio del asedio y la angustia a que te reducirá tu enemigo en tus ciudades.**

Las señales y maravillas que el Señor hizo para redimir a Israel confirmaron su gracia y cuidado. Ahora las terribles maldiciones que le iba a infligir al pueblo iban a servir como señal y maravilla para recordarle de su furia por la desobediencia. Israel se negó a apreciar la prosperidad que el Señor le iba a traer. En lugar de servirle con alegría, lo iba a hacer de mala gana. Algún día, empobrecido y avergonzado, tendría que servir a sus enemigos.

La predicción que hizo Moisés de una horrorosa “nación venida de lejos” no es muy específica. Se puede referir a cualquiera de las naciones que iban a aparecer en el horizonte del antiguo Cercano Oriente.

“Que volará como águila” era una manera de simbolizar el poder y la velocidad del enemigo. Oseas dijo que Asiria era “un águila... sobre la casa de Jehová” (8:1), y Jeremías describió a los babilonios, diciendo: “Águila volará, desplegará sus alas contra Moab” (Jeremías 48:40). Sin embargo, al final de cuentas, la descripción que se hace en los versículos 49-52 se acomoda a cualquiera de los poderes mundiales que saquearon a Palestina

(Asiria, Egipto, Babilonia, Alejandro Magno y finalmente Roma). Aunque había muchas similitudes entre los idiomas que hablaban los pueblos en el antiguo Cercano Oriente, el israelita común no podía entender a los asirios ni a los babilonios. Aun bajo circunstancias amistosas, los turistas pueden atestiguar que los sonidos de un idioma extraño a su alrededor pueden llegar a ser terriblemente incómodos.

Además de describir la rapidez del enemigo, Moisés dijo que eran una “gente fiera de rostro”. Hace casi un siglo y medio, los arqueólogos desenterraron kilómetros y kilómetros de losas esculpidas en la ruina del antiguo Nínive, que ilustran el famoso salvajismo de los asirios. Los imponentes relieves representan a soldados asirios despellejando vivas a sus víctimas, arrancándole la lengua a un hombre y empalando a los enemigos derrotados. Una escena en particular horripilante en el palacio de Senaquerib, el rey asirio que sitió infructuosamente a Jerusalén en el año 701 a.C., muestra a dos escribas registrando el número de los enemigos asesinados, mientras que las cabezas de los decapitados estaban amontonadas a sus pies. En una inscripción real, Asurbanipal, el rey asirio que gobernó alrededor de un siglo después de Salomón, describió una de sus conquistas:

Capturé muchos soldados vivos. A algunos les corté los brazos y las manos; a otros les corté la nariz, las orejas, y las extremidades. Les saqué los ojos a muchos soldados. Hice un montón de los vivos y otro de las cabezas. Colgué sus cabezas de los árboles alrededor de la ciudad.<sup>43</sup>

La brutalidad asiria fue extrema pero no excepcional en el mundo antiguo.

En tiempos de paz, los agricultores sembraban fuera de los muros de la ciudad y dejaban que sus manadas y rebaños pastaran en el campo abierto o a lo largo de los arroyos o riberas de los ríos. Cuando se iniciaba la guerra, los ejércitos invasores irrumpían en el paisaje, estropeando los cultivos, matando el ganado y las ovejas

y obligando a todos a permanecer dentro de los muros por seguridad. Con la ciudad sitiada, las fuerzas atacantes tenían varias opciones. Podían penetrar a la ciudad, prendiéndole fuego a las puertas de madera de la entrada, o podían localizar la parte más débil del muro, erigir una rampa de asedio contra ella y perforarlo con el ariete. O podían poner escaleras para que los soldados subieran el muro, o enviar soldados para minar los muros como topos humanos. O podían apostarse afuera, cortar el suministro de agua de la ciudad y esperar a que la comida se agotara.

Dentro de las murallas, el pueblo impaciente hace cosas desesperadas. La profecía de Jeremías muy poco antes de la caída de Jerusalén en el año 586 a.C. y sus lamentaciones después de su colapso relatan cómo estos versículos 53-57 se hicieron realidad:

Así dice Jehová de los ejércitos:

«Sed sabios y haced venir a las plañideras;  
buscad a las hábiles en su oficio».

¡Que se den prisa  
y levanten llanto por nosotros!  
¡Desháganse nuestros ojos en lágrimas,  
y nuestros párpados destilen aguas!,  
porque la muerte ha subido por nuestras ventanas  
y ha entrado en nuestros palacios,  
para exterminar a los niños en las calles,  
a los jóvenes en las plazas. (Jeremías 9:17,18,21)

¡Levántate, da voces en la noche al comenzar las  
vigilias!

Derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor;  
alza a él tus manos implorando la vida de tus niñitos,  
que desfallecen de hambre en las entradas de todas las calles.

Mira, Jehová, y considera a quién has tratado así.  
¿Habrán de comerse las mujeres el fruto de sus entrañas, a  
los niñitos que antes cuidaban tiernamente?  
¿Habrán de ser muertos en el santuario del Señor el sacerdote

y el profeta? (Lamentaciones 2:19,20)

Más dichosos fueron los muertos a espada que los muertos por el hambre, porque estos murieron poco a poco por faltarles los frutos de la tierra.

Las manos de mujeres piadosas cocieron a sus hijos: ¡Sus propios hijos les sirvieron de comida en el día del desastre de la hija de mi pueblo! (Lamentaciones 4:9,10)

**<sup>58</sup>»Si no cuidas de poner por obra todas las palabras de esta Ley que están escritas en este libro, temiendo a ese nombre glorioso y temible de Jehová, tu Dios, <sup>59</sup> entonces Jehová aumentará terriblemente tus plagas y las plagas de tu descendencia, plagas grandes y permanentes, enfermedades malignas y duraderas, <sup>60</sup> y traerá sobre ti todos los males de Egipto, delante de los cuales temiste, y no te dejarán.**

**<sup>61</sup> Asimismo toda enfermedad y toda plaga que no está escrita en el libro de esta Ley, Jehová la enviará sobre ti, hasta que seas destruido. <sup>62</sup> Y quedaréis sólo unos pocos, en lugar de haber sido tan numerosos como las estrellas del cielo, por cuanto no obedecisteis a la voz de Jehová, tu Dios. <sup>63</sup> Así como Jehová se gozaba en haceros bien y en multiplicaros, así se gozará Jehová en arruinaros y en destruirlos. Seréis arrancados de sobre la tierra a la que vais a entrar para tomarla en posesión. <sup>64</sup> Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo, y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra. <sup>65</sup> Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo, pues allí te dará Jehová un corazón temeroso, languidez de ojos y tristeza de alma. <sup>66</sup> Tendrás la vida como algo que pende delante de ti, estarás temeroso de noche y de día y no tendrás seguridad de tu vida. <sup>67</sup> Por la mañana dirás: “¡Quién diera que fuera la tarde!”, y a la tarde dirás: “¡Quién diera que**

**fuera la mañana!”, por el miedo que amedrentará tu corazón y por lo que verán tus ojos. <sup>68</sup>Y Jehová te hará volver a Egipto en naves, por el camino del cual te ha dicho: “Nunca más volverás”, y allí seréis vendidos a vuestros enemigos como esclavos y esclavas, y no habrá quien os compre».**

El mismo Señor que le prometió a Abraham que su descendencia iba a ser tan numerosa como las estrellas del firmamento (Génesis 15:5), ahora le prometió a Israel que iba a reducirlo a “solo unos pocos”. El mismo poderoso Señor que multiplicó la población de Israel durante su permanencia en Egipto (Éxodo 1:7,20), algún día iba a arruinar a ese pueblo. El mismo Señor del pacto que reunió a un grupo desorganizado y pobre de refugiados como su pueblo para llevarlos a su tierra santa (Salmo 78:52-55), ahora iba a esparcir a sus descendientes por los cuatro rincones de la tierra. El mismo Señor salvador que escogió a Abraham de un hogar donde su padre adoraba ídolos (Josué 24:2), iba a permitir que otra vez sus hijos se inclinaran ante los ídolos. El mismo Señor misericordioso que consoló a las conciencias cargadas, asegurándoles un Campeón futuro (Génesis 3:15), iba a afligir a sus obstinados hijos e hijas con “corazón temeroso, languidez de ojos y tristeza de alma” (versículo 65). El mismo soberano Señor que sacó a Israel de la esclavitud en Egipto con mano poderosa y brazo extendido (Salmo 136:11,12), iba a llevar de nuevo a Israel a Egipto, donde se iban a convertir en esclavos por segunda vez.

Cualquiera diría que Deuteronomio 28, es una lectura fuerte. Las maldiciones que Moisés anunció se cumplieron totalmente en la historia de Israel, pero todas ellas fueron preámbulos para la noche cuando Israel rechazó a su Salvador en el tribunal de Poncio Pilato. En vez de aceptar a Jesús como su rey, la multitud gritó: “¡Sea crucificado!” Cuando Pilato trató de evadir la responsabilidad por esta muerte inocente, los compatriotas de Jesús afanosamente la tomaron sobre sí: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mateo 27:22-25).

Aunque el nuevo pacto del evangelio no contiene ese tipo de listas de bendiciones y maldiciones, nuestro Señor explicó que el pueblo enfrenta uno de dos destinos eternos: “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:17,18). En el gran día del triunfo final del Rey habrá sólo dos tipos de personas: los que le dicen a Cristo: “Hágase tu voluntad”, y aquellos a quienes Cristo dice: “¡Bien, hágase su voluntad!”

El Señor le dio a su pueblo Israel bendiciones sin par, pero si las rechazaban, sólo quedarían las maldiciones de Dios. El escritor a los Hebreos, da una conclusión sobre esta lista de “bendiciones y maldiciones” que lo hace a uno pensar:

Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la Ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios, y tenga por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado y ofenda al Espíritu de gracia?... ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! (Hebreos 10:26-29,31)

### *Renovación del pacto*

**29** **Éstas son las palabras del pacto que Jehová mandó a Moisés que celebrara con los hijos de Israel en la tierra de Moab, además del pacto que concertó con ellos en Horeb.**

Gran parte de este capítulo imita el modelo de los convenios que se hacían en el antiguo Cercano Oriente, pero no en todos los detalles ni tampoco en el mismo orden. El capítulo incluye una

revisión de las anteriores bendiciones del Señor, un llamado a aceptar su pacto, una advertencia de que las maldiciones del pacto caerán sobre Israel si lo abandona a él, una promesa de restauración, y un llamado a creer. Esta ceremonia de ratificación garantizó que el pacto del Señor sería válido para cada nueva generación de israelitas que naciera en el futuro.

**<sup>2</sup> Moisés, pues, llamó a todo Israel y les dijo:**

**«Vosotros habéis visto todo lo que Jehová ha hecho ante vuestros ojos en la tierra de Egipto al faraón, a todos sus siervos y a toda su tierra, <sup>3</sup> las grandes pruebas que vieron vuestros ojos, las señales y las grandes maravillas. <sup>4</sup> Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender, ni ojos para ver, ni oídos para oír. <sup>5</sup> Yo os he conducido durante cuarenta años en el desierto, sin que vuestros vestidos hayan envejecido sobre vosotros ni vuestro calzado haya envejecido sobre vuestro pie. <sup>6</sup> No habéis comido pan, ni bebisteis vino ni sidra, para que supierais que yo soy Jehová, vuestro Dios.**

**<sup>7</sup>» Cuando llegasteis a este lugar, salieron Sehón, rey de Hesbón, y Og, rey de Basán, delante de nosotros para pelear; pero los derrotamos, <sup>8</sup> conquistamos su tierra y se la dimos como heredad a Rubén, a Gad y a la media tribu de Manasés.**

No muchos de los israelitas que escuchaban a Moisés experimentaron la vida en Egipto. Ahora sólo estaban vivos los que tenían veinte años o menos, en el momento en el que Moisés envió a los espías a Canaán, estando en Cades-barnea. Sin embargo, Moisés se dirigió a ellos como a una nación. Su larga permanencia en Egipto y su viaje por el desierto fue una experiencia nacional, algo que formaba parte de la conciencia de todos los israelitas, de la misma manera que los habitantes de un país recuerdan las batallas de independencia que “ellos” ganaron para lograr su independencia, aunque “ellos” todavía no habían nacido.

¿Cómo pudo Israel haber visto tanto, y sin embargo no haberlo “visto” verdaderamente? Cuando el Señor llamó a Isaías para ser su profeta, le dijo: “Anda, y di a este pueblo:

“Oíd bien, y no entendáis;  
ved por cierto, pero no comprendáis”.

Embota el corazón de este pueblo,  
endurece sus oídos y ciega sus ojos,  
para que no vea con sus ojos  
ni oiga con sus oídos  
ni su corazón entienda,

ni se convierta y haya para él sanidad”. (Isaías 6:9,10)

Al considerar la manera como muchos de su pueblo rechazaron al Salvador, San Pablo citó este pasaje en la carta a los Romanos. Sin embargo, les aseguró a sus lectores que Israel no fue más allá de la posibilidad de volverse en arrepentimiento y fe al Señor: “Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos; como está escrito:

Dios les dio espíritu insensible,  
ojos con que no vean  
y oídos con que no oigan,  
hasta el día de hoy...

Pero yo pregunto: ¿Será que los israelitas, al tropezar, cayeron definitivamente? ¡De ninguna manera! Al contrario, debido a su transgresión vino la salvación a los gentiles, a fin de provocarlos a celos. Y si su transgresión ha servido para enriquecer al mundo, y su caída, a los gentiles, ¿cuánto más lo será su plena restauración?” (Romanos 11:7,8,11,12)

Las palabras de Moisés y la aplicación que Pablo hizo de ellas, revelan lo que Lutero confesó tan claramente en su Catecismo Menor:

Creo que ni por mi propia razón, ni por mis propias fuerzas soy capaz de creer en Jesucristo, mi Señor, o venir a él; sino que el Espíritu Santo me ha llamado mediante el evangelio, me ha iluminado con sus dones, y me ha santificado y conservado en la verdadera fe, del mismo modo que él llama, congrega, ilumina y santifica a toda la cristiandad en la tierra, y la conserva unida a Jesucristo en la verdadera y única fe.

**<sup>9</sup> Guardaréis, pues, las palabras de este pacto y las pondréis por obra, para que prosperéis en todo lo que hagáis.**

**<sup>10</sup> »Vosotros todos estáis hoy en presencia de Jehová, vuestro Dios: los cabezas de vuestras tribus, vuestros ancianos y vuestros oficiales, todos los hombres de Israel; <sup>11</sup> vuestros niños, vuestras mujeres y los extranjeros que habitan en medio de tu campamento, desde el que corta tu leña hasta el que saca tu agua; <sup>12</sup> para entrar en el pacto de Jehová, tu Dios, que bajo juramento Jehová, tu Dios, concierta hoy contigo, <sup>13</sup> para confirmarte hoy como su pueblo y para que él sea tu Dios, de la manera que te ha dicho y como lo juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. <sup>14</sup> Y no solamente con vosotros hago yo este pacto y este juramento, <sup>15</sup> sino con los que están aquí presentes hoy con nosotros delante de Jehová, nuestro Dios, y con los que no están aquí hoy con nosotros.**

En esta asamblea al oriente de la tierra prometida estaban incluidos los jefes de las tribus y de las familias de Israel, junto con sus padres y madres, hijos e hijas. El pacto del Señor con su pueblo no fue algo religioso de segunda mano, algo que la siguiente generación heredó automáticamente, sin pensar. Dios es fiel a su promesa y extiende sus bendiciones a cada nueva generación, pero *cada generación necesita aceptar con fe las bendiciones del Salvador*. Johann Wolfgang von Goethe sin duda

estaba hablando sobre otra cosa, pero lo que dijo se puede aplicar a Israel y a la cristiandad: “¡Lo que recibes de la herencia de tus padres, gánalo de nuevo, para que verdaderamente lo poseas!”<sup>44</sup>

**<sup>16</sup> Porque vosotros sabéis cómo habitamos en la tierra de Egipto, y cómo hemos pasado en medio de las naciones por las cuales habéis pasado. <sup>17</sup> Habéis visto sus abominaciones y los ídolos de madera y piedra, de plata y oro, que tienen consigo. <sup>18</sup> No sea que haya entre vosotros hombre o mujer, familia o tribu, cuyo corazón se aparte hoy de Jehová, nuestro Dios, para ir a servir a los dioses de esas naciones; no sea que haya en medio de vosotros raíz que produzca hiel y ajenjo, <sup>19</sup> y después de oír las palabras de esta maldición, él se congratule en su corazón, diciendo: “Tendré paz, aunque ande en la dureza de mi corazón, puesto que con la embriaguez se aplaca la sed”. <sup>20</sup> No querrá Jehová perdonarlo, sino que entonces humeará la ira de Jehová y su celo sobre ese hombre, se asentará sobre él toda maldición escrita en este libro y Jehová borraré su nombre de debajo del cielo. <sup>21</sup> Jehová lo apartará de todas las tribus de Israel para mal, conforme a todas las maldiciones del pacto escrito en este libro de la Ley.**

Moisés presentó otra vez en estos seis versículos un pequeño pacto: *prólogo histórico* (versículos 16,17), *estipulación* (versículo 18), y *maldiciones* por la desobediencia (versículos 19-21).

Moisés comparó la adoración a los ídolos con una semilla que echa raíces y se convierte en una planta que produce veneno amargo. Puede crecer alta y majestuosa, pero cuando sus frutos maduran, es evidente la verdadera naturaleza de la planta. Jesús usó la misma comparación cuando habló sobre los falsos profetas: “Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos... Así que por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:17,18,20).

¿No es cierto que Dios nuestro Salvador quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad? (1 Timoteo 2:4) “¿Acaso quiero yo la muerte del impío? dice Jehová, el Señor. ¿No vivirá, si se aparta de sus malos caminos?” (Ezequiel 18:23). Entonces, ¿podría Moisés decir que el Señor nunca iba a perdonar a la persona que le hace este juramento y después no lo cumple? Los pecadores aun tienen la espantosa capacidad de decirle “¡No!” a la gracia de Dios; podemos perder el derecho a las bendiciones de nuestro Salvador si las rechazamos voluntariamente o por la caída gradual en la indiferencia. Pedro advirtió sobre los falsos maestros que “introducirán encubiertamente herejías destructoras y hasta negarán al Señor que los rescató” (2 Pedro 2:1). Esteban lamentó que, generación tras generación de Israel, “vosotros resistís siempre al Espíritu Santo” (Hechos 7:51). El martes antes de su muerte, Jesús lloró sobre la ciudad que lo iba a crucificar, y dijo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero *no quisiste!*” (Mateo 23:37).

Jesús también advirtió que la persona que por su voluntad y con persistencia rechaza la gracia de Dios, puede alejar al Espíritu Santo permanentemente de su corazón, y aun en esta vida Dios puede comenzar a endurecerlo: “Todos los pecados y las blasfemias, cualesquiera que sean, les serán perdonados a los hijos de los hombres; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno” (Marcos 3:28,29). Moisés se debió referir a esto aquí. Un hombre interpone un gran obstáculo entre él mismo y el Salvador, cuando dice: “Tendré paz, aunque ande en la dureza de mi corazón”.

El enemigo más poderoso que tenemos, que lucha en contra de nuestra relación con Jesucristo, tal vez no sea el mundo pagano, ni Satanás, ni sus ángeles. Nuestro enemigo espiritual más grande es nuestra propia naturaleza pecaminosa, ¡el rebelde impenitente cuyo corazón todavía late dentro de mí! Como dijo Pogo, uno de

los personajes en la famosa tira cómica de Al Capp: “¡Hemos descubierto al enemigo, y somos nosotros mismos!”

**22** »Y las generaciones venideras, vuestros hijos que se levanten después de vosotros, y el extranjero que vendrá de lejanas tierras, cuando vean las plagas de aquella tierra y las enfermedades de que Jehová la habrá hecho enfermar, dirán: **23** “Azufre y sal, abrasada está toda su tierra; no será sembrada ni producirá, ni crecerá en ella hierba alguna, como sucedió en la destrucción de Sodoma y de Gomorra, de Adma y de Zeboim, las cuales Jehová destruyó en su furor y en su ira”. **24** Más aún, todas las naciones preguntarán: “¿Por qué hizo esto Jehová a esta tierra? ¿Qué significa el ardor de esta gran ira?” **25** Entonces responderán: “Por cuanto dejaron el pacto de Jehová, el Dios de sus padres, que él concertó con ellos cuando los sacó de la tierra de Egipto; **26** fueron a servir a dioses ajenos, y se inclinaron ante dioses que no conocían y que ninguna cosa les habían dado. **27** Por tanto, se encendió la ira de Jehová contra esta tierra, para traer sobre ella todas las maldiciones escritas en este libro. **28** Jehová los desarraigó de su tierra con ira, con furor y con gran indignación, y los arrojó a otra tierra, como hoy se ve”.

En los archivos reales del rey asirio Asurbanipal en el siglo VII a.C., se ha descubierto el registro de una de sus campañas militares, el cual dice: “Siempre que los habitantes de Arabia se pregunten unos a otros: ‘¿Por qué a Arabia le han sobrevenido estas calamidades?’ se deben decir unos a otros: ‘Porque no guardamos los juramentos solemnes hechos a Asur, y porque ofendimos la amistad de Asurbanipal, amado por Enlil’.”

Existe una inequívoca semejanza entre el escrito de Asurbanipal y la advertencia que le hizo Moisés a Israel. Cuando quería castigar a un vasallo por violar el convenio, el soberano por lo general arrasaba y quemaba la ciudad capital del vasallo, después cubría el área con sal y azufre de tal manera que nadie se

pudiera volver a establecer en ella. Cuando los hijos de Israel y sus vecinos vieran las enfermedades y los desastres que el Señor le había impuesto a este pueblo y a su tierra, preguntarían: “¿Por qué hizo Jehová esto a esta tierra? ¿Qué significa el ardor de esta gran ira?” Y responderán: “Por cuanto dejaron el pacto de Jehová”.

En el año 722 a.C., el escritor de 2 Reyes, dio la explicación de Dios por la caída del reino de Israel:

Esto sucedió porque los hijos de Israel pecaron contra Jehová, su Dios... Adoraron a dioses ajenos y anduvieron en los estatutos de las naciones que Jehová había expulsado de delante de los hijos de Israel... Jehová amonestó entonces a Israel y a Judá por medio de todos los profetas y de todos los videntes diciendo: «Volveos de vuestros malos caminos y guardad mis mandamientos y mis ordenanzas, conforme a todas las leyes que yo prescribí a vuestros padres y que os he enviado por medio de mis siervos los profetas». Pero ellos no obedecieron, sino que se obstinaron tanto como sus padres, los cuales no creyeron en Jehová, su Dios. Desecharon sus estatutos, el pacto que él había hecho con sus padres y los testimonios que él les había prescrito, siguiendo en pos de vanidades y haciéndose ellos mismos vanos, por imitar a las naciones que estaban alrededor de ellos, aunque Jehová les había mandado que no obraran como ellas. (2 Reyes 17:7,8,13-15)

El cronista expresó la misma opinión acerca de la caída del reino de Judá:

Jehová, el Dios de sus padres, les envió constantemente avisos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su morada. Pero ellos se mofaban de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su

pueblo, y no hubo ya remedio. Por lo cual trajo contra ellos al rey de los caldeos, que mató a espada a sus jóvenes en la casa de su santuario, sin perdonar joven ni virgen, anciano ni decrepito; todos los entregó en sus manos... A los que escaparon de la espada los llevó cautivos a Babilonia, donde fueron siervos de él y de sus hijos hasta que vino el reino de los persas. (2 Crónicas 36:15-17,20)

**29»Las cosas secretas pertenecen a Jehová, nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, a fin de que cumplamos todas las palabras de esta Ley.**

Las “cosas secretas” son aquellos eventos que están más allá de nuestro entendimiento, y las fuerzas que no podemos controlar. Sólo Dios las conoce y las gobierna. Las “cosas reveladas” son la ley y la voluntad de Dios, como las encontramos en su palabra. Más adelante, Isaías desafió así a los israelitas: “Si os dicen: ‘Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos?’ ¡A la ley y al testimonio! Si no dicen conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:19,20).

Qué triste es cuando el pueblo de Dios desatiende las “cosas reveladas” en la Escritura, debido a que están muy ocupados o no les interesa, y en cambio se vuelven a la astrología, a la magia o a lo oculto.

Dios no nos ha dicho todas las cosas que *quisiéramos* conocer, pero ha revelado todo lo que *necesitamos* saber. La Escritura no nos ha contestado todas las preguntas que pudiéramos hacer, ni ha satisfecho toda nuestra curiosidad. El apóstol Juan observó, casi al final de su evangelio: “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que

Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:30,31).

### *Prosperidad después de volverse al Señor*

Aun después de que Israel sufriera el exilio y el juicio de Dios, el Señor prometió restauración. Dios iba a completar su maravilloso rescate aun si algunos israelitas lo rechazaban y perdieran el derecho a sus bendiciones. El Dios salvador iba a usar la cautividad como herramienta de purificación, para llevar el remanente de su pueblo al arrepentimiento.

**30** »Sucederá que cuando hayan venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, te arrepientas en medio de todas las naciones adonde te haya arrojado Jehová, tu Dios, <sup>2</sup> te conviertas a Jehová, tu Dios, y obedezcas a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma, <sup>3</sup> entonces Jehová hará volver a tus cautivos, tendrá misericordia de ti y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te haya esparcido Jehová, tu Dios. <sup>4</sup> Aunque tus desterrados estén en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá Jehová, tu Dios, y de allá te tomará. <sup>5</sup> Jehová, tu Dios, te hará volver a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya; te hará bien y te multiplicará más que a tus padres. <sup>6</sup> Y circuncidará Jehová, tu Dios, tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas. <sup>7</sup> Pondrá Jehová, tu Dios, todas estas maldiciones sobre tus enemigos y sobre los que te persiguieron con odio. <sup>8</sup> Tú te convertirás, escucharás la voz de Jehová y pondrás por obra todos sus mandamientos que yo te ordeno hoy. <sup>9</sup> Entonces Jehová, tu Dios, te hará prosperar en toda la obra de tus manos, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia y en el fruto de tu tierra, para

**bien; porque Jehová volverá a gozarse sobre ti para bien, de la manera que se gozó sobre tus padres,<sup>10</sup> cuando obedezcas a la voz de Jehová, tu Dios, y guardes sus mandamientos y sus estatutos escritos en este libro de la Ley; cuando te conviertas a Jehová, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma.**

Casi mil años después, cuando terminó la cautividad en Babilonia, un pequeño grupo de exiliados regresó a Palestina para reconstruir su templo y su ciudad. Nehemías, un funcionario importante en el gobierno persa, todavía no había nacido cuando regresó el primer grupo de exiliados, pero tenía gran interés en la misión de ellos. Lloró por ellos cuando supo de las calamidades y de la deshonra que estaban pasando, y después oró por ellos. Su oración tuvo raíces muy profundas en estos versículos de Deuteronomio.

“Te ruego, Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guardas el pacto y tienes misericordia de los que te aman y observan tus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti, día y noche, por los hijos de Israel, tus siervos. Confieso los pecados que los hijos de Israel hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado. En extremo nos hemos corrompido contra ti y no hemos guardado los mandamientos, estatutos y preceptos que diste a Moisés, tu siervo.

“Acuérdate ahora de la palabra que diste a Moisés, tu siervo, diciendo: ‘Si vosotros pecáis, yo os dispersaré por los pueblos; pero si os volvéis a mí y guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, aunque vuestra dispersión sea hasta el extremo de los cielos, de allí os recogeré y os traeré al lugar que escogí para hacer habitar allí mi nombre’”. (Nehemías 1:5-9)

Las palabras de Moisés debieron haber animado a Nehemías y a otros en su tiempo, especialmente el versículo 4, que no sólo amenaza con el exilio, sino también promete el regreso que ya estaban experimentando.

¿Qué quiso decir Moisés cuando le dijo a Israel: “Circuncidaré Jehová, tu Dios, tu corazón”? Jeremías describió el tiempo de un nuevo pacto, cuando el Señor dijo: “Pondré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón” (Jeremías 31:33), y “les daré un corazón y un camino... Haré con ellos un pacto eterno: que no desistiré de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí” (Jeremías 32:39,40). El Señor prometió por medio de Ezequiel: “Quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne” (Ezequiel 11:19). Mientras que la circuncisión era un recordatorio externo de su pacto, Dios quiso cambiar al pueblo en su interior, mediante el arrepentimiento y la fe.

En ese tiempo, como ahora, la renovación y el arrepentimiento diarios que el Señor requiere de su pueblo fluyen de adentro hacia fuera. La Confesión de Augsburgo dice:

Propiamente dicho, el verdadero arrepentimiento no es otra cosa que contrición y dolor o terror a causa del pecado y, sin embargo, a la vez creer en el evangelio y la absolución, es decir, que el pecado ha sido perdonado y que por Cristo se ha obtenido la gracia. Esta fe, a su vez, consuela el corazón y lo apacigua. Después deben seguir la corrección y el abandono del pecado, pues éstos deben ser los frutos del arrepentimiento de que habla Juan en Mateo 3:8: “Haced frutos dignos de arrepentimiento”.<sup>45</sup>

Y ya que mediante la fe se concede el Espíritu Santo, también se capacita el corazón para hacer buenas obras.<sup>46</sup>

Algunos lectores se pueden preguntar si la promesa que hizo Moisés de que les sería restaurada la tierra incluye un cumplimiento moderno. Durante siglos, el pueblo judío vivió en

regiones de Europa, Asia y Norte América, pero a finales del siglo XIX y a comienzos del siglo XX se levantaron cada vez más voces que apoyaban el establecimiento de una patria judía en Palestina. El 14 de mayo de 1948, se fundó la nación de Israel, y muchos observadores, incluyendo algunos cristianos conservadores, han insistido en que el estado de Israel cumple con versículos como éstos de Moisés, así como muchas de las predicciones que hicieron los profetas del Antiguo Testamento, de que Israel iba a regresar a la tierra prometida.

Esa suposición no toma en cuenta dos puntos importantes:

1. Según Moisés y los profetas, el regreso de Israel a la tierra estaba entrelazado con su regreso al Señor *en arrepentimiento y fe*. Por ejemplo, por medio del profeta Ezequiel, el Señor profetizó: “Mi siervo David será rey sobre ellos, y todos ellos tendrán un solo pastor; andarán en mis preceptos, y guardarán mis estatutos y los pondrán por obra” (Ezequiel 37:24). Sin embargo, la nación moderna de Israel es casi completamente una nación secular. Los israelitas están muy conscientes de su herencia y cultura judía, pero muchos de ellos se consideran a sí mismos ateos o agnósticos religiosos. ¿Cómo puede una nación que tanto se olvida de lo espiritual ser el cumplimiento de semejantes predicciones espirituales?
2. La promesa de que los judíos iban a regresar a su tierra se cumplió *en parte* cuando los exiliados regresaron a Judá en varios grupos, comenzando en el año 538 a.C., pero alcanza un *cumplimiento más importante y más completo* en la reunión del “nuevo Israel” del Señor, tanto judíos y gentiles, en la iglesia del Nuevo Testamento. Pablo le dijo a la iglesia en Roma: “No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos suyos... no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que

son contados como descendencia los hijos según la promesa” (Romanos 9:6-8). “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29). Este nuevo Israel (los descendientes espirituales de Abraham) puede reclamar las promesas que se le hicieron a Israel de una manera nueva y más completa, incluyendo una tierra prometida mejor al lado del Salvador en el cielo.

### *El ofrecimiento de la vida o la muerte*

**<sup>11</sup>»Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos de ti. <sup>12</sup>No está en el cielo, para que digas: “¿Quién subirá por nosotros al cielo, nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos?” <sup>13</sup>Ni está al otro lado del mar, para que digas: “¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos?” <sup>14</sup>Pues muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.**

Dios no nos ha dicho todo lo que quisiéramos saber. Isaías dijo: “Verdaderamente tú eres un Dios que te ocultas” (Isaías 45:15). Sin embargo, Moisés quiso asegurarle a Israel que el conocimiento de la voluntad de Dios no estaba más allá de su entendimiento. Por medio de las palabras de su pacto, el Señor le reveló su voluntad a Israel. Sus palabras fueron claras; el Señor quiso que su pacto fuera una expresión vívida de su relación: algo que saliera de sus labios, que ardiera en su corazón, y brillara mediante sus vidas.

En la carta a los Romanos, Pablo citó estas palabras para decir algo un poco diferente. Estaba acongojado al ver que sus conciudadanos rechazaban las buenas noticias que el Señor le encargó predicar. ¿Por qué rechazaron a su Salvador? Pablo respondió: “Ignorando la justicia de Dios y procurando establecer

la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios, pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Romanos 10:3,4). Entonces, parafraseando las palabras de Moisés, Pablo dijo que no necesitamos tratar de ascender a los cielos o descender a las profundidades para encontrar a Cristo y su evangelio: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es, la palabra de fe que predicamos” (Romanos 10:6-8). Las buenas noticias de que por gracia somos justificados ante Dios mediante la fe en Jesús no fue un mensaje distante y secreto. El Salvador ofrece su perdón en cualquier lugar donde la gente escucha, lee, estudia y aprende la Palabra de Dios.

Lutero observó que Pablo no quiso citar a Moisés palabra por palabra, sino “con espíritu rebosante” usó las palabras de Moisés “para redactar un texto nuevo y adecuado contra los que se creen justos.”<sup>47</sup> Moisés y Pablo no estaban estableciendo el mismo punto, pero sus palabras concuerdan en esto: Dios no ha mantenido su palabra en secreto; siempre está alrededor de nosotros.

**<sup>15</sup>»Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal, <sup>16</sup>porque yo te mando hoy que ames a Jehová, tu Dios, que andes en sus caminos y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová, tu Dios, te bendiga en la tierra a la cual vas a entrar para tomarla en posesión. <sup>17</sup>Pero si tu corazón se aparta y no obedeces, te dejas extraviar, te inclinas a dioses ajenos y los sirves, <sup>18</sup>yo os declaro hoy que de cierto pereceréis; no prolongaréis vuestros días sobre la tierra adonde vais a entrar para tomarla en posesión tras pasar el Jordán.**

En la vida se toman muchas decisiones; sólo unas cuantas tienen consecuencias eternas. Sin embargo, la decisión entre seguir al Dios del pacto o apartarse para seguir a otros dioses, era tan importante como la vida misma. Confiar en el Señor y llevar la vida como él dice, no es sólo la única manera de permanecer vivos.

También es la única manera en que la vida puede ser rica, plena y productiva, tal como fue la intención divina al crear la vida. Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). Dios no nos puede dar felicidad y paz si estamos separados de él, porque sólo en él hay verdadera felicidad y paz. Rechazar la misericordia de Dios y buscar mayor alegría o satisfacción en algún otro lugar es el camino más seguro a la ruina personal y nacional.

**<sup>19</sup> A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, de que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia, <sup>20</sup> amando a Jehová, tu Dios, atendiendo a su voz y siguiéndolo a él, pues él es tu vida, así como la prolongación de tus días, a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar.»**

Típicamente, el soberano y su vasallo ratificaban un pacto hecho entre ellos, presentando las listas de sus dioses nacionales, a quienes ponían como testigos de su tratado. Al tener testigos, cada parte decía: “Que los dioses me bendigan si *guardo* las estipulaciones de este acuerdo. No obstante, que los dioses hagan caer las maldiciones de este tratado sobre mí si *quebranto* las exigencias de este pacto.”

Como no había otros dioses, Moisés llamó a toda la creación (la creación del Señor) para que fuera testigo de este tratado. Moisés iba a ser el mediador del pacto del Señor con Israel. Los podría instar a hacer lo correcto, pero tenían que escoger por ellos mismos; él no lo podía hacer por ellos.

La pregunta más importante que alguna vez tendremos que contestar es: “¿Qué piensa de Cristo?” Cualquier otra pregunta como: ¿Dónde debo vivir? ¿Con quién me debo casar? ¿En qué colegio debo estudiar? ¿Qué carrera debo seguir?, es insignificante. Sólo hay dos alternativas: “El que cree en el Hijo

tiene vida eterna; pero el que se niega a creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).

Lo que creemos se demostrará en nuestra manera de vivir.

No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos... y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia (Romanos 6:12,13,18).

## SUCESIÓN DEL LIDERAZGO BAJO EL PACTO (31:1-34:12)

---

### *Josué sucede a Moisés*

Cuando los israelitas cruzaran el río Jordán, no sólo iban a ganar una nueva patria; estaban a punto de comenzar un nuevo estilo de vida, completamente diferente. Por medio de este largo sermón de despedida, Moisés repitió y adaptó las leyes del Sinaí, para el cambio de la vida religiosa, política y social que iba a tener la siguiente generación de Israel.

El cambio más importante que Israel iba a enfrentar era la transferencia del liderazgo. Moisés iba a morir pronto, y su fiel asistente Josué se iba a convertir en el nuevo líder de Israel. No obstante, este cambio de líderes humanos no iba a afectar la continuidad con el pasado. El pacto del Señor con Israel todavía iba a estar vigente, pero necesitaba ser renovado para este cambio de liderazgo. Josué iba a recibir la misma autoridad divina que tuvo Moisés. El Señor y Moisés hicieron todo lo posible para asegurarle al pueblo del Señor que Josué fue escogido para heredar la autoridad y la responsabilidad de Moisés.

**31** Fue Moisés y le dirigió estas palabras a todo Israel.  
<sup>2</sup> Les dijo:

«Ya tengo ciento veinte años de edad y no puedo salir ni entrar. Además de esto, Jehová me ha dicho: “No pasarás este Jordán”. <sup>3</sup> Jehová, tu Dios, él pasa delante de ti; él destruirá a estas naciones delante de ti, y las heredarás. Josué será el que pasará delante de ti, como Jehová ha dicho. <sup>4</sup> Jehová hará con ellos como hizo con Sehón y con Og, reyes de los amorreos, y con su tierra, a quienes destruyó. <sup>5</sup> Los entregará Jehová delante de vosotros, y haréis con ellos conforme a todo lo que os he mandado. <sup>6</sup> ¡Esforzaos y cobrad

**ánimo! No temáis ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová, tu Dios, es el que va contigo; no te dejará, ni te desampará».**

Aunque Moisés ya tenía 120 años de edad, “sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor” (Deuteronomio 34:7). Reconoció que ya: “no puedo más salir ni entrar”. Sabía que ya no podía soportar las agotadoras exigencias del liderazgo, especialmente las duras campañas militares que Israel iba a enfrentar en el futuro cercano. Sin embargo, el Señor no le permitió llevar a Israel a la tierra no por causa de su edad avanzada, sino por el pecado que había cometido en Cades (Números 20:1-13; Deuteronomio 1:37; 3:23-27; 4:21,22).

El Señor reunió en Moisés los oficios de sacerdote, profeta y rey. Josué iba a recibir sólo las responsabilidades de rey de Israel. Josué, quien era de la tribu de Efraín (Números 13:8,16), había nacido durante los amargos años de esclavitud en Egipto. Apareció primero en Refidim, a principios del Éxodo, cuando los amalecitas atacaron a Israel. Moisés le ordenó que escogiera hombres para ir a pelear contra Amalec, y Josué hizo “como le dijo Moisés” (Éxodo 17:10). Más adelante en Éxodo, vemos a Josué como el fiel ayudante de Moisés, acompañándolo en el monte Sinaí (24:13), y vigilando el Tabernáculo de reunión (33:11). Fue uno de los setenta hombres conocidos como “ancianos del pueblo y sus principales” (Números 11:16) a los cuales el Señor les dio su Espíritu en Kibrot-hattaavá (Números 11:24,25).

Las firmes cualidades espirituales de Josué y su magnífica capacidad de liderazgo sobresalieron claramente en Cades-barnea. Se unió a los líderes de las otras tribus de Israel para explorar la tierra prometida, y junto con Caleb de Judá, se opuso a la mayoría de diez que difundieron un informe negativo acerca de la tierra prometida (Números 13:26-33). Cuando el pueblo se quejó diciendo que querían un nuevo líder que los llevara de regreso a Egipto, Josué asumió una posición solitaria y valiente: “Si Jehová

se agrada de nosotros, él nos llevará a esta tierra y nos la entregará... Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra” (Números 14:5-9). Solo él y Caleb, sobrevivieron a la plaga que hirió a los jefes de las tribus (Números 14:38). Josué, como Caleb, siguió al Señor de todo corazón (Números 14:24).

Aquí estaba un hombre con una valiosa combinación de dones (profundamente espiritual, pero muy práctico). Moisés ya lo había nombrado su sucesor (Números 27:18-23; Deuteronomio 1:38; 3:28) y ahora le iba a entregar públicamente el liderazgo.

El Señor todavía quiere que los jefes posean una combinación de dones espirituales y prácticos. Pablo les dijo a Timoteo y a Tito que buscaran personas cuya fe, dada por el Espíritu, se reflejara en su vida diaria: *hombres dedicados a su familia* (marido de una sola mujer, que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sumisión con toda dignidad), que *controlen sus hábitos personales* (sobrios, prudentes, confiables, no dados al vino, no iracundos sino amables, no pendencieros, no codiciosos de ganancias deshonestas, no calumniadores), *maduros en la fe* (aptos para enseñar, no neófitos, que se aferren a las profundas verdades de la fe), *de alta estima* (irreprensibles, santos, respetables, de buen testimonio con los de afuera) (1 Timoteo 3:1-13; Tito 1:6-9). La iglesia de Dios necesita personas devotas y sensatas. No necesita genios excéntricos ni renegados erráticos, tampoco personas perezosas.

Sin embargo todavía el verdadero gobernante de Israel sería el Señor. Así como guió a Israel por medio del ministerio de Moisés, iba a llevar a Israel a la tierra prometida mediante el servicio de Josué. Así como ganó las batallas de Israel contra Sehón y Og (Números 21:21-31; Deuteronomio 2:24-3:11), iba a conquistar a sus enemigos dentro de la tierra. Israel fue una verdadera teocracia; el Señor fue quien gobernó a Israel por medio de Moisés y de Josué.



*Moisés bendice a Josué delante de los sumos sacerdotes*

**<sup>7</sup> Después llamó Moisés a Josué y le dijo en presencia de todo Israel:**

**«¡Esfuérzate y ámate!, porque tú entrarás con este pueblo a la tierra que juró Jehová a sus padres que les daría, y tú se la harás heredar. <sup>8</sup> Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará ni te desamparará. No temas ni te intimides».**

Las palabras de ánimo que les dijo Moisés incluían dos importantes garantías. *Cuentas con el mandato del Señor*: Conquistar a Canaán no fue una tarea que asumieron por su propia voluntad; la obra ya había comenzado, parte de la tierra ya se había asignado. La toma del resto de la tierra bajo la dirección de Josué no sólo iba a cumplir la segunda de las tres grandes promesas que el Señor le hizo a Abraham: “A tu descendencia daré esta tierra” (Génesis 15:18). También el gran plan de rescate divino iba a dar un paso adelante muy importante. El Salvador nacerá de este pueblo que iba a vivir en esta tierra. ¡Vivimos después del cumplimiento de esas promesas! Pedro dijo: “Y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas y del pacto que Dios hizo con nuestros padres diciendo a Abraham: ‘En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra’” (Hechos 3:24,25).

La segunda garantía de Moisés para Josué fue:  *tienes la promesa del Señor*. A diario Josué experimentó la presencia de Jehová al ver que el Señor guiaba a su pueblo mediante una columna de fuego y de nube (Éxodo 13:20,21), y lo alimentaba con maná del cielo (Éxodo 16:4-16). En sólo unas pocas semanas el Señor iba a repetir el milagro que realizó en el mar Rojo (Éxodo 14:21-28) al dividir el río Jordán para que Israel pasara a Canaán sobre suelo seco (Josué 3:9-17). Así como ahogó al ejército del faraón, también iba a derribar los muros de Jericó (Josué 6:15-25). Todo esto era una prueba de que el Señor iba a seguir estando con su pueblo, como lo había prometido.

Aunque vivimos en circunstancias menos dramáticas, comparadas con la vida y la época de Moisés y Josué, tenemos la misma seguridad de la presencia de nuestro Señor en las urgencias y frustraciones diarias de la vida. El escritor a los Hebreos citó las palabras de Moisés con una aplicación oportuna para los cristianos de cualquier época: “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora, pues él dijo: «No te desampararé ni te dejaré»” (Hebreos 13:5).

### *Lectura de la ley*

**<sup>9</sup> Escribió Moisés esta Ley y se la dio a los sacerdotes, hijos de Leví, que llevaban el Arca del pacto de Jehová, y a todos los ancianos de Israel. <sup>10</sup> Y Moisés les dio esta orden:**

**«Cada siete años, al llegar el año de la remisión, en la fiesta de los Tabernáculos, <sup>11</sup> cuando vaya todo Israel a presentarse delante de Jehová, tu Dios, en el lugar que él escoja, leerás esta Ley ante todo Israel, a oídos de todos ellos. <sup>12</sup> Harás congregar al pueblo, hombres, mujeres y niños, y los extranjeros que estén en tus ciudades, para que oigan y aprendan a temer a Jehová, vuestro Dios, y cuiden de cumplir todas las palabras de esta Ley. <sup>13</sup> También los hijos de ellos, que no la conocen, podrán oírla y aprenderán a temer a Jehová, vuestro Dios, todos los días que viváis sobre la tierra que vais a poseer tras pasar el Jordán».**

Al terminar un tratado típico en el Cercano Oriente, el soberano enviaba una copia del documento del pacto a su vasallo, con instrucciones de que éste guardara la copia en un lugar importante, por lo general en uno de sus templos. Los sacerdotes protegían el documento, y creían que los dioses lo vigilaban. Cuando el vasallo moría, la persona escogida como nuevo gobernante de la nación vasalla, normalmente tenía que recibir la aprobación del soberano. Además, el soberano le exigía a su

vasallo que anunciara en público la intención de mantener el acuerdo pactado por el anterior gobernante vasallo.

Era igualmente importante que no se olvidara el documento del tratado, sino que fuera una declaración viva de la relación entre las dos naciones. Por lo tanto, se necesitaban estipulaciones para establecer cuándo el vasallo debía leer en público el documento del pacto, de tal manera que el nuevo vasallo no pudiera repudiar el pacto, alegando después: “¡No sabía que teníamos un acuerdo!” Algunos tratados de vasallos exigían que el vasallo volviera a leer todo el documento, hasta tres veces al año.

Durante los cuarenta años anteriores Moisés actuó como mediador del pacto entre el Dios salvador y su pueblo. Mientras vivió, quiso tener cuidado de que la revelación de Dios estuviera en forma escrita, preservada, y leída otra vez al pueblo. “Escribió Moisés esta Ley” —las porciones que todavía no estaban en forma escrita— “y se la dio a los sacerdotes, hijos de Leví, que llevaban el Arca del pacto de Jehová”. Un comentarista ha observado: “Aquí tenemos el comienzo de todo el canon”.

El relato de Moisés todavía deja algunas preguntas sin contestar: ¿Se debía leer cada año sabático *toda* la Ley, en la fiesta de los Tabernáculos, o sólo partes de ella? Si era esto último, ¿disponían los levitas de una serie de lecturas? ¿Acaso con “esta Ley” Moisés quería decir todo Deuteronomio 1-30, o se estaba refiriendo únicamente a la porción central del pacto, las estipulaciones de los capítulos 5-26 o 12-26? Sin embargo, en 27:3 Moisés mandó que “todas las palabras de esta Ley” se escribieran sobre algunas piedras grandes, lo cual parecería ser mucho menos que la lista completa de las estipulaciones. ¿Se podía reunir “todo Israel” alguna vez en un solo lugar y al mismo tiempo? ¿O enviaban las ciudades y las tribus representantes para que participaran en estas ocasiones sagradas?

¿Obedecieron los israelitas con fidelidad estas instrucciones? En el tiempo del rey Josías (640-609 a.C.), el “libro de la Ley” se había perdido, y Josías inició una amplia reforma en Jerusalén y

sus alrededores sólo después de que fue descubierto en forma accidental el “libro de la Ley” y se lo leyeron al rey (2 Crónicas 34:14-33). Aun si no todo israelita escuchaba la ley cada vez que los levitas la volvían a leer, los niños podían estar entre la congregación y podían escucharla por lo menos una vez o tal vez dos mientras crecían. El Señor quiso que durante su juventud vieran a sus padres cumpliendo la obligación de escuchar su pacto y volver a dedicarle sus vidas. Aunque los niños no podían entender todos los detalles de la ley de Dios, cuando llegaran a ser adultos sí iban a aprender lo importante que era escuchar el pacto y obedecerlo.

### *Se predice la rebelión de Israel*

**<sup>14</sup> Luego Jehová dijo a Moisés:**

«Mira, se ha acercado el día de tu muerte. Llama a Josué y esperad en el Tabernáculo de reunión para que yo le dé mis órdenes».

**Fueron, pues, Moisés y Josué, y esperaron en el Tabernáculo de reunión, <sup>15</sup> y se apareció Jehová en el Tabernáculo, en la columna de nube, la cual se puso sobre la puerta del Tabernáculo. <sup>16</sup> Entonces Jehová dijo a Moisés:**

«He aquí que vas a dormir con tus padres, y este pueblo se levantará para prostituirse tras los dioses ajenos de la tierra adonde va para vivir en medio de ella. Me dejará e invalidará el pacto que he concertado con él. <sup>17</sup> Pero aquel día se encenderá mi furor contra él, los abandonaré y esconderé de ellos mi rostro; serán consumidos y vendrán sobre ellos muchos males y angustias. Dirán en aquel día: “¿No me han venido estos males porque no está mi Dios en medio de mí?” <sup>18</sup> Pero ciertamente yo esconderé mi rostro en aquel día, por todo el mal que ellos habrán hecho, por haberse vuelto a dioses ajenos.

El Tabernáculo de reunión fue un constante recordatorio de la presencia del Señor en medio de su pueblo (Éxodo 33:7-11). Durante los cuarenta años anteriores el Señor apareció en forma majestuosa en el Tabernáculo para revelar información importante o para validar el liderazgo de Moisés (Números 11:16; 12:5). Cada mañana y cada tarde, el sumo sacerdote ofrecía el holocausto a la entrada del Tabernáculo de reunión para expresar la dedicación y el servicio completos al Señor (Éxodo 29:42,43). Dios apareció en una columna de nube o fuego, “la gloria de Jehová” (Éxodo 40:34-38; Números 9:15-23; 11:25; 12:5). ¡Qué lugar tan adecuado para transferir de Moisés a Josué el gobierno de Israel!

El liderazgo de Josué no iba a estar libre de obstáculos ni de oposición. El Señor habló de la futura incredulidad de Israel diciendo que “se levantará para prostituirse tras los dioses ajenos”, una descripción doblemente exacta. Él era el esposo de Israel, ellos eran su novia; abandonarlo por otros dioses sería el acto supremo de su infidelidad (Jeremías 3:14; Ezequiel 16:1-63; Oseas 1:2-11). Además de eso, Israel adoraría a los dioses falsos mediante pecados sexuales y prostitución en el templo. Siglos después, durante un tiempo de gran prosperidad económica y deterioro espiritual, el Señor dijo por medio de Oseas:

[Israel] no reconoció que yo era quien  
le daba el trigo, el vino y el aceite,  
quien multiplicaba la plata y el oro  
que ofrecían a Baal....  
La castigaré por los días  
en que quemaba incienso a los baales,  
cuando se adornaba con sortijas y collares,  
y se iba tras sus amantes  
olvidándose de mí, dice Jehová.

(Oseas 2:8,13)

**19** »Ahora pues, escribe este cántico y enséñalo a los hijos de Israel; ponlo en su boca, para que este cántico me sirva de testigo contra los hijos de Israel. **20** Porque cuando yo los introduzca en la tierra que juré a sus padres, la cual fluye leche y miel, comerán hasta saciarse, y engordarán, se volverán a dioses ajenos y los servirán, me enojarán e invalidarán mi pacto. **21** Y cuando les vengan muchos males y angustias, entonces este cántico servirá de testigo contra él, pues será recordado por boca de sus descendientes; porque yo conozco lo que se proponen de antemano, antes que los introduzca en la tierra que juré darles.»

**22** Moisés escribió este cántico aquel día, y lo enseñó a los hijos de Israel.

¡Qué necesidad es pensar que alguna vez podamos engañar a Dios acerca de nuestra verdadera naturaleza! Él nos conoce mejor que lo que nosotros nos conocemos. El Señor dijo respecto a su pueblo antes del diluvio: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón solo era de continuo el mal” (Génesis 6:5). Después del diluvio dijo: “Porque el corazón del hombre se inclina al mal desde su juventud” (Génesis 8:21). Jesús también comprendió la naturaleza humana pecaminosa. Juan nos dice que él “conocía a todos; y no necesitaba que nadie le explicara nada acerca del hombre, pues él sabía lo que hay en el hombre” (Juan 2:24,25).

Las palabras de Moisés nos obligan a enfrentar un misterio central de nuestra fe. Hay una diferencia entre lo que Dios sabe y lo que Dios desea. Desde luego que Dios *supo* que Adán y Eva iban a caer en el pecado, pero no *quería* que pecaran. Dios supo que las generaciones posteriores de Israel iban a romper el pacto y se iban a volver a otros dioses, pero no podemos decir que *quería* su desobediencia, tampoco podemos decir que la desobediencia fue culpa de él. En este momento, Dios sabe quién en el último día va a estar a la derecha del Rey y quién va a estar a su izquierda,

pero las palabras de Jesús siguen siendo la verdad: “Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna” (Juan 6:40).

En toda su historia, esta canción será una constante acusación de los pecados de Israel, evidencia de que el Señor le había advertido acerca de su desobediencia, y había proporcionado la forma de evitar la destrucción que vendría sobre Israel en el futuro. Dios usa estas severas advertencias contra la apostasía para recordarnos la debilidad de nuestra naturaleza pecaminosa.

### **23 Luego dio esta orden a Josué hijo de Nun:**

**«¡Esfuérzate y ámate!, pues tú introducirás a los hijos de Israel en la tierra que les juré, y yo estaré contigo».**

El Señor le repitió a Josué una promesa que había hecho muchas veces antes, y también la iba a hacer en el futuro. Cuando Jacob huyó de Esaú, su hermano enfurecido, el Señor le dijo: “Yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que vayas” (Génesis 28:15). Llamó a Moisés para sacar a Israel de Egipto con la promesa: “Yo estaré contigo” y le dio una señal para que supiera “que yo te he enviado” (Éxodo 3:12). Cuando Gedeón le preguntó: “Ah, señor mío, ¿con qué salvaré yo a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo el menor en la casa de mi padre”, el Señor le prometió: “Ciertamente yo estaré contigo, y tú derrotarás a los madianitas como a un solo hombre” (Jueces 6:15,16). Cuando el Señor llamó a Jeremías para ser su profeta, le dijo: “A todo lo que te envíe irás, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte” (Jeremías 1:7,8).

Jesús dijo, después de su gran mandamiento: “Id y haced discípulos a todas las naciones”, esta promesa muy consoladora: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19,20). Cuando en Corinto los detractores se opusieron a Pablo y a su predicación, el Señor le habló en una visión: “No temas, sino habla y no calles, porque yo estoy contigo y nadie

pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad” (Hechos 18:9,10).

**<sup>24</sup> Cuando acabó Moisés de escribir las palabras de esta Ley en un libro hasta concluirlo, <sup>25</sup> Moisés dio estas órdenes a los levitas que llevaban el Arca del pacto de Jehová:**

**<sup>26</sup> «Tomad este libro de la Ley y ponedlo al lado del Arca del pacto de Jehová, vuestro Dios; que esté allí como testigo contra ti. <sup>27</sup> Porque yo conozco tu rebelión y tu dura cerviz. Si aun viviendo yo con vosotros hoy, sois rebeldes a Jehová; ¿cuánto más después que yo haya muerto? <sup>28</sup> Congregad junto a mí a todos los ancianos de vuestras tribus y a vuestros oficiales; yo hablaré en sus oídos estas palabras, y llamaré como testigos contra ellos a los cielos y a la tierra.**

**<sup>29</sup> Porque yo sé que, después de mi muerte, ciertamente os corromperéis y os apartaréis del camino que os he mandado, y que la desgracia vendrá sobre vosotros en los días venideros, por haber hecho lo malo ante los ojos de Jehová, enojándolo con la obra de vuestras manos».**

Según Éxodo 25:16, sólo se debían colocar en el Arca las tablas de piedra que tenían los diez Mandamientos. Cuando Salomón dedicó el templo, alrededor del año 959 a.C., se nos dice que “en el Arca no había cosa alguna, sino las dos tablas de piedra que allí había puesto Moisés en Horeb, donde Jehová hizo un pacto con los hijos de Israel, cuando salieron de la tierra de Egipto”. (1 Reyes 8:9). Moisés ordenó que el documento del pacto se conservara junto al Arca.

La imagen de los versículos 28 y 29, con los ancianos de las tribus y los oficiales, reunidos para escuchar la acusación de Moisés, y los cielos y la tierra puestos como testigos, parece una escena de un tribunal, y hay paralelos en otras partes del Antiguo Testamento, así como en los escritos de otras naciones antiguas, de un “juicio relacionado al pacto”. Si el vasallo quebrantaba los

términos del tratado, el soberano podía citarlo para que escuchara la acusación contra él, en presencia de testigos. Miqueas profetizó:

Oíd ahora lo que dice Jehová:  
¡Levántate, pelea contra los montes  
y oigan los collados tu voz!  
Oíd, montes  
y fuertes cimientos de la tierra,  
el pleito de Jehová,  
porque Jehová tiene un pleito con su pueblo  
y altercará con Israel. (Miqueas 6:1-2)

El Señor le dijo a Jeremías que le proclamara a Jerusalén los pecados de Judá, y después de hacer una lista de la gran generosidad del Señor y de la rebelión de Judá, Jeremías dijo: “Porque Jehová tiene un pleito con su pueblo y altercará con Israel” (Jeremías 2:1-9).

De igual manera, la canción de Moisés iba a traer ahora acusaciones contra Israel, acusaciones que los futuros israelitas podrían recordar y considerar. No dirigió sus palabras hacia algún incidente específico en el futuro de Israel. La gente en cualquier generación puede tomar a pecho sus palabras.

### *Cántico de Moisés*

**<sup>30</sup> Entonces pronunció Moisés a oídos de toda la congregación de Israel, de principio a fin, las palabras de este cántico:**

El soberano tenía dos alternativas cuando un vasallo era infiel: podía declararle la guerra, o podía darle un ultimátum casi de guerra. La forma general de cualquier juicio relacionado con el tratado era la misma: cada uno comenzaba con un llamamiento para que el acusado escuchara la queja, con los cielos y la tierra como testigos. Después, el soberano interrogaba a su vasallo para descubrir su falta; a continuación el soberano recitaba los

beneficios que le había hecho a su vasallo en el pasado, revelando por añadidura la falta de gratitud del vasallo. En algunos documentos, el soberano agregaba la advertencia de que, en este punto, sería muy necio de parte del vasallo tratar de hacer un tratado con cualquier otra nación. En conclusión venía la declaración de culpa, donde el soberano le advertía al vasallo acerca del juicio inminente o lo instaba a cambiar antes de que fuera demasiado tarde.

Como “fue instruido Moisés en toda la sabiduría de los egipcios” (Hechos 7:22), probablemente estaba familiarizado con el modelo y la vigencia de un juicio relacionado con el tratado. Tal vez los israelitas podrían comprender más la importancia del cántico de Moisés, si éste era el reflejo de un formato legal con el cual estuvieran familiarizados. Lutero captó el sabor de este cántico, diciendo que estaba “lleno de denuncias y reproches”, un cántico “digno del ministerio de la ley. Agarra, acusa, denuncia, amenaza, maldice y muestra nada más que ira en todo este cántico.”<sup>48</sup>

Una parte de este cántico parece como si hubiera sido escrita por un autor que vivió mucho después en la historia de Israel. Menciona “los tiempos antiguos” y “los años de muchas generaciones” (versículo 7), no sólo el viaje de Israel por el desierto (versículos 10-12), sino también su alegría por las bendiciones de la tierra (versículos 13,14), su ingratitud por esas bendiciones (versículos 15-18), y el juicio que habían recibido por esa ingratitud (versículos 19-25). Entonces, puede parecer que el autor del cántico vivió cientos de años después, tal vez en el tiempo de la caída del reino del norte (722 a.C.) o aun durante la cautividad del reino del sur en Babilonia (586 a.C.).

Sin embargo, esa conclusión significaría que la Escritura no nos estuviera diciendo la verdad cuando dice: “Pronunció Moisés a oídos de toda la congregación de Israel las palabras de este cántico”. Dios puede hacer milagros, y puede predecir con exactitud el futuro; es más fiel al texto creer que el Espíritu de

Dios transportó a Moisés a un tiempo posterior, para que pudiera escribir este cántico desde una perspectiva que mira hacia atrás en la historia de Israel como algo que ya ha sucedido.

**32** «Escuchad, cielos, y hablaré;  
oiga la tierra los dichos de mi boca.

<sup>2</sup> Goteará como la lluvia mi enseñanza;  
destilará como el rocío mi razonamiento,  
como la llovizna sobre la grama,  
como las gotas sobre la hierba.

<sup>3</sup> »Proclamaré el nombre de Jehová:  
¡engrandeced a nuestro Dios!

<sup>4</sup> Él es la Roca, cuya obra es perfecta,  
porque todos sus caminos son rectos.  
Es un Dios de verdad y no hay maldad en él;  
es justo y recto.

Moisés, actuando como fiscal del Señor, llamó a los cielos y a la tierra, para que escucharan la queja de Dios contra su pueblo. Moisés la llamó “mi enseñanza”; a su vez, Pablo se refirió a ella como “mi evangelio” (Romanos 2:16; 16:25). Moisés y Pablo fueron los voceros del Señor, mediante los cuales habló el Espíritu, y por la fe ellos y todos los autores inspirados podían reclamar el mensaje como propio. Sin embargo, el mensaje de Moisés no era de él, sino de Dios, como lo dijo en el versículo 3: “Proclamaré el nombre de Jehová”, lo mismo que Pablo pudo decir sobre “su” evangelio, “el evangelio... no es invención humana, pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11,12).

Al describir sus palabras como: *rocío*, *llovizna*, y *gotas*, Moisés destacó el hecho de que la palabra que el Señor le dio a Israel fue *completamente inmerecida* (¿cómo se merece la lluvia?) y que fue *vivificante* (¿cómo se puede vivir sin la lluvia?). Moisés quiso que sus palabras, como el rocío, le devolvieran la vida a un

pueblo espiritualmente sediento. Además, quiso que, como lluvia y llovizna abundante, lo que iba a decir penetrara en lo más profundo del corazón de su pueblo. El Señor usó la misma imagen al decir por medio de su profeta:

Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve,  
y no vuelve allá, sino que riega la tierra  
y la hace germinar y producir,  
y da semilla al que siembra  
y pan al que come,  
así será mi palabra que sale de mi boca:  
no volverá a mí vacía,  
sino que hará lo que yo quiero  
y será prosperada en aquello para lo cual la envié.

(Isaías 55:10,11)

Cuando el salmista cantó: “Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio” (Salmo 18:2), estaba alabando a Dios por ser un escondite muy seguro donde la persona débil se puede refugiar. Cualquiera que haya visto las agrestes colinas de Palestina y de la península de Sinaí, diría además que el Señor es tan confiable e inamovible como estas rocas. Podemos contar con él para que esté siempre con nosotros, y nunca cambia. Además, el Señor es completamente justo; gobierna al mundo con justicia perfecta, y siempre hace lo que dice. Los seres humanos dejan una estela de promesas incumplidas durante su vida; Dios nunca lo hace.

¿De qué podrían quejarse cuando tenían al Dios tan bueno como su soberano? Sin embargo, Israel lo iba a abandonar.

**<sup>5</sup>»La corrupción no es suya;  
de sus hijos es la mancha,  
generación torcida y perversa.**

**<sup>6</sup>¿Así pagáis a Jehová,  
pueblo loco e ignorante?  
¿No es él tu padre, que te creó?**

¡Qué contraste entre este Padre fiel y sus hijos malcriados y descarriados! No sólo los había creado y formado en el vientre (Isaías 44:2), sino también los amó y los llamó de Egipto para que fueran sus hijos e hijas (Oseas 11:1). El salmista describió la única respuesta adecuada a la gracia de Dios:

¿Qué pagaré a Jehová  
por todos sus beneficios para conmigo?  
Tomaré la copa de la salvación  
e invocaré el nombre de Jehová.  
Ahora pagaré mis votos a Jehová  
delante de todo su pueblo. (Salmo 116:12-14)

Es triste que Israel no viviera de acuerdo con la exhortación del salmista.

Desde nuestro punto de vista, resulta fácil deplorar la infidelidad de Israel. No obstante, como Pablo concluyó: “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? ¡De ninguna manera!, pues hemos demostrado que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado” (Romanos 3:9). Dios nos da grandiosas bendiciones. “Nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana” (Lamentaciones 3:22,23). Sin embargo, vivimos en la desconfianza de cómo guiará nuestra vida, menospreciando todo lo que ha hecho por nosotros, quejándonos por las cosas que les ha dado a otros y que ha dejado de darnos a nosotros. ¡Seguramente esa no es la canción que refleja la gratitud que deben tener los hijos de Dios! El Señor nos adoptó a muchos de nosotros por medio del lavamiento del santo bautismo desde la niñez, y hemos experimentado su tierna misericordia todos los días de nuestra vida. Las palabras de George Matheson bien pueden ser las nuestras:

¡Oh, Amor que no me dejarás!,  
Descansa mi alma siempre en Ti;  
Es tuya y Tú la guardarás,  
Y en el océano de tu amor  
Más rica al fin será. (*Culto Cristiano* 247:1)

**<sup>7</sup>»Acuérdate de los tiempos antiguos,  
considera los años de muchas generaciones;  
pregunta a tu padre, y él te lo contará;  
a tus ancianos, y ellos te lo dirán.**

**<sup>8</sup> Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones,  
cuando hizo dividir a los hijos de los hombres,  
estableció los límites de los pueblos  
según el número de los hijos de Israel.**

**<sup>9</sup> Porque la porción de Jehová es su pueblo;  
Jacob, la heredad que le tocó.**

**<sup>10</sup> Lo halló en tierra de desierto,  
en yermo de horrible soledad;  
lo rodeó, lo instruyó,  
lo guardó como a la niña de su ojo.**

**<sup>11</sup> como el águila que excita su nidada,  
revoloteando sobre sus pollos,  
así extendió sus alas, lo tomó,  
y lo llevó sobre sus plumas.**

**<sup>12</sup>»Jehová solo lo guió,  
y con él no hubo dios extraño.**

**<sup>13</sup> Lo hizo subir sobre las alturas de la tierra,  
comió los frutos del campo,  
lo alimentó con miel de la peña  
y con aceite del duro pedernal,**

**<sup>14</sup> con mantequilla de vacas y leche de ovejas;  
con grasa de corderos  
y carneros de Basán, y también machos cabríos;  
con lo mejor del trigo,  
y de la sangre de la uva bebiste vino.**

Una característica general del juicio que se basaba en el pacto era la lista de bondades que el soberano había hecho por su vasallo. Israel no se tenía que imaginar cómo era el Señor mediante vagas declaraciones filosóficas, ni inventar cuentos encantadores pero

dudosos acerca de él. El Señor reveló quién y cómo era él al intervenir de forma dramática en su historia y al realizar para ellos cosas que no se habían escuchado en ninguna otra tierra. Moisés mencionó tres de ellas: que Dios escogió a Israel como su propia nación; que los reunió y los cuidó por el desierto; y que les iba a dar una patria fructífera en Canaán.

Moisés llamó a Dios “el Altísimo” en el versículo 8; esta es la única vez que lo nombra de esta manera en el Deuteronomio. Enfatiza así que Dios es exaltado y abrumadoramente majestuoso sobre todo el mundo creado. Asaf, un escritor de salmos, cantó:

Y conozcan que tu nombre es Jehová;  
¡Tú solo el Altísimo sobre toda la tierra!  
(Salmo 83:18)

Este excelso Señor, a quien se refiere el conocido himno: “Todo agita el huracán con indómito furor, mas los vientos cesarán, al mandato de tu voz” (CC 158:2), derramó bendiciones especiales sobre Israel.

La traducción de la RV-95 se conforma a la manera como ha sido entendido usualmente el texto hebreo: “[El Señor] estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel”. Según esta traducción, cuando Dios dividió al mundo y asignó parte de él a las naciones, dio tierra a otras naciones *en relación con lo que le dio a Israel*. Eso sugiere que el Señor trató a Israel con gracia especial. Otra traducción que se ha sugerido sería: “[El Señor] puso límites a los pueblos según el número de los hijos de Dios” (Nota al pie de la página en la versión NIV en inglés). Esta manera de traducir sugiere que el Señor *usó un ángel o ángeles supervisores*, para ayudarle a asignar la tierra a las naciones.

De cualquier manera en que uno lo traduzca, Moisés estuvo de acuerdo con Job y con Pablo: “[Dios] multiplica las naciones y las destruye; las dispersa y las vuelve a reunir” (Job 12:23). “De una sangre [Dios] ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación” (Hechos 17:26).

El Señor cuidó a Israel durante todo el viaje de Egipto a Canaán. Moisés usó tres imágenes para ilustrar esa atención. El Señor cuidó a Israel (1) *como una persona guarda la niña de sus ojos*. La niña es la pupila del ojo (en hebreo, es “el hombrecito” de su ojo). Debido a que la pupila es una parte delicada del ojo, que se daña con facilidad y es esencial para la visión, la persona la protegerá a toda costa. David oró así a su Señor:

Guárdame como la niña de tus ojos;  
escóndeme bajo la sombra de tus alas,  
de la vista de los malos que me oprimen,  
de mis enemigos que buscan mi vida. (Salmo 17:8,9)

El Señor acompañó a Israel (2) *como el águila que excita su nidada*. Las personas que han estudiado las costumbres de las águilas han observado la manera como un águila madre saca a sus crías de la seguridad del nido y las deja caer en el aire unos treinta metros o más, mientras que vuela alrededor de ellas para darles aliento. Las crías aletean frenéticamente las alas de principiantes, pero tan pronto se cansan, el águila se pone de repente por debajo de ellas para sostenerlas con delicadeza en su lomo, se remonta a un pico de la cordillera con sus crías en el lomo, y las deja caer otra vez. Por lo general, los comentaristas toman las palabras de Moisés como una descripción de la manera como la madre águila le *enseña* a su polluelo a volar, pero Moisés tal vez estaba pensando más bien en la manera como un águila madre *traslada* a su hijo a un lugar menos peligroso. El Señor no les enseñó a los israelitas cómo arreglárselas sin él durante el viaje por el desierto; viajó con ellos para reubicarlos en la patria que tenía dispuesta para ellos. No había ningún “dios extraño” que le ayudara con eso.

El Señor guió a Israel (3) *como el pastor guía y alimenta a sus ovejas*. Las imágenes de los versículos 13 y 14 describen el gran cuidado que el pastor ofrece en el verano caliente y seco: encuentra tierras cubiertas de pastos en las colinas; encuentra colmenas y olivos silvestres en las grietas de las rocas para un cuidado especial de su rebaño; en áreas ricas en pastos como Basán

las lleva al trigo y a las uvas. David inmortalizó este cuadro en su salmo del pastor:

Jehová es mi pastor, nada me faltará.  
En lugares de delicados pastos me hará descansar;  
junto a aguas de reposo me pastoreará.  
Confortará mi alma.  
Me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre.  
(Salmo 23:1-3)

**<sup>15</sup>»Pero engordó Jesurún, y tiró coces  
(engordaste, te cubriste de grasa);  
entonces abandonó al Dios que lo hizo  
y menospreció la Roca de su salvación.**

**<sup>16</sup>Provocaron sus celos con dioses ajenos,  
y su ira con abominaciones.**

**<sup>17</sup>Sacrificaron a los demonios, y no a Dios;  
a dioses que no habían conocido,  
a nuevos dioses venidos de cerca,  
que no habían temido vuestros padres.**

**<sup>18</sup>»De la Roca que te creó te olvidaste;  
te has olvidado de Dios, tu creador.**

La narración que hace Moisés de los actos misericordiosos del Señor para con Israel fue suficiente para presentar el fracaso de Israel. Sin embargo, Moisés ahora hizo una acusación específica. Llamó a Israel *Jesurún*, lo cual quiere decir “la recta”, que originalmente un término de cariño, pero en vista del comportamiento de Israel, es aquí un nombre muy irónico. La gran prosperidad de Israel lo iba a envanecer y lo iba a llevar a abandonar a Dios. Una oveja gorda puede pensar que sería más feliz si se liberara de su pastor. Más tarde Isaías se lamentó de la manera como Israel olvidó quién era:

Oíd, cielos, y escucha tú, tierra,  
porque habla Jehová:  
Crié hijos y los engrandecí,  
pero ellos se rebelaron contra mí.  
El buey conoce a su dueño,  
y el asno el pesebre de su señor;  
Israel no entiende,  
mi pueblo no tiene conocimiento. (Isaías 1:2,3)

Oseas comparó a Israel con una “novilla indómita” y preguntó: “¿Los apacentará ahora Jehová como a corderos en lugar espacioso?” (Oseas 4:16). Israel iba a abandonar a “la Roca de su salvación.” ¡Qué necesidad es huir de algo sólido y seguro, y en cambio volverse a ayudantes indignos de confianza!

¿A quién se volverían los israelitas? A demonios que no eran reales, con quienes no habían hecho un pacto, y no se habían interesado por ellos. Israel prefirió dioses nuevos en lugar del confiable Salvador, que en su gracia les había otorgado tantas bondades.

**<sup>19</sup> Lo vio Jehová, y se encendió su ira  
por el menosprecio de sus hijos y de sus hijas.**

**<sup>20</sup> Y dijo: “Esconderé de ellos mi rostro,  
veré cuál será su fin;  
porque son una generación perversa,  
hijos infieles.**

**<sup>21</sup> Ellos provocaron mis celos con lo que no es Dios;  
me irritaron con sus ídolos.**

**Yo también provocaré sus celos con un pueblo que no es  
pueblo,  
los irritaré con una nación insensata.**

**<sup>22</sup> Porque el fuego de mi ira se ha encendido y arderá  
hasta las profundidades del seol;  
devorará la tierra y sus frutos,  
y abrasará los fundamentos de los montes.**

**23 Yo amontonaré males sobre ellos;  
emplearé en ellos mis flechas.**

**24 Quedarán extenuados por el hambre,  
consumidos por la fiebre ardiente y la peste maligna.  
Diente de fieras enviaré también sobre ellos,  
con veneno de serpientes de la tierra.**

**25 Por fuera desolará la espada,  
y dentro de las casas el espanto;  
tanto al joven como a la muchacha,  
al niño de pecho como al hombre cano.**

Ahora Moisés pronunció la sentencia. Israel tenía toda la culpa de romper el pacto, así que las maldiciones prefijadas en el pacto iban a caer sobre ella.

Dependiendo del contexto en que se use, la palabra hebrea *Seol* significa “las profundidades” (Salmo 139:8), “la tumba” (Génesis 37:35), o el lugar a donde van los muertos (Números 16:30), tanto buenos como malos (Salmo 9:17), donde su destino está establecido por toda la eternidad (Isaías 38:18). El fuego de la ira del Señor es tan intenso que cubrirá la tierra y devorará sus frutos, abrásará hasta los cimientos de los montes, *y alcanzará más allá de este mundo a aquellos que han muerto*. Las palabras de Moisés hacen alusión a un fuego y un juicio mayor que cualquiera que Israel haya experimentado sobre esta tierra. Preconizan el último día, cuando “enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su Reino a todos los que sirven de tropiezo y a los que hacen maldad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes” (Mateo 13:41,42).

Los versículos 23-25 repiten en especial algunos de los juicios que Moisés incluyó en el capítulo 28 y en Levítico 26. El “espanto” (versículo 25), que se extenderá en el campo de batalla, donde los guerreros van a morir a espada, también invadirá las casas, donde los jóvenes indefensos y los ancianos correrán para esconderse de sus atacantes. Las familias perderán a sus hijos, y

la tierra misma se quedará sin hijos, porque los mejores y los más inteligentes, se rendirán para convertirse en cautivos.

No obstante, la maldición más aterradora del Señor era la espiritual: “Esconderé de ellos mi rostro”. Lutero escribió en *La necesidad de crear y mantener escuelas cristianas*:

Pues es preciso que sepáis que la palabra y la gracia de Dios son como un aguacero que pasa y ya no vuelve al lugar donde estuvo antes. Estuvo entre los judíos; pero pasó y se fue, ahora no tienen nada. San Pablo lo llevó a Grecia; pasó y se fue, ahora tienen al turco. También lo tuvo Roma y la nación latina; pasó y se fue, ahora tienen al papa. Y vosotros, alemanes, no debéis pensar que lo tendréis perpetuamente, pues la ingratitud y el menosprecio no permitirán que permanezca. Por eso aferre y retenga quien pueda.<sup>49</sup>

No es un gran misterio lo que Lutero les diría a los habitantes de nuestro país si viviera hoy en día. Siete siglos después de Moisés, cuando la esposa de Oseas dio a luz un hijo, el Señor le ordenó: “Llámalo Lo-ammi, porque vosotros no sois mi pueblo ni yo seré vuestro Dios” (Oseas 1:9). Por medio de Oseas, el Señor también prometió que reemplazará al infiel Israel con otros que darán fruto: “La sembraré para mí en la tierra; tendré misericordia de Lo-ruhama y diré a Lo-ammi: ‘Tú eres mi pueblo’, y él dirá: ‘¡Dios mío!’” (Oseas 2:23).

Pablo citó el versículo 21, para revelar el misterio de la gracia de Dios, indicando que el Señor creó un pueblo nuevo para reemplazar a los judíos incrédulos con gentiles creyentes (Romanos 10:19).

Pablo explicó: “Hablo a vosotros, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera pudiera provocar a celos a los de mi sangre y hacer salvos a algunos de ellos” (Romanos 11:13,14). Sin embargo, debemos leer estas palabras con humildad, porque, como Pablo también explicó,

Dios puede fácilmente cortar a los gentiles incrédulos y restaurar a los judíos creyentes de nuevo a su pueblo.

Si algunas de las ramas fueron desgajadas y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, recuerda que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.

Tal vez dirás: «Las ramas [los judíos] fueron desgajadas para que yo [los gentiles] fuera injertado». Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. Así que no te jactes, sino teme, porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. (Romanos 11:17-21)

¡Qué imperiosa advertencia para el pueblo de Dios de cualquier época, para que aprecien las bendiciones que han recibido y atesoren los medios de gracia que el Espíritu Santo usa para nutrir la fe!

**<sup>26</sup> Yo había dicho que los esparciría lejos,  
que borraría su recuerdo de en medio de los hombres,  
<sup>27</sup> pero temí la jactancia del enemigo,  
el envanecimiento de sus adversarios,  
no sea que digan: ‘Nuestra mano prevalece  
y ha hecho todo esto, y no Jehová’”.**

**<sup>28</sup> »Porque son nación privada de consejos,  
y no hay en ellos entendimiento.**

**<sup>29</sup> ¡Ojalá fueran sabios, comprendieran esto  
y se dieran cuenta del fin que los espera!**

**<sup>30</sup> ¿Cómo podría perseguir uno a mil,  
y dos hacer huir a diez mil,  
si su Roca no los hubiera vendido  
y Jehová no los hubiera entregado?**

**<sup>31</sup> Porque la roca de ellos no es como nuestra Roca,**

**y aun nuestros enemigos son de ello testigos.**

**<sup>32</sup> Porque de la vid de Sodoma es la vid de ellos,  
y de los campos de Gomorra;  
las uvas de ellos son uvas ponzoñosas,  
racimos muy amargos tienen.**

**<sup>33</sup> Veneno de serpientes es su vino,  
y ponzoña cruel de áspides.**

**<sup>34</sup> »¿No tengo yo esto guardado conmigo,  
sellado en mis tesoros?**

**<sup>35</sup> Mía es la venganza y la retribución;  
a su tiempo su pie resbalará,  
porque el día de su aflicción está cercano  
y lo que les está preparado se apresura.**

**<sup>36</sup> »Sí, Jehová juzgará a su pueblo,  
y por amor de sus siervos se arrepentirá,  
cuando vea que la fuerza pereció,  
y que no queda ni siervo ni libre.**

**<sup>37</sup> Entonces dirá: “¿Dónde están sus dioses,  
la roca en que se refugiaban,**

**<sup>38</sup> que comían la grasa de sus sacrificios  
y bebían el vino de sus libaciones?”**

**¡Que se levanten y os ayuden!**

**¡Que vengan y os defiendan!**

De manera muy similar a como un actor sale de la escena para revelar sus pensamientos a la audiencia, Moisés nos deja escuchar a escondidas cuando el Señor considera: ¿Qué voy a hacer con este pueblo infiel a quien amo tanto? Anteriormente en la historia del mundo, Moisés también expuso la manera como el Dios salvador agonizó antes del diluvio y dijo: “Y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: ‘Borraré de la faz de la tierra a los hombres que he creado... pues me arrepiento de haberlos hecho’” (Génesis 6:6,7).

La naturaleza de Dios es odiar el pecado y castigar a los pecadores, pero es su trabajo “extraño”, y se angustia por eso. Charles Spurgeon dijo:

No tiene caso tratar de coser con el hilo de seda del evangelio, a menos de que hagamos camino con la aguja aguda de la ley. La ley va primero, como la aguja, y lleva el hilo del evangelio tras ella.<sup>50</sup>

¿Qué iban a pensar los enemigos de Israel cuando los vieran derrotados y en desgracia? Podrían llegar a la conclusión de que *ellos* habían vencido a Israel, por eso el Señor tuvo que aclarar que la derrota de su pueblo era juicio *de él*. Si los sorprendentes triunfos de Israel contra las abrumadoras fuerzas superiores enemigas sólo se podían explicar por la ayuda del Señor todopoderoso, ¿a quién se podían atribuir las aplastantes derrotas de Israel, sino a que Dios les había retirado su poder? Incluso los enemigos de Israel admitieron que sus dioses no podían igualarse al Señor. Los egipcios gritaron espantados cuando el mar Rojo comenzó a sepultarlos: “Huyamos ante Israel, porque Jehová pelea por ellos contra los egipcios” (Éxodo 14:25). Balaam preguntó: “¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo? ¿Por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado?” (Números 23:8). Los filisteos que habían tomado el Arca del pacto en el tiempo de Samuel, sólo para ser devastados por enfermedad, dijeron: “Que no se quede entre nosotros el Arca del Dios de Israel, porque su mano se ha endurecido contra nosotros y contra nuestro dios Dagón” (1 Samuel 5:7).

Los enemigos de Israel surgieron de una fuente corrupta, de la misma manera que Sodoma y Gomorra. Si las raíces de la planta están enterradas en suelo tóxico, ¿qué otra cosa puede producir sino frutos amargos y venenosos? Tal vez el Señor aún no había infligido juicio sobre los enemigos de Israel, pero lo iba a hacer. La justicia de Dios llega. Dios prometió que iba a restaurar a Israel, y a traer un juicio bien merecido sobre sus enemigos.

Pablo citó la primera línea del versículo 35 en una lista de las virtudes cristianas, en Romanos 12: “No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres... No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: ‘Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor’” (12:17,19). Dios quiere que su pueblo le deje la venganza personal a él, no que tome venganza contra los que le hacen daño.

El versículo 36 se puede traducir mejor como “el Señor *reivindicará* a su pueblo”. Moisés no estaba llamando a Israel a algún proyecto de “ayuda propia”. Sin embargo, esa reivindicación es paralela a “se arrepentirá”; el juicio del Señor contra sus enemigos sería una muestra de su bondad fiel y amorosa hacia su pueblo.

**<sup>39</sup> Ved ahora que yo, yo soy,  
y no hay dioses conmigo;  
yo hago morir y yo hago vivir,  
yo hiero y yo sano,  
y no hay quien pueda librarse de mis manos.  
<sup>40</sup> Porque yo alzaré a los cielos mi mano,  
y diré: ¡Vivo yo para siempre!  
<sup>41</sup> Cuando afile mi reluciente espada  
y mi mano empuñe el juicio,  
tomaré venganza de mis enemigos  
y daré su retribución a los que me aborrecen.  
<sup>42</sup> Embriagaré de sangre mis flechas,  
y mi espada devorará carne;  
sangre de muertos y cautivos,  
cabezas de jefes enemigos.**

El Señor controla todo en esta vida. Aun las tragedias (cuando la gente sufre heridas o muere) suceden conforme a su voluntad. El profeta Amós preguntó:

Caerá el ave a tierra, en la trampa,  
si no hay cebo?  
¿Saltará la trampa del suelo  
si no ha atrapado algo?  
¿Se tocará la trompeta en la ciudad  
y no se alborotará el pueblo?  
¿Habrá algún mal en la ciudad,  
que Jehová no haya enviado? (Amós 3:5,6)

En Lamentaciones, Jeremías preguntó:

¿Quién puede decir que algo sucede sin que el Señor lo mande?  
¿Acaso no proceden de la boca del Altísimo los bienes y los males? (Lamentaciones 3:37,38)

Jesús les aseguró a sus discípulos: ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin el permiso de vuestro Padre” (Mateo 10:29).

El Señor es el *verdadero* protagonista en nuestro planeta. A este mundo en realidad no lo manejan los políticos en Washington, Moscú, Londres ni en Bagdad. Pablo nos recuerda que Dios “sometió todas las cosas debajo de sus pies [de Cristo], y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:22,23). ¡Tenemos al mejor amigo en el rango más alto! ¡Él gobierna el mundo para que su pueblo se beneficie!

Moisés dijo que el Señor hizo un voto al cielo: tan cierto como que él vive, se vengará de los enemigos de Israel y traerá justicia. Es un guerrero que pelea por su pueblo; lo ha sido desde que puso enemistad entre Satanás y la mujer. Debido a que creemos el mensaje del ángel: “Y en la tierra paz; buena voluntad para con los hombres” (Lucas 2:14), y ya que disfrutamos de “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7), las imágenes de Dios como nuestro guerrero nos pueden sorprender o aun nos pueden desilusionar. Si ser cristiano promete paz, ¿por qué hablar de guerra?

La paz que poseemos costó sangre, la sangre del unigénito Hijo del Padre. Para los que permanecen fieles a Jesús hasta que mueren, la paz se combina con un sentido de reivindicación contra los enemigos del Señor que trataron de oponerse a él y robarnos esa paz. En todo el último libro de la Biblia aparece una nota de victoria y reivindicación.

Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía:

«Ahora ha venido la salvación,  
el poder y el reino de nuestro Dios  
y la autoridad de su Cristo,  
porque ha sido expulsado el acusador  
de nuestros hermanos,  
el que los acusaba  
delante de nuestro Dios día y noche.  
Ellos lo han vencido  
por medio de la sangre del Cordero  
y de la palabra del testimonio de ellos,  
que menospreciaron sus vidas  
hasta la muerte. (Apocalipsis 12:7-11)

Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco. El que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, en su cabeza tenía muchas diademas y tenía escrito un nombre que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre y su nombre es: La Palabra de Dios. Los ejércitos

celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, lo seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro. Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores. (Apocalipsis 19:11-16)

Pablo nos advierte que la vida es una lucha contra las fuerzas satánicas (Efesios 6:12). Nuestro mayor error es considerar la vida como una cancha de juego, en lugar de considerarla como campo de batalla. Nuestra mayor seguridad es que el Hijo de Dios pelea por nosotros, y su victoria es nuestra.

**<sup>43</sup>»¡Alabad, naciones, a su pueblo,  
porque él vengará la sangre de sus siervos,  
tomará venganza de sus enemigos,  
y hará expiación por la tierra de su pueblo!«**

En el versículo final de su cántico, Moisés exhortó a Israel a adorar al Señor. ¡Qué buenas razones tuvo Israel para alabarlo! No sólo los *protege*, el Señor (“tomará venganza de sus enemigos”), también los *perdona* (hacer “expiación” recuerda todos los sacrificios de animales limpios que los sacerdotes ofrecían en el Tabernáculo y en el templo). La sangre de esos animales cubría el pecado del pueblo al pagar el precio que Dios exigía por los pecados. Dios transfería el castigo que merecían los pecados del pueblo a los corderos, toros y cabras, los cuales murieron para que los pecadores vivieran.

Todos los sacrificios de expiación del Antiguo Testamento representaron la muerte de Jesús, el verdadero sacrificio por los pecados, y nos prepararon para ella. “A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre... con miras a manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:25,26).

**<sup>44</sup> Moisés, acompañado por Josué hijo de Nun, fue y recitó todas las palabras de este cántico a oídos del pueblo.**

**<sup>45</sup> Cuando acabó Moisés de recitar todas estas palabras ante todo Israel, <sup>46</sup> les dijo: «Aplicad vuestro corazón a todas las palabras que yo os testifico hoy, para que mandéis a vuestros hijos que cuiden de cumplir todas las palabras de esta Ley.**

**<sup>47</sup> Porque no os es cosa vana; es vuestra vida, pues por medio de esta Ley haréis prolongar vuestros días sobre la tierra a la que vais para tomarla en posesión tras pasar el Jordán.»**

Moisés unió el cántico al pacto. Como todo el pacto que el Señor hizo con Israel, el cántico le recordó a Israel las grandes cosas que él había hecho por ella, y pidió una alegre respuesta en obediencia. Moisés dijo: “Aplicad vuestro corazón a todas las palabras”. La fe y la obediencia siempre son asunto del corazón. Las palabras de Dios nunca son: vanas, impotentes, ni ineficaces.

### *Moisés muere en el monte Nebo*

**<sup>48</sup> Aquel mismo día Jehová habló a Moisés y le dijo:**

**<sup>49</sup> «Sube a estos montes de Abarim, al monte Nebo, situado en la tierra de Moab que está frente a Jericó, y mira la tierra de Canaán, que yo doy por heredad a los hijos de Israel.**

**<sup>50</sup> Muere allí en el monte al cual subes, y te reunirás a tu pueblo, así como murió Aarón, tu hermano, en el monte Hor, y se reunió a su pueblo. <sup>51</sup> Por cuanto pecasteis contra mí en medio de los hijos de Israel, en las aguas de Meriba, en Cades, en el desierto de Zin; porque no me santificasteis en medio de los hijos de Israel. <sup>52</sup> Verás, por tanto, delante de ti la tierra, pero no entrarás allá, en la tierra que doy a los hijos de Israel.»**

El historiador judío Josefo sugirió que el monte Nebo era Jebel Neby Harum, un pico de 1.440 metros de alto con vista a Petra. Sin embargo, ese punto está en el centro de Edom, lejos de

la frontera de Edom con Israel. Es una montaña escabrosa, muy difícil de ascender sin equipo especial, muy alta para ser vista fácilmente desde abajo. Los comentaristas modernos piensan que el monte de Abarim es una de las montañas que sobresale en el extremo norte del mar Muerto, con el monte Nebo como un pico prominente en esa cordillera.

¿Le negó Dios a Moisés la entrada a Canaán porque se había enojado con los israelitas? ¿Pensó Moisés por equivocación, hasta con arrogancia, que era el responsable de proveer para Israel? El salmista culpó en parte al pueblo por el rechazo de Moisés:

También lo irritaron en las aguas de Meriba;  
le fue mal a Moisés por causa de ellos,  
porque hicieron rebelar a su espíritu  
y habló precipitadamente con sus labios.

(Salmo 106:32,33)

El salmista está de acuerdo con el relato que se hace en Números de que en Meriba “contendieron los hijos de Israel con Jehová” (Números 20:13), y con las palabras anteriores de Moisés en Deuteronomio: “También contra mí se enojó Jehová por vosotros” (1:37; 3:26; 4:21). Sin embargo, aquí no se menciona el papel que desempeñó el pueblo en el rechazo de Moisés y Aarón.

Incluso las personas de gran fe pueden fracasar. Los líderes maduros, que han “visto todo antes”, deben recordar especialmente que cada nueva generación del pueblo de Dios necesita líderes que la conduzcan amablemente por la senda de la fe durante toda la vida. Especialmente los líderes espirituales que la iglesia ha llamado necesitan tomar a pecho este incidente de la vida de Moisés y la lección que enseña. La lección que se debe aprender de la exclusión de Moisés de la tierra es que debemos tener cuidado para que con fidelidad les presentemos a los que nos rodean a Jesucristo, su palabra y su voluntad. Dios no quiere tratar con su pueblo *en términos de mandamientos y amenazas, sino en términos de gracia y promesa.*

## *Moisés bendice a las tribus*

# **33** Ésta es la bendición con la cual Moisés, varón de Dios, bendijo a los hijos de Israel, antes de morir.

Josefo también escribió: “En uno de los días siguientes, [Moisés] recitó un poema que había compuesto en hexámetro [seis versos de la medida clásica por línea] que contenían predicciones de eventos futuros, los cuales sucedieron, o están sucediendo, como Moisés lo predijo”.<sup>51</sup> Josefo tal vez se estaba refiriendo al cántico anterior de Moisés, pero sus palabras también se acomodan a esta bendición, también en forma de poesía, que Moisés pronunció.

Algunos especialistas no están de acuerdo con Josefo, insistiendo en que Moisés nunca pudo haber pronunciado esta bendición. ¿Por qué?

1. Parece que Moisés ubicó el territorio de Dan al norte de la tierra prometida, (versículo 22), pero la tierra que se le dio originalmente estaba en el sur (Josué 19:40-48). Dan emigró al norte dos generaciones después de la muerte de Moisés (Jueces 18:1-31).
2. La extensa bendición que Moisés les dio a Efraín y a Manasés (versículos 13-17) presupone una época en la que estas dos tribus tenían un gran poder político. Eso no ocurrió sino hasta bien avanzado el tiempo de los jueces.
3. Moisés no mencionó a Simeón en absoluto, aunque la tribu de Simeón todavía existía durante el tiempo de la vida de Moisés (Números 26:12-14). Los críticos concluyen que alguna otra persona debió haber pronunciado esta bendición después de que Simeón fue absorbido dentro de Judá.

El común denominador de las objeciones de los críticos es que Moisés no pudo haber predicho el futuro, y si esas no fueron

más que palabras *de Moisés*, tendrían un argumento a su favor. No obstante, cuando Moisés habló, lo hizo “siendo inspirado por el *Espíritu Santo*” (2 Pedro 1:21). Y como Dios es el Señor del futuro así como del presente, cualquier objeción sobre la autoría de Moisés de este capítulo sencillamente desaparece.

Así como Isaac (Génesis 27:27-40) y Jacob (Génesis 48:15,16; 49:1-28) bendijeron a sus hijos antes de morir, ahora Moisés reunió a las tribus de Israel antes de morir y los bendijo como si fueran sus “hijos”. Esa bendición fue más que el deseo amoroso de que tuvieran una buena vida. Fue aun más que una predicción del futuro de las tribus; las palabras que el padre agonizante les decía a sus hijos se consideraban como su último testamento, aceptable como evidencia decisiva en los tribunales. Además, las palabras de Moisés fueron palabras creativas, que no sólo predijeron el futuro, sino que en verdad produjeron lo que prometieron.

El versículo 1 dice que Moisés es “varón de Dios”, un título que la Escritura también le da a Samuel (1 Samuel 9:6,10), a Semaías (1 Reyes 12:22), a Elías (1 Reyes 17:18) y a Eliseo (2 Reyes 4:7,9,16), así como a mensajeros y profetas anónimos (Jueces 13:6,8; 1 Samuel 2:27; 1 Reyes 13:1,8). La expresión nos recuerda que el profeta era un varón de Dios. Estaba bajo órdenes; su tarea era transmitir fielmente el mensaje de Dios.

Cualesquiera que sean los galardones y logros que alcancemos en la vida, ¿qué mejor muerte podríamos tener que como personas de Dios?

## <sup>2</sup> **Él dijo:**

**«Jehová vino de Sináí,  
de Seir los alumbró,  
resplandeció desde el monte de Parán,  
avanzó entre diez millares de santos,  
con la ley de fuego a su mano derecha.**

**<sup>3</sup> Aún amó a su pueblo;**

**todos los consagrados a él estaban en su mano.  
Por tanto, ellos siguieron tus pasos,  
recibiendo dirección de ti,  
4 cuando Moisés nos ordenó la Ley,  
como heredad de la congregación de Jacob.  
5 Y hubo un rey en Jesurún  
cuando se congregaron los jefes del pueblo  
con las tribus de Israel.**

Moisés describió al Señor como la salida del sol sobre los israelitas mientras viajaban desde el Sinaí a Canaán. En el versículo 2, los “santos” que vinieron con él son ángeles, pero en el versículo 3, los “consagrados”, que están en su mano, son el pueblo de Israel. Cuanto más conozcamos la historia de Israel, es menos probable que consideremos a estos hombres y mujeres como los “santos” del Señor, pero ellos eran santos de la manera como nosotros lo somos, no por causa de sus propias vidas buenas, sino porque Dios los *declaró* justos. *Anunció* que su pueblo no era culpable debido a una justicia perfecta, completamente fuera de ellos. Aunque el pueblo de Dios del Antiguo Testamento no conocía tantos detalles como nosotros acerca del Salvador que vendría, creían en las promesas del Señor y lo vieron desde lejos. Como explicó Jesús: “Abraham vuestro padre se regocijó de que había de ver mi día; lo vio, y se regocijó... Antes que Abraham fuera, yo soy” (Juan 8:56,58).

¿Parece extraño que Moisés dijera en el versículo 4: “Moisés nos ordenó una ley”? Por lo general las personas no se refieren a sí mismas en tercera persona. No obstante, si usted ha estudiado latín y ha traducido las “Guerras Gálicas”, puede recordar que Julio César escribió con frecuencia, “César marchó” o “César conquistó”, en lugar de “marché” o “conquisté”. En la actualidad los atletas, los políticos y los comandantes militares pensionados, de vez en cuando hacen lo mismo. Por sí misma, esta referencia en tercera persona a “la ley que Moisés nos dio” no prueba que otra persona haya pronunciado esta bendición.

De nuevo se refirió a Israel como *Jesurún*, la “recta”. El Señor era verdaderamente el Rey de Israel, aunque los había guiado por medio de Moisés y ahora los iba a guiar por medio de Josué.

**6 »Viva Rubén, y no muera  
ni sean pocos sus hombres».**

**7 Esta bendición profirió para Judá. Dijo así:**

**«Oye, Jehová, la voz de Judá,  
y llévalo a su pueblo;  
sus manos le basten,  
y tú seas su ayuda contra sus enemigos».**

**8 Para Leví dijo:**

**«Tu Tumim y tu Urim sean para el varón piadoso  
a quien probaste en Masah,  
con quien contendiste en las aguas de Meriba,  
9 quien dijo de su padre y de su madre:  
“Nunca los he visto”;  
quien no reconoció a sus hermanos,  
ni a sus hijos conoció.  
Pues ellos guardaron tus palabras  
y cumplieron tu pacto.**

**10 Ellos enseñarán tus juicios a Jacob  
y tu Ley a Israel.**

**Pondrán el incienso delante de ti  
y el holocausto sobre tu altar.**

**11 Bendice, Jehová, lo que hagan  
y recibe con agrado la obra de sus manos.  
Hiere los lomos de sus enemigos  
y de quienes lo aborrezcan,  
para que nunca se levanten».**

La bendición que Moisés le dio a *Rubén* parece sugerir que esa tribu se estaba reduciendo y podría desaparecer

completamente, pero el censo que realizó Moisés sólo unos pocos meses antes había revelado que Rubén era casi tan numeroso ahora, como lo había sido cuando la generación anterior estuvo en el desierto (Números 1:21,22; 26:5-7). No obstante, el territorio de Rubén estaba al oriente del río Jordán y durante el gobierno de los jueces y los reyes, fuerzas amonitas, moabitas y filisteas oprimieron a Rubén y a los otros israelitas que vivían en ese lado del río (Jueces 10:6-8; 1 Samuel 11:1-3; 2 Reyes 1:1). Las palabras de Moisés anticiparon el penoso futuro de Rubén y prometieron que su tribu no iba a ser eliminada por completo.

Las palabras de Moisés también parecen hacer eco a la profecía que Jacob pronunció acerca de su hijo mayor:

Rubén, tú eres mi primogénito,  
mi fortaleza y el principio de mi vigor;  
el primero en dignidad,  
el primero en poder.

Impetuoso como las aguas, ya no serás el primero,  
por cuanto subiste al lecho de tu padre; entonces te  
envileciste, al subir a mi lecho. (Génesis 49:3,4)

Aunque era el hermano mayor, Rubén perdió toda esperanza de alcanzar el liderazgo de la familia después de que trató, pero fracasó, de asegurar el derecho de la primogenitura al dormir con su madrastra Bilha (Génesis 35:22). Sus hermanos hicieron caso omiso a las súplicas de que perdonara a José (Génesis 37:21-30), y su padre rechazó su propuesta generosa, pero imprudente, de ofrecer a sus propios hijos como garantía para que le permitiera a Benjamín ir a Egipto (42:37,38). La tribu de Rubén no se menciona con frecuencia en la historia de Israel; tampoco hubo juez, ni rey, ni profeta de la tribu de Rubén.

Moisés no mencionó a Simeón en absoluto. Jacob predijo que él y Leví iban a ser esparcidos por todo Israel (Génesis 49:7), porque habían asesinado violentamente a los hombres de Siquem (Génesis 34:25-29). Mientras que la dispersión de Leví llegó a ser una bendición, ya que el Señor escogió a su tribu para ser los

sacerdotes y servidores en el Tabernáculo, la dispersión de Simeón no fue tan favorable. En el lapso de una generación, el número de hombres de guerra de Simeón se redujo a menos de la mitad, de 59.300 a 22.200 (Números 1:23; 26:14). Cuando cruzaron el río, Simeón no recibió una parte continua del territorio, sino alrededor de una docena y media de ciudades y aldeas dentro de las fronteras de Judá (Josué 19:2-9). Finalmente perdieron por completo su identidad como tribu.

La bendición a *Judá* es una oración que pide la ayuda del Salvador contra sus enemigos. Durante el tiempo de los jueces, el enemigo más poderoso de Judá vivía en el rincón sudoeste de la tierra, por la costa del Mediterráneo. Los filisteos de las ciudades de Ascalón, Asdod, Ecrón, Gaza y Gat resultaron especialmente molestos para Judá, Dan y Efraín (Jueces 13:1; 1 Samuel 4:1-11; 13:19-21; 17:1-11). La oración de Moisés vio ese conflicto y pidió ayuda sobrenatural.

La tribu de Judá también llevó la promesa que el Señor le hizo a los patriarcas: “Todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente” (Génesis 26:4). Algunos comentaristas dicen que las palabras de Moisés se iban a cumplir mucho más adelante en el futuro, cuando el Señor Jesús, “el León de la tribu de Judá” (Apocalipsis 5:5), se hizo carne y con sus propias manos defendió y ganó la victoria por nuestra causa contra un enemigo más formidable que los filisteos. En ese sentido, Moisés podría estar repitiendo la bendición de Jacob:

“No será quitado el cetro de Judá  
ni el bastón de mando de entre sus pies,  
hasta que llegue Siloh;  
a él se congregarán los pueblos”. (Génesis 49:10)

Cuando Jacob bendijo a sus hijos, no tuvo muchas cosas buenas que decir sobre *Leví*.

Simeón y Leví son hermanos;  
armas de maldad son sus armas.

En su consejo no entre mi alma,  
ni mi espíritu se junte en su compañía,  
porque en su furor mataron hombres  
y en su temeridad desjarretaron toros.

Maldito sea su furor, que fue fiero,  
y su ira, que fue dura.

Yo los apartaré en Jacob,

los esparciré en Israel. (Génesis 49:5-7)

Sin embargo, la bendición que Moisés le dio a Leví fue muy diferente. ¿Por qué?

Aunque fue *Israel quien tentó al Señor* en Massá y Meriba (Éxodo 17:1-7; Números 20:1-13), Moisés dijo que *el Señor puso a prueba a Leví* en esas paradas en el desierto, específicamente a Moisés y Aarón, los dos levitas. En Horeb (Éxodo 32:25-29) y en Sitim (Números 25:11,13), los levitas mostraron celo por obedecer al Señor por encima de la lealtad familiar o tribal, administrando la justicia del Señor con rapidez para reprimir esas rebeliones, para que no se perdieran más israelitas. En Sitim, el Señor dijo que Fineés, el nieto de Aarón, “ha hecho apartar mi furor de los hijos de Israel”, y prometió: “Será para él, y para su descendencia después de él, el pacto del sacerdocio perpetuo, por cuanto tuvo celo por su Dios e hizo expiación por los hijos de Israel” (Números 25:11,13).

Ahora Moisés prometió que el Señor iba a usar a los levitas para enseñarle su voluntad a Israel, así como para ofrecer oraciones y sacrificios por ellos. Los levitas tenían la responsabilidad de mantener el Tabernáculo y el Arca del pacto, en donde estaba puesto el libro de la ley (31:9).

La bendición de Moisés concluyó con una oración, en la que le rogó al Señor que siguiera fortaleciendo a Leví para que tomara las decisiones correctas y también para que tomara una posición firme cuando alguien se opusiera a la voluntad del Señor.

Como sumo sacerdote, el descendiente de Leví llevaba dos piedras planas sobre su pectoral sacerdotal: una con la inscripción

*Urim*, tal vez de una palabra hebrea para “maldición”; la otra, *Tumim*, probablemente del verbo hebreo que significa “ser perfecto” o “ser completo”. Cuando tenía que tomar una decisión difícil, el sumo sacerdote podía arrojar las dos piedras al piso. Si en los dos lados estaba la palabra *Urim*, la respuesta era negativa; si ambos lados decían *Tumim*, la respuesta era positiva. Y como el sumo sacerdote representaba al Señor ante su pueblo y al pueblo ante su Señor, de alguna manera bien definida, el Señor daba su respuesta por medio de esas piedras (Números 27:21; 1 Samuel 23:9-12).

**<sup>12</sup> Para Benjamín dijo:**

**«El amado de Jehová habitará confiado cerca de él;  
lo cubrirá siempre,  
y entre sus hombros morará».**

**<sup>13</sup> Para José dijo:**

**«Bendita de Jehová sea tu tierra,  
con lo mejor de los cielos, con el rocío  
y con el abismo que está abajo.**

**<sup>14</sup> Con los más escogidos frutos del sol,  
con el rico producto de la luna,**

**<sup>15</sup> con el fruto más fino de los montes antiguos,  
con la abundancia de los collados eternos,**

**<sup>16</sup> con las mejores dádivas de la tierra y su plenitud  
y la gracia del que habitó en la zarza,  
venga sobre la cabeza de José  
y sobre la frente de aquel que es príncipe entre sus  
hermanos.**

**<sup>17</sup> Como el primogénito de su toro es su gloria;  
sus cuernos, como cuernos de búfalo.  
Con ellos corneará a todos los pueblos  
hasta los confines de la tierra.  
ellos son los diez millares de Efraín,  
y ellos son los millares de Manasés».**

La bendición de Moisés se dirige ahora a las tres tribus descendientes de Raquel, la esposa favorita de Jacob.

*Benjamín*, cuyo nombre significa el “hijo de mi mano derecha”, trajo alegría y pena en la vida de su padre. Jacob se alegró con el nacimiento de un segundo hijo de su amada esposa, a la vez que se dolía por la muerte de ella durante el parto (Génesis 35:16-20). Como Benjamín era su hijo menor, y después de que José desapareció de la familia, era el único hijo que le quedaba de Raquel, Jacob tuvo un afecto especial por Benjamín y lo protegió celosamente (Génesis 42:4,38; 44:20-34). La frase de Moisés: “El amado de Jehová habitará confiado cerca de él” nos trae a la mente a un padre que lleva a su hijito cargado en las espaldas. De la manera como Jacob apreció y protegió a su hijo menor, la tribu de Benjamín iba a seguir recibiendo bendiciones extraordinarias de su Padre celestial.

Lo más probable es que la bendición de Moisés se anticipó a la manera como el Señor iba a dividir la tierra. El territorio de Benjamín iba a quedar en un valle entre dos “hombros” de las regiones montañosas de Judea y Efratea. La Biblia de Jerusalén traduce: “El Altísimo los protege todos los días y habita entre sus colinas”. En lugar de que Benjamín viviera entre los hombros del Señor, la imagen presenta al Señor viviendo entre los suyos. Aunque el Señor está en todas partes a la vez, él decidió habitar en su santuario, ubicado temporalmente en Bet-el (Jueces 20:26-28; 1 Samuel 7:16), y de forma más permanente en Jerusalén (2 Samuel 6:1-5,17-19; 1 Reyes 8:1-6), los dos santuarios estaban en el territorio de Benjamín (Josué 18:11-13,22).

La bendición a *José* fue la más larga de las bendiciones de Moisés, y con justa razón. José desempeñó un papel sobresaliente en el plan de Dios para evitar que Jacob, sus otros hijos y sus familias fueran a morir de hambre durante la hambruna que hubo en Canaán (Génesis 45:5-11). Antes de morir, Jacob adoptó a Efraín y a Manasés, los dos hijos de José, como sus hijos, y les dio a cada uno de ellos una porción completa de su bendición

(Génesis 48:15-22) y a cada uno de ellos también les dio plena condición de tribu entre sus hermanos (Números 1:4-16).

La promesa que hizo Moisés de prosperidad y fortaleza fue un eco a la bendición que Jacob le dio a José:

Rama fructífera es José,  
rama fructífera junto a una fuente,  
sus vástagos se extienden sobre el muro.

Le causaron amargura,  
le lanzaron flechas,  
lo aborrecieron los arqueros,  
mas su arco se mantuvo poderoso  
y los brazos de sus manos se fortalecieron  
por las manos del Fuerte de Jacob,  
por el nombre del Pastor, la Roca de Israel,  
por el Dios de tu padre, el cual te ayudará,  
por el Dios omnipotente, el cual te bendecirá  
con bendiciones de los cielos de arriba,  
con bendiciones del abismo que está abajo,  
con bendiciones de los pechos y del vientre.

Las bendiciones de tu padre  
fueron mayores que las de mis progenitores;  
hasta el término de los collados eternos  
serán sobre la cabeza de José,

sobre la frente del que fue apartado de entre sus  
hermanos. (Génesis 49:22-26)

El futuro territorio de *Manasés* incluía porciones de los valles de Meguido y Jezreel, así como tierras fértiles de pastos por el río Jordán y a lo largo del extremo oriental del mar de Galilea. En Palestina, entre más al norte y más alto se esté, más lluvia se recibe. Mientras que gran parte del sur de Palestina era seca y rocosa, estas dos tribus fueron bendecidas con tierras fértiles y con 60-75 centímetros de lluvia por año. Hoy estas colinas centrales están llenas de huertos y frutos de verano.

*Efraín* disfrutó de prominencia política en toda la historia de Israel. Josué fue un efrateo (Números 13:8), como lo fue Débora (Jueces 4:4,5), mientras que Gedeón (Josué 17:2; Jueces 6:11) y Jefté (Jueces 11:1) fue de Manasés. Los grandes centros de adoración donde después se localizó el Arca (Silo, Siquem y Gilgal) estaban en la región efratea. Las montañas centrales que se extienden como una columna vertebral de norte a sur a través de Canaán alcanzan sus mayores alturas en Efraín, algunos picos llegan a más de 1.000 metros sobre el nivel del mar, dándole a Efraín una posición estratégica en toda la historia de Israel. Jeroboam fortificó a Siquem en la región montañosa de Efraín y la estableció como la capital del reino del norte (1 Reyes 12:25). Medio siglo después, Omri reubicó la capital en Samaria, en las colinas de Manasés (1 Reyes 16:23,24). Los “diez millares” y los “millares” del versículo 17 eran divisiones militares típicas.

José soñó que sus hermanos se iban a inclinar ante él algún día (Génesis 37:5-11). En ese tiempo, sus hermanos lo odiaron por eso, y su padre lo reprendió, pero el Señor siguió haciendo que sus sueños se llegaran a realizar mediante las bendiciones que derramó sobre sus dos tribus. Sin embargo, las bendiciones específicas que se le hicieron a José fueron *terrenales*. La gran bendición *mesianica* le perteneció a Judá.

**<sup>18</sup> Para Zabulón dijo:**

**«¡Alégrate, Zabulón, cuando salgas;  
y tú, Isacar, en tus tiendas!**

**<sup>19</sup> Llamarán a los pueblos a su monte;  
allí ofrecerán sacrificios de justicia,  
por lo cual gozarán de la abundancia de los mares  
y de los tesoros escondidos de la arena».**

**<sup>20</sup> Para Gad dijo:**

**«¡Bendito el que hizo ensanchar a Gad!  
Como león reposa,**

**y arrebató brazo y testa.**

**<sup>21</sup> Escoge lo mejor de la tierra para sí,  
porque allí le fue reservada la porción del legislador.  
Vino en la delantera del pueblo;  
con Israel ejecutó los mandatos  
y los justos decretos de Jehová».**

**<sup>22</sup> Para Dan dijo:**

**«Dan es cachorro de león  
que salta desde Basán».**

**<sup>23</sup> Para Neftalí dijo:**

**«Neftalí, saciado de favores,  
lleno de la bendición de Jehová,  
posee el occidente y el sur».**

**<sup>24</sup> Para Aser dijo:**

**«¡Bendito entre los hijos sea Aser!  
Sea el amado de sus hermanos  
y moje en aceite su pie.**

**<sup>25</sup> Hierro y bronce serán tus cerrojos,  
y como tus días serán tus fuerzas.**

*Isacar* fue el quinto hijo de Lea, y *Zabulón* el sexto. Estas dos tribus ocuparon áreas en el norte de Canaán, en lo que después se llamó Galilea, pero no poseían tierra costera en el Mediterráneo o el mar de Galilea. La bendición de Moisés resaltó el contraste entre las dos tribus: a Zabulón le gustaba salir, mientras que Isacar prefería permanecer en sus tiendas. La bendición de Jacob también señaló la diferencia entre las dos tribus:

Zabulón habitará en puertos de mar;  
será puerto para las naves  
y llegará hasta Sidón.

Isacar, asno fuerte  
que se recuesta entre los apriscos.  
Al ver que el descanso era bueno  
y la tierra deleitosa,  
bajó su hombro para llevar carga,

y sirvió como un esclavo. (Génesis 49:13-15)

Más tarde Isacar recibió el bello y fructífero valle de Jezreel, ideal para la agricultura, pero la bendición de Jacob indica que había algo de pereza en su quinto hijo con Lea. El deseo de llevar una vida fácil, aun a costa de trabajo pesado, iba a caracterizar a Isacar.

No es claro a qué clases de “sacrificios de justicia” se estaba refiriendo Moisés, o a qué monte llamarán a los pueblos. El monte Tabor en Isacar llegó a ser un sitio de adoración no autorizado (Oseas 5:1), y el monte Carmel, en la tierra de Manasés y cerca de Zabulón, fue donde Elías se enfrentó a los profetas de Baal (1 Reyes 18:20-46). Aunque estas dos tribus no estaban ubicadas exactamente sobre la costa, se encontraban lo suficientemente cerca como para obtener riqueza del comercio marítimo, en especial por medio del puerto fenicio de Sidón. Los “tesoros escondidos en la arena” pueden ser las conchas de moluscos que había en las costas de Siria y Fenicia, de las cuales se extraía un colorante de púrpura muy valioso.

Mientras que muchas de las tribus estaban esperando cruzar el Jordán para recibir su parte de la tierra, *Gad* ya había escogido un gran terreno al oriente del Jordán, cerca de los amonitas. Su territorio era muy apreciado por los cultivos de trigo, cebada y uvas. “Lo mejor de la tierra” que Gad escogió también gozó de una buena posición estratégica, y Moisés ya había registrado que los gaditas construyeron por lo menos ocho de sus lugares como ciudades fortificadas (Números 32:34-36). Cuando David fue ungido pero todavía no reinaba como rey de Israel, “También de los de Gad huyeron y fueron adonde estaba David, al lugar fuerte en el desierto, hombres de guerra muy valientes para pelear,

diestros con el escudo y la lanza; sus rostros eran como rostros de leones, y eran ligeros como las gacelas sobre las montañas” (1 Crónicas 12:8). La acción de esos gaditas muestra cómo se cumplieron las palabras de Jacob sobre Gad:

A Gad, un ejército lo asalterá,  
mas él acometerá al final. (Génesis 49:19)

Lutero pensó que la profecía que hizo Moisés, de que Gad “con Israel ejecutó los mandatos y los justos decretos de Jehová”, se había cumplido particularmente en las últimas décadas del siglo IX a.C. El Señor levantó al rey Jehú para castigar a los descendientes de la perversa reina Jezabel. Durante el reinado de Jezabel y su esposo Acab, la adoración a Baal llegó a ser la costumbre aceptada de gran parte de la tierra, mientras que los profetas del Señor eran perseguidos, pero Jehú destruyó todos los rastros de la familia de Acab y protegió a los profetas del Señor en la tierra (1 Reyes 19:16,17; 2 Reyes 9:1–10:36).

Moisés llamó a *Dan* cachorro de león que salta desde Basán, no porque Dan viviera alguna vez en Basán, sino porque en Basán vivían muchos leones. La palabra traducida aquí como “Basán” también se puede relacionar con la palabra para serpiente o víbora. Jacob predijo esto de Dan:

Será Dan serpiente junto al camino,  
víbora junto a la senda,  
que muerde los talones del caballo  
y hace caer hacia atrás al jinete. (Génesis 49:17)

Sin embargo, en una etapa temprana de la historia, especialmente durante la parte inicial del período de los jueces, cuando no podían desalojar a los filisteos que habitaban a lo largo de la costa del Mediterráneo, Dan estaba tratando de escapar de la mordedura de la víbora, en vez de que él la mordiera.

Jacob también prometió que Dan “juzgará a su pueblo” (Génesis 49:16). Sansón, el juez más pintoresco de Israel, era de Dan (Jueces 13:1-16:31). Su ejercicio como juez se destacó por

cierta traición, como sucedió también con la migración de Dan a su nuevo hogar al norte (Jueces 18:1-31).

A *Neftalí* se le dio la tierra más al norte de Israel, y su tribu formó la frontera norte de la tierra hasta que Dan se reubicó. Su territorio se extendía desde el valle de Meriba hacia el sur, más allá del extremo sur del mar de Galilea. Esta parte de Galilea llegó a ser área de pesca y de negocios altamente rentables, y Neftalí se benefició.

La palabra hebrea para “bendito” suena como el nombre *Aser*, y es como si Moisés hubiera dicho: “El más bendito de los hijos es *Bendito*”. Moisés previó la fructífera tierra de Aser, como lo hizo Jacob, cuando predijo:

El pan de Aser será substancioso,  
y él dará deleites al rey.      (Génesis 49:20)

Las montañas de Galilea, donde se estableció la tribu de Aser, fueron famosas por los olivos. Las palabras de Moisés sugieren que iba a haber tanto aceite de oliva que les iba a llegar hasta los tobillos. Josefo dijo que Galilea era “muy fructífera en aceite”, y un comentarista judío posterior observó: “Es más fácil cultivar una gran cantidad de olivos en Galilea que criar un hijo en Palestina”.

Aser habitó la costa del Mediterráneo desde el sur de Aco hasta el norte de Tiro. Una carretera se extendía de norte a sur por el territorio de Aser, lo que tenía sus pros y sus contras. En tiempos de paz, la carretera traía comerciantes, sus productos y sus ganancias, pero la carretera también era una ruta conveniente que les facilitaba a los invasores el asalto a Palestina desde el norte. Debido a su ubicación, Aser iba a necesitar defenderse por sí sola, por eso las palabras de Moisés sugieren una defensa fortificada.

**<sup>26</sup>»No hay como el Dios de Jesurún,  
quien cabalga sobre los cielos para tu ayuda,  
y sobre las nubes con su grandeza.**

**<sup>27</sup>El eterno Dios es tu refugio  
y sus brazos eternos son tu apoyo.**

**Él echó al enemigo delante de ti,  
y dijo: “¡Destruye!”  
28 Israel habitará confiado,  
la fuente de Jacob habitará sola  
en tierra de grano y de vino;  
hasta sus cielos destilarán rocío.  
29 ¡Bienaventurado tú, Israel!  
¿Quién como tú, pueblo salvado por Jehová?  
Él es tu escudo protector,  
la espada de tu triunfo.  
Así que tus enemigos serán humillados,  
y tú pisotearás sus lugares altos».**

Moisés terminó sus bendiciones a las tribus alabando al Señor por sus grandes cualidades y los dones que le dio a su pueblo.

Él es el Dios *eterno*. En vista de todos los cambios que Israel había experimentado y que iba a seguir experimentando, qué alentador es saber que Dios y sus brazos son eternos. Nosotros, que nos basamos en el concepto del tiempo, algunas veces suponemos que el universo y aun Dios mismo tienen un pasado, un presente y un futuro, como nosotros. No obstante, Dios no está restringido por el tiempo; para él no es necesario escuchar las oraciones de todos en ese pequeño lapso de tiempo. Él es el dueño del tiempo desde el principio del mundo y puede disponer de él según lo desee.

Oh, Dios Eterno, tu misericordia  
Ni una sombra de duda tendrá;  
Tu compasión y bondad *nunca fallan*  
Y por los siglos el mismo serás.

(*Adoración y Alabanza* 4:1)

Él es el Dios *poderoso*. El cuadro del Señor sentado sobre las nubes del cielo es conocido en los dos Testamentos para revelar la fortaleza y la grandeza de Dios. David escribió después de que el Señor lo liberó de la mano de Saúl y de sus otros enemigos:



*Muerte de Moisés*

La tierra fue conmovida y tembló;  
se conmovieron los cimientos de los montes  
y se estremecieron, porque se indignó él.

Humo subió de su nariz  
y de su boca fuego consumidor;  
carbones fueron por él encendidos.

Inclinó los cielos y descendió,  
y había densas tinieblas debajo de sus pies.

Cabalgó sobre un querubín y voló;  
voló sobre las alas del viento. (Salmo 18:7-10)

Varios siglos después, el profeta Daniel dijo: “Miraba yo en la visión de la noche, y vi que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre” (Daniel 7:13). Versículos como éstos dan los antecedentes para la declaración que le hizo Jesús a Caifás: “Desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 26:64).

Dios *derrama sus bendiciones con generosidad*. El grano, el vino y el rocío del cielo son recordatorios de la bendición que le dio Isaac a Jacob:

“Dios, pues, te dé del rocío del cielo  
y de los frutos de la tierra,  
y abundancia de trigo y de mosto.”  
(Génesis 27:28)

La versión Reina-Valera 95 traduce la frase final del versículo 29: “Tú pisotearás sus lugares altos”. Con el Señor como escudo, socorro y espada de triunfo, Israel iba a tener la voluntad y la fortaleza para conquistar completamente la tierra de Canaán y librarla de adoración falsa. La frase final del versículo 29 también se podría traducir: “Hollarás sobre sus cuerpos”, sobre las espaldas de los enemigos que Moisés mencionó antes. En el antiguo Cercano Oriente, cuando un ejército obtenía ventaja sobre otro, el general conquistador ponía el pie en el cuello o en la espalda del comandante derrotado, mientras que el jefe vencido mostraba

rendimiento total. La vida del comandante perdedor y de sus soldados dependía por completo de la voluntad del triunfador.

La historia posterior reveló que Israel pocas veces ganó esas victorias trascendentales sobre sus enemigos, pero fue por culpa de ellos, no del Señor.

### *Muerte de Moisés*

**34** Subió Moisés de los campos de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Pisga, que está enfrente de Jericó, y le mostró Jehová toda la tierra de Galaad hasta Dan, <sup>2</sup> todo Neftalí, la tierra de Efraín y de Manasés, toda la tierra de Judá hasta el mar occidental, <sup>3</sup> el Neguev, el valle y la llanura de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Zoar. <sup>4</sup> Y le dijo Jehová:

«Ésta es la tierra que prometí a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: “A tu descendencia la daré”. Te he permitido verla con tus ojos, pero no pasarás allá».

La montaña que se identifica tradicionalmente como el monte Nebo está ubicada como a 18 kilómetros al oriente de la desembocadura del río Jordán en el mar Muerto, y alcanza más de 780 metros de altura sobre el nivel del mar. El mar Muerto es el punto más bajo en el mundo, 390 metros por *debajo* del nivel del mar. ¡Qué vista tan dramática de esa tierra, la que Moisés deseó ver durante toda su vida! Algunos sugieren que Pisga es un nombre alterno para el mismo pico; otros dicen que es un pico separado, un poco al oeste del monte Nebo y un poco más alto; aun otros identifican a Nebo como una cordillera, y a Pisga como el punto más alto.

Si Moisés estaba en Pisga, la vista hacia el norte y al occidente era magnífica, aunque desde allá no se puede ver más al norte del monte Gilboa, tampoco más al oriente de las montañas de Galaad, ni más al occidente que las colinas de Judea. Ver tan

lejos hacia el norte donde está Dan o tan lejos al occidente como el Mediterráneo hubiera requerido un don sobrenatural del Señor.

Al invitar a Moisés a ver la extensión de la tierra, el Señor mostró un último acto de bondad para tan especial líder de su pueblo. No obstante, fue más que eso; el precepto bíblico, así como la posterior ley romana, le permitía a un hombre “ver” la tierra que iba a poseer. Tal vez esa fue la manera como el Señor le ofreció a Moisés una garantía legal de que las personas que había guiado durante tanto tiempo verdaderamente iban a heredar la tierra, aunque iba a morir antes de que eso sucediera.

El Señor tenía en mente una tierra prometida mucho mejor para Moisés. El escritor a los Hebreos incluyó a Moisés en la lista de los creyentes de toda la era del Antiguo Testamento: Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José y muchos otros, y escribió:

“En la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, creyéndolo y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra... buscan una patria... Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad.” (Hebreos 11:13,14,16)

**<sup>5</sup> Allí murió Moisés, siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová. <sup>6</sup> Y lo enterró en el valle, en la tierra de Moab, enfrente de Bet-peor, y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy. <sup>7</sup> Tenía Moisés ciento veinte años de edad cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor.**

**<sup>8</sup> Lloraron los hijos de Israel a Moisés en los campos de Moab treinta días; así se cumplieron los días de llanto y de luto por Moisés.**

Nueve de cada diez personas probablemente preferirían ser jefes en lugar de empleados. El pecado nos hace recordar la frase

de Lutero: “Estamos profundamente centrados en nosotros mismos”<sup>52</sup>, y por eso queremos que otras personas nos sirvan y no nosotros a ellos. No obstante, nuestro Señor Jesús dijo nuevamente lo que significa la verdadera grandeza: “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (Mateo 20:26-28). Jesús, “siendo en forma de Dios”, sin embargo voluntariamente se hizo nada, “tomó la forma de siervo... haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8).

El balance final de la larga vida de Moisés es que fue un siervo del Señor. Moisés tenía buena compañía. Abraham (Génesis 26:24), Josué (Josué 24:29), David (2 Samuel 7:5), los profetas (2 Reyes 9:7) y Pablo (Romanos 1:1) también fueron llamados siervos del Señor.

No está claro si se debe leer “lo enterró” o “fue enterrado”. Algunos han propuesto que el Señor mismo enterró a Moisés, lo cual es posible, pero no se puede comprobar por el texto. Existe un tono de misterio en las palabras: “Y ninguno conoce el lugar de su sepultura hasta hoy”. Algunos han sugerido que si el Señor enterró a Moisés, es posible que su cuerpo no sufriera la descomposición física que inevitablemente sigue a la muerte. En la epístola de Judas hay una referencia pasajera a una disputa entre el arcángel Miguel y el diablo por del cuerpo de Moisés (Judas 9). Según una leyenda, cuando Moisés murió (debido a un beso de Dios), el Señor delegó a Miguel para que enterrara su cuerpo, pero el diablo trató de reclamar el cuerpo. Por lo menos una versión de la leyenda agrega que el cuerpo de Moisés más tarde fue “llevado” a los cielos, acompañado de los ángeles.

Como Moisés y Elías aparecieron con Jesús en la transfiguración, y como el cuerpo de Elías no se deterioró, porque el Señor lo transportó en un torbellino directamente a los cielos (2 Reyes 2:11,12), ¿pudo el Señor también haber preservado el cuerpo de Moisés intacto a través de los siglos? Pese a todo lo

intrigante que pueda ser esta idea, no tenemos suficiente información para hablar con certeza.

Moisés escribió además el Salmo 90, y es muy probable que la muerte que describió como la experiencia común de todos fuera la que él también sufrió:

Vuelves a convertir en polvo al hombre  
y dices: «¡Convertíos, hijos de los hombres!».

Los arrebatas como con torrente de aguas; son como un  
sueño.

Como la hierba que crece en la mañana:  
en la mañana florece y crece;  
a la tarde es cortada y se seca.

Los días de nuestra edad son setenta años.

Si en los más robustos son ochenta años,  
con todo, su fortaleza es molestia y trabajo,  
porque pronto pasan y volamos. (Salmo 90:3,5,6,10)

Moisés vivió mucho más de los ochenta años. Sus 120 años se dividen en tres períodos de cuarenta años: el primero, en Egipto cuando era un joven en la casa del faraón; el segundo, en Madián pastoreando los rebaños de su suegro; el tercero, en el desierto guiando a Israel hasta el límite de Canaán (Éxodo 7:7; Hechos 7:23-30). Aunque vivió mucho más que la mayoría de las personas de su tiempo, su vista era excelente y su fortaleza física estaba intacta.

¿Escribió Moisés la historia de su muerte? El Señor pudo habérsela revelado, y el Espíritu Santo lo pudo haber inspirado para que la redactara poco antes de morir. Si el Señor le permitió a Moisés predecir con asombrosa exactitud los futuros acontecimientos de las tribus de Israel, ciertamente pudo darle detalles de lo que iba a ocurrir en el futuro muy cercano. Tanto Filón como Josefo, historiadores judíos del primer siglo d.C., creían que Moisés escribió este capítulo.

Podría ser posible, pero no es probable. Debido a su humildad (Números 12:3), se puede dudar de que Moisés se valorara a sí

mismo como aparece en los últimos tres versículos de este libro. La mayoría de los comentaristas, judíos y cristianos, están de acuerdo en que Josué escribió este capítulo y lo agregó como una corta posdata a los cinco libros de Moisés.

**<sup>9</sup> Josué hijo de Nun estaba lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había puesto sus manos sobre él, y los hijos de Israel lo obedecieron haciendo como Jehová mandó a Moisés**

Todo gran líder de Israel necesitaba sabiduría para guiar al pueblo de Dios. Salomón oró para obtenerla; Moisés la tenía en abundancia. Simbólicamente, le entregó esa sabiduría a Josué antes de su muerte (Números 27:18). La sabiduría siempre fue un don de Dios.

**<sup>10</sup> Nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés, a quien Jehová conoció cara a cara; <sup>11</sup> nadie como él por todas las señales y prodigios que Jehová le envió a hacer en tierra de Egipto, contra el faraón y todos sus siervos, y contra toda su tierra, <sup>12</sup> y por el gran poder y los hechos grandiosos y terribles que Moisés hizo a la vista de todo Israel.**

Este epitafio da dos razones por las que el servicio de Moisés no tuvo paralelo en la historia de Israel.

El servicio de Moisés fue único porque *disfrutó de una relación más íntima con el Señor* que ningún otro profeta del Antiguo Testamento antes, o después de él. El Señor les explicó a Moisés y a Aarón:

Cuando haya entre vosotros un profeta de Jehová,  
me apareceré a él en visión,  
en sueños le hablaré.  
No así con mi siervo Moisés,

que es fiel en toda mi casa.  
Cara a cara hablaré con él,  
claramente y no con enigmas,  
y verá la apariencia de Jehová. (Números 12:6-8)

Aunque Elías escuchó “un silbo apacible y delicado” del Señor (1 Reyes 19:12-18) y Ezequiel vio la indescriptible majestad del Señor (Ezequiel 1:4-28), ningún otro profeta pudo disfrutar lo que Moisés disfrutó: “Hablaban Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxodo 33:11).

El servicio de Moisés fue además inigualable porque *con el poder del Señor hizo más señales milagrosas* que ningún otro profeta del Antiguo Testamento. Elías y Eliseo resucitaron cada uno a un joven (1 Reyes 17:17-24; 2 Reyes 4:18-35), y Elías resistió a los profetas de Baal en el monte Carmel (1 Reyes 18:20-46), pero las señales milagrosas que hizo Moisés están por encima de las de Elías y Eliseo. Sus hechos poderosos fueron fundamentales para rescatar a Israel de la esclavitud de Egipto, llevándolos por el desierto hasta el borde de la tierra prometida.

Moisés murió, pero esta no fue la última vez que apareció en el desarrollo del plan salvador de Dios. Él y Elías, 1400 años después, aparecieron con Jesús en esplendor glorioso en un monte en Galilea. Mientras Pedro, Santiago y Juan observaban, Jesús se transfiguró delante de ellos. Moisés y Elías “hablaban de su partida, que Jesús iba a cumplir en Jerusalén” (Lucas 9:31). Moisés, el gran legislador, y Elías, el profeta valiente, expresaron su aprobación a la importante misión de Jesús en la cruz del Calvario. Los pecadores no se pueden salvar a ellos mismos obedeciendo leyes; podemos ser salvos sólo porque un Sustituto perfecto intercambió su lugar con nosotros, obedeció todas las leyes que nosotros dejamos de cumplir y murió para expiar todas las veces que hemos fracasado.

El escritor a los Hebreos puso la carrera de Moisés, en toda su grandeza, en la perspectiva apropiada:

Porque de tanta mayor gloria que Moisés es estimado digno este, cuanto mayor honra que la casa tiene el que la hizo... Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo, como hijo, sobre su casa. Y esa casa somos nosotros, con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. (Hebreos 3:3,5,6)

Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, hasta la llegada de Jesús. Esta gran ley finalmente dio paso a un evangelio aun más grande.

1. Martin Luther, *Luther's Works*, American edition, ed. Helmut T. Lehmann (Philadelphia: Fortress Press, 1967), vol. 35, pp. 238,238
2. *Luther's Works*, vol. 9, pp. 6,7.
3. Albert Einstein, *Peter's Quotations*, ed. Laurence J. Peter (New York: Morrow, 1977), p. 253.
4. *Luther's Works*, vol. 9, p. 23.
5. Ernest Hemingway, *A Farewell to Arms* (New York: Charles Scribner's Sons, 1929; reprint 1986), p. 249.
6. *Luther's Works*, vol. 9, pp. 63,64.
7. Gilbert Keith Chesterton, *Living Quotations for Christians*, ed. Shirwood Eliot Wirt (New York: Harper and Row, 1974), p. 92.
8. Christoph Blumhardt, *Living Quotations for Christians*, p.153.
9. Sinuhe, *Ancient Near Eastern Texts*, p. 19. In *A History of Ancient Israel and Judah* por J. Maxwell Miller y John H. Hayes (Philadelphia: The Westminster Press, 1986), p. 50.
10. John Wesley, *Eerdmans' Handbook to the History of Christianity*, ed. Tim Dowley (Grand Rapids: Eerdmans 1977), p. 447.
11. Dwight Moody, *Living Quotations for Christians*, p. 133.
12. Charles Spurgeon, *Success: Does the One with the Most Toys Win?* eds. Peter Menconi, Richard Peace, y Lyman Coleman (Littleton, CO: Serendipity Support Group Series, 1988), p. 32.

13. C. S. Lewis, *Mere Christianity* (New York: Macmillan, 1952), p. 125.
14. Apología, IV, 265, en *Libro de Concordia* (San Luis, Missouri: Editorial Concordia, 1989) p.124. A menos que se indique de otra manera, todas las citas de las Confesiones Luteranas hacen referencia al *Libro de Concordia*.
15. Fórmula de Concordia. Epítome X:4, p. 530.
16. Apología VII, VIII:33, p.158.
17. *Luther's Works*, vol. 9, p 129.
18. Martin H. Franzmann, *The Word of the Lord Grows* (St. Louis: Concordia, 1961), p. 62.
19. *Luther's Works*, vol. 9, p. 134.
20. *Ibid*, p. 138.
21. *Ibid*, p. 147.
22. Aristides, XV 7-9, en Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apologetas Griegos*, (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos: 1979) p.145.
23. James C. Dobson, *Straight Talk to Men and Their Wives* (Waco, TX: Word Books, 1980), p. 147.
24. *Luther's Works*, vol. 9, p. 174.
25. Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana*, III,XVII,1. (Rijswijk-Países Bajos: Fundación Editorial de Literatura Reformada, 1967), vol II, p.624.]
26. Euripedes, *Peter's Quotations*, p. 371.

27. *Luther's Works*, vol. 22, p. 38.
28. *Ibid*, vol. 9, p. 176.
29. *Ibid*, p. 193.
30. United Nations, *Capital Punishment*. In *Peter's Quotations*, p. 142.
31. Norman L. Geisler, *Ethics: Alternatives and Issues* (Grand Rapids: Zondervan, 1971), p. 48.
32. Victor H. Matthews and Don C. Benjamin, *Old Testament Parallels: Laws and Stories from the Ancient Near East* (New York: Paulist Press, 1991), p. 62.
33. *Luther's Works*, vol. 9, p. 204.
34. *Ibid*, p. 220.
35. Francis Bacon, *Book of Matrimony*. En "Were the Puritans Right about Sex?" por Leland Ryken, *Christianity Today*, 22:13 (April 7, 1978), p. 15.
36. Hubert Humphrey, fuente desconocida.
37. *Luther's Works*, vol. 9, p. 233.
38. Thornton Wilder, "The Skin of Our Teeth." *In Grace and the Searching of Our Heart* por Charles R. Stinnette, Jr. (Association, 1962), p. 118
39. William E. Diehl, *Thank God It's Monday* (Philadelphia: Fortress Press, 1982), pp. 131,132.
40. *Luther's Works*, vol. 9, p. 249.

41. Theodore Roosevelt, *Peter's Quotations*, p. 117.
42. Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, VI:24, p. 613.
43. Albert Kirk Grayson, *Assyrian Royal Inscriptions, Part 2: From Tiglath-Pileser I to Ashur-nasir-apli II* (Wiesbaden, Germany: Otto Harrassowitz, 1976), p. 165.
44. Johann Wolfgang von Goethe, *Faust*, tr. Baynard Taylor (Garden City, NY: Halcyon House), p. 52.
45. Confesión de Augsburgo, XII:3-6, p. 31.
46. *Ibid.*, XX:27, p. 36.
47. *Luther's Works*, vol. 9, p. 278.
48. *Ibid.*, p. 290.
49. Martín Lutero, "La necesidad de crear y mantener escuelas cristianas", en *Obras de Martín Lutero*, vol. VII, (Publicaciones El Escudo: Buenos Aires, 1977) p. 23.
50. Charles Haddon Spurgeon, *Lectures to His Students*, Segunda ed. (Grand Rapids: Zondervan, 1945), p. 322.
51. Josephus, *Antiquities* IV,8,44. En *Josephus: The Essential Writings*, ed. Paul L. Maier (Grand Rapids: Kregel Publications, 1988), p. 74.
52. *Luther's Works*, vol. 25, p. 291.

## BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

---

Archer, Gleason L., Jr. *Reseña crítica de una introducción al Antiguo Testamento*. Traducido por A. Edwin Sipowicz. Chicago: Moody Press, 1981.

Boadt, Lawrence. *Reading the Old Testament, an Introduction*. Nueva York: Paulist Press, 1984.

Carmody, John, Denise Lardner Carmody y Robert L. Cohn. *Exploring the Hebrew Bible*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1988.

Craigie, Peter C. *The Book of Deuteronomy*. Grand Rapids: Eerdmans, 1976.

Donin, Hayim Halevy. *To Be a Jew: A Guide to Jewish Observance in Contemporary Life*. Nueva York: Basic Books, Inc., 1972.

Gaebelein, Frank E., ed. grl. *The Expositor's Bible Commentary*. Vol. 1. Grand Rapids: Zondervan, 1979.

Hertzberg, Arthur, ed. *Judaism*. Nueva York: George Braziller, 1962.

Hoerber, Robert G., ed. grl. *Concordia Self-Study Bible: New International Version*. San Luis: Concordia, 1986.

Hummel, Horace D. *The Word Becoming Flesh*. San Luis: Concordia, 1979.

Keil, C. F. Delitzsch. *Commentary on the Old Testament in Ten Volumes*. Vol. 1, *The Pentateuch*. Grand Rapids: Eerdmans, reimpresso 1973.

Kretzmann, Paul E. *Popular Commentary of the Bible. Old Testament*, Vol. 1. St. Louis: Concordia, 1923.

*Bibliografía*

Luther, Martin. *Luther's Works*. Vol. 9, *Lectures on Deuteronomy*. American Edition. St. Louis: Concordia, 1960.

*Lutheran Worship*. Preparado por The Commission on Worship of The Lutheran Church-Missouri Synod. San Luis: Concordia, 1982.

Maier, Paul L. *Josephus: The Essential Writings*. Grand Rapids: Kregel Publications, 1988.

Mayes, A. D. H. *Deuteronomy*. Grand Rapids: Eerdmans, 1979.

Mendenhall, George E. "Covenant Form in Israelite Traditions." *The Biblical Archaeologist* 17:3 (May 1954), pp. 50-76.

Miller, J. Maxwell, and John H. Hayes. *A History of Ancient Israel and Judah*. Philadelphia: The Westminster Press, 1986.

Pritchard, James B., ed. *The Ancient Near East: An Anthology of Texts and Pictures*. Princeton University Press, 1958.

Rad, Gerhard von. *Deuteronomy, a Commentary*. Philadelphia: The Westminster Press, 1966.

Ridderbos, Jan. *Bible Student Commentary: Deuteronomy*. Traducido por Ed. METROS. van der Maas. Grand Rapids: Zondervan, 1984.

Roehrs, Walter R. y Martin H. Franzmann. *Concordia Self-Study Commentary*. St. Louis: Concordia, 1979.

Sandmel, Samuel, ed. grl.. *The New English Bible with the Apocrypha: Oxford Study Edition*. New York: Oxford University Press, 1976.

Thompson, J. A. *Deuteronomy: An Introduction and Commentary*. Leicester, Inglaterra: Inter-Varsity Press, 1974.

Whiston, William, ed. *The Works of Josephus*. Lynn, MA: Hendrikson Publishers, 1980.

Young, Edward J. *Una Introducción al Antiguo Testamento*. Grand Rapids: T.E.L.L., 1991.

## ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
<b>DEUTERONOMIO</b>	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

## NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1º TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2º TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

**Deuteronomio registra las últimas palabras de Moisés, quien fue uno de los líderes más importantes de Dios. Mientras que Moisés conducía al pueblo de Dios, toda esa generación murió en el desierto, y surgió una nueva. Moisés les repitió las leyes que Dios había dado en el monte Sinaí para preparar a esta nueva generación para entrar a La Tierra Prometida.**

